Flores
para el
diablo
V. KAHANY

FLORES PARA EL DIABLO

V. KAHANY

ÍNDICE

PLAYLIST

Prólogo
1. VANITY FAIR
2. UBUNTU
3. LOS KAMENEV
4. DOCTOR GREVATT
5. ST. ROSE
6. EL CABALLERO-DIABLO
7. LA NIÑA DE LAS FLORES
8. LA PROMESA
9. LA INVITACIÓN
10. LA RUEDA DE LA FORTUNA
11. LA CARTA
12. RUMI
13. EL DISPARO FINAL
14. HISTORIAS
15. DE LADY AMSTEL
16. OBSESIÓN
17. LA BALA
18. ELLA
19. LA FIESTA FANTASMA
20. EL BESO
21. CONSPIRACIÓN
22. LA INFORMACIÓN PRIVILEGIADA
23. LA CACERÍA HUMANA
24. COMO DESHECHO
25. EL CHAL
26. EL ARMERO
27. CULTURA SALVAJE
28. EL DUQUE
29. LA CHICA DE LA MONTAÑA
30. OLGA
31. MUERTE A LA LUZ DE LAS VELAS
32. LA PROPUESTA
33. KENT
34. LOS RECUERDOS DE ELLA
35. EL ÁNGEL CAÍDO
36. AMAR
37. EL RECHAZO
38. LA VERDAD
39. DOS MENTIRAS

40. TRAICIÓN
41. HINDÚ KUSH
42. LA CONFESIÓN
43. LA ARAÑA
44. LA GRAVE NOTICIA
45. CURACIÓN
46. RENACIMIENTO
47. ATENTAMENTE
48. LA BODA
49. OSCURIDAD Y LUZ
50. SILENCIO
51. LA COLINA
52. ESOS DOS
53. PASIÓN
54. NÉMESIS
55. UNA ÚLTIMA VEZ
56. LA NOCHE EN QUE NOS CONOCIMOS
57. TRAIDOR
58. EL LUGAR TRANQUILO
59. CERRAR
60. MÁS CERCA AÚN
61. EL REVERENDO
62. FLORES PARA EL DIABLO
Epílogo

DEL AUTOR:
SUSCRIPCIÓN
Libros de V. Kahany
STAY IN TOUCH!

Flowers For The Devil

Copyright © 2022 Vlad Kahany

All rights reserved. This book or parts thereof may not be reproduced in any form, stored in any retrieval system, or transmitted in any form by any means—electronic, mechanical, photocopy, recording, or otherwise—without prior written permission of the publisher, except as provided by United States of America copyright law.

This is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents are either the products of the author's imagination or are used fictitiously. Any resemblance to actual persons, living or dead, businesses, companies, or events is entirely coincidental.

Creado con Vellum

Dedicado a aquellos cuyas sombras del pasado son las más oscuras pero que tienen el coraje de caminar en la luz.

"Las sombras solo bailan cuando la oscuridad lucha contra la luz.
Porque cuando la luz gana y entra con toda su fuerza,
la única sombra que ves es la tuya."

Harlan Krow, el caballero-diablo.

PLAYLIST

Devil Devil—MILCK
Play With Fire (Alternate Version)—Sam Tinnesz, Ruello, Violents
Lion—Saint Mesa
Devil You Don't—CXLOE
How Villains Are Made—Madalen Duke
Watch You Run—ECHO, Tomer Katz, D Fine Us
The Devil You Know—X Ambassadors
I Will Never Die—Delta Rae
Pala Tute—Gogol Bordello
Black Hole Sun—SWANN
Familiar—Agnes Obel
Lovely (with Khalid)—Billie Eilish, Khalid
Second (Skyrim)—Mimi Page
I Found—Amber Run
Oh Love—Ane Brun
Nemesis—Benjamin Clementine
Love story—Indila
Bottom of the River—Delta Rae
Heal—Tom Odell
Gems - Interlude—Little Simz

You can find the playlist on Spotify.

PRÓLOGO

¿Qué hace el sacerdote cuando el diablo viene a confesarse?

¿Y si el diablo es un caballero?

Y, de hecho, ¿un héroe querido por los más pobres de Londres?

¿Y si sus oscuras acciones facilitaran la vida de cientos de personas? Quizás, miles...

Verás, el reverendo John Pearse no tiene otra opción. Oye el nombre que tan a menudo se susurra en la oscuridad. Oye la voz que finalmente llegó a la luz. Sabe que será una historia de tinieblas. Y mil Santos Rosarios no borrarán los crímenes.

Pero el reverendo Pearse no es ajeno a la oscuridad. Los pecados de los demás son su pan de cada día. Sus labios están sellados.

Así que escucha mientras la voz baja comienza la oscura historia.

"Perdóneme, Padre, porque he pecado. Mis pecados son demasiados para contarlos. Y, perdóneme Señor, los volvería a cometer. Mi nombre es Harlan Krow, y esta es mi confesión."

1

VANITY FAIR

AGOSTO DE 1851

La condesa Alina Bronskaya bebió una copa de champán y escudriñó el abarrotado salón de baile. Las luces de los candelabros eran cegadoras, pero no lograron borrar las imágenes de sangre que aún parpadeaban en su mente como imágenes de un libro de terror.

Sangre.

Un cuerpo inerte en el suelo.

Y él, la sombra oscura que se cernía sobre ella.

"¿Está bien?"

Alina inhaló profundamente, tratando de calmar los temblores en su cuerpo.

Adornado en oro y blanco y decorado con una extraordinaria cantidad de flores frescas, el salón de baile era uno de los mejores de Londres. Hirviendo a fuego lento en un esplendor resplandeciente y el calor de finales de agosto, sus ventanas del piso al techo daban a la terraza abarrotada, iluminada intensamente por docenas de lámparas.

Era demasiado tarde y la fiesta ya estaba en pleno apogeo.

Alina no había tenido tiempo de prepararse adecuadamente para la fiesta. Nada de baño. Nada de cremas. Apenas maquillaje. Su pelo olía a cloruro y a carbón quemado cuando llegó a casa, y tuvo que untarle la tan odiada pomada.

"¡El vestido! ¡Rápido!" había apurado a su doncella, Martha, que se revolvía con cordones y joyas.

Alina se había rociado con perfume para disimular los rastros del hedor de los medicamentos y salió corriendo de la casa.

Su corazón aún se aceleraba ante los recuerdos, pero el champán la ayudó mientras examinaba la sala abarrotada. También lo hizo la música alta, ahogando el sonido de la voz baja de la sombra en su cabeza.

"¿Eres capaz de caminar?"

Las damas y los señores, embalados con sedas, plumas y joyas excesivas, estaban bastante borrachos. La música de la orquesta mezclada con risas y charlas ruidosas vibraba en el salón de baile abarrotado de rostros empolvados.

Los bailes de lady Amstel eran alegres incluso después de la temporada. Pero los ricos podían oler a "pobres". Y el trabajo de Alina era realmente barato: en el hospital de St. Rose, en las afueras de St.

Giles, la línea invisible que separaba a los más pobres de los más afortunados.

Su madre, Anna Yakovlevna Kameneva, flotó hacia ella con una sonrisa bien ensayada que ocultaba desdén, sus ojos fríos recorrieron de arriba abajo el vestido de Alina.

“Pareces la hija de un comerciante,” murmuró su madre con un marcado acento ruso, mientras el gigantesco collar de rubíes que adornaba su cuello silbaba con su brillo diabólico. “¿No se te ocurre nada mejor que ponerte?”

Entrecerró los ojos en señal de reproche ante la modesta gargantilla de topacio de su hija y se colocó a su lado, frente a la sala abarrotada. Su lujoso vestido burdeos era como un ramo de flores en comparación con el sencillo vestido de noche verde claro de Alina, usado dos veces seguidas en el último mes. Anna Yakovlevna era el mejor ejemplo de la verdadera nobleza rusa con su talento para las exhibiciones elegantes y autoritarias de riqueza, ya fueran joyas, pieles o copas de oro en sus fiestas en casa.

“El duque de Ravenaugh y el vizconde de Leigh están aquí,” dijo en voz baja mientras examinaba la habitación.

Viejas noticias.

Alina puso los ojos en blanco, pero hizo un esfuerzo por enderezar los hombros. "Solo vienen a disfrutar de la gloria de la admiración de todos," dijo con indiferencia.

Se miró los brazos para asegurarse de que no había rastros de sangre. No podía recordar la secuencia exacta de los acontecimientos en St. Rose. Solo el ataque y luego la sombra oscura que se cernía sobre ella y le ofrecía su mano.

Sacudiéndose los recuerdos que habían hecho que su corazón volviera a latir con fuerza, volvió a mirar a la pomposa multitud.

Un conjunto de vicios y títulos. Incluyéndola a ella.

Despreciaba cómo todo el mundo se inclinaba ante los títulos. Cómo las mujeres solteras agarraban nerviosamente sus abanicos y ajustaban expresiones demasiado dispuestas mientras se exhibían ante posibles pretendientes. Cómo los más ricos se reían a carcajadas y parpadeaban lentamente, sin ocultar su desprecio, y los menos poderosos temblaban de inquietud ante cada una de sus palabras.

“Son algo a lo que aspirar,” intervino Anna Yakovlevna.

“Orgullo y gula, tal vez,” murmuró Alina y cogió otra copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba por allí. El agradable líquido gaseoso bajó por su garganta, calmando sus nervios, y abrió su abanico, tratando de enfriar su rostro ardiente.

Su madre sacudió su abanico con enojo y siseó: "Si tan solo te interesaran los pretendientes más que los inválidos sin hogar."

"Mamá..." Alina le hizo un gesto molesto para que se fuera, después

de haber escuchado esas palabras demasiadas veces.

"¿Peleando otra vez?" una voz suave vino detrás de ellas, haciendo que Alina se volviera para ver a su padre.

Gracias al Señor.

Nikolái Serguéievich Kámenev se acercó a ellas. Sus labios estaban ocultos por su espeso bigote y barba, pero sus amables ojos sonreían a su hija. Su madre era una conversadora feroz. Su padre era un oyente humilde. Era una combinación hecha en el cielo.

"Mamá me está regañando de nuevo. Papá, por favor, díselo."

"¡Oh, el abogado!" dijo Anna Yakovlevna con sarcasmo, y luego agregó en ruso: "*Ostanetsia v devkah, budesh na starosti let plakat', chto net potomkov.*"

Como de costumbre, ella se quejó de él por defender a su hija, que no les daría herederos, él sonrió amablemente, se encontró con la mirada de disculpa de Alina y le guiñó un ojo. Era un escudo entre Alina y su madre, recibiendo todos los golpes.

Las notas agotadoras de un vals flotaban por la habitación. Alina echó un vistazo a los rostros engreídos, vestidos y trajes, faldas y vestidos. El alcohol disolvía lentamente los nobles modales. Lady Boarberry había reunido a varios hombres a su alrededor, riéndose demasiado fuerte de los chistes mientras su joven hija soltera sudaba en la pista de baile con el doceavo pretendiente potencial. El salón de baile estaba sofocante. Los abanicos se movían con la velocidad de las lenguas de las serpientes.

La imagen de la sangre volvió a parpadear en la mente de Alina. Cerró los ojos por un momento y sacudió la cabeza, tratando de quitársela.

"¡Sir John!" exclamó Anna Yakovlevna, dándole un codazo en las costillas.

Un hombre bajito y regordete con la cara roja y la cabeza calva sudorosa se acercó, con su sonrisa astuta dirigida a Alina. Sus fosas nasales se expandieron, como si oliera el aire.

¿Podía oler la sangre?

Dios.

De repente, Alina volvió a ser demasiado consciente de sí misma. Las imágenes de la calle nocturna y el cadáver pasaron por su mente. El pánico se apoderó de ella como una marea.

Bajó la mirada hacia sus manos enguantadas, revisándolas por enésima vez, aunque había cambiado los guantes para la fiesta. Y cuando Sir John le tomó la mano para darle un beso prolongado, sintió el impulso de apartarlo por sus tupidas patillas.

Una conmoción en la puerta hizo que la bulliciosa multitud volviera la cabeza.

Samuel Cassell, duque de Ravenaugh, y Theo Van Buren, vizconde

de Leigh, entraron en la habitación. Los dos siempre parecían aparecer juntos. Uno estaba malhumorado e indiferente, como si no hubiera vida dentro de su alta e impresionante figura. El otro era demasiado hablador y deliberadamente atento.

Podían pasar por hermanos. Ambos llevaban el pelo oscuro hasta los hombros, peinado hacia atrás y recogido con una liga, en contra de la moda. Ambos bien afeitados. Ambos altos, fuertes y vestidos impecablemente. Pero mientras que las facciones del duque eran pesadas pero algo más apagadas, las del vizconde eran agudas y felinas, y sus ojos casi siempre entrecerraban los ojos con un brillo juguetón.

Alina les había sido presentada antes, pero nunca les dio dos vueltas. Uno era aburrido, el otro un libertino.

Exhaló aliviada, al menos alguien no le prestaría atención.

Sir John Boldon se apartó, con los ojos fijos en los dos señores. El resto de la multitud susurró con demasiado entusiasmo, y algunas debutantes enderezaron los hombros. Los fanáticos con las manos enguantadas comenzaron a moverse más intensamente por la habitación.

Alina estudió su copa de champán con una pequeña sonrisa.

Los dos solteros titulados en sus treintas eran la captura más esperada, aunque nadie los había atrapado todavía. Van Buren, según los rumores, había atrapado muchos peces en su red, atrapaba y soltaba. Cassell era un heredero único, sin familia, sin intereses, lo suficientemente rico como para comprar la mitad de Londres, pero un hombre tranquilo y aburrido que definitivamente no le interesaba a Alina.

Movió los hombros, la tela se pegó a su piel sudorosa, y tomó otro trago de champán que alivió lentamente su nerviosismo.

De repente, el afilado codo de su madre se clavó de nuevo en su costado.

“Oh, mi señor,” susurró Anna Yakovlevna, levantando la barbilla y esbozando una sonrisa cortés. Incluso su collar de rubíes pareció brillar más al ver a los dos señores, que se dirigían hacia ellos.

Alina maldijo en su mente y ajustó su postura, agarrando su copa de champán con ambas manos.

De todas las noches, todos los hombres de repente le prestaban atención mientras ella todo lo que quería era desaparecer. Ni una sola vez, después de su primera presentación, el duque o su amigo habían condescendido a hablar con ella. Parecían, como el resto de la sociedad: cuidadosos con los *inmigrantes* que habían aparecido en Londres hacía dos años, dando muchas razones para cotillear. La moda cambió más rápido que la interminable conversación sobre la condesa rusa que se había deshecho de su marido y había huido del país con su

familia.

Alina ya lo había oído todo antes.

"Se casó a los veinte años. Viuda a los veintidós años. ¡Debe haberlo envenenado!" se burlaban las mujeres que aborrecían a sus maridos.

¿Una espía rusa, tal vez? dijeron los que incursionaban en la política.

"Tal belleza a menudo esconde la locura y el mal gusto," decían aquellos que escudriñaban sus vestidos, joyas y pieles en cada fiesta, solo para aparecer en la siguiente con lo mismo.

"Una chica negra a su servicio. Salvajes, ¿qué más? decían los que aprobaban las leyes para suprimir los derechos de los pobres.

"Trajeron un ejército de sirvientes rusos con ellos. Deben haber estado huyendo."

¡Oh, cuánta razón tenía estos últimos! Era la huida en medio de la noche, con las armas de los oficiales apuntándoles, un largo viaje desde la patria repentinamente hostil a una tierra que los miraba con la sospecha y la curiosidad de los visitantes del zoológico.

Y allí estaba Van Buren, abriéndose paso entre la multitud hacia ella, con una mirada demasiado intensa que le cortaba la confianza. Cassell lo seguía, asintiendo con elegancia y obligándose a sonreír.

“¡Condesa!” El vizconde sonrió, acercándose y tomando su mano entre las suyas.

"Mi señor." Alina hizo una reverencia. “Su Excelencia.” Intentó sonreír al duque, que le besó la mano sin mucho entusiasmo, mientras su madre tenía suficiente para los dos.

El olor a colonia, cuero pulido y cigarros la envolvía.

Los dos hombres parecían más grandes que la vida. Sus figuras altas y anchas eran como las de los espartanos. Podían ser hombres superficiales, pero era imposible apartar la vista de ellos.

Muy pocos señores poseían verdadera belleza y fuerza masculinas, nobles sólo en sus títulos. El hombre más rico de Londres parecía una patata asada con patillas y un bigote tan grande y descuidado que podía ocultar un pueblo. El famoso duque de Trento, que hacía sólo unos meses se había casado con la muchacha más hermosa, nada menos que hija de un conde, tenía una barriga que podía acomodar una cervecería, mal aliento y un temperamento horrible, que su nueva esposa no podía ocultar con todo el polvo sobre sus moretones.

Pero estos dos...

Alina respiró hondo y mantuvo una sonrisa en su rostro mientras los caballeros intercambiaban cumplidos y sonrisas bien practicadas con sus padres.

Emanaban poder. Tan cerca era intimidante.

Los dos señores eran un ejemplo de nobleza bien educada y apariencia verdaderamente aristocrática. Su presencia llenaba la

habitación. No es de extrañar que no estuvieran interesados en el matrimonio. La vanidad era la droga más dulce. Mientras las madres arrojaban a sus hijas a los pies de los señores en cada función, estos dos solo necesitaban otra dosis. Y la siguiente.

Con exagerada alegría, Ana Yákovlevna se deshizo en elogios hacia Su Gracia y su amigo. El vizconde soltó una risita bien disimulada mientras el duque permanecía de pie como una estatua, con las manos entrelazadas a la espalda, como si no le importara estar allí.

Alina tampoco. Quería que los hombres las dejaran en paz, ya que toda la habitación fingía continuar con sus bebidas y charlas tontas, aunque las miradas ocasionales de las mujeres en su dirección eran tan agudas como aguijones de avispa.

Los ojos merodeadores de Van Buren volvieron a fijarse en Alina.

"Lady Bronskaya, se ve despampanante."

¿Despampanante?

¿Había oído mal, o el señor acababa de hacerle un cumplido? ¿Estaba coqueteando?

Logró otra sonrisa fría que no llegó a sus ojos.

“Sus ojos,” ronroneó Van Buren, mirándola con demasiada intensidad. "Capaces de arruinar a un hombre."

Su sonrisa se congeló y su corazón se le aceleró en el pecho.

Los dos hombres asintieron cortésmente, pero cuando se retiraron, la mirada de Van Buren se detuvo demasiado tiempo en Alina, sus ojos brillaban intensamente.

Esa noche no había sido la primera vez que no había traído consigo al doctor Grevatt, Yegor o Rumi a St Rose. Y entonces había sucedido esa cosa atroz.

Las imágenes parpadearon en la mente de Alina con nueva fuerza.

El asalto del hombre sucio en la calle oscura junto al hospital hace solo unas horas.

Un gruñido furioso mientras su mano agarraba el brazo de Alina, atrayéndola hacia él.

Las desagradables palabras: "Si no tienes dinero, tendrás que pagar de alguna otra manera."

Su rostro vil y su risa maliciosa, flotando hacia ella con el hedor más fuerte a licor y algo podrido.

Su mano la manoseó a pesar de sus súplicas y gritos. Con la otra mano le tapó la boca. Hizo acopio de todas sus fuerzas y se retorció en sus brazos, empujándolo.

Luego la oscuridad...

Tiempo perdido...

Volvió en sí y se dio cuenta de que estaba sentada en el suelo contra la valla. Mirando a su alrededor, vio el cuerpo inmóvil del atacante, con la cabeza ensangrentada y más sangre empapando su

pecho.

No-no-no-no-no...

¿Cómo?

Oscura, casi negra en la oscuridad de la noche, la sangre de repente parpadeó de color rojo brillante en la lámpara del carruaje que pasaba. ¿Por qué su pecho?

No-no-no.

Y entonces la voz baja vino de la oscuridad.

"¿Está bien?"

Una sombra, como el mismísimo diablo, se inclinó sobre ella, extendiendo su mano.

Un abrigo largo de cuero negro. Un sombrero de copa con esa característica borla roja que todo el mundo conocía en las zonas más pobres de Londres. Pelo negro hasta los hombros. Las gafas redondas de color parpadeaban como miradas feroces.

"¿Puede ponerse de pie?" preguntó la voz suave y profunda, con la mano enguantada negra aún extendida hacia ella.

Su estómago se volvió helado. Su corazón latía tan fuerte que parecía desgarrarle el pecho. Ella lo miró boquiabierta, tratando en vano de discernir sus rasgos en la oscuridad.

Tenía el mismo aspecto con el que lo describían en las historias susurradas durante años, aclamando al héroe de los pobres, y en los titulares de la Gaceta que detallaban los horripilantes crímenes cometidos en nombre de la justicia.

Alina tragó saliva y, por reflejo, puso su mano en la suya. Sin esfuerzo, la puso de pie.

Una cabeza más alto que ella, parecía un gigante. Se olvidó de respirar y se olvidó del hombre en el suelo, y en su lugar miró fijamente la oscuridad vestida de negro.

Un asesino.

Un villano.

Una leyenda.

"Me temo que he tenido que ocuparme de su pequeño problema," dijo la voz, profunda pero tranquilizadora.

El aire parecía calmarse a su alrededor.

¿Ocuparme?

Su corazón latía violentamente, haciendo que sus rodillas flaquearan.

No, no estaba soñando. Este *era* el hombre que cuidaba las calles del East End.

Ella se quedó de pie, paralizada por la oscuridad y los pequeños destellos de reflejo en sus gafas tintadas. Ella debió de tambalearse, mareada y confundida, porque él la tomó suavemente por los hombros.

“¿Es capaz de caminar?”

Se olvidó de responder, mirando fijamente a la oscuridad.

El West End lo conocía como el villano más escurridizo. El East End lo aclamaba como el héroe de los pobres.

La ciudad lo llamaba el caballero-diablo.

Era el hombre que Alina conocería como Harlan Krow.

2

UBUNTU

Esta historia comienza cerca de los barrios bajos de St. Giles, Padre.

Whitechapel. Spitalfields. Bethnal Green. Old Nichol.

Suenan como lugares sagrados, pero son las sombras de la oscuridad, las partes de Londres que uno tiene suerte de no conocer.

El Acre del Diablo, un nombre que no puede ser más simbólico que ese.

Conocía los barrios bajos, sus terrores nocturnos. Fuegos ardiendo aquí y allá. Manteniendo a unos calientes, quemando los restos de otros desafortunados. Los pecados se enconaban en cada rincón. El aire estaba cargado de hedor y sonidos de miseria.

No había nada más negro que las calles de Old Nichol por la noche.

Las voces que gemían y gruñían y suplicaban clemencia.

Las voces que resonaban como miles de fantasmas en el pozo más oscuro de Londres que nunca dormía, abarrotado de almas torturadas.

Cualquier cosa que fuera demasiado vil para las partes como St. Giles pululaba aquí, en esta tumba de la existencia. Esto no era vivir, sino sobrevivir. Y sentí que estar aquí, de todos los lugares, podía traer alivio.

Una persona a la vez, Harlan.

Cuando estaba en el sur de África, un escriba local me enseñó una palabra.

Ubuntu en el idioma Nguni significa "humanidad". Pero esa es una palabra inglesa. En el entendimiento local, significa: "Yo soy porque tú eres."

Verá, Padre, la humanidad es un reflejo de sí misma. No actuamos solos, sino con la consideración de los demás. Nuestros actos son contagiosos. La maldad brota como la mala hierba, la bondad como la hierba fresca. Pero las malas hierbas crecen por todas partes y la hierba necesita sol, agua y cuidados. No se cambia la sociedad de repente, sino más bien lentamente, con actos de bondad, un goteo de ellos que algún día podría convertirse en un río.

Hice lo que hice porque facilitó la vida de muchos, Padre. Los míos no siempre fueron actos de bondad, pero evitaron el dolor de los demás. La mía es un alma condenada, pero otros pueden ser salvados. Si una vida es el daño colateral, ¿me culparía?

Oh, ya veo, Padre. Lo hace.

Bueno, piénselo de esta manera. Es un cochero que conduce un carruaje. El caballo se vuelve loco. No responderá a sus riendas. Un látigo en las manos es inútil.

El camino frente a usted se bifurca. Más adelante, tiene un grupo de cinco niños en un camino y un hombre solitario en el otro.

El caballo no se detendrá, lo sabe. ¿Qué camino tomará?

¿Dice que no tienes que tomar una decisión? ¿Todo está en las manos de Dios, dice? Ya lo he escuchado antes.

¿Y si le digo que el hombre solitario es un monstruo? Entonces, ¿tomará Dios el trasfondo del escenario y le permitirá tomar esa decisión?

No estoy seguro de qué me atrajo a St Giles esa noche. Pero debería estar agradecido.

Cómo mi ángel terminó allí fue un misterio que pude descubrir más tarde.

La Condesa Alina Bronskaya.

La noche que la vi, pensé que estaba perdida. Solo más tarde me daría cuenta de que yo era el que estaba perdido. Hasta que me encontró sin mirar.

Ubuntu. Yo soy porque tú eres.

Encontré a mi ángel en la oscuridad, Padre. Y me mostró el camino hacia la luz. Ninguna oración había logrado eso. Ninguna iglesia me había dado nunca un hogar. Ninguna palabra de consuelo viniendo de usted había calmado tanto como lo hicieron las de ella.

Mi historia con ella comenzó con un asesinato. Terminaría con otro crimen. Y acabaría con el villano más notorio que Londres había conocido.

Harlan Krow.

El caballero-diablo.

La sombra de los barrios marginales.

¿Quién iba a decir que la muerte podía ser tan dulce?

3

LOS KAMENEV

"¡Eres un patán! ¡No puedo soportarlo, de verdad!" El fuerte grito femenino resonó en las habitaciones de los sirvientes de la casa de la calle Birchin.

Una puerta se cerró de golpe en algún lugar, seguida por el sonido de pasos apresurados y enojados.

Alina se apoyó en el marco de la puerta de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho, y observó divertida cómo se desarrollaba la pelea de otra sirvienta. Rara vez entraba en los aposentos de los sirvientes, pero su doncella y su lacayo eran objeto de entretenimiento constante en los días tranquilos y tristes.

La gran cocina le recordaba a su hogar. Baúles, cajas, cofres, sacos con semillas y flores secas y hierbas, hilos de ajos y cebollas. Los estantes estaban llenos de copas y jarras de todos los tamaños y colores. Una gran canasta de manzanas esparcía el aroma de un jardín de verano por toda la cocina.

Prosha, la cocinera, se había asegurado de que su vivienda fuera como su hogar. Se ocupaba de sus propios asuntos, con las mangas de la camisa arremangadas mientras hundía sus gruesos brazos rojos en una bañera de agua caliente.

Yegor se sentó a la mesa de la cocina, con sus piernas fuertes y gruesas abiertas, y sus puños gigantes sobre la mesa. Incluso sentado, el lacayo de veinticinco años era casi tan alto como Prosha de pie. Con una barba espesa, un cabello rebelde que le quitaba la gorra de la cabeza y un cuerpo montañoso podía cenar una vaca, beber una jarra de aguardiente, leer una oración arrodillado en un rincón, persignarse y caer en un sueño profundo y saludable. Y la sonrisa tonta que brillaba a través de su espesa barba en este momento no era rival para su forma intimidante que asustaba a los transeúntes en las calles.

Alina estudió su librea. Ya parecía desmoronarse por las costuras, las telas se tensaban contra sus músculos. Lo que prefería era una camisa holgada con un cinturón, pero Anna Yakovlevna había insistido en el atuendo occidental adecuado.

La voz femenina irritada pertenecía a Martha, la sirvienta inglesa de veinte años de Alina, una muchacha curvilínea con una cara bonita, casi de muñeca, y cabello color pajizo. Su voz se apagó mientras desaparecía en lo más profundo de la cocina, el molesto gorjeo no cesaba. Su forma curvilínea reapareció con una pila de ollas

en sus manos.

“Y es evidente que tus oídos están muertos,” divagó, sin mirar a Yegor, pero haciendo que se moviera con el balanceo de sus anchas caderas mientras pasaba pisando fuerte. "Porque si los abrieras, oirías lo que te digo. Y te dije una docena de veces que no tocaras mis pertenencias."

Volvió a la mesa y posó frente a él, poniendo los puños en la cintura y mirándolo.

Yegor se limitó a sonreír, mirando de arriba abajo su figura de reloj de arena y su gran pecho, constreñido por su uniforme.

Esos dos habían discutido casi constantemente durante los últimos dos años, desde que Alina y sus padres habían llegado a Inglaterra.

"¿Por qué siempre sonríes? ¡Responde!” preguntó Martha, con los ojos encendidos.

La sonrisa de Yegor se convirtió en una mueca. Su actitud alegre era como un muro contra el que la ira de Martha golpeaba todo el tiempo sin resultados.

Se apoyó en las manos sobre la mesa, acercó su rostro al de Yegor y entrecerró los ojos en él. "Te gusta que te llamen tonto, ¿no? ¿O no lo entiendes? ¿Quieres que lo diga en ruso?”

Oh, Yegor lo entendía muy bien. Los Kámenev habían contratado a un tutor para que enseñara inglés básico a sus sirvientes rusos. Pero el lacayo no respondió, su mirada se deslizó hacia el pecho de Martha, que parecía aún más regordete cuando se inclinaba. Ella se dio cuenta y se enderezó.

"¡Vaya!" Pisó fuerte y apretó la mandíbula con frustración.

Alina se aclaró la garganta, sobresaltándolos.

“Mi señora.” Yegor se levantó bruscamente, chocando con la mesa y sacudiéndola. Martha se limpió las manos en las caderas bien formadas y se enderezó mientras Prosha continuaba lavándose con su habitual expresión sonriente.

“Anna Yakovlevna ha estado esperando su té,” dijo Alina sin enfado, a pesar de tener que venir aquí, pues el timbre no había sido contestado. Sus sirvientes eran un desastre, pero divertían mucho a su familia.

"Esos dos se matarán entre sí o terminarán en una buena caída," solía decir Prosha, haciendo que Anna Yakovlevna se quedara boquiabierta de sorpresa y Alina se riera.

Martha se mordió los dedos y miró fijamente a Alina. “Si no fuera por...".

Las palabras murieron en sus labios bajo la mirada de reproche de Alina.

“Perdóneme, mi señora. Enviaré a Dunya de inmediato,” dijo la criada en voz baja.

Alina regresó a la sala de estar, donde su madre estaba medio sentada y medio tumbada en el sofá, con una compresa de hierbas en la frente.

“Si no aprenden a bajar la voz,” dijo Ana Yákovlevna débilmente en ruso, los echaré a los dos. Son como perro y gato."

Alina se sentó en el sofá frente a la mesa baja de su madre y cogió el libro que había estado tratando de leer durante algún tiempo.

"¿Dónde está esa chica insolente? Pedí té hace una eternidad” murmuró Anna Yakovlevna. "Un día se matarán entre ellos."

Matar...

La palabra tiró instantáneamente de la mente de Alina con los recuerdos de hacía una semana.

Había pensado que los recuerdos serían traumáticos. Pero el tiempo estaba cambiando rápidamente. Y a medida que los últimos días del verano se habían ido, también lo hacía el temor al recordar la noche junto a St. Rose.

Extraño.

Los acontecimientos de hace una semana ahora parecían un sueño lejano. Lo mismo ocurría con el verano. Las hojas parecían haber cambiado de color de la noche a la mañana. Y con la misma rapidez, en lugar de chaquetas y sombrillas de verano, los primeros días de septiembre trajeron consigo abrigos y paraguas.

La lluvia comenzó a caer implacablemente, drenando el color de las hojas, volviéndolas ocres quemadas, grises y derribándolas de los árboles una por una.

Con la alegría del sol desaparecida, las sonrisas desaparecían, dando paso a miradas exhaustas, gruñidos y maldiciones mientras los pies empapados pisoteaban el barro y los charcos.

Alina lo disfrutaba bastante. Los ojos de la gente permanecían fijos en el suelo, buscando otro charco que evitar en lugar de hurgar en ella con curiosidad. La temporada había terminado hacía mucho tiempo y las fiestas se habían calmado hasta que se reanudaran en diciembre. Se alegró de que hubiera menos excusas para que su madre la arrastrara a otra función, tratando de venderla a algún soltero respetable. Preferiblemente, un duque o un conde. Un príncipe sería grandioso, porque Ana Yakovlevna pensaba que su hija merecía un rey.

El fuego crepitaba en la chimenea de la sala de estar mientras Alina intentaba leer, a pesar de los comentarios demasiado frecuentes de su madre. Anna Yakovlevna había pedido que se encendiera el fuego, quejándose del frío temprano, de la terrible lluvia y de su artritis.

"Esta ciudad pasó de ser una dama glamorosa a una ramera en mal estado en cuestión de una semana," se quejó su madre en ruso.

Anna Yakovlevna se enfurruñó, echando de menos su casa como nunca antes. Odiaba la monotonía de las estaciones frías. Bebía té y *Nalifka,* dulce licor casero de bayas, escogía ociosamente melodías melancólicas en el piano y, más a menudo, reprendía a sus sirvientes. Un momento estaba inquieta, otro se quedó junto a la ventana, con los brazos envolviendo el chal con fuerza alrededor de sus hombros mientras miraba al vacío como si esperara a alguien.

La voz baja y retumbante de su lacayo sonó desde la entrada. Sus palabras inconexas en inglés, con un fuerte acento agresivo, se abrieron paso entre las respuestas rápidas de Martha.

La puerta de entrada se cerró de golpe.

De nuevo los sirvientes, Anna Yakovlevna suspiró en respuesta.

Los visitantes rara vez venían en estos días. Al principio, cuando Alina y sus padres llegaron a Londres, todo el mundo estalló de curiosidad. Pero se hicieron pocos amigos. Alina prefería que fuera así, al menos por ahora, sintiendo que el dolor y la amargura se apoderaban de ella al pensar en casa.

Este es nuestro hogar ahora.

Gracias a Dios por los sirvientes que habían traído consigo. Anna Yakovlevna había insistido y tenía razón. La pequeña casa de dos pisos que habían adquirido en Birchin Street era Little Russia, como la había llamado entre risas Olga Kireeva la última vez que había venido a Londres. Prosha, la cocinera mayor, gruñona, pero brillante. Dunya, la joven y esbelta sirvienta que había aprendido el idioma inglés y los modales con sorprendente rapidez. Y Yegor, el vikingo, que asustaba a cualquiera que lo mirara.

Había tres sirvientes más que eran ingleses y estaban en constante guerra con los rusos.

“Casi como en casa,” había dicho Olga en tono de broma y se echó a reír.

¡Oh, cómo extrañaba Alina a Olen'ka! No podía esperar hasta noviembre para volver a ver a su amiga.

Mientras tanto, ella estaba bastante contenta con el mal tiempo.

A excepción de las quejas de su madre.

A excepción del deterioro de la condición del Doctor Grevatt.

A excepción—

Del hombre oscuro con el que se había encontrado hacía una semana.

Había tenido pesadillas durante varios días. Pero se habían calmado, al igual que los recuerdos de él.

Ahora parecía un mal sueño. No se lo había dicho a nadie. Los delitos menores eran comunes. Se decía que Lady Boarberry había sido robada en su carruaje en Knightsbridge. Por supuesto, había sido en medio de la noche cuando regresaba de ver a su amante. Esa parte

había sido omitida intencionalmente en la historia. ¡Y sin embargo! Esta ciudad estaba plagada de crímenes. Pero no muchos podían decir que habían conocido al hombre que era un mito y, según algunos, no existía.

El dulce olor de la masa horneada se filtró en la sala de estar.

Los ingleses odiaban el olor de la comida en sus casas.

"Eso es porque no huele bien," solía decir Anna Yakovlevna con amargura y se agradecía a sí misma por haber traído a Prosha.

Su cocinera, una mujer redonda de unos cuarenta años, tenía un temperamento fogoso, una voz retumbante, unas manos enormes que podían amasar una tina de masa en cuestión de minutos y un ladrido profundo que asustaba al personal de cocina e incluso hacía que Yegor se enderezara. Prosha era reacia a aprender la cocina inglesa.

"Los perros tienen mejor gusto que eso."

Lo mismo ocurrió con el idioma inglés. Las únicas palabras que habían encontrado su vocabulario en dos años eran: «Gr-r-racias», «Buen día» y «Br-r-ruto». Esto último lo había escuchado en la calle cuando alguien se lo espetó a Yegor. Cuando aprendió el significado, Prosha soltó una carcajada contagiosa suya y le dio una palmada en el antebrazo al fulminante Yegor, diciendo: «Br-r-ruto», mirando con los ojos desorbitados y riendo de nuevo. En su acento grueso, el de un tambor de guerra, la palabra sonaba como el insulto más profundo.

"Prosha está haciendo pasteles de semillas de amapola," dijo Alina distraídamente.

"Ya era hora." Su madre empezó en el sofá. "No puedo acostumbrarme a la comida aquí. Insípida. Sin imaginación. No es de extrañar que seque el ingenio de la gente," se quejó Anna Yakovlevna en ruso mientras interpretaba a un cisne moribundo.

Alina resopló. "Estás siendo crítica. Hablas como si estuvieras de vacaciones aquí por un corto tiempo." Ella respondió en inglés, sabiendo que irritaba a su madre.

"¡Extraño mi casa, sí! ¿Quién puede culparme?" Anna Yakovlevna respondió en ruso, sus conversaciones eran una guerra interminable. "El otoño con sus colores brillantes. ¡Oh, qué bellamente lo describió Pushkin! ¿Puedes comparar alguna vez al hada dorada con esto?" Hizo un gesto vago hacia la ventana mientras estaba medio tumbada en el sofá, moviendo los pies sobre una almohada, un chal sobre los hombros y una compresa tibia en la cabeza. "Este país me da dolor de cabeza. ¡Dunyasha! ¿Dónde está esa chica insolente? ¡Traigan a *Nalifka*!"

"Mamá, estás siendo melodramática," respondió Alina en inglés, sin apartar los ojos del libro que estaba tratando de leer, atascada en la misma página durante la última media hora.

Había estado tratando de convencer a su madre para que hablara

más inglés. Pero Anna Yakovlevna prefería el francés. A pesar de las guerras, la estrecha relación con Francia había forjado una llamarada para el idioma francés entre la nobleza rusa durante siglos. "Un lenguaje de amor," decía a menudo. "A diferencia del inglés. Br-r-ruto," imitó a Prosha, haciendo rodar el sonido de la r.

"Los otoños son muy parecidos en Rusia," argumentó Alina ahora. "Tu nostalgia está alterando tus recuerdos. Solías odiar a San Petersburgo en otoño. Decías que estaba sucio y lleno de ratas, tanto en la calle como en sus oficinas estatales."

Dunya entró con una bandeja que contenía una tetera y una taza, un vaso de cristal y una jarra con líquido bordó oscuro.

El espeso y dulce licor de bayas se había convertido en la medicina de Anna Yakovlevna y ahora se abría paso rápidamente por su garganta.

Prosha era una experta en bebidas caseras, tinturas y licores, vodkas infusionados con pimientos y miel y huesos de albaricoque y salvia y centaura, vinos fermentados a partir de bayas y frutas.

"Tal vez, deberías beber más té en lugar de licores fuertes," se atrevió a sugerir Alina.

"Tsk." Anna Yakovlevna le hizo un gesto a la criada para que sirviera uno más. "Un hombre sabio dijo: 'Dime qué bebes, y te diré quién eres'. Deshazte del té, Dunya. Cambié de opinión." Ana Yákovlevna chasqueó los dedos a la doncella, pero aceptó con entusiasmo el vaso cordial con la segunda ración.

“¿Arl-go-mas-señorrra? preguntó la doncella con una expresión dispuesta y un fuerte acento sibilante.

Alina frunció los labios para ocultar una sonrisa.

Al igual que Yegor, Dunya, de dieciocho años, intentaba aprender inglés. Pero a diferencia de todo el mundo, que todavía se ponía caftanes, camisas holgadas hasta la rodilla y zapatos de líba, ella vestía como una verdadera chica inglesa. Solo a altas horas de la noche, mientras realizaba las tareas domésticas, respondía al timbre y se presentaba descalza frente a Anna Yakovlevna.

"¡Modales!" Anna Yakovlevna se quejaba y luego se quejaba con Alina. "Por Dios, ¿aprenderán alguna vez? Puedes ponerle un vestido a un espantapájaros, pero no puedes darle un cerebro, ¿verdad?"

La tarde estaba lluviosa. Pronto, la oscuridad caería. Todos los días durante la última semana, Alina se sentía ansiosa por la noche.

“Voy a tomar un carruaje y voy a casa del doctor Grevatt,” dijo finalmente.

“¡Pero la cena! ¡Alina!" protestó Anna Yakovlevna desde detrás del

piano. "Esta familia debe ser tu prioridad."

“Lo es, mamá.” Alina se miró en el espejo y se ajustó el sombrero. "Pero tengo otras cosas que hacer en este momento."

Anna Yakovlevna se protegió teatralmente los ojos, como si la respuesta le doliera. "Llévate a Yegor contigo. Una mujer no debería andar sola por los barrios marginales."

Alina ya estaba junto a la puerta. “Voy a casa del doctor Grevatt.”

"Y luego a los enfermos."

“Estaré bien,” repitió desde el pasillo.

"¡Eres una viuda respetable!" gritó Anna Yakovlevna al techo. "¡Y demasiado joven para estar bien por tu cuenta!"

Y eso era, quizás, correcto.

“Yegor, vienes conmigo,” dijo Alina, cambiando de opinión en el último minuto.

Martha se limitó a fruncir el ceño, arreglando el chal de Alina y murmurando: "Sáquemelo de encima."

Yegor fue llamado con muchos nombres por los ingleses. Prosha y los demás lo llamaban *bogatyr'*, un guerrero heroico. Con casi dos metros de altura y fuerte como un toro, era una maravilla, que hacía que los transeúntes se hicieran a un lado con asombro e inquietud. A menudo se encorvaba de una manera torpe, como si tratara de inclinarse un poco ante las personas con las que hablaba. Alina lo usaba como guardia personal cuando hacía sus viajes semanales a St. Rose. A estas alturas ya conocían bien a Yegor. Sabía que, a pesar de su apariencia intimidante, Yegor podía hacer alguna broma en inglés. Hacía reír a los niños, levantando a tres de ellos con cada brazo. Su inglés estaba mejorando, sobre todo porque le tenía mucho cariño a Martha.

Era viernes, y el día habitual de la semana para la visita a St. Rose. Alina había decidido no ir allí sin su lacayo o al menos Rumi a su lado. A solo unas cuadras de los peores barrios marginales del centro de Londres, era sin duda un lugar peligroso para estar por la noche.

El estómago de Alina se retorció de inquietud cuando salió de la casa. Su lacayo gigante la siguió. Ella se volvió para mirarlo y se encontró con su sonrisa pronta. Nadie se atrevía a acercarse cuando él estaba cerca.

Ahora se sentía mejor, más segura.

Todavía no le había contado a nadie sobre el incidente nocturno de hace una semana. Ella no lo haría.

Y de una cosa estaba segura: el hombre de las sombras no volvería a aparecer.

4

DOCTOR GREVATT

Dos escritorios desordenados con bordes maltratados se encontraban en los lados opuestos de un estudio grande y oscuro en casa del doctor Grevatt.

"¿Té, señora?" preguntó la sirvienta, tomando el chal, el sombrero y los guantes de Alina.

El estudio del Dr. Grevatt estaba en su apartamento que ocupaba la planta baja de una casa de ladrillo en la calle Jermyn, a unos diez minutos a pie del hospital de St. Rose donde ejercía.

El estudio era una habitación desvencijada pero ordenada, con cortinas descoloridas y muebles desgastados. La alfombra en el centro era delgada con un parche sin pelos. Las tablas de madera chirriaban bajo los pies. La habitación olía a libros viejos, medicinas y parafina quemada. El lugar era como su dueño: envejecido y elegante, pero sin embargo, desmoronándose.

Alina había llegado a amar este lugar. Pero la monótona rutina pronto se volvería agitada con la rápida llegada de la estación fría.

Ni siquiera los ricos, hervidos a fuego lento en el calor de las chimeneas, podían combatir el frío. Penetraba en las paredes doradas, golpeando aún más ferozmente cuando uno abandonaba el calor de la casa. Los cuerpos acostumbrados al lujo eran aún más frágiles en la niebla y la lluvia inglesas que no tenían piedad. La enfermedad no perdonaba ni siquiera a los que estaban envueltos en pieles y gruesas capas de lana.

Pronto la carga de trabajo del Dr. Grevatt se duplicaría. Cuando hacía más frío, tenía que hacer malabarismos con los pocos pacientes ricos y los que acudían en masa a St. Rose en busca de una cura para sus interminables toses y dolencias.

El doctor Grevatt apartó los ojos de su escritorio y sonrió a Alina, viéndola entrar en el estudio. Su rostro arrugado lucía inusualmente cansado, sus ojos enrojecidos sobre las gafas sin patillas posadas en la punta de su nariz. Encendió su pipa y exhaló la primera nube de humo, desplomándose en la silla detrás de su escritorio.

En el otro escritorio, al otro lado del estudio, Rumi ya estaba arreglando los papeles del ensayo previamente terminados con la hoja vacía y fresca colocada frente a ella. Enderezó la pluma y el tintero que había junto a ella, tocándolos por enésima vez. Su meticulosidad era asombrosa. Al igual que su mente brillante. Rozó con sus dedos

oscuros la sábana blanca y sopló sobre ella, como para asegurarse de que ni una sola mota de polvo la estropeara.

Era curioso que la única persona a la que Alina podía llamar amiga de verdad fuera la protegida de Grevatt. Una antigua esclava salvada de una subasta en Spitalfields. Una chica negra de ascendencia nigeriana que podía leer latín y griego, hablaba francés con fluidez y tenía una educación mucho más amplia que la mayoría de las damas de la sociedad. Y la poesía... ¡oh, Rumi no había adquirido su nombre por nada!

Alina se acercó a la mesa, sonriéndole a Rumi, y luego tomó la última página que había narrado el día anterior.

"Muy bien. Continuaremos con el reciente brote de cólera y el modo de comunicación."

Rumi asintió y recogió la pluma.

Trataba la escritura como un ritual. La forma en que mojaba la pluma y la frotaba en el costado del tintero. La forma en que hacía un círculo apenas perceptible con la mano en el aire antes de bajarla a la página. El vestido de cuello alto de color esmeralda oscuro resaltaba los labios rojos carnosos y los ojos almendrados de Rumi, tan oscuros que hacían que los blancos fueran aún más brillantes, descarnados contra su piel negra como el carbón.

Rumi era hermosa. En apariencia. Corazón. Mente. Sólo tenía veinticuatro años y conjuraba los poemas que habrían hecho que Henry Dorcer, del Literary Review, se inclinara ante ella.

Alina empezó a narrar. Caminó lentamente de un lado a otro frente al escritorio, y mientras las palabras salían lentamente de su boca, ella y Rumi se acomodaron en su rutina de trabajo habitual mientras el Dr. Grevatt continuaba tranquilamente con el suyo en la otra esquina.

Hace más de un año, Alina se había ofrecido como voluntaria para ser la enfermera asistente del Dr. Grevatt a cambio de su tutoría. Cuando ella escribió su primer ensayo, en el que expresaba sus ideas sobre la causa del cólera, él se había quedado atónito. Esa noche, la había releído varias veces, luego había caminado alrededor de este mismo estudio, fumando y razonando, luego se detuvo y la miró.

“Señorita Alina,” había dicho entonces, ya en términos amistosos con ella. "Puede que sea la persona joven más prometedora en el campo de la medicina que he conocido últimamente."

Persona.

No *mujer*.

Persona.

Ese había sido el mayor cumplido que había recibido en su vida.

Había compartido su teoría con sus colegas.

"El Dr. Schofield está impresionado. Naturalmente, las ideas son demasiado valientes y necesitan mucha más investigación y pruebas,

pero lo suficiente como para iniciar una conversación. Está positivamente en discusión, y, con suficiente persistencia, será publicado. Solo hay una cosa, señorita Alina. Por favor, entiéndanlo."

Ella sabía lo que *estaba* a punto de decir.

"Nunca aceptarán el ensayo escrito por un médico no certificado y..." desvió la mirada con inquietud "de una mujer." Vio que se le hacía un nudo en la garganta mientras tragaba saliva. "Señorita Alina..."

"Lo sé." Ella asintió, con una sonrisa tranquilizadora en los labios. "Lo sé, doctor Grevatt. No hace falta que me lo recuerde. Y estoy de acuerdo con eso. Si esas ideas pueden promover la investigación médica, me haría feliz. Y si podemos usar su nombre para lograrlo, entonces eso es lo que hay que hacer."

"Sí. Sí." Había asentido en señal de disculpa, la luz de las velas parpadeaba ante esa admisión tan banal de la desigualdad social.

Desde entonces, siempre había revisado los ensayos de Alina. Había publicado cuatro y estaba casi listo el último. Las presentaciones a la Gaceta Médica llevaban el nombre de Grevatt, pero detrás de ellas estaba su investigación. La ciencia médica siempre había sido su pasión. Su difunto marido, el conde Andrei Bronskiy, la apoyaba y había contratado a un químico y a un médico para que la guiaran en su búsqueda de la ciencia médica. Cuando llegó a Inglaterra, su acuerdo con el doctor Grevatt había sido lo único que la había mantenido cuerda durante algún tiempo.

Y luego estaba St. Rose, donde sintió, por primera vez, que podía marcar la diferencia.

Siguió narrando a Rumi, pero sus pensamientos se desviaron hacia la noche y el viaje semanal al hospital. Pero tan pronto como el pensamiento del hospital cerca de St. Giles entró en su mente, también lo hizo la imagen del hombre de la sombra.

Su voz flaqueó y dejó de narrar.

Un caballero-diablo.

Su corazón se apretó. Se detuvo en medio de la habitación. Su imagen había atravesado su mente como un fantasma, un recordatorio del horrible incidente.

Se quitó las imágenes de la cabeza y reanudó la narración, pero perdió la noción de sus pensamientos.

"Perdón," la interrumpió Rumi. "¿Como se escribe?"

Alina se detuvo. Ya había olvidado lo que había dicho. La oscuridad del exterior estaba llevando sus pensamientos a otra parte, y su corazón comenzó a latir más rápido.

"Búsquelo en *Vademécum, por* favor," dijo, un poco avergonzada.

Cinco minutos más tarde, su mente estaba por todos lados, principalmente en las puertas de St. Rose.

Rumi alzó los ojos. "Estamos casi al final de la segunda parte. Tres páginas más, y podría hacer una revisión, y yo haré una copia limpia."

Rumi agitó la página en el aire, dejándola secar.

Los paneles del suelo chirriaron cuando el doctor Grevatt se removió en su silla con la pipa en la mano.

Alina lo estudió mientras hojeaba lentamente una gruesa carpeta de registros médicos, una nube de humo de tabaco se elevaba perezosamente en el aire.

Envejecía día a día. Pero no era la edad lo que le robaba su aguda mente, sino algo más: un defecto corporal, un mal funcionamiento del cerebro. Como si partes de su cerebro se apagaran de vez en cuando. Lo había visto antes, había leído mucho sobre eso y sabía que no había cura.

"Recibimos una gran donación el otro día," dijo el doctor Grevatt como si supiera que ella lo observaba y levantó los ojos de los papeles. Recostado en su silla, estudió la habitación. "Parece ser uno de los mecenas de St James's Hill. Alentador. ¿Es eso obra suya, señorita Alina? ¿Amigos en las altas esferas y todo eso?"

Ella no sabía de qué estaba hablando.

St James' Hill era sin duda, el mayor proyecto social jamás emprendido en Londres. Con un orfanato, un hospital, una escuela, una fábrica, era el primero de su tipo en proporcionar atención y educación a los más pobres, pero con una calidad muy superior a la de los hospitales rurales que los pobres no podían pagar.

El dinero era la respuesta, por supuesto. Sus numerosos benefactores vertían en él donaciones ilimitadas. Un misterio, de hecho. Pero de alguna manera las ruedas del poder se habían puesto en movimiento y, de repente, St. James's Hill era un ejemplo de las posibilidades de las reformas, algo que nunca le había gustado a la sociedad.

St Rose's estaba muy lejos de cualquier cosa remotamente cercana al establishment que recibía una fuerte financiación de muchos peces gordos y que era administrada por un tal Sr. Nowrojee. Se rumoreaba que el lugar conocido simplemente como la Colina adquiriría pronto otro edificio, completamente nuevo, pero construido al lado de la colonia, como había sido el otro. El Sr. Nowrojee, el hombre a cargo de la Colina, era conocido por ser un hombre de muchas conexiones. Sin embargo, Alina nunca lo había conocido. Tampoco lo había hecho el Dr. Grevatt.

"St Rose's necesita mucho más de lo que tenemos nosotros para mantener la calidad del servicio." Grevatt exhaló exhausto. "No somos más que otro hospital rural, sólo un nivel por encima de las enfermerías de pobres de los hospicios. Tenemos personal capacitado, pero no lo suficiente."

"No recibimos tantas donaciones como otros," coincidió Alina. “Intenté hablar con lady Whitshorn. Pero ya conoce a la élite. Solo financia lo que causaría sensación en la Gaceta. Un pequeño y lúgubre hospital en las afueras de St. Giles no lo es. No somos como St. James's Hill."

"Deberíamos aspirar a serlo," dijo el médico.

"Es de propiedad privada," argumentó Alina. "Seguramente, hay un propósito detrás de todo esto." Era escéptica de cualquier cosa que tuviera la participación de señores ricos.

"Es propiedad de un particular, sí. Eso no significa que no haya buenas intenciones. Señor, señorita Alina, si pudiéramos construir una docena de establecimientos de este tipo en esta ciudad, no me importaría si el dinero viniera de la realeza o del mismísimo diablo, ¡salva vidas y da oportunidades a los pobres!”

Ah, el diablo.

Y de repente esa palabra hizo que la imagen del cadáver en el suelo parpadeara en la mente de Alina.

El caballero-diablo.

La inquietud se apoderó de ella al recordar la noche de hace apenas una semana. El atacante que había pagado un alto precio esa noche. El villano del que Londres había estado cotilleando durante años.

Sacudió la cabeza, tratando de ahuyentar las sombrías imágenes. Esa tarde, habían sido insistentes, persiguiéndola cada dos pensamientos. Era el momento de ella y Rumi para la visita semanal al hospital, y la idea de ver la escena del crimen hizo que su corazón se acelerara.

Alina se acercó al escritorio y cambió la vela del candelabro, tratando de distraerse.

“Tal vez pueda decir algo más, señorita Alina,” dijo Grevatt, mirándola y dando una calada a su pipa. "Está en buenos términos con el todopoderoso."

Ella resopló. "No exagere."

Ya lo había oído antes. El doctor Grevatt la había estado presionando para que conociera al mismísimo señor Nowrojee, pero la mera mención de su nombre levantaba las cejas.

Rumi terminó de apilar los papeles y los puso en una carpeta gruesa con el resto, haciendo una hoja de cálculo de capítulos y anotaciones. Lo arregló y flexionó los dedos.

Alina había intentado escribir ella misma. Hace un año, se presentaba en casa con los dedos manchados de tinta ante la alarmante reacción de su madre.

“Como una plebeya,” había siseado Anna Yakovlevna. "Lo siguiente que harás es encender tu propia chimenea, limpiar tu habitación y

cocinar tu propia comida."

Y eso lo había detenido. Rumi solo estaba contenta de asumir esa tarea, y Alina estaba agradecida.

“Bueno, eso es todo por esta noche, doctor Grevatt.” Alina miró el reloj de un rincón. Eran las seis de la tarde, hora de partir hacia el hospital. Su corazón dio un fuerte latido al pensarlo. “La señora Clunn preguntó por usted la última vez que estuvo ausente, doctor Grevatt. Ha vuelto. Su hombro no está sanando adecuadamente después de la cirugía." Se acercó al escritorio y revisó la página de anotaciones mientras seguía hablando. "Personalmente, creo que no lo hará a menos que descanse."

El doctor se quedó callado, mirando la pipa que tenía en la mano como si fuera lo más curioso. Su figura encorvada en el sillón de repente pareció vieja y frágil.

Alina pasó la página siguiente mientras seguía hablando. "Pero no tenemos camas libres para los que están en recuperación. Y la señora Clunn tiene que mantener a sus hijos.” Al no oír respuesta, apartó los ojos de las páginas y miró al médico a través del estudio. “¿Doctor Grevatt?”

El hombre levantó los ojos hacia ella y frunció el ceño, confundido.

El aire parecía haber sido succionado fuera de la habitación. Un cosquilleo helado apuñaló el corazón de Alina al reconocer esa mirada y lo que vendría después.

El doctor colocó cuidadosamente su pipa sobre la mesa y miró sin rumbo fijo alrededor de la habitación. “¿Quién es la señora Clunn?”

5

ST. ROSE

“Está empeorando,” dijo Alina mientras ella y Rumi se dirigían a St. Rose. La penumbra se tragó las palabras, hundiendo el carruaje en el silencio y en la aterradora comprensión de la condición del Dr. Grevatt. Alina se miró los guantes como si tuvieran una respuesta. "No sé qué hacer." Exhaló con fuerza y se encontró con los ojos de Rumi, que coincidían con la sumisión de Alina a los graves pensamientos.

“No hay nada que pueda hacer, señorita Alina. Su mente está fallando."

Alina sacudió la cabeza y la apoyó contra la pared. "Esto es lo peor: cuando dedicas tu vida a la ciencia solo para darte cuenta de que la única persona a la que no puede salvar eres tú. ¡Qué desgraciado destino!” Exhaló ruidosamente.

El carruaje se detuvo en el tráfico nocturno del centro de Londres. Las calles, detrás de las cortinas cerradas, se estaban volviendo cada vez más oscuras y peligrosas. No era nada comparado con el East End, pero aun así estaba lleno de casas de juego y casas de ginebra. Eso significaba el crimen que extendía sus tentáculos en todas direcciones y los pobres que llegaban a St. Rose.

El pánico empezaba a apoderarse de Alina a medida que el carruaje se acercaba al hospital.

La Policía Metropolitana había hecho preguntas, sin duda, aunque la policía se preocupaba tanto por los vagabundos de estos parajes como por los perros sin hogar. Pero las enfermeras se enterarían del accidente fuera de la puerta.

De alguna manera, Alina no estaba tan preocupada por el atacante ahora muerto como por el otro hombre, Harlan Krow.

Todavía parecía un fantasma, invadiendo sus sueños durante la última semana, su voz resonando en su mente durante todo el día.

Había que hacerlo.

Ella estaba salvando vidas en St Rose's. ¿Podía justificar un crimen que había salvado la de ella?

Rumi miró fijamente sus manos sin rumbo, luego levantó la mirada hacia Alina. "¿Y si esto sucede durante su turno en el hospital?" preguntó, rompiendo el pesado silencio.

Pasó un momento antes de que Alina se diera cuenta de que Rumi estaba hablando del Dr. Grevatt. El carruaje se detuvo y Yegor abrió la puerta.

“No estoy segura de cuánto tiempo le queda antes de que no pueda cumplir con sus deberes allí,” dijo Alina, bajando del carruaje hacia la calle oscura frente a las puertas del hospital.

“¿Y después?” preguntó Rumi casi con desesperación, caminando ligeramente detrás de Alina.

“Nos ocuparemos de ello, Rumi.” Alina abrió las puertas con demasiada fuerza. Ni siquiera estaba segura de por qué este edificio tenía la valla y la puerta. No había cerradura, no había dinero para pagar a un guardia, y en las estaciones cálidas, a menudo encontraban a personas sin hogar durmiendo en el pequeño jardín de la parte trasera.

St Rose's era una pequeña cabaña de dos pisos, con solo nueve habitaciones, una cocina, veinte camas que siempre estaban llenas y un pequeño jardín en la parte trasera. Las puertas delantera y trasera se cerraban desde adentro después de las seis de la noche. Si alguien quisiera entrar, sin duda podría hacerlo. Pero éste era el único refugio para los enfermos en un radio de una milla, y nadie se había atrevido nunca a un asalto.

Excepto aquella noche de hace una semana.

Justo afuera de las mismas puertas.

Alina entrecerró los ojos en la oscuridad. Por un momento, sus ojos se detuvieron en el lugar donde había sido atacada, como si aún tuviera las huellas del atacante. Pero era imposible ver mucho por la noche.

“Sería bueno que se instalara una farola aquí,” dijo, siguiendo a Rumi, que iluminaba el camino con la tenue lámpara de gas alrededor del edificio y hacia la puerta trasera.

El viento hizo crujir las copas de los árboles, enviando un puñado de hojas al suelo. Alina miró a su alrededor y se estremeció. La calle y el jardín estaban tranquilos, como siempre a esa hora de la noche. Septiembre era inusualmente frío, y el chal sobre su vestido de lino con cuello alto era demasiado delgado para este clima.

"Excepto que no tenemos suficiente presupuesto para cubrir la última factura de medicamentos," contestó Rumi mientras se acercaba a la puerta trasera y buscaba la llave en su bolso.

Sería bueno tener un portero, también, y otra enfermera para el turno de noche, y suficientes medicinas y equipos para hacer frente a la cantidad de pacientes que crecía día a día, ¡y menos personas enfermándose!

¡Vaya!

Ese era el problema. Alina se despojó de sus joyas y se puso un vestido más barato cuando llegó a St. Rose's, porque ya había notado antes las miradas desdeñosas de los pacientes: su único collar podía pagar un mes de carbón, ropa de abrigo y mejor comida.

"No se puede salvar a todo el mundo. Tampoco puedes regalar todo lo que tienes por el bien de los demás."

Su padre, por supuesto, tenía razón.

Un año antes, el doctor Grevatt había sonreído la primera vez que lo acompañó aquí. "Uno simplemente no puede dar todo lo que tiene por los demás. No importa lo acertado que parezca. Usted les ayuda, señorita Alina, sin sueldo, en su tiempo libre, y realizando investigaciones que nadie ha hecho todavía."

"Que usted sepa, doctor Grevatt, no."

"Sí, sí, por supuesto." Sonrió comprensivo. "Eso es más de lo que la mayoría de las personas de su estatus pueden ofrecer. Si los pacientes supieran que es una dama con título, tendrían miedo de hablar con usted."

Tenía razón. Así que Alina se había humillado y se había despojado de sus joyas, pieles y orgullo.

Y por Dios, ¡se había sentido bien!

La señorita Alina.

Cuando su nombre caía de los labios de los enfermos y de los moribundos, se sentía cerca de la gente. Cada vez que entraba en St. Rose, se sentía como si estuviera viviendo en lugar de flotar por la vida como una hoja de otoño en el viento.

El rostro cansado de William asomó por la sala de recepción mientras ella y Rumi avanzaban por el oscuro pasillo. "Limpiando," dijo el enfermero con su habitual despreocupación.

Rumi fue a ver a los pacientes mientras Alina entraba en la sala de recepción.

"El señor Higgs pidió hablar con el médico. La señora Bleemly vuelve a tener fiebre. El dolor en el hombro de la señora Clunn se está volviendo intenso," recitó William con aburrimiento, volviendo a llenar una lámpara con queroseno mientras Alina estudiaba los informes de recepción.

"El doctor Grevatt no ha podido venir hoy," dijo sin apartar la vista del cuaderno de bitácora mientras se quitaba el sombrero y el chal.

Escuchó la voz de Rumi en una de las habitaciones de los pacientes, su tono suave pero severo y los gemidos del paciente.

Rumi era una leyenda por estos lares. Todavía había visitantes ocasionales que miraban a Rumi en estado de shock cuando la veían por primera vez. Una mujer negra con un vestido fino y una conversación adecuada en esta parte de la ciudad era inaudita.

"Mi ángel oscuro," había llamado una vez un anciano a Rumi.

Rumi había resoplado, contándoselo a Alina en ese momento. "No hay ángeles negros en la Biblia, pero ¿adivina quién está salvando sus pobres traseros ahora?"

Alina se había echado a reír. ¡Podía imaginar sus rostros si alguna vez vieran a Rumi citar a Aristóteles, recitar a Shakespeare o leer su propia poesía!

Alina había llevado a Rumi a uno de los pequeños bailes hacía más o menos un año. Oh, las miradas que recibía, tanto de los señores y las damas como de las doncellas que se congregaban en una habitación separada. Pero cuando lord Chesterfield le dijo algo a Rumi, que pasaba por allí, y ella respondió citando a Francis Bacon, los que estaban alrededor se quedaron boquiabiertos en un silencio ensordecedor y miraron fijamente a la mujer que era más inteligente que la mitad de los conocidos de Alina. ¡Pensar que una vez había sido una esclava, salvada del inframundo del East End!

Había tardado dos horas en revisar el papeleo, comprobar cómo estaban los pacientes y hablar con William y otras enfermeras. La única chimenea de la cabaña tendría que usarse a principios de este año y con más frecuencia. ¡El maldito clima! Eso significaba más dinero en carbón, más velas y más pacientes con consumo.

Para cuando Rumi y Alina terminaron con su rutina habitual de viernes y salieron por la puerta trasera, ya era tarde en la noche. La lámpara apenas iluminaba el camino en la oscuridad total del pequeño jardín.

El viento hizo que una ráfaga de hojas se pusiera de pie, haciendo que Alina temblara y mirara a su alrededor.

“Vamos, Rumi,” dijo, pasándole la lámpara. "Espera en el carruaje. Solo estaré un minuto."

Y mientras los pasos de Rumi se apagaban y los últimos rastros de la luz de la lámpara desaparecían detrás de la esquina, Alina permanecía como un ciervo en el bosque, alerta ante cualquier sonido de peligro.

No debería haber estado aquí sola.

No debería haber estado en la oscuridad total.

Esto era estúpido. Irracional. Contra toda lógica y el latido loco de su corazón. Sin embargo, algo tiraba de ese mismo corazón.

Y ahí estaba: la sensación de una curiosidad enfermiza y una extraña excitación que se apoderó de ella por primera vez en mucho tiempo. Era la sensación de peligro y algo nuevo, algo que la sacaba de su monótona existencia y de la falsa seducción de la sociedad.

Las sombras entre los árboles cambiaron. Podría ser un truco de su vista, pero de alguna manera, sabía que no lo era.

No se movió, pero su corazón comenzó a latir con fuerza.

La sombra se desplazó de nuevo y adquirió la forma de un hombre al salir de detrás de los árboles.

Un paso más cerca.

Luego otra, como una grieta negra en el aire que se acercaba y

estaba a punto de tragársela.

Alina permanecía inmóvil, mirándola fijamente, capaz de distinguir la silueta oscura, el abrigo abierto, el sombrero de copa. Pero no la cara.

La sombra se hizo más grande y se detuvo a varios metros de ella.

Alina estaba de pie frente a él y conteniendo la respiración como hace una semana, el viento silbaba con peligro.

Hasta que esa misma voz profunda atravesó el silencio de la noche y penetró directamente en su corazón martilleante.

"Así que nos volvemos a encontrar."

6

EL CABALLERO-DIABLO

Alina había conocido al doctor Grevatt varios meses después de su llegada a Londres. Fue en una función, después de una broma tonta sobre la comida y la bebida, las palabras de alguien: "Esta función proporcionará comida a los pobres de la parroquia de Beldorf," y el murmullo de Alina para sí misma: "Lo que necesitan es agua limpia para evitar la propagación de infecciones."

Anna Yakovlevna le siseó al oído: "Basta de tonterías médicas."

Pero mientras otros seguían riéndose en su ignorancia, un hombre en particular ladeó la cabeza y lentamente se dirigió hacia Alina. Se presentó y le preguntó qué la había llevado a decir esas palabras.

Ella lo despidió, avergonzada.

“No, no, no, lady Bronskaya, por favor. Es curioso que haya dicho eso, porque tengo un amigo íntimo que hace registros públicos sobre los brotes epidémicos y...”

Lo que comenzó como una pequeña charla se convirtió en una conversación que continuó durante horas hasta el final de la función.

Ese era el Dr. Grevatt.

Dos semanas después, Alina se reunió con él en St Rose's para otra charla.

Un mes después, le pidió ayuda para escribir un ensayo sobre brotes epidémicos.

Un mes después, ella se ofreció a ayudarlo en su hospital.

Discutió al principio. “Pero lady Bronskaya. Su estado y...”

"Sería mucho más fácil si me llamara señorita Alina de ahora en adelante y terminara con eso."

“Pero eso no es...”

"Así será," lo cortó. “En estos lares,” señaló con la cabeza hacia St. Rose, “nadie sabe quién soy. Y a cambio, me ayudará con mi investigación. Si eso le parece justo..."

Era el trato más fácil que había hecho en su vida.

Luego estaba la dulce y maravillosa Rumi, sin duda, una de las mujeres más educadas que Alina había conocido, que pronto se convirtió en la amiga más cercana que Alina tenía en esta ciudad.

Pensó que St. Giles era bastante malo hasta que el Dr. Grevatt la llevó al East End. Ese corto viaje de hace un año había cambiado su perspectiva sobre la pobreza y sobre Inglaterra en general.

No había mucho que se pudiera ver por la ventanilla del carruaje. Esas no eran las peores partes. Pero en ese corto viaje, Alina ya había visto suficiente. St Giles podría haber sido un caso atípico: un pequeño distrito en el centro de Londres, plagado de pobreza, casas de juego y vicios de todo tipo. Pero la verdadera pobreza estaba a varios kilómetros al este.

Shoreditch High Street había sido una vez el hogar de la Compañía de Shakespeare y el Teatro. Las calles seguían salpicadas de teatros, pequeños pubs lúgubres y entretenimiento nocturno. Pero a pocas cuadras de Shoreditch estaban los peores barrios marginales de Londres.

En medio de los edificios en ruinas y las estructuras estrechas, justo en el borde de Old Nichol, se alzaba lo que parecía un palacio: St James's Hill. La valla con una puerta no era una gran protección, ya que nada impedía el crimen en estos lugares, ya que el edificio marcaba la frontera entre la cordura y la desesperación. Pero no se había producido ni un solo intento de crimen desde la apertura del establecimiento seis años antes.

En su interior, las pobres almas encontraban alivio, los jóvenes encontraban un propósito, los que prometían tenían una oportunidad. Y afuera...

Fuera de las puertas dormían los enfermos y los desamparados que esperaban ser salvados en el momento entre la muerte y la vida.

St James's Hill fue el proyecto más grande jamás emprendido por la ciudad de Londres para servir a las zonas pobres. Los ricos benefactores nunca pusieron un pie en estos lugares, pero el proyecto fue muy rumoreado.

“Esto,” el doctor Grevatt señaló con la cabeza hacia los enormes edificios cuando el carruaje se detuvo, sin aventurarse a adentrarse más en los suburbios “es el epítome del progreso.” Alina estudió el edificio con curiosidad. "El hecho de que los ricos contribuyan dice algo acerca de que nuestra burguesía finalmente se dio cuenta de la estructura social fallida."

“Lo dudo,” dijo Alina.

“La fe es un arma,” sonrió el doctor Grevatt.

El carruaje dio media vuelta y avanzó por la calle Camlet. Alina se sentía incómoda por estar en esos lares, y todavía estaban a veinte calles de las profundidades del infierno.

“¿Ve esa estatua, señorita Alina?” El doctor Grevatt señaló algo a lo lejos.

Ella frunció el ceño confundida. "¿Arte? ¿Aquí?”

En la esquina de Old Nichol y Camlet Street, se había levantado

una sencilla estatua de hierro. Era casi de tamaño natural: una mujer en harapos, encorvada sobre un niño pequeño en sus brazos.

La *Madre Llorona,* la llamaban, aunque nadie sabía quién le había dado ese nombre. Una obra de arte robada en cualquier otro momento por el único valor del hierro permanecía intacta. Su aparición había coincidido con el primer acto público de venganza brutal contra el que había agraviado a los pobres.

"Era un cierto benefactor de una parroquia local de la Santísima Trinidad y su orfanato a solo cinco calles de aquí," explicó el Dr. Grevatt. "Fue una historia espantosa. Los crímenes contra los niños se habían cometido durante años. Pero el hombre tenía conexiones poderosas. Y, bueno, nadie escucha a los pobres, su palabra contra la del hombre que les proveyó durante años. Hasta su brutal asesinato y la exhibición de su cuerpo en público al día siguiente. Con el mensaje sobre las atrocidades que había cometido contra todos esos niños durante años".

La historia era bastante oscura, en efecto.

El Dr. Grevatt continuó. "Apareció en los titulares de la Gaceta. La Policía Metropolitana se involucró. Y cuando la policía vino a interrogar a los cuidadores del orfanato, docenas de personas aparecieron, contando sus historias sobre el hombre y su abuso. Habría sido barrido debajo de la alfombra, como suele suceder por estos lares, si no fuera por cierto periodista, que escribió esas historias y las imprimió en una publicación independiente. Esa fue la primera mención del caballero-diablo. El artículo y esas historias causaron un revuelo mucho mayor que el asesinato en sí. Se convocó al consejo de la ciudad. Se hicieron averiguaciones. Y así, señorita Alina, fue como comenzó la leyenda sobre el caballero-diablo. Ese fue su primer crimen. Muchos lo siguieron."

Alina escuchó con interés. "Seguramente, todo podría ser solo una leyenda."

El doctor Grevatt se echó a reír y la miró por encima de sus quevedos. Sus ojos eran juguetones. "Seguramente, las leyendas no se hacen de la nada, especialmente cuando tienes cuerpos en tus manos y policías involucrados y testigos."

Parecía demasiado alegre para la espantosa historia que acababa de contar. Hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana.

“Dicen que St. James's Hill instaló la estatua,” continuó mientras cabalgaban por las calles oscuras y sucias, plagadas de roedores y vagabundos, basura y un hedor dominante que se filtraba en el carruaje. "Tendrían los fondos, sin duda. ¿Quién más? Dicen que fue más una declaración y un apoyo que otra cosa."

“¿Apoyo para?” Alina no entendía.

"Bueno, para decirlo con audacia, a la causa del hombre que

cometió esos crímenes. Verá, a los ojos de la justicia, es un criminal al que han estado persiguiendo durante varios años. A los ojos de los lugareños, es un héroe. Sólo los que están ahí fuera," señaló con la cabeza hacia la ventana "cuentan las historias del hombre que deambula por las calles por la noche. Podría ser que tal hombre no exista. Pero la leyenda sí. Para bien o para mal."

Y así, la estatua de la *Madre Llorona* permaneció ilesa, pues se rumoreaba que estaba relacionada con el nombre que comenzó a levantar susurros entre los pobres y los hombres de justicia.

"Harlan Krow, el caballero-diablo," dijo entonces el doctor Grevatt.

Esa fue la primera vez que Alina escuchó el nombre.

"Y luego hubo más titulares en la Gaceta. Especulaciones. Y crímenes más horribles, aunque muchos argumentaron que era la forma en que la Policía Metropolitana manchaba la reputación del hombre que, de hecho, hacía su trabajo."

Nadie sabía de dónde venía ni dónde había desaparecido. Decían que conducía un carruaje negro que transportaba a los hombres monstruosos que capturaba. Otros decían que montaba a caballo, un semental negro con crines blancas. Decían que una niña de las flores sabía el nombre del villano. Decían que el villano era su protector. Una cosa estaba clara: había hecho lo correcto.

La *madre llorona* había sido erigida en el lugar del asesinato, una oda a las infancias arruinadas.

Y al igual que los vicios por estos lares, el nombre del caballero-diablo comenzó a difundirse.

Otro crimen: el asesinato de un hombre que dirigía la subasta de esclavos del hampa, una docena de niños salvados de una mazmorra, aunque los verdaderos criminales eran los señores del West End que podían comprar un favor, el vicio más oscuro o una vida inocente.

Esos eran los mejores defensores: los niños. En los momentos más oscuros de sus vidas, contaban historias de un hombre alto y fuerte, casi un gigante, con un abrigo de cuero negro y un sombrero de copa, con una borla roja colgando de un lado. Tenía el pelo largo hasta los hombros negro azabache, con un mechón blanco, como una pluma de cisne. Llevaba gafas tintadas, pero no para disimular sus ojos —por lo que sabían, no tenía ojos—, sino para ver dentro de las almas y encontrar a los monstruos.

¡El diablo!

¡A su lado!

Los niños se tambaleaban de alegría e inquietud.

En el West End, a los niños se les contaban cuentos de hadas e historias mágicas. En el East End, contaban la historia de Harlan Krow, que acudía al rescate de los que vivían en el infierno.

Hace un año, cuando Alina escuchó todas esas historias y sacudió

la cabeza con una sonrisa, nunca podría haber imaginado que algún día el mito se haría realidad.

De la peor manera posible.

7

LA NIÑA DE LAS FLORES

Dicen que el primer asesinato es el más difícil, Padre.

Bueno, no cuando estás en guerra. No cuando eres un soldado, solo tienes dieciocho años, las armas enemigas apuntándote y el capitán grita: "¡Fuego!"

Las vidas son baratas en la guerra. Si tomas las suficientes, podrías conseguir una medalla. Te palmearán el hombro, te servirán cerveza y dirán: "La próxima vez podrías conseguir la medalla de Compañero de los Caballeros."

Ve, Padre, no ha estado en la guerra. En la guerra, matar es un honor.

¿Tenía miedo la condesa de este asesino?

No estaba seguro, pero estaba intrigado. No podía dejarla ir tan fácilmente. ¿Cree en la providencia divina, Padre, verdad?

Los ángeles como ella nunca deberían estar cerca de personas como yo. Dudaba que volviéramos a hablar. Pero había investigado. Había aprendido cosas sobre ella. Sabía lo que hacía en St. Rose.

Una dama de la alta sociedad ayudando a los enfermos en St. Giles. ¡Vaya, vaya!

No es la caridad lo que lleva a la gente de arriba a servir a los más bajos.

Es el trauma, Padre.

El dolor.

Un pasado oscuro.

De alguna manera, me recordaba a la chica de las flores que lo empezó todo. No el abuso, sino algo en los ojos que te hace superar el dolor y seguir viviendo.

Cabello castaño oscuro. Rasgos delgados. Piel pálida, casi translúcida, que la hacía ver aún más frágil. Pero la determinación con la que avanzaba por la vida y esas oscuras calles en el centro de Londres.

Quería que ella conociera mi historia.

¿Sabe qué es más difícil que matar a una docena? Matar a uno, pararte frente a él en una oscura y vacía calle de Londres, sabiendo que el hombre es un monstruo que se alimenta de los pobres. Los pobres están acostumbrados al hambre y al abuso. Mueren por los caprichos más tontos del destino.

Y el abuso...

Así comenzó la historia de Harlan Krow.

No era un héroe entonces, sino un hombre roto que regresó después de años en la guerra, el servicio, como lo llaman, ciertamente no a la humanidad, sino a los grandiosos planes de un imperio que no se preocupa por las personas sino solo por su grandeza.

Todo comenzó con una chica de las flores un día de julio. Todavía no sé qué me hizo hablar con ella. Era una cosa pequeña y andrajosa, apenas salía de su adolescencia, con un vestido azul y un antiguo gorro negro de paja. Sus ojos estaban abiertos con temor permanente. Sin embargo, tenía el rostro de una santa.

Ella lloraba en el callejón trasero ese día que pasé, con su cesta de violetas y claveles aún medio llena, aunque el día estaba llegando a su fin.

La miré con curiosidad, luego me detuve y la observé desde lejos. Las penas y tragedias atraen más atención que las demostraciones de felicidad.

No me acerqué a ella ese día, pero caminé por el mismo callejón al día siguiente, buscándola.

Y allí estaba, casi una niña, con su voz suave mientras trataba de vender sus claveles. No estaba hecha para ese trabajo. Quizás le iría mejor como costurera, cosiendo sus penas en la tenue luz de una vela en alguna tienda lúgubre, tranquila y sola.

Algo me atrajo hacia ella. Solo más tarde me daría cuenta de lo que era, sus ojos que reflejaban lo que había visto en tantos hombres con los que había servido en la guerra. Era la sumisión a los monstruos que los atormentaban en sus sueños.

Tenía unos ojos hermosos, pero no había vida en ellos. Su cesta estaba medio llena. Su voz apenas se escuchaba. Miraba a los rostros indiferentes de los transeúntes con desesperación. Sus lágrimas eran silenciosas mientras bajaba la cabeza y se dirigía a un callejón trasero vacío, se sentaba en una caja, cerraba los ojos y se balanceaba ligeramente como si estuviera siguiendo una melodía en su cabeza.

Me acerqué a ella entonces.

Harlan Krow nació el día que la chica de las flores me contó su historia. Las historias más salvajes vienen de desconocidos, Padre. La suya era una historia sobre un monstruo que robaba inocencias infantiles. Un monstruo que no debería estar vivo, no importa cómo su Biblia razone con eso.

Odio los veranos. El sol cegador me recuerda el día en que morí. El día en que la chica de las flores me contó su historia, otro monstruo salió a la luz. Siempre lo hacen en los días más alegres.

"¿Cuál es tu nombre, señor?" preguntó cuando terminó.

Me quedé atónito.

¿Sabes qué es más horrible que la guerra, Padre? Las infancias

robadas por hombres viles. Manos sucias encontrando inocencia por la noche y llevándose lo que debería permanecer intocado durante años por venir.

"Harlan Krow," dije entonces sin pensar.

El nombre era una mentira. El nombre dado era un alias que usaba durante el servicio. El apellido pertenecía a un chico, apenas un hombre, que era mi mejor amigo. Un bromista, ruidoso y a veces molesto, simplemente lo llamábamos Krow. Su uniforme militar le quedaba grande. Y su corazón era demasiado grande para el horror llamado guerra. Solía mirar la cara de la guerra con una sonrisa ingenua, cantaba canciones junto a las hogueras, cuidaba a los heridos. Agotado después de los ataques, a menudo deambulaba por los campos de batalla, cerraba los ojos de los fallecidos y susurraba oraciones tanto a nuestros soldados como a los enemigos. Hacía reír a aquellos que no tenían voluntad para seguir adelante. Y fue uno de los cien hombres de mi batallón que fueron masacrados ese fatídico día en las montañas de Hindu Kush.

"Harlan Krow," repetí, reconciliando en ese momento al chico que había muerto y al hombre muerto que había regresado. "¿Y el nombre del hombre del que me hablaste?"

La chica lo dijo entonces, casi en un susurro, como si temiera que el monstruo apareciera frente a ella, luego me apartó con la mano. "Estoy siendo tonta, señor. Todos vivimos con tragedias. No se preocupe por mí, Sr. Krow." Sonrió la sonrisa más triste.

Pero recordé ese nombre.

Esa tarde, escribí una dirección y le dije que viera a alguien para un trabajo diferente. Compré todas sus flores, pero no las llevé.

Y decidí encontrar al hombre del que había hablado.

Me llevó dos semanas aprenderme al monstruo de memoria: a dónde iba, donde vivía, quién era. Un benefactor de la Parroquia de la Santísima Trinidad y del orfanato de donde ella venía. Pasarían dos semanas hasta que la ciudad conociera a Harlan Krow.

El asesinato más difícil no es el primero, Padre. Es el del hombre que cometió atrocidades pero que estaba parado, una oscura noche, frente a mí, temblando, diciendo: "Mi buen señor, no he hecho nada malo. Tengo una esposa e hijos en casa."

Los peores crímenes suceden en las noches más pacíficas. Cuando los niños están acostados. Cuando se leen cuentos antes de dormir. Cuando se recitan las oraciones nocturnas. ¿No es la mejor hora para el juicio también, Padre?

Esa fue la noche que terminé con ese monstruo, el primero de muchos, con su cadáver inútil al día siguiente enviando un mensaje a los de su calaña. ¿Quién iba a saber que la venganza llegaría al Gazette y que el nombre pronto se convertiría en una leyenda?

Los asesinos no deben ser adorados. Un crimen es un crimen.

Perdóneme, Padre, pero se lo merecía. Y los niños de ese orfanato ya no escucharán los cuentos antes de dormir, porque el monstruo era el que solía leerlos.

8

LA PROMESA

Si hubiera estado más tranquilo, el silencio habría hecho la reunión más tensa. Pero el viento estaba arrojando la basura y las hojas alrededor y golpeando las persianas en sus bisagras.

Alina se estremeció, mirando fijamente la oscuridad frente a ella que de repente tenía una forma, alta y ancha.

Parecía un transeúnte, un mero desconocido sin rostro como cualquier otro.

Sin embargo, no lo era.

No en la oscuridad total.

Una ráfaga de viento, de repente demasiado violenta, arrojó un mechón de cabello en su rostro y azotó el chal alrededor de sus hombros.

Pero Alina no se movió. Su corazón latía con fuerza. Tragó saliva.

¿Qué quería él?

¿Un agradecimiento?

¿Un reconocimiento?

"Sé quién es," dijo Alina suavemente, estremeciéndose.

"Pero no sabe nada de mí, señora." Su voz era profunda, tal como ella recordaba, pero no hostil. ¿Cómo era posible?

"¿Podemos hablar?" preguntó.

Acerca de esa noche...

"¿Entrará?" Trató de engañarlo y sintió escalofríos en la piel, esta era una pregunta ignorante.

"No puedo."

Por supuesto.

Casi se rio de sí misma y de esta tonta invitación, una risa nerviosa que trató de reprimir.

Miró a su alrededor, pero estaba demasiado oscuro, no había luna, solo altos árboles rodeando St. Rose's. Los árboles que normalmente protegían al hospital ahora creaban un rincón oscuro. Dentro de él, ella y el criminal más conocido de Londres.

Alina asintió, sintiéndose como si estuviera en algún extraño cuento de hadas oscuro. Caminó hacia el banco en el centro del pequeño jardín y se sentó, su cuerpo en tensión por los nervios.

Sintió más que vio cómo él se sentaba a su lado, con su gran forma oscura casi una cabeza más alta.

Le debía una conversación, supuso.

No había luz proveniente de ninguna parte. Y en ese momento, Alina no estaba segura de si quería ver su rostro. Como si al verlo, se pusiera en un peligro aún mayor.

"La noche en que nos conocimos no fue precisamente agradable," dijo él.

Agradable...

Esa era una extraña elección de palabras. Tragó saliva, preguntándose si la chantajearía.

Su voz era baja y de alguna manera ronca, como si algo lo ahogara. Pero era calmante y bastante joven. La sorprendió. No podía decir cuántos años tenía, pero por el sonido de él, treinta años.

¿O veinte?

¿Cuarenta?

Dios, ya estaba adivinando y preguntándose.

Preguntándose era una palabra peligrosa.

Todo esto, él, había sido un mito hasta ahora.

Sin embargo, ella estaba sentada junto a su forma oscura más asombrada e incrédula que asustada.

"Entiende, lo que hice esa noche tenía que hacerse," dijo él.

Tenía que hacerse.

Había terminado con una vida.

¿Por ella?

¿Por diversión?

Eso era lo que hacía, ¿verdad?

Ella salvaba vidas. Él las terminaba. Un escalofrío recorrió su espalda.

"Podría haberle hecho daño," dijo. "Hombres como él cometen crímenes inenarrables todos los días y noches."

Se quedó en silencio.

"Nadie los detiene," continuó. "Nadie se atreve. Se salen con la suya demasiado."

Tenía razón. Sin embargo, las imágenes de sangre volvieron a parpadear en su cabeza.

"Puedes juzgarme, por supuesto. Pero por favor, no me ponga en la misma línea que aquellos que rompen la ley por diversión o hábito. No sabe lo que es la muerte."

Ella sonrió en la oscuridad. "No me conoce. Señor..." Se volvió para mirarlo, aunque era un enorme bloque de oscuridad.

"Krow," dijo.

Su corazón dio un vuelco.

Por supuesto.

Proveniente de su boca, sonaba aún más surrealista. Pero ella vivía en un mundo diferente. ¿Cuántos en Old Nichol y las barriadas vecinas afirmaban haberlo visto y conocido y haber sido salvados por

él? Sin embargo, en el West End, todavía era un cuento contado para asustar a los niños o entretener a la alta sociedad.

Pero el cuento tenía una forma y una figura. Tenía una voz suave y apacible. Había un hombre detrás de eso, y se preguntaba qué tipo de hombre deambulaba por las calles de las barriadas para impartir justicia. Una ardiente curiosidad por conocerlo la apresó de inmediato.

"No me conoce, Sr. Krow," dijo en voz baja, tratando de mantener su voz firme. "Y no lo conozco. Pero esa noche, podría haber salvado mi vida. O mi dignidad. No estoy segura de cuál es más importante. Supongo que debería agradecerle."

¿Realmente le estaba agradeciendo?

"No me agradezca. Estoy haciendo el trabajo que las autoridades deberían hacer, mantener seguros a los residentes."

"¿Eso es lo que hace, Sr. Krow? ¿Realmente?"

Un desafío.

Era un misterio. Algunos decían que era un noble. Otros decían que era de las partes más pobres de Old Nichol. Algunos decían que era inmortal. Otros afirmaban que era un joven, pero construido como un espartano. Una mujer dijo que era el padre de su hijo. Una actriz de un pequeño teatro en Shoreditch afirmó que la visitaba por la noche.

No había fin a los rumores que rodeaban al caballero-diablo.

Y él estaba sentado justo al lado de Alina.

Podría hacerle cien preguntas. Y probablemente no respondería ninguna. Lo acusaban de numerosos crímenes que no había cometido. Y los que sí cometió, se habían hecho públicos, los rumores se propagaron como incendios en Londres.

Uno de los teatros de Shoreditch tenía una obra llamada Caballero-diablo. Los villanos estaban más de moda que los héroes. Y cuando un concejal alemán vino a visitar a la Reina hace un año, se rumorea que le preguntó en la cena: "¿Cuál es la historia del ángel oscuro en sus barrios pobres que salva a los niños y avergüenza a su aplicación de la ley?"

Está aquí. Está aquí. Está aquí.

A Alina le divertía este hecho.

"Podría decirle lo que yo hago," dijo el hombre, rompiendo finalmente el silencio ventoso. "Pero temo que mis historias sean demasiado oscuras para una mujer como usted."

No estaba segura de por qué él le hablaba. ¿Cuántas personas le habrían hablado a él? No estaba en Old Nichol, donde él residía. ¡Qué extraño destino los había reunido!

"No me conoce, Sr. Krow. Todos tenemos historias oscuras." No estaba segura de qué la hizo decir eso. Pero estaba curiosa. En la ciudad de muchos, y sin una sola persona que la entretuviera ni

remotamente, se sentó al lado del criminal más hablado y escurridizo, sintiéndose como si hubiera salido de una jaula dorada.

Eso era.

Curiosidad.

Siempre había sido su amiga. Su propia tierra natal la había rechazado por eso. La había llevado al Dr. Grevatt y a St Rose. Pero también le había dado a Rumi y la alegría y satisfacción de ayudar a otros, y la oportunidad de darle al mundo nuevas ideas que se publicaron en la revista más distinguida, aunque bajo el nombre de otra persona.

Y aquí estaba de nuevo, mientras aguantaba la respiración y se atrevía a hacer otra pregunta.

"¿Por qué lo hace?"

Era una pregunta tan abstracta que él podría haberla pasado por alto.

En cambio, él dijo: "Conocí a una chica una vez. Vendía flores."

Llevada por una ráfaga de viento frío, su voz parecía venir de la nada. La puerta detrás de ellos se cerró con fuerza. Alina tembló al oír el ruido. Él no se movió.

La voz de Rumi venía desde afuera, junto al carruaje.

"Debería irme," dijo Alina con sorprendente decepción. Por alguna razón extraña, quería que él siguiera hablando. "Me gustaría escuchar más de sus historias," dijo, maldiciéndose de inmediato por ello. "Es un misterio, Sr. Krow. ¿Cómo se llega a ser tan... oscuro?"

"Es una larga historia, temo."

Se estremeció nerviosa. Acababa de sentarse con un hombre en un jardín oscuro. Había hablado con el hombre que la policía había estado buscando durante años.

"¿Le gustaría hablar de nuevo en algún momento?" preguntó la sombra.

Y su corazón retumbó tan violentamente en su pecho que pensó que se quedó sorda y malinterpretó sus palabras.

Momentos así en la vida eran raros y a menudo pasaban desapercibidos: momentos en que la vida daba un giro brusco, no tan obvio pero que llevaba en una dirección extraña.

Por primera vez, Alina sintió miedo, aunque solo fuera por un momento; miedo de lo que vendría, de a dónde podría llevar otra reunión.

Pero rechazó el miedo que acechaba en su mente y se atrevió a decir: "Eso sería esclarecedor." *Peligroso*. "Aunque no vengo aquí a menudo." *Mentira*.

El hombre se quedó en silencio por un momento, luego se levantó lentamente, una sombra gigante que se cernía sobre ella, justo como la noche de hace una semana.

Y, sin embargo, ese peligro la atraía.

"No debería estar sola en las calles," le advirtió mientras caminaban lentamente hacia la puerta del hospital.

El tacón de sus botas resonaba contra el suelo. Sus pasos eran casi silenciosos.

"Lo sé," susurró ella.

"Por favor, tenga cuidado."

Decía el hombre que era temido por la mitad de la ciudad.

"Gracias," respondió ella mientras el viento le acariciaba el rostro, casi arrebatándole el sombrero.

Llegó a la puerta, la lámpara tenue de Rumi iluminando la silueta del carruaje, el lacayo y el cochero detrás de él.

Se volvió para despedirse.

Pero él se había ido.

¡Zas!

En un segundo, tragado por la oscuridad.

Buscó frenéticamente a su alrededor en la oscuridad mientras abría la puerta. Por un momento, se preguntó si estaba perdiendo la razón: el hombre, de hecho, era como un demonio, nacido de la oscuridad y desapareciendo en ella.

Rumi levantó la lámpara, iluminando el camino.

"¿Quién era ese?" preguntó mientras subían al carruaje.

"¿Quién?" preguntó Alina, tratando de respirar más profundo para calmar su corazón y arreglándose la falda y el abrigo de manera ostentosa. "Oh, ese. Nadie, en realidad." Lo desestimó y esperó que Rumi no hiciera más preguntas.

Y ella esperaba volver a ver al caballero-diablo.

9

LA INVITACIÓN

Alina no podía esperar hasta la próxima semana. Contaba los días que pasaban en la monotonía habitual: las visitas al Dr. Grevatt, escribir, la melancolía de su madre, aburridas compras y paseos aún más aburridos en Hyde Park.

Pero su mente galopaba hacia el viernes y la visita semanal a St. Rose.

¿Estaría él allí de nuevo?

¿Sabría cuándo ella aparecería en St. Rose? ¿La observaba?

Cientos de preguntas revoloteaban en su mente mientras los días de la semana avanzaban lentamente.

El viernes, Alina se despertó con una sensación de anticipación. Durante todo el día, se sintió como una conspiradora, como si tuviera algo propio, un secreto que no pertenecía a nadie más. Con ello vino la confianza. Y cuando estaba en la consulta de Grevatt esa tarde, caminando de un lado a otro en el estudio, narrando el ensayo a Rumi, se detenía y sonreía ocasionalmente, despertando la sospecha de Rumi.

Cuando terminaron, Rumi entrecerró los ojos ante Alina. "Hoy pareces feliz," dijo.

Alina encogió los hombros. "Las cosas se están uniendo bien, supongo. El ensayo está casi terminado."

Y cuando se dirigieron a St. Rose, su corazón comenzó a palpitar con esa emoción familiar mezclada con nerviosismo.

Esto está muy mal, se decía a sí misma.

Puede que no aparezca, pensó con ligera decepción.

Y cuando el carruaje se detuvo en las puertas de St. Rose's, Alina contuvo la respiración, titubeó y luego envió a Rumi adelante con la lámpara.

"Entraré pronto."

Los pasos de Rumi desaparecieron alrededor de la esquina. El sonido de la puerta trasera cerrándose sumió el jardín nocturno en el silencio. Alina cerró los ojos y se quedó quieta.

Era descarada e insensata, parada en un jardín completamente oscuro y esperando a un hombre, y no a cualquier hombre.

"Señorita Alina."

Un escalofrío recorrió su espalda al abrir los ojos.

Él conocía su nombre, pero no sabía su título. ¿O sí?

Se giró lentamente.

Y allí estaba él. Una alta figura oscura con abrigo de cuero negro y sombrero de copa.

¿Tenía un borlón rojo como decía la leyenda?

Varios pasos hacia ella, suaves, silenciosos, como los de un depredador en la pradera. Destellos de luz reflejándose donde estarían sus ojos: los anteojos.

Ella bajó la mirada a pesar de no ver su rostro, como si se escondiera.

¿Qué podía decir?

Estuvieron en un incómodo silencio durante algún tiempo antes de que él diera otro paso.

"Tengo que irme," dijo finalmente.

¿Ya?

Su corazón latía con decepción. Una semana de espera y un minuto de silencio.

Es mejor así. Es mejor así.

Latía tan rápido que era difícil respirar.

Esto era un error. Él era un asesino. Un hombre peligroso. ¿Y si ponía en peligro su reputación? ¿Y si alguien los descubría juntos? ¿Rumi? ¿Yegor?

"Desearía poder hablar," dijo suavemente, "pero realmente debo irme. Solo quería verla una vez más."

Su presencia era intimidante, pero su voz era magnética. Ronca. Ahumada. Rica. Atrayéndola como una droga. Como el humo, que se filtraba en ella.

No, ella no quería separarse todavía. ¡Quería saber más! Cómo un hombre se convierte en lo que es. Qué lo atraía a los barrios más bajos.

Por favor, quédate un momento.

"Escriba," susurró, temerosa de su propia invitación, pero sofocando una risa ante esta absurda idea. No había vuelta atrás en sus palabras.

"Perdón," ¿La sorpresa en su voz era innegable?

Su corazón galopó ante su valentía.

"Escriba," repitió ella. "Puede escribir, ¿verdad?"

Contuvo la respiración, esperando. La idea de que él, Harlan Krow, el hombre de los titulares, escribiera para ella sonaba insana.

"¿Escribir?" él repitió y rio por la nariz.

Podría ser analfabeto, aunque su habla era muy correcta.

"Puede escribir una carta," insistió ella, su corazón de repente latiendo en todas partes. En su cabeza, oídos, estómago. Sus piernas.

"Y prometo que la leeré. Una no tiene la oportunidad de escuchar los pensamientos de un hombre que..."

Se detuvo a sí misma.

¡Locura!

Aun así, esto se sintió como una bofetada en la cara de la alta sociedad. Lady Amstel. Sir John. Van Buren. Su madre, que despreciaban el trabajo de Alina.

Por una vez en esta aburrida vida inglesa, Alina sintió que estaba rompiendo las reglas y rompiendo las cadenas que parecían mantener a las mujeres cautivas en una sociedad gobernada por hombres.

Sí, esto era una rebelión, peligrosa pero tan dulce. Por eso las debutantes se escapaban de los bailes sin chaperón para besar a los hombres que les gustaban. Por eso las damas casadas tenían aventuras. Por eso Lady Whitshorn dirigía un círculo literario secreto de mujeres.

Por eso Alina, a pesar de los nervios que le hacían temblar las rodillas y le ponían las manos húmedas, acababa de invitar al hombre a otra charla. El hombre a quien la mayoría de la ciudad temía.

¡Sí!

Esto era rebelión. Por eso trabajaba con el Dr. Grevatt. Por eso venía a este oloroso hospital una vez a la semana. Por eso se había conectado con una antigua esclava que escribía poesía.

Quería sentir que vivía en un mundo y no en una jaula dorada donde la alimentaban y arreglaban para que pudiera cantar hermosamente para personas como ella.

El corazón de Alina latió como los primeros acordes de una orquesta de baile.

Señaló hacia el hueco sobre la puerta trasera.

"Hay un nido de pájaros vacío allí," explicó. "Podría dejar una carta allí. La lluvia no llegaría. Tampoco las manos curiosas. No querría que nadie supiera que..."

Trató de encontrar las palabras adecuadas.

"Que se asocia con alguien como yo." Él se rio, y fue amistoso, sorprendiéndola con su calidez.

Asociarse.

Una ráfaga de viento arrojó una caja vacía en algún lugar fuera de las puertas.

"Eso no fue lo que quise decir," se disculpó ella.

Pero sí lo hizo. Una sonrisa se forzó en sus labios a pesar de los nervios.

Otro momento de silencio pasó entre ellos.

"Esperaré hasta que vuelva adentro," dijo suavemente.

Eso era todo. Se iba. Alina asintió en sumisión renuente.

"Y, por favor, tenga cuidado," agregó mientras ella comenzaba a alejarse.

El caballero-diablo le dijo que tuviera cuidado, el absurdo casi la

hizo reír. El hombre que caminaba por las peores partes de Londres por la noche la estaba cuidando.

Y cuando se acercó a la puerta trasera, miró hacia el nido de pájaros vacío, con la esperanza de que la próxima vez que lo viera hubiera una carta en él.

10

LA RUEDA DE LA FORTUNA

Eso fue quizás lo que me atrajo de la condesa al principio. Una mujer bien educada en estas partes de la ciudad es sospechosa. Una mujer en el hospital es un signo de compasión. Una mujer noble, bueno, eso es peculiar, por decir lo menos. Al igual que yo, la condesa trabajaba en las sombras.

El espejismo seduce a muchos, Padre. Esconde las desgracias y la infelicidad, las almas rotas y la fe moribunda. Es por eso que la tela se colorea y las gemas se convierten en joyas. Es por eso que, en esencia, nos molestamos con las apariencias, no tanto para mostrar nuestra riqueza, sino para engañar a los demás. Aquellos que están verdaderamente decididos a conocer a los demás ven más allá de eso. Los nobles que desprecian a la alta sociedad. Los ricos que no se preocupan por las reglas y la etiqueta. Los verdaderos visionarios que se esconden en salones oscuros y reuniones secretas para discutir libremente las ideas que podrían llevarlos a la guillotina.

Eso fue lo que escribí en mi primera carta a la condesa. Y la historia de la niña de las flores. Tal vez, tenía la intención de asustarla. Para mí, era una forma de sacar a la luz los hechos.

Ahora hay tres personas que conocen a Harlan Krow. La niña de las flores, la condesa y usted, Padre. Es una trinidad, podría decirse, aunque no tan santa. Pero donde hay dos o más, ahí está Dios, ¿no es así? Así que, por favor, escuche esta historia, porque su deidad tenía algunos planes para nosotros.

No piense ni por un momento que ese encuentro con la condesa no fue el de un hombre encantado por una mujer. En el momento en que vi su rostro la noche en que nos conocimos, me impresionó con asombro: el rostro de un ángel. Su pequeña pero majestuosa figura. El elegante giro de su cabeza. Fue hipnotizante, sin duda. Pero detrás de esa belleza había algo más que sentí de inmediato. Nosotros, los depredadores, somos buenos en eso.

Había un misterio en ella, otro lado que quería conocer.

Tenía que acercarme.

Dicen que vivía de noche, pero el día me ofrecía otras oportunidades, para averiguar todo lo que pudiera sobre ella.

Eso es lo que hace el diablo. Atrae a las almas bondadosas con la promesa de salvar a otros. ¿Quería atraerla? No sé. Pero era tan pura que no estaba dispuesto a dejarla ir todavía.

La curiosidad, Padre, es algo peligroso.

La Rueda de la Fortuna ya estaba girando cuando escribí la primera carta.

¿Quién hubiera dicho que me llevaría tan lejos y la llevaría conmigo?

11

LA CARTA

"Oh, qué clima tan espantoso," se quejó Anna Yakovlevna mientras ella y Alina paseaban por Hyde Park. "Será mi fin."

Alina no respondió. De hecho, hacía demasiado frío para mediados de septiembre, y su madre ya había sacado un chal marrón oscuro con adornos de Martha. Se vestía para cualquier salida como si fuera a un baile. Prefería los vestidos con escotes bajos y hombros descubiertos. La moda actual no era de su agrado. Los escotes altos en los vestidos de día no dejaban espacio para los elaborados collares y colgantes que tanto le gustaban a Anna Yakovlevna. Así que se puso los pendientes de alejandrita morada y un broche gigante a juego para sujetar el chal en su lugar. Los adornos de piel del chal hacían juego con el manguito de Martha alrededor de sus manos.

“Todavía no hace tanto frío,” había insistido Anna. Pero no había nada que detuviera a Anna Yakovlevna, aficionada a la exhibición de riquezas.

Su madre saludaba a los ocasionales conocidos con un elegante gesto de la mano que sacaba del manguito para, sí, con ese mismo propósito, mostrar los elaborados anillos de oro con impresionantes gemas que decoraban sus dedos.

Era deslumbrante. Menos mal que era el West End y el mediodía, o les robarían. La selección actual de joyas de Anna Yakovlevna podría alimentar a un pequeño pueblo durante una semana.

Lady Anne asintió en su dirección e intercambió saludos. Y antes de alejarse demasiado, Alina escuchó lo de siempre: "Su esposo expiró convenientemente solo dos años después de su matrimonio."

Anna Yakovlevna fingió no haber oído. Su audición era selectiva.

Eso era mejor que la famosa observación de la señora Rugenford: "*Se rumorea que caminan descalzos por la casa, beben como marineros y adoran al diablo.*"

Alina solo exhaló molesta.

Su difunto marido, el conde Andrei Bronskiy, había muerto en un accidente, eso era de conocimiento público. Sólo los Kámenev y Alina sabían que había sido un asesinato. Por pensar en reformas que no podrían existir en un imperio construido sobre el poder absoluto y la supresión de los pobres. Rusia era una gran nación construida sobre la idea de que el espíritu nacional y la superioridad militar compensaban la falta de libertad. La muerte de Andrei había preservado el estatus

de Alina. ¡Qué precio a pagar por un título! El título salpicaba de sangre y humillación...

Siempre parecía haber algún tipo de peligro en la vida de Alina. Incluso ahora, caminando con su madre y escuchando sus comentarios y quejas ocasionales, Alina no podía evitar pensar en Harlan Krow.

Le había pedido una carta. ¿Le escribiría?

Habían pasado tres días desde su encuentro y Alina estaba ansiosa.

"Mamá, te resfriarás con este tiempo," dijo finalmente Alina con fingida preocupación. "Tal vez sea mejor que regresemos a casa."

Cuando llegaron al carruaje, Yegor discutía con el cochero y fumaba tabaco enrollado en papel de periódico mientras escupía de vez en cuando, otra costumbre que irritaba a Anna Yakovlevna.

"*Ploot,"* soltó Yegor con enfado, llamando bribón al cochero.

"¿Qué fue eso?" El hombre lo fulminó con la mirada.

"Dije que buenos días," espetó Yegor y escupió en el suelo, luego vio que Alina y su madre se acercaban y se enderezó. "Mi señora."

Alina sonrió y negó con la cabeza. Yegor parecía estar en guerra con cualquiera que hablara en inglés, sonriendo y diciéndoles maldiciones rusas en la cara. La razón por la que su madre insistía en llevar a Yegor con ellos a todas partes era obvia y bastante molesta: la figura gigante de Yegor llamaba la atención de todos, tal y como le gustaba a Anna Yakovlevna.

"Tengo que ir a casa de Grevatt," le dijo Alina a su madre cuando llegaron a Birchin Street.

"¡Lo sabía!" exclamó teatralmente su madre al salir del carruaje. "Me estás dejando sola otra vez. Mi esposo asiste a interminables reuniones de negocios. Y mi hija prefiere a los vagabundos antes que a su propia madre."

Anna Yakovlevna sollozó forzadamente y se alejó hacia la casa mientras Alina ponía los ojos en blanco.

"¡Yegor! ¡A St. Rose!"

"No es el día, ¿verdad, mi señora?" Yegor la miró sorprendido.

Alina ladeó la cabeza en señal de reproche y él cerró suavemente la puerta del carruaje. Debería enseñar a sus sirvientes algunos modales. Gracias a Dios, nadie sabía cómo hablaba su lacayo de la gente de la sociedad. Pero el pensamiento se olvidó cuando el carruaje se dirigió hacia el centro de Londres.

El corazón de Alina latía con fuerza en su pecho cuando media hora después se acercaron al hospital. Casi nunca llegaba a St. Rose a la luz del día. Y cuando el carruaje se detuvo frente a las puertas, abiertas y con una fila de gente afuera a pesar del frío, Alina se sintió demasiado consciente de su lujoso vestido y joyas.

Se abrió paso entre la gente y las miradas mientras entraba.

William la miró sorprendido, y el doctor Grevatt la examinó en su

despacho por encima de las gafas.

"¡Señorita Alina! ¿Pasa algo?" Hizo un gesto a la enfermera que escoltó a un hombre cojeando hacia afuera.

"No. Estaba cerca y me detuve a saludar," dijo Alina, odiándose a sí misma por las mentiras.

Rumi corrió a la habitación, con la falda manchada y el pelo fuera de lugar, y se detuvo, viendo a Alina.

"¿Señorita Alina? ¿Pasa algo? Su mirada de repente estaba demasiado preocupada.

Alina soltó una risita nerviosa y negó con la cabeza.

"No. No. Solo estaba de paso y decidí parar."

"Oh."

Rumi agarró papeles del escritorio y salió corriendo de la oficina.

Alina se despidió y, apretando los dientes con un poco de vergüenza, salió al pasillo. Pero en lugar de ir a la puerta principal, caminó apresuradamente hacia la entrada trasera.

Afuera, el jardín parecía desierto. Los árboles esqueléticos con las últimas hojas se asomaban en el cielo gris y las nubes que colgaban demasiado bajas.

Con el corazón latiendo con fuerza, Alina miró a su alrededor, se puso de puntillas y extendió la mano hacia el nido de pájaros abandonado sobre la puerta.

Pasó un momento antes de que sus dedos tocaran el papel, y su corazón emitió un golpe tan fuerte que pensó que el suelo temblaba debajo de ella.

Sacó la carta del nido y la miró conmocionada.

AB, sus iniciales, la miraban fijamente desde el papel barato doblado. Volvió a mirar a su alrededor, luego se metió la carta en el corpiño y comenzó a caminar apresuradamente alrededor del edificio hacia las puertas, sin que una sonrisa abandonara su rostro.

Me preguntó cómo uno se vuelve tan oscuro. Siempre hay una historia detrás de los actos de venganza. La mía empezó hace mucho tiempo. No fue una, sino muchas. Se necesitarán docenas de cartas para contarlas todas. Pero la más importante es la historia de la niña de las flores.

El papel era barato pero la escritura estaba impecable y sin una sola mancha de tinta.

Alina leyó la carta en cuestión de minutos y luego la volvió a leer.

La historia de la niña de las flores era tan desgarradora que cuando terminó de releerla por tercera vez, se sentó en silencio durante algún

tiempo, sintiendo un agarre helado en el estómago a pesar de la chimenea encendida. Recordó el artículo del periódico, la historia de un benefactor de un orfanato y la forma en que su cuerpo fue encontrado una mañana de la manera más espantosa, en el lugar donde más tarde se erigió a la *Madre Llorona.*

Una niña de las flores.

El nacimiento de un villano.

Una cadena de acontecimientos que se desató en la ciudad de Londres.

Un golpe en la puerta hizo que Alina se levantara de un salto y metiera la carta en un cajón.

“Mi señora, una carta para usted.” Martha vino con la noticia.

¡Otra! ¡De Olga!

Alina sonrió, ahuyentó a Martha y dejó la carta de su amiga sobre el escritorio.

La carta de Harlan Krow estaba de nuevo en sus manos. Se la llevó a la nariz e inhaló.

Humo. Carbón quemado. Polvo. Cuero. Algo más en el olor se filtró en las fosas nasales de Alina. Ladeó la cabeza y estudió los papeles de ambos lados como si guardaran un secreto. Acariciaba la letra, estudiaba cada letra, cada curva.

Educado. Sí, el villano no era un indigente como decían algunos rumores. Y aunque el papel era barato, la escritura inmaculada era un signo de buena educación.

Que raro.

Ella respondió de inmediato. Fue una simple reacción a su historia, de media página. Y cuando la leyó, lo desmenuzó en sus manos y lo arrojó a la chimenea.

Escribió otra. Luego otra. Hasta que quedó completamente satisfecha con su redacción.

Ella preguntó por qué. Razonó sobre la justicia. Tenía un centenar de preguntas que no podían ser respondidas en una sola carta.

¿Le gustaría volver a hablar? escribió al final.

Allí estaba de nuevo, pidiendo una reunión.

Oh, eso era una pendiente resbaladiza, ella lo sabía. Pero estaba cansada de la vida inglesa, perfecta y aburrida.

“Envía a Yegor aquí,” le dijo a Martha y se paseó por la habitación.

Yegor entró en la habitación, encorvado como siempre, como si temiera que su cabeza golpeara la parte superior del marco de la puerta. Su cuerpo definitivamente lo llenaba por completo.

"Necesito que hagas algo por mí." Alina lo miró fijamente, estirando el cuello. Pero tienes que prometer que no se lo dirás a nadie. Nunca. Ni a Martha. Ni a mis padres. Ni una palabra.

Su mirada se endureció, pero solo asintió.

Ella le dio la carta y le explicó dónde depositarla.

La miró fijamente durante un rato, luego la miró por debajo de sus gruesas cejas, pasando de un pie a otro.

“No lo hagas.” Ella sacudió la cabeza en señal de advertencia. "No preguntes. No lo digas. Asegúrate de que nadie te vea. Si alguien lo hace, dile que perdí algo en el hospital antes."

"¿Qué?" preguntó vacilante.

“¡No sé qué, Yegor! Inventa algo. Siempre puedes responder en ruso y hacer esa mirada intimidante tuya."

Ella soltó una risa divertida, aunque Yegor la miró fijamente no muy divertido.

"Hazlo ahora." Ella le hizo señas para que se alejara. "Puedes tomar el carruaje. Y avísame tan pronto como regreses."

Él asintió, marchándose en un silencio que era más pesado que su cuerpo de montaña de dos metros.

Alina se paseó por la habitación durante un rato, repensando lo que había escrito. Pidió té, bajó a la sala de estar y escuchó durante un rato a Anna Yakovlevna tocar alguna melodía melancólica en el piano, deteniéndose de vez en cuando para hablar de los últimos rumores y de la reciente actuación de lady Amstel.

El reloj marcaba los minutos con una lentitud dolorosa, y cuando, dos horas más tarde, la puerta principal se cerró con un sonido sordo, Alina salió corriendo de la sala de estar para ver a Yegor entrar, limpiarse los pies en el felpudo y quitarse el sombrero de la cabeza.

“Ya está hecho,” dijo en voz baja.

Alina se sintió como una conspiradora, la excitación familiar comenzó en la boca de su estómago.

Antes de acostarse, releyó una y otra vez la carta de Harlan Krow.

Solo cuando ya estaba en la cama, mirando al techo oscuro, divertida por lo que estaba pasando, se dio cuenta de que se había olvidado de leer la carta de Olga, la que había esperado durante meses.

12

RUMI

A la mañana siguiente, Anna Yakovlevna tocó una melodía alegre en el piano mientras Alina bailaba con la carta de Olga en la mano, levantada por encima de su cabeza.

"¡Olga viene la primera semana de noviembre!" seguía cantando al ritmo de la melodía vacilante.

Nikolai Sergeevich se sentó en el sofá a leer y sonrió, observando el tonto baile de su hija. Finalmente bailó un vals, se arrojó junto a él y exhaló ruidosamente. Le encantaba ver a su padre con un cárdigan de lana y zapatillas de casa, en casa, sin su seriedad habitual.

Esos momentos de felicidad habían sido raros desde la tragedia en Rusia y su llegada a Inglaterra. Pero la vida empezaba a ser más normal, y Alina estaba agradecida.

“El almuerzo está servido,” anunció Dunya en inglés con su alegre acento.

Alina la estudió con interés, preguntándose de dónde había sacado la criada el vestido púrpura que parecía demasiado lujoso para una sirvienta y que contrastaba con el delantal y la gorra de la sirvienta.

Se dirigieron al comedor donde se colocó un *samovar* en el centro de la mesa, el mantel blanco y el juego de té de porcelana brillaron a la luz de las velas. Afuera estaba demasiado sombrío, y las velas estaban encendidas a primera hora de la tarde, con el fuego de la chimenea ardiendo en todo momento.

Anna Yakovlevna bebió pequeños sorbos de *erofeitch*, una antigua receta de vodka infundido con menta, anís y otras hierbas. Se estaba convirtiendo en una conocedora de las bebidas espirituosas.

Dunya sirvió sopa de pepinillos caliente con cebada y pan de centeno oscuro recién horneado.

"Tal vez podamos contratar a otro cocinero para ayudar a Prosha a aprender cocina inglesa," dijo Alina.

Anna Yakovlevna le dirigió una mirada de reproche. "Lo siguiente que harás es imponer multas en esta casa por hablar ruso."

Nikolai Sergeevich sonrió sin levantar los ojos de su plato.

Alina no podía entender qué estaba cambiando últimamente, pero la casa se sentía sofocante. Quería estar en casa de Grevatt, escribiendo, hablando con Rumi, ayudando en St. Rose más a menudo.

Tales pensamientos estaban salpicados con las imágenes de Harlan Krow.

“Voy a casa de Grevatt,” anunció bruscamente, levantándose de la mesa sin terminar de comer.

“¡Pero el té! ¡Alina!", exclamó su madre con desesperación.

"Tengo que irme."

"Te estás alejando de esta familia. Pronto, te sentirás avergonzada de aparecer con nosotros en público."

"¡Mamá! ¡Qué tontería!" Alina negó con la cabeza, de repente molesta por su capricho y queriendo estar en cualquier lugar menos en casa. “Hoy volveré más tarde de lo habitual.”

Besó a su padre en la mejilla y se marchó, dejando atrás las quejas de su madre y los pensamientos de la visita de Olga.

Nunca había hablado con Rumi de Harlan Krow. La historia había sido discutida tantas veces en los periódicos y en ciertos círculos que todo el mundo en la ciudad parecía conocer al caballero-diablo. Era una leyenda y se había convertido en parte de la historia de la ciudad.

Hace apenas medio año, el Dr. Grevatt estaba leyendo un artículo sobre otro crimen. Había hecho un comentario, pero ni Alina ni Rumi se habían interesado por ese tipo de noticias.

Ahora Alina quería hablar de él. Y cuando llegó a casa del doctor Grevatt, se encontró con Rumi con más alegría que de costumbre.

Observó cómo Rumi preparaba en silencio el escritorio para otra sesión de escritura, observaba cómo sus manos alisaban el papel blanco. Cuando Rumi se sentó detrás del escritorio y, tomando la última página del ensayo, miró a Alina expectante, Alina estudió por un momento su hermoso rostro con pómulos altos y cincelados, labios carnosos y cejas afiladas. Rumi parecía una dama, sus vestidos brillantes siempre contrastaban con su piel de ébano.

¿Dónde estaría ahora si no fuera por el Dr. Grevatt?

Rumi también había salido de la oscuridad. Si no fuera por los señores con oscuras intenciones y un simple acto de bondad que siguió, podría haber terminado muerta, o algo peor. Alina había descubierto que había destinos peores.

¿No era eso lo que hacía Harlan Krow? Además de vengarse, daba a las pobres almas la oportunidad de una vida mejor.

Rumi miró a Alina en silencio. Sus ojos se cruzaron. No se dijo ni una palabra.

En momentos como este, parecía que Rumi podía leer sus pensamientos.

En momentos como este, la historia que Rumi le había contado meses atrás rompió el corazón de Alina y luego lo llenó de esperanza nuevamente.

"Tenía seis años cuando mis padres fueron asesinados en una rebelión en Níger," le había dicho Rumi a Alina un día. "Me vendieron a piratas, me llevaron a la costa de Portugal, luego me transfirieron a un barco inglés y terminé en Londres.

"Si piensa que la esclavitud fue abolida, bueno, no será por mucho tiempo, no hasta que el oscuro submundo de ciudades como Londres deje de existir y los ricos dejen de pagar por sus horribles indulgencias. Debería alabar a los dioses por un señor rico que le había gastado una broma a su amigo a mi costa y por el doctor Grevatt que me salvó entonces. Aunque creo que fue un joven sij quien realmente me salvó desde el principio."

"Durante algún tiempo, después de que nos trajeron a Londres, nos quedamos en una jaula. De diez por diez, con una docena de personas, de todas las edades y etnias, hacinadas en algún sótano, en la parte más viscosa de Londres, estoy segura. Una semana más o menos, la más oscura de mi vida."

"Había un joven con nosotros. Apenas tenía barba. Un turbante. Ojos inyectados en sangre. Ropa harapienta que olía a especias a pesar del fuerte hedor que nos rodeaba. Ojos amables y sonrisas suaves a pesar de días sin ser alimentados, agotados y sin esperanza, esperando nuestro destino."

"Todavía recordaba algunas palabras nativas que nadie hablaba más que yo y aprendí algunas en inglés. Así que los combinaba en sílabas que sonaban relajantes."

"Verá, a una edad temprana, ya tenía amor por la poesía. Utilicé los sonidos para transmitir emociones."

"Barras de hierro como mechones de pelo de un gigante."

"El piso es del color del agua fangosa."

"El chico sonrió ante mis palabras. No entendió nada, pero sacudió la cabeza de un lado a otro. Lo hacía a menudo con cualquier cosa que alguien dijera."

"Un día o una noche, era imposible saberlo, estaba tumbada en el suelo de piedra, con los brazos alrededor de las rodillas, fría, cansada, hambrienta, vestida solo con una túnica hasta la rodilla. Cantaba en voz baja para mí misma. Junté las palabras y tarareé una melodía que era un vago recuerdo de mi tierra natal.

"Alguien me tocó y abrí los ojos."

"Su sonrisa otra vez. Un paño bordó cubriendo mi cuerpo. Tenía el pelo oscuro, desordenado, alborotado, que le caía suelto hasta los hombros, se había desabrochado el turbante para usarlo como manta para mí."

"*Kali roomi,"* dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro como la

manija del reloj al revés.

"Tosió entonces, un fuerte ataque que le roció sangre en el antebrazo. Otra sonrisa, suave y de disculpa. "*Gaao, gaao,"* susurró, moviendo la cabeza de un lado a otro de forma alentadora, aunque tenía los ojos caídos.

"Sabía lo que quería el chico sij y reanudé el canto, entretejiendo las palabras que conocía en la melodía."

"Siguió repitiendo esas palabras, y ese se convirtió en mi nombre, Rumi. Más tarde, cuando un señor rico que me compró me preguntó mi nombre, sonrió. Rumi. Como el poeta persa."

"Mi nombre fue la mayor bendición, pero yo era demasiado pequeña para entenderlo entonces."

"Black Rumi era como me llamaba ese chico sij."

"El joven que me dio su ropa cuando tenía frío."

"Que movía la cabeza de una manera graciosa."

"Que hablaba en su extraño idioma y me hacía sonreír y sentirme menos sola."

"El hombre que me dio su ración de pan, la única comida que habíamos conseguido en días, y a la mañana siguiente estaba muerto."

Todo el mundo tenía una historia. No todo el mundo tenía una historia de esclavitud o una bala en la cabeza. Algunas eran historias de un contacto no deseado, una promesa incumplida, una traición, un moretón.

Rumi entendía esas cosas mejor que nadie. Tal vez, eso era lo que había atraído a Alina hacia ella en primer lugar: el pasado empañado por una tragedia.

La de Rumi también era una historia de salvación milagrosa. Comprada por señores ricos en una subasta secreta como una broma, fue descubierta por el Dr. Grevatt y "adquirida". Rumi lo llamó "ahorro". El médico nunca habló de ese día. Insistió en que ella había cambiado su vida profundamente. Sin hijos, había encontrado alegría en criarla y hacerla partícipe de todo lo que hacía. Si no fuera por el color de su piel, podría haber pasado por su hija.

Rumi había estado con el médico durante casi dos décadas. Se había dado cuenta de su afinidad por las palabras y le había dado educación, le había enseñado a leer y escribir, había contratado tutores de francés y latín. Rumi leyó. Y escribió. Y ayudó en el hospital y con el papeleo.

¡Oh, era una mujer maravillosa! Alina encontraba una inmensa alegría en sus conversaciones que podían durar horas cuando se conocieron. Rumi amaba a Rumi, el verdadero poeta, un hombre. Y

amaba a Catulo, que hablaba con tanta ternura de amor, pero maldecía en latín como el marinero más sucio. Omar Hayam le había robado el corazón, por supuesto. Había aprendido de los mejores y era una genia con las palabras, tejiéndolas como hilos en hermosas telas que podían llevar al éxtasis la piel más sedosa.

Alina había leído muchas, Rumi tenía montones y montones de ellas.

“Algún día las publicaré,” dijo Rumi.

Y Alina estaba decidida a ayudar. La poesía no era ciencia. Después de todo, cualquier cosa que tuviera belleza podía tener voz. Los ensayos de Alina tendrían que permanecer bajo el nombre de Grevatt por ahora. Pero la poesía de Rumi tenía futuro, estaba segura.

“Hoy no tengo ganas de escribir,” dijo Alina aquella tarde, mientras observaba a Rumi ordenar las páginas del ensayo sobre el escritorio.

Rumi se detuvo y le dirigió una mirada curiosa. "Está bien. ¿Qué te gustaría hacer?"

Alina se sintió extraña, en efecto. Lo atribuyó a la emoción por la carta de Olga, pero en realidad, era el próximo viaje a St. Rose y la oportunidad de ver a Harlan Krow.

Llamó a la criada para que tomara el té, y mientras ella y Rumi se acomodaban en los sillones junto a la mesa baja de cristal de la sala de estar, Alina miraba distraídamente la ventana, viéndola oscurecerse, esperando y esperando a que cayera la oscuridad.

“¿Qué piensas de Harlan Krow, Rumi?” preguntó finalmente, sin mirar sorprendida a la mujer que definitivamente la había estudiado.

Rumi dejó la taza de té en el suelo y se rio por la nariz. "Es una leyenda, un misterio." Alina asintió. Sabía lo que decían todos. "Un salvador, podría decirse."

Las palabras hicieron que Alina se volviera hacia Rumi y ladeara la cabeza. “¿De verdad crees que es un salvador?”

Rumi ladeó la cabeza para imitar a Alina. Su cabello negro como el cuervo, peinado hacia atrás en intrincadas trenzas, reflejaba la luz de las velas que la criada había encendido. Su piel adquirió un tono marrón cálido, un tono más claro de lo habitual. La bondad brillaba en sus ojos que estaban enfocados en Alina y centelleaban juguetonamente.

"Creo que hace un esfuerzo, sí," contestó Rumi. "A su manera. Más que nada, saca a la luz las fallas de nuestro sistema de justicia."

“A la luz,” repitió Alina. “¿Es así como llamas a la exhibición de sus crímenes?”

"La única persona que trae la luz es la que viene de la oscuridad, es peculiar, sí. Pero, ¿de qué otra manera lo harías por esos lares?”

Alina no estaba segura de si estaba tratando de convencerse a sí

misma de redimir al hombre o simplemente quería escuchar su nombre una y otra vez.

“Verá, señorita Alina, yo fui una de las víctimas de los defectos de este país. Conoces mi historia. Libertad es una palabra engañosa. El día que fui recogida por el Dr. Grevatt fue el día en que me dieron lo que debería haber sido mío en primer lugar. Eso dice la Biblia. Lo mismo ocurre con la ley. Pero los hombres que aman la Biblia navegan a través de los océanos y esclavizan a otros, quitándoles sus libertades. Supongo que, en esos viajes, sus Biblias y códices de leyes permanecen encerrados en cajones."

Alina exhaló ruidosamente, asintiendo.

"Me salvé," continuó Rumi. "Pero muchos no tienen tanta suerte. Y aun así, mucha gente ha vuelto de algo peor, señorita Alina. Cuando has visto lo peor de la humanidad, ves el mal en todas partes. Todos los matices. Todas las formas. Cada mota diminuta. Y quieres borrarlo de todas las formas posibles."

“¿Pero no debería hacerse justicia de la manera adecuada?” Alina la miró con la esperanza de obtener una respuesta.

"Mira el país en el que vivimos. Este imperio esclavizó a una cuarta parte del mundo y mató a más personas inocentes que cualquier otra nación. ¿Qué ley o sentido de la justicia podría permitirles hacerlo?"

Alina no tenía la respuesta.

"Ellos," Rumi asintió hacia arriba "viven en su mundo blanco y con derechos. “Ellos,” ella asintió hacia abajo, “simplemente tratan de sobrevivir. Y te sorprende que el único hombre que puede hacer justicia, incluso a su manera brutal, sea aclamado como un héroe."

La sonrisa de Rumi era hermosa y amable, envolviendo el corazón de Alina que ahora latía tranquilamente en aceptación.

Permanecieron sentadas en silencio durante un rato, los únicos sonidos eran el tic-tac del reloj y los ecos de los pasos de la criada en el pasillo.

“¿Me leerías algunos de tus poemas?” preguntó Alina por fin a Rumi.

“¿Qué te gustaría oír?”

“Lee algo sobre la oscuridad,” dijo Alina, sintiendo que su corazón se encogía con una repentina tristeza.

Cuando llegaron a St. Rose, Alina envió a Rumi por delante y se quedó en el jardín.

Se estremeció en la oscuridad silenciosa, la inquietud y la excitación retorcían su estómago de la manera ya familiar. Tenía la sensación de que *él* la observaba. Las dos últimas veces que había ido

a St. Rose, él había estado allí, esperando en las sombras.

Ahora, caminó hacia el banco de piedra y tomó asiento, juntando sus manos temblorosas y nerviosas.

Esto era impropio de una mujer de su estatus. Pero también lo era la enfermería. También lo era publicar investigaciones médicas bajo el nombre de otra persona. También lo era estar casada con un librepensador. También lo era que te llamaran traidora. Su vida era una gradación de todas las cosas impropias, al parecer.

Los suaves pasos detrás de ella hicieron que su corazón se acelerara.

Cerca.

Más cerca aún.

Podría ser robada o asaltada. La leyenda podría estar equivocada. El hombre al que los barrios bajos aclamaban como un héroe y sobre el que a los niños les contaban cuentos antes de dormir solo podía ser un criminal.

No se atrevió a girar la cabeza y miró al frente en la oscuridad. Una sensación de peligro saturaba el aire a su alrededor. Pero la forma oscura apareció por el rabillo del ojo y se sentó a su lado. Como su propia sombra.

Harlan Krow.

Su presencia era abrumadora mientras permanecían sentados en silencio, esperando. Para qué, no estaba segura.

“Leí su carta,” dijo finalmente en voz baja, con la voz como un eco en la oscuridad.

Esto sonaba tonto, pero no sabía qué más decir. Sentía que necesitaban una presentación, siendo extraños y todo. Sin embargo, la facilidad con la que habían intercambiado sus primeras cartas era asombrosa.

La primera correspondencia, sonrió al pensarlo. ¿Cuántas habría?

Y ahí estaba su historia, que volvía a ella en todos sus detalles.

La niña de las flores.

Y lo que es más importante, la verdadera razón detrás del hombre cuyo nombre se había convertido en leyenda.

De repente, la noche parecía demasiado fría, el frío corría por las venas de Alina, haciéndola temblar bajo el chal.

El silencio era ensordecedor.

“Esos niños,” murmuró. "Eso es atroz."

"Pero así es la humanidad," respondió.

El silencio volvió a reinar entre ellos.

“Usted me juzga,” dijo, y había una pregunta en lo que dijo.

"No es tan simple," respondió.

"Nunca lo es. Tampoco lo es la humanidad. Ni la justicia. Ni la redención."

"¿No hay una manera de ayudar en lugar de castigar? Una más... ¿Una forma humana de cambiar las cosas?"

"Ayuda..." Se quedó callado durante algún tiempo. "Le voy a contar una historia. Usted decidirá. Porque hace una pregunta muy simple. ¿Y si la mano que la ayuda es también la que inflige dolor?"

13

EL DISPARO FINAL

¿Qué sabe de quitarle la vida a alguien, Padre? ¿Hasta dónde llegará incluso el alma más virtuosa para protegerse a sí misma, a su familia?

Dicen que el perdón es un arma. Déjalo en manos de Dios, dicen. He estado en lugares que Dios abandonó. No hay iglesias en el desierto, Padre.

Afganistán, 1840.

Un pequeño pueblo a las afueras de Jellalabad, devastado por un ataque militar.

Soldados británicos que vinieron a salvarlo.

Nosotros fuimos a salvarlos, los gloriosos hombres del Imperio Británico, las Fuerzas Armadas de Su Majestad.

Era una tarde soleada, calurosa y polvorienta. Pacífico, también. Las ruinas siempre lo son.

Caminaba sin rumbo fijo, tratando de aceptar el lugar, el ataque, las cenizas que siempre dejábamos atrás, a pesar de llamarlo una victoria.

Llegué a la última cabaña pequeña en las afueras del pueblo. Gritos ahogados flotaban desde el interior. Me detuve, empujé lentamente la puerta entreabierta y entré.

Una mujer local estaba inclinada sobre la mesa de madera, con el hiyab torcido, el cabello azotado sobre su rostro, que estaba contorsionado por el dolor. Llevaba la falda hasta la cintura, un hombre la presionaba detrás de ella, gruñendo amenazas y tanteando los botones de sus pantalones. Su mano libre la empujaba hacia abajo sobre su espalda, manteniéndola en su lugar. Su ceño fruncido era el de un animal, lo que representaba el rostro que yo conocía: uno de los nuestros, los gloriosos soldados de Su Majestad.

Él no me vio, pero la mujer sí, con los ojos muy abiertos por la conmoción y la desesperación.

Había un llanto manso: su bebé yacía en un montón de telas en el suelo. Otro grito manso salió de ella cuando el soldado le separó las piernas de una patada y la empujó.

Lentamente levanté mi arma cargada. Su chasquido hueco atravesó los gruñidos y el zumbido de las moscas.

El soldado se volvió y me vio, se detuvo, luego se apartó de la mujer, con los calzones alrededor de las caderas.

“Amigo,” dijo y sonrió sorprendido.

Era un amigo, ¿sabe? ¿Dejaría que su amigo agrediera a una mujer, Padre? ¿Qué *haría,* sabiendo que podría arrastrarlo, pero que ese perro regresaría por la noche y terminaría lo que había comenzado?

La ira se apoderó de mí.

El asco hervía en mis venas.

Corrió la sangre palpitante a mi cabeza.

A mi modo de ver, no había otra opción. Bajé el arma solo unos centímetros y apreté el gatillo, disparando al soldado en la pierna. Era un pequeño castigo para una bestia. Gritó de dolor y cayó al suelo, agarrándose la pierna destrozada. Y, ¿qué sabes?, ¡gimió el nombre de Dios!

Todos ellos llaman el nombre de Dios, Padre. Su Dios está en buenos términos con todos. Ama a todos sus hijos, ¿no es así?

Mientras el soldado se retorcía y gemía, la mujer se dio la vuelta, bajándose la falda una y otra vez como si no pudiera cubrirse lo suficiente, luego gritó de ira y lo pateó tan fuerte como pudo y le escupió en la cara. Cuando se volvió para mirarme, moví mis ojos hacia su pistola que estaba apoyada contra la mesa. Volviendo mis ojos a ella, le dije: "Es suya si la quiere."

No hablaba el idioma, pero entendía.

Salí.

Era un buen día, hirviendo a fuego lento en el calor del verano y el zumbido de los insectos.

El sol, Padre, es la mayor ilusión de felicidad.

Los soldados estaban disparando para practicar en algún lugar a lo lejos, bebiendo *doogh* y riendo. No había forma de saber quién disparaba las armas y dónde. Pero mientras caminaba por la calle vacía y polvorienta hacia la guarnición, un disparo vino de la última cabaña en las afueras.

14

HISTORIAS

Septiembre se convirtió en octubre.

Las reuniones y las cartas se hicieron regulares, como un reloj.

Todas las semanas, Harlan Krow le escribía a Alina. Leía la carta y le respondía. Y los viernes, venía a St. Rose con el corazón palpitando en el pecho.

Y siempre esperaba en la oscuridad como un amante secreto.

Su forma de hablar y sus modales no eran los de un plebeyo. Su conocimiento de la literatura y la historia era asombroso. Sin embargo, su ropa, por lo que pudo recoger en la oscuridad, era apta para los barrios bajos. Olía a carbón quemado, a fogatas, a cuero húmedo y a lluvia.

Y nunca le vio la cara.

Sólo en el destello de los ocasionales reflejos, notó una barba corta. Las gafas redondas tintadas que usaba a veces eran anaranjadas, y los destellos de ellas cortaban como acero afilado a través de la oscuridad.

Era un peligro, en su forma y en la forma hábil en que se movía, en la rapidez con la que aparecía y desaparecía.

Pero su voz era baja y humeante. Una voz que una se imagina contando historias junto a las hogueras. Una voz que a veces se sentía íntima.

En cartas, hablaban de personas, pecados, redención y salvación. Citaba a eruditos famosos, y Alina deseó que Rumi pudiera escucharlo. ¡Oh, qué pareja habrían hecho!

Y en persona, le contaba las oscuras historias de su pasado. Los peligros. Los días afganos. La guerra entre las personas que no tenían voz ni voto en los juegos que las autoridades elegían jugar.

Sus preguntas se volvieron más atrevidas. “La chica muerta hace un año, una de muchas, las autoridades dijeron que fue usted.”

"No fue así. Ojalá hubiera podido salvarla."

“¿Qué pasó?”

Siempre respondía como si se tratara de una confesión.

"La encontré en un callejón oscuro. La lámpara iluminaba su cuerpo desnutrido. Yacía como una muñeca, con la piel de porcelana, manchada de suciedad y sangre. Un vestido azul otoñal y una cara bonita, casi angelical. Un demonio la habría esclavizado. Un monstruo la habría devastado. No, eso era banal en su tragedia: la mano de un hombre. Era una de las muchas chicas que se encontraban así por esos

lares. Algunos señores ricos tenían gustos perversos. Sus padres sabían sus nombres. Pero los hombres de la ley eran pagados. Y cuando por fin se hizo justicia por mi mano, esa noche el cuerpo de uno de esos hombres volvió a los barrios bajos. Pero esta vez no para el horrible entretenimiento, sino para que todo el mundo lo vea, en su gloriosa muerte."

"¿Por qué una exhibición tan espantosa?"

"Los pobres necesitan saber que la justicia existe. Los que cometen los crímenes en esos lugares deben saber lo que les espera."

Sus historias eran oscuras. Era de noche. Él era el pozo de fuego que quemaba los pecados en los barrios más profundos. Y era la voz de los abusados, cuyas historias hacían que a Alina se le revolviera el estómago.

Y había historias de bondad. Esas fueron las que le hicieron darse cuenta de por qué los niños lo amaban tanto. Los niños no entendían la vida ni la moralidad, pero reconocían los actos de bondad y valentía cuando los veían.

Una vez había visto a un grupo de niños en la calle, recreando las legendarias escenas. Un niño pequeño agitaba un palo en su mano como una espada, poniéndose un balde en la cabeza en lugar de un sombrero de copa. Estaba de pie sobre un barril vacío, sus pequeños puños temblando en el aire. "Soy Harlan Krow. ¡Y yo la salvaré, señora!" declaró a un grupo de niños que estaban a su alrededor. "Mataré al bastardo que le hizo daño y lo enviaré hasta el infierno."

Ella se había reído entonces. Pero ahora la leyenda era una realidad. Y deseaba desesperadamente *ver* al hombre detrás de este disfraz.

¿De qué color eran sus ojos?

¿Era guapo o estaba desfigurado?

¿Tenía cara de monstruo?

¿Le importaría?

No podía decir su edad, pero había hecho los cálculos una y otra vez: había servido en la guerra de Afganistán cuando tenía poco más de veinte años. Así que ahora tenía treinta y tantos años.

Se atrevió a bromear. "¿Alguna vez sale en el día?"

Sonrió. "Me gusta el mal tiempo. Rezo por él, porque cuando el sol atraviesa la constante penumbra y niebla de esta ciudad, brilla intensamente con los recuerdos de la guerra y de un día mortal en las montañas del Hindu Kush."

Reprimió las ganas de preguntar al respecto. Sus historias eran oscuras. Sus cicatrices eran profundas.

Hablaban de monstruos y santos. Le habló de Rusia, de los inviernos crueles y de las almas hermosas.

La primera vez que le habló de su lacayo, Yegor, y de cómo se

había bebido tres pintas de aguardiente en una apuesta, Harlan Krow se echó a reír. La primera vez que lo oyó reír, su corazón se apretó, el rico sonido de su risa fue tan hermoso que la sobresaltó.

“Me gusta su risa,” dijo ella, sonriendo en la oscuridad, tratando de imaginar su sonrisa.

Se quedó callado al instante.

"Debería reírse más a menudo." No sabía qué más decir.

“Lo haré. Si está por aquí," respondió.

Y el aire se calmó a su alrededor.

Siempre estaba ese punto de inflexión entre una mujer y un hombre: una palabra deslizada, una mirada demasiado larga, un silencio prolongado que les decía que tenían un vínculo que era aterrador y emocionante a la vez.

No debería haberse sentido atraída por la sombra sin rostro. Pero detrás de ella había un hombre. Y era magnético, el poder de su presencia contagioso, como si sentada en ese banco de piedra detrás de St. Rose estuviera protegida por el mismísimo diablo.

Sus historias la asustaban a veces. Sentía ganas de persignarse, y luego recordaba que él se burlaba de la religión. Así que se sentó, temblando en el frío viento de octubre, y se llevó la mano al pecho, donde la pequeña cruz de bronce colgaba de su cuello bajo la tela de su vestido.

Le había preguntado al respecto.

"Nos bautizamos a una edad temprana," explicó. "La cruz la dan los padrinos. Los míos eran compatriotas adinerados con orígenes más que humildes. La cruz es de latón, sencilla y económica. Pero nunca me la quito."

"¿La ayuda?" preguntó. No había burla en su voz, sino curiosidad.

“Todos tenemos nuestros rituales, señor Krow.”

“Por favor, llámeme Harlan.”

Ella se quedó quieta.

"Todos tenemos nuestros rituales." *Harlan.* "Nos ayudan a mantener la rutina que nos pone los pies en la tierra. La forma en que nos levantamos de la cama por la mañana. La forma en que nos lavamos la cara, luego nos peinamos y nos ponemos los zapatos, el derecho y luego el izquierdo. La forma en que rodeamos los charcos en un día lluvioso y alisamos nuestro cabello cuando estamos molestos. La forma en que decimos: ‘Por favor,’ en nuestras mentes, rogando por el mejor resultado en situaciones difíciles, y exhalamos, tratando de deshacernos de los pensamientos pesados. La cruz es solo eso: un recordatorio de que hay un poder allá afuera que podría actuar a nuestro favor. Ud. no cree en Dios. Lo entiendo."

"Creo en los ángeles." Él soltó una risita, haciéndola sonreír. “¿Eso cuenta?”

Y luego cambió. No estaba segura de lo que estaba haciendo hasta que vio la sombra oscura partida en dos y sintió el peso de su abrigo de cuero sobre sus hombros.

“Ha estado temblando durante un rato,” dijo en voz baja. "Dios no protege en los tiempos fríos. Tampoco la fe. Los abrigos sí."

Su olor en el abrigo alrededor de sus hombros era más fuerte. Lluvia. Cuero. Carbón quemado.

Tragó saliva con dificultad. "¿Y usted? Tendrá frío."

“No si se queda un rato y habla conmigo.”

Y cerró los ojos, mordiéndose la sonrisa.

Sus palabras se sintieron como una caricia.

15

DE LADY AMSTEL

"Los echaré a todos y conseguiré nuevos sirvientes," se quejó Ana Yakovlevna un día cuando una puerta se cerró de golpe en algún lugar de la profundidad de las habitaciones de los sirvientes por quinta vez en un minuto.

Había algo en las puertas de la casa de Kámenev. Siempre se estaban abriendo y cerrando. Como si hubiera decenas de personas saliendo y entrando. Llevaba a Anna Yakovlevna a la locura y a frecuentes migrañas. Eso, a su vez, era seguido por la dulce *Nalifka* u otra tintura de hierbas y luego pasaba a la melancolía.

Solo había una cura para eso.

Y esa era un buen pretendiente.

La actitud de Alina era demasiado fría y antipática —a propósito, por supuesto— y desde su llegada a Londres, el número de pretendientes y hombres que los visitaban había disminuido y finalmente se había anulado.

Pero esta vez la cura llegó en forma de una tarjeta de invitación para Alina, traída por Dunya y arrebatada por las manos autoritarias de Anna Yakovlevna.

“Oh, Dios mío,” susurró ella, leyéndolo, y la melancolía desapareció de su rostro de inmediato.

Asistir al baile de lady Amstel con varios centenares de personas era una cosa. Asistir a su cena con solo un puñado de damas y señores era un asunto completamente diferente. Y la invitación que le llegó a Alina, la primera de este tipo, fue de lo más sorprendente.

"Bueno, bueno. *Comme c'est gentil de sa part*!" Anna Yakovlevna sonrió mientras se llevaba el papel perfumado a la nariz y olfateaba como si pudiera oler las verdaderas intenciones.

La invitación, en efecto, era bonita y peculiar, a falta de una palabra mejor. Pero el sarcasmo de Anna Yakovlevna era demasiado obvio y pronto fue reemplazado por el regocijo: las cenas de lady Amstel reunían a un pequeño círculo de los más ricos e influyentes.

“No voy a ir,” anunció Alina. Sintió problemas.

"Oh, definitivamente lo harás," dijo su madre.

Y así fue como un sábado por la tarde, Alina se paró frente al espejo, estudiando su falda de tafetán de seda azul oscuro y rosa con estampado de cuadros. Un corpiño de noche a juego con un escote bajo pero modesto y mangas hasta el codo era el favorito de Alina. Los

colores eran sutiles, pero contrastaban elegantemente con la gema de alejandrita púrpura que coronaba su gargantilla tachonada de diamantes.

Alina había sido criada por sus padres de dos maneras drásticamente diferentes. Su madre la había criado para la sociedad, como cualquier niña rica. Los modales, los idiomas, los pasatiempos, la postura, la cortesía practicada y el coqueteo calculado: el polvo dorado con el que una cegaba a los demás. Eso era todo lo que una buena chica prometedora necesitaba para encontrar una gran pareja. En el caso de Alina, un conde.

Su padre la había criado como si necesitara una amiga que encontró en su propia hija. Libros, viajes de caza, exposiciones científicas, reuniones de negocios, todo lo que se suponía que no debía interesar a las chicas.

La primera educación había hecho de ella una buena dama. La segunda la hizo lo suficientemente inteligente como para conocer su poder.

Anna Yakovlevna entró y estudió a Alina con la mayor escrupulosidad. A Alina le molestaba, pero su madre parecía estar cayendo en la melancolía. Si le daba alegría supervisar la vida social de Alina, entonces eso era algo que Alina estaba dispuesta a sacrificar, siendo una hija obediente y una muñeca en las manos de su madre.

Alina se cubrió los hombros con un chal azul oscuro cuando su madre se acercó al armario y sacó una capa de Martha.

"Madre, es una cena," argumentó Alina, poniendo los ojos en blanco.

Pero el chal azul ya se había quitado y el delicioso Martha estaba envuelto alrededor de sus hombros.

Alina se miró en el espejo, tenía un aspecto encantador, estuvo de acuerdo.

Anna Yakovlevna chasqueó la lengua en señal de confirmación. "El hecho de que a los demás no les guste la moda no significa que tengas que vestirte de manera informal para ellos."

La casa de lady Amstel en Mayfair era la habitual muestra de lujo exuberante.

Había ocho invitados en total. Y tan pronto como Alina fue conducida a la sala de estar, se maldijo a sí misma: Samuel Cassell y Theo Van Buren se levantaron de sus asientos para saludarla.

No.

Esto era de lo más inesperado. No tenía nada en contra de los dos señores, excepto que su presencia siempre hacía que los demás se

pusieran rígidos y actuaran de manera aún más teatral. Eran como leones en una pradera. Van Buren, descarado y a veces odioso. Cassell, silencioso y con la mirada pesada.

Había una pareja mayor: un señor con una nariz roja parecida a la de una pera que no soltaba una copa de vino y su esposa con forma igualmente parecida a la de una pera. Había una pareja más joven, la hija de un conde que se había casado con un banquero que, sin embargo, se rumoreaba que tenía más riqueza que la propia reina. Otro banquero, Henry Wadham, un soltero de unos cuarenta años, con una sonrisa sórdida que se dirigía a Alina casi constantemente.

“Es un placer tenerla aquí,” dijo lady Amstel mientras alejaba a Alina del resto. La anfitriona, con su vestido de terciopelo bordó oscuro y sus cejas negras afiladas, estaba deslumbrante como siempre. Un colgante de diamantes rosas del tamaño de una cereza alrededor de su cuello era genuino. A diferencia de sus palabras y de todo lo que decía en público. Un pequeño perro Schipperke marrón estaba bajo su brazo y miraba a Alina con tanto desdén como la anfitriona.

“El vizconde de Leigh insistió en que la invitara, lady Bronskaya,” dijo lady Amstel en un susurro. Había estado bebiendo durante un rato, y sus miradas indiscretas como el vino apenas se detuvieron en Alina, pero se entrecerraron en el duque y el vizconde. "No es muy aficionada a las fiestas, pero a petición suya, hice un esfuerzo."

Alina se echó a reír. "Qué peculiar. Su repentino interés y todo.”

"Le gustan las mujeres hermosas."

Alina sonrió. Esto era casamentero en su máxima expresión, aunque no estaba segura de para qué la estaba preparando Lady Amstel, y no le gustaba ni un poco.

"Su amigo, Samuel Cassell, el duque de Ravenaugh," continuó la anfitriona en voz baja, "no está interesado en mucho, excepto en donar a causas aleatorias."

Los ojos de Alina encontraron al duque, vestido con un traje gris inmaculado, un chaleco con intrincados bordados dorados sobre esmeralda y una cadena de oro cruzada. Su cabello negro como el cuervo estaba peinado hacia atrás, ni un solo cabello fuera de lugar.

“No he oído hablar mucho de él,” murmuró Alina, perdida en su estudio. Algo la atrajo hacia él esa noche, y no pudo entenderlo, encontrándolo extraño.

"Oh, es una historia banal. Un único heredero. Los padres fallecieron. Muy rico. Permítanme corregir eso: *extremadamente* ricos. Viajó mucho. Y muchos perdieron interés en él, ya que no parece estar muy interesado en las mujeres."

"Eso no es un defecto. Tal vez un signo de integridad."

“Ah, pero ya ve, lady Bronskaya, las mujeres pueden sentirlo. ¡Si tan solo lo viera en suficientes reuniones! Apenas conversa con nadie.

Supongo que Van Buren habla por ambos. Pero no hay historias, ni siquiera una, de ningún tipo" lady Amstel se aclaró la garganta "que llame la atención en otro lugar."

"¿En otro lugar?" Alina frunció el ceño, escudriñando al resto de los invitados.

"Establecimientos y círculos que son más, cómo decirlo, libertinos."

Alina sonrió. "Ya veo."

Ésta era, sin duda, la conversación más abierta que lady Amstel había tenido jamás con ella.

Alina desvió los ojos hacia el duque y su sonrisa se congeló.

Él la miraba de una manera que le indicaba que la había estado estudiando durante algún tiempo. Apartó la mirada, pero la sensación persistía en ella, la sensación de que el hombre era mucho más de lo que lady Amstel y los demás suponían.

Callado, prefería permanecer en silencio. Guapo, tenía una mirada como si no lo supiera, ausente y hueco. Alina se dio cuenta de que quería ser invisible, como ella, deseaba que la atención no estuviera en él cuando entraba en la habitación, trataba de evitar las preguntas tontas y participar en conversaciones irrelevantes.

Perfección era la palabra que lo describía. Sin embargo, su actitud lo hacía parecer ausente. Volvió a fijar la mirada en su copa de brandy, y luego se desvió ligeramente hacia arriba, como si supiera que ella le estaba observando.

"¡Lady Bronskaya!"

Se puso rígida al oír la voz baja pero seductora que serpenteaba por su oído y que pertenecía a Van Buren, que se acercó a ellos. Sus ojos la atravesaron con una curiosidad depredadora.

"Finalmente tenemos la oportunidad de conocernos bien." Él asintió. "Es objeto de muchos chismes."

Lo había oído todo. Dejó que se le dibujara una sonrisa en los labios, pero no respondió.

"Y ahora que la tenemos, lady Amstel la lleva a un lado como si fuera la única que reclama su atención."

Lady Amstel se limitó a reír, y su perro ladró en voz baja, como si estuviera de acuerdo.

Todo transcurrió de acuerdo con la etiqueta tan practicada durante siglos. Basta de charla, y los invitados se dirigieron al comedor, iluminado por una miríada de velas y hermosos apliques que empujaban un débil resplandor a través de sus soportes ornamentados, convirtiendo la habitación en un intrincado patrón de sombras.

Alina permaneció callada, respondiendo vagamente a las amables preguntas. Debería haber rechazado la invitación, concluyó cuando la voz de Van Buren se estaba convirtiendo en la única que escuchaba. El hombre ciertamente sabía cómo llamar la atención sobre sí mismo.

El duque parecía distante, observando a los invitados con indiferencia y un ocasional tirón sardónico de sus labios.

Y de vez en cuando, miraba a Alina.

La sobresaltaba cada vez que sus miradas se encontraban. Su mirada sondeaba tan profundamente que se olvidó de todos los que la rodeaban.

Otra mirada.

Y cuando sus ojos permanecían cerrados, de repente dejaba de ser el caparazón indiferente de un hombre, un duque desdeñoso que no podía armar una frase. Había un atisbo de un hombre diferente detrás de esa mirada, alguien que no dejaba que los demás se acercaran a propósito.

Eso la desconcertó. Una corriente pasó entre ellos, pero ella se obligó a apartar la mirada. La mirada había durado mucho más de lo debido.

Sus ojos se dirigieron a Van Buren, que la estudiaba con una sonrisa astuta. “¿Está perdida en sus pensamientos, lady Bronskaya?” bromeó él. "Nos encantaría saber qué es lo que en medio de esta cena preocupa a la mujer de la que más se habla en la sociedad."

De la que más se habla...

Seguramente era una exageración.

Lanzó una mirada al duque, pero él volvió a mirar distraídamente el vaso de brandy con el que jugaban sus manos.

"La vida, mi señor. Seguramente, todos tenemos cosas en la mente que nos preocupan incluso en medio de la compañía más amable."

"Seguramente, no todos. Y solo conozco a una mujer que se dedica a la ciencia médica." Las palabras la pusieron rígida. “He oído que ayuda a cierto médico.”

“¡Vaya!” Los ojos curiosos de todos estaban puestos en ella.

El corazón de Alina emitió un fuerte golpe. ¿Cómo iba a saberlo?

"Es admirable." Van Buren ladeó la cabeza y la estudió.

Alina sonrió con frialdad, encontrándose con su mirada entrecerrada. Su madre nunca hablaría de esto, considerándolo por debajo de su estatus. Su padre no estaba en la misma sintonía. ¿Cómo?

"Muchos lo encuentran por debajo de sí mismos," respondió. "Aunque no hay nada más humilde que contribuir al bienestar de las masas. Ya sea caridad o trabajo de campo."

Campo.

¡Oh, Señor!

Su madre la habría matado ahora mismo.

"Interesante." Van Buren fue inflexible en la forma en que llevó a cabo esta conversación, como si estuviera tratando de provocarla. “Cierto villano del que habla London seguramente tiene un enfoque muy práctico para probar su propia teoría, lady Bronskaya.”

Alina se quedó helada al oír estas palabras y alzó los ojos hacia Van Buren.

Los suyos sonreían. A ella. Otra vez. Astutamente, si no a sabiendas.

El resto de la cena transcurrió entre ohs y ahs en los maravillosos platos de lady Amstel, bastante aburridos en la mente de Alina. La cocina de Prosha habría causado una mejor impresión.

Después, según la tradición inglesa, las mujeres fueron abandonadas a sí mismas. Los hombres se retiraron a la sala de cigarros. Este arreglo, tan común en Inglaterra, no tenía sentido para ella. Preferiría estar en compañía de hombres.

Había una rutina establecida en todas esas reuniones: cena, charla, piano y canto, cartas y discusiones sobre rumores y últimas noticias. Debutantes. Solteros. Escándalos conyugales. Lo último en moda. Una función próxima. Todo eso acompañado por el molesto ladrido del cachorro en las manos de Lady Amstel.

Aburría a Alina hasta la muerte. Excusándose, salió de la sala de estar y cruzó el pasillo hacia la terraza que daba al jardín.

El aire era demasiado frío pero refrescante. Le rozaba el cuello y el pecho, expuestos por el vestido de noche abierto. Debería haber llevado algo más discreto. Color sutil. Menos joyas. Le molestaba la forma en que quería vestirse para llamar menos la atención en un mundo en el que los rumores sobre ella ya daban mucho que hablar.

Se acercó a la barandilla de la terraza y contempló el jardín oscuro, rodeado de árboles ya esqueléticos, la valla y la tranquila calle iluminada por la farola que había detrás.

Los pasos apagados la hicieron darse la vuelta para ver a Henry Wadham salir con una copa de brandy en la mano.

“¡Ah, lady Bronskaya!”

El arrogante banquero de rasgos de paloma y pelo alborotado se acercó lentamente a la barandilla junto a ella, como si se acercara a su presa. Había estado mirándola toda la noche, como si supiera uno o dos secretos sobre ella. Cada mirada la hacía temblar. Hombres como él pensaban que tenían poder y que su cuenta bancaria compensaba la falta de carácter o integridad.

Alina sonrió con frialdad y se dio la vuelta para caminar hacia la puerta.

"¿Estás aburrida de nosotros los ingleses?" preguntó.

Ella se volvió para mirarlo. Se apoyó insolentemente en la barandilla, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

“En absoluto.” Forzó una sonrisa. "Solo iré tomar un poco de aire fresco."

Tú, nosotros, ellos... ella conocía ese tipo de conversación.

"No parece tener frío." Arqueó una ceja.

Ella sonrió, queriendo darse la vuelta e irse.

"¿Es verdad...?" Ladeó la cabeza y frunció el ceño con la mayor seriedad, como si estuviera contemplando las palabras adecuadas. "¿Es cierto lo que dicen de las mujeres rusas?"

Debería irme.

Podía intuir lo que se avecinaba, aunque era lo último que esperaba de los invitados de lady Amstel.

Irme.

Pero ella se quedó, levantando la barbilla y encontrándose con la mirada arrogante de Wadham.

"¿Es cierto que las mujeres rusas tienen tanto frío en la cama como los brutales inviernos siberianos?"

Parecía que solo había pasado un segundo.

Un segundo en el que su sonrisa sórdida iluminó su rostro.

Un segundo en el que se le heló la sangre ante el insulto.

Un segundo en el que el viento sopló en su cara.

Pero no era el viento.

Algo pasó junto a ella como una poderosa ráfaga, una sombra, y al segundo siguiente, alguien se abalanzó sobre Wadham.

El instinto y el reflejo en los movimientos de la persona lo convertían en un hábil luchador. Se movía con fluida gracia, peligro en la forma en que agarraba fácilmente a Wadham y se apoyaba en él con todo su peso.

La copa de brandy cayó por encima de la barandilla, rompiéndose con un sonido agudo que resonó en el aire de la noche.

"¿Cómo se atreve?" las palabras sisearon en el viento.

Congelada en su lugar, Alina contuvo la respiración, su corazón martilleaba en su pecho al ver al hombre.

El duque de Ravenaugh.

Ahora lo reconoció, y su rostro se puso colorado por el hecho de que él hubiera escuchado el insulto.

Parecía mucho más grande que Wadham, con el puño en la chaqueta y tan inclinado que el hombre de la cara patética estaba inclinado hacia atrás sobre la barandilla.

Las tranquilas palabras del duque silbaron al viento mientras acercaba los labios al oído de Wadham y decía algo, y luego lo soltaba bruscamente con un brusco empujón en el pecho.

“Discúlpese,” dijo con calma, como si hubiera estado así todo este tiempo.

La inquietud se apoderó de Alina en una poderosa ola. La sangre le latía en los oídos.

Wadham se arregló la corbata, sus ojos saltones se clavaron en Alina con miedo. Se aclaró la garganta, el rojo coloreó su rostro, a juego con su chaqueta burdeos.

“Perdóneme, lady Bronskaya. Estuve fuera de lugar."

Estaba tratando de encontrar una respuesta cuando el duque se volvió hacia ella, con su expresión como una máscara fría, solo sus ojos brillando como fuego. “¿Entramos?”

Su voz era tan tranquila como lo había sido cada vez que lo había oído hablar. De hecho, era la primera vez que lo oía hablar a su alrededor. *A* ella.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Ella asintió, a tientas, y comenzó a caminar hacia la puerta de la terraza. Al entrar, finalmente volvió en sí. Caminó lo más rápido que pudo hacia el salón de música y hacia los sonidos de la agitada discusión.

La calidez de la casa de repente se sintió agradable y acogedora. Casi había llegado a las puertas abiertas del salón cuando la voz del duque la detuvo a sus espaldas.

“Lady Bronskaya.”

Era suave y tranquilizador, algo tenso, como si tuviera dificultades para hablar.

Alina se volvió para encontrarse con la mirada del duque.

Se paró a varios metros de ella, con las manos entrelazadas detrás de la espalda como de costumbre. "Perdóneme por la escena. Por favor. Debería haberlo resuelto de una manera más apropiada."

Ella logró asentir con la cabeza. "Gracias." Intentó esbozar una sonrisa, que fue de todo menos alegre. "He escuchado sus palabras antes."

"No debería escuchar esos comentarios de nadie. Y mucho menos un hombre. Y mucho menos un hombre como él. Pero pido disculpas por mi reacción."

Era lo máximo que le había oído hablar en su vida. Había preocupación en sus palabras. Una disculpa, claro. Pero también algo más: contenerse, como si le costara hablar, como si no estuviera acostumbrado a estar rodeado de mujeres.

Extraño.

Era incapaz de pensar y se dio cuenta de que contenía la respiración. Había una mezcla de la elegancia de un hombre a la moda y la rapidez de un luchador en ese momento en la terraza.

¿Cómo?

No la siguió al interior del salón, y cuando regresó algún tiempo después, regresó solo.

Alina no veía la hora de excusarse y abandonar aquella desdichada fiesta. Solo una persona la detuvo: Samuel Cassell. Su mente estaba preocupada, tratando de asimilar lo que había visto antes.

No pudo evitar mirarlo tan discretamente como pudo. Había algo depredador bajo su actitud tranquila y sus modales reservados. Su belleza fue impactante e inesperada. Y en lugar de sentir indignación

por el insulto de un hombre insolente, sintió un ligero temor por el duque.

No fue hasta algún momento después que lady Amstel miró a su alrededor, frunciendo el ceño. “¿Qué le pasó al señor Wadham?”

Alina miró a Cassell, que no apartó los ojos de su copa de brandy. “Creo que tuvo que marcharse urgentemente,” dijo el duque.

"¿Sin despedirse? ¡Qué raro! Y descortés."

El duque no respondió.

Alina no lo miró fijamente, y él sonrió en su copa de brandy como si supiera que ella lo estaba observando.

16

OBSESIÓN

La obsesión es como la niebla londinense, Padre. Un día se acerca sigilosamente a usted y lo envuelve por completo, colándose debajo de tu abrigo y hasta tu corazón.

No pasaba ni una hora al día sin pensar en Alina Bronskaya. Para otros, era Lady Bronskaya, que se mezclaba en fiestas y funciones. Para mí, ella era mi condesa. Pero cuando me visitaba por las noches, aunque sólo fuera en mi imaginación, en esos tiernos momentos en que evocaba las escenas desvergonzadas, era Alina, mi ángel.

Y esto es lo que pasa con los hombres y las mujeres. Una vez que comienzas a enamorarte de una mujer, no puedes detener los pensamientos lujuriosos. Permites que tu mente se desvíe en esa dirección, y te encuentras en caminos desconocidos antes.

Me acostaba en mi cama durante las noches de insomnio y me preguntaba cómo se vería con un vestido. Con el pelo suelto, cepillándolo antes de acostarse. Me imaginaba que hacía frío y que sus pezones se endurecían, pinchando el algodón de la tela.

¿Eran rosados y pequeños como guijarros o más oscuros y pesados con grandes areolas? La veía con un vestido, pero me preguntaba cómo serían sus caderas, sus muslos, sus piernas, las curvas de su cuerpo.

Y luego la imaginaba desnuda, adoptando una pose provocativa en una cama, con las extremidades sueltas y pausadas, las piernas abiertas como si nadie la estuviera mirando, dándome un vistazo a sus partes más íntimas. Y pensaba en su sexo. Los rizos que lo enmarcaban, de color oscuro o quizás más claro con un tinte rojizo como su cabello. Sus pliegues rosados en los que quería hundir mi lengua, besarlos y acariciarlos. Esa pequeña protuberancia que quería tocar primero con los dedos y luego acercar mi boca a ella, haciéndola temblar bajo mi lengua. En mis sueños, ella se abría para mí, se mostraba en toda su belleza, tomaba mi polla en su mano y la guiaba a su pozo de placer.

¿Cómo llegaba al orgasmo? ¿Pequeños jadeos y maullidos o gritos incontenibles, asfixiantes y jadeantes cuando llegaba a su punto máximo?

Tales pensamientos no tenían fin, Padre. Me acosté una noche y pensé en ella largamente, acariciándome. Llegué a mi punto máximo rápidamente, pero un minuto después, ella estaba de nuevo en mi

mente, abriendo sus muslos cremosos y jugando consigo misma, abriendo más las piernas y pidiéndome que la tocara.

Me acaricié con sus fantasías hasta el amanecer.

Y ese fue el punto de inflexión. Una vez que se familiarizó en mis fantasías, ese sentimiento se trasladó a la vida real. Y la siguiente vez que la vi, no pude evitar querer tocar a la mujer que se volvió tan íntima conmigo en mi mente.

Estaba en mis sueños por la noche y en mi cama cuando me despertaba por la mañana, con sus hermosos ojos grises, sus labios agrietados y su cabello inmaculadamente resbaladizo, peinado en un moño apretado que quería aflojar con los dientes como un cachorro travieso.

Cuando la vi por primera vez con esas pieles, era Venus, la belleza clásica de piel pálida, labios sonrosados y una mirada que podía enviar a los hombres a la muerte.

Poco a poco fue reemplazando cualquier otro pensamiento en mi mente, una mala señal para un hombre como yo.

Olvidé mi deber, Padre. Olvidé lo que había que hacer: ese monstruo, Hacksaugh, seguía viviendo cómodamente, a pesar de las cosas que te había hecho. ¿Se acuerda, Padre? ¿Ese día lo confrontó, le dijo que hablaría con el obispo y le revelaría lo que había estado haciendo?

Se esforzó tanto por hacer las cosas justas, Padre. Pero no todos los hombres de Dios siguen las reglas.

Vine a verlo ese día. Por todo lo que había hecho por mí cuando volví de la guerra como un hombre roto, debería haber sabido de lo que eran capaces hombres como él. Se lo dije entonces, Padre. "Déjeme encargarme de ello. Regrese a su parroquia. Confíe en su Dios."

Oh, la mirada que me dio como si supiera en su corazón que yo tenía razón.

Ese día lo oí llorar, Padre. Y no era un grito de auxilio, sino de desesperación. Puede decirme que su fe no se debilitó entonces. Y le diré que no es la mano de Dios la que golpeará a Hacksaugh pronto. A veces, las cosas equivocadas solo se pueden arreglar haciendo otras peores. Es un argumento sin sentido, pero muy cierto. Todos sus intentos fueron en vano. Metiéndose en problemas. Solo empeorando las cosas. Mucho peor.

Pero incluso Hacksaugh subió al escenario mientras continuaba mi intercambio de cartas con la condesa.

Historias. Recuerdos. Y los encuentros ocasionales en St Rose que ya no eran suficientes para alimentar mi deseo por ella.

Esas se convirtieron en las mejores partes de mi semana: sentarme a su lado en ese banco frío, en la oscuridad, escuchar su voz y dejar

salir mis propios pensamientos.

Los días se hicieron más fríos.

Mis sentimientos por ella se volvieron más intensos.

¡Y su mente! No subestime el poder de la mente de una persona cuando se da cuenta de que coincide con la suya.

Le pregunté por Rusia. Me contó la historia de su difunto esposo.

"Estuvo involucrado en impulsar las reformas que darían a las masas la oportunidad de tener más voz en las decisiones gubernamentales. Eso no puede suceder en Rusia. Allí no pensamos libremente. Mi país ha vivido con la idea de grandeza durante demasiado tiempo. Pero no se puede ser grandioso e imperial y dejar que la noción de libertad se apodere de la cabeza de la gente. No puedes controlarlos de esa manera. Pero si tienes alguna compasión por tu pueblo, es difícil ser un noble privilegiado y descartar el hecho de que tu poder se basa en esclavizar a otros. Así que eliges mantener a la gente en la oscuridad. Tú controlas el conocimiento. Los mantienes pobres. Porque cuando son miserables, se aferran a cualquier cosa que les dé la sensación de grandeza. Incluso si es su gobernante opresor."

¡Eso, Padre!

No sabía que sus palabras reflejaban las mías. Veníamos de diferentes lugares, pero mirábamos en la misma dirección.

Su mente hipnotizó la mía. Mi corazón llamaba al suyo. Nuestros pensamientos y palabras se enredan de una manera que hace que una simple amistad se convierta en otra cosa.

Ella se había encariñado conmigo, padre. Y la noche que me contó sobre la fiesta a la que iba, bromeó.

¡Bromeó, Padre!

El humor es un tipo de amistad más profunda. ¿Quién iba a decir que el ángel bromearía con el diablo?

"Si pudiera hacer su magia diabólica e interrumpir la fiesta para que yo no tenga que irme," dijo, riendo. Dijo que era organizada por el duque de Ravenaugh y que su madre insistió en que fuera.

Ah, el duque...

Hay dos tipos de hombres que realmente se enamoran de las mujeres. Los poderosos ricos. Pueden carecer de carácter o ingenio, pero solo el poder atrae a las mujeres hacia ellos. El segundo tipo son los oscuros atormentados como yo, que hacen caso omiso de las leyes y de todo lo que convierte a los demás en esclavos. Es un poder en sí mismo, supongo.

Y así fue como se encontró: entre dos hombres. Esa noche, ella aún no lo sabía. Ella se rio tan descuidadamente. Y lo que pasó en esa fiesta lo cambió todo. Más tarde me dijo que el encuentro con el duque cambió su opinión sobre él.

Ella sonrió entonces.
Se me apretó el pecho.
Ese fue el principio de mi fin.

17

LA BALA

Los días se convirtieron en vientos penetrantes y bajas temperaturas, crepúsculo temprano y noches implacables y oscuras.

En esas noches, las almas anhelantes conjuraban cuentos, que se quedaban en lo más profundo de sus cabezas, llenos de fantasías lujuriosas y anhelos prohibidos.

Alina estaba sentada en su habitación, junto al escritorio, a la luz de un candelabro. Se estremeció con su vestido de casa y se envolvió un chal más apretado alrededor de los hombros. Por tercera vez, intentó releer la primera parte completa del ensayo, editada y corregida por el Dr. Grevatt. Sin embargo, sus pensamientos estaban en otra parte.

Repitió su encuentro con Harlan la noche anterior.

"Por favor, llámeme Harlan," volvió a pedir.

Harlan...

Como si fueran amigos íntimos o más.

Y cómo habían llegado a ser amigos íntimos era un misterio. Peligroso pero muy atractivo. ¿Era posible sentirse atraído por una persona sin saber cómo era? Había leído historias como esta. La Bella y la Bestia. Cartas de la princesa Tatiana a su prometido.

Lo sentía en su presencia: la irracional atracción hacia él que se hacía más fuerte día a día. Sus palabras la hipnotizaban. Sus historias la fascinaban.

Detrás del mito de Harlan Krow había un alma atormentada. Un hombre roto pero fuerte. Oscuro pero brillante. Ella se sintió atraída hacia él como una polilla hacia el fuego. Deseaba su cercanía tan desesperadamente que su corazón ardía de anhelo.

Trató de razonar con él y con sus formas violentas.

¡Oh, mujeres! ¡Siempre tratando de salvar a alguien!

Sintió que ahora lo entendía. Su poder no era algo que uno viera, sino que lo sentía. Provenía de sus tragedias pasadas. Era oscuro y destructivo. Podría salvar a muchos, seguro. Pero definitivamente estaba destruyendo al que lo sostenía. La venganza era una victoria a corto plazo, que finalmente apuntaba su final letal a quien la sostenía.

"Hay mejores maneras de ayudar a la gente," dijo.

Al lado del hombre que estaba cambiando lentamente la forma en que la gente veía el sistema de justicia y sus trampas, sus palabras sonaban tan primitivas.

“Ciertamente.” No discutió.

"No con una zanahoria colgando frente a ellos mientras tienen las manos atadas, sino algo que puedan usar. Derribar los barrios marginales," sugirió. "Construir mejores casas para los pobres. Lo que nos rodea nos hace. Construcción de escuelas. Frenar las leyes sobre el trabajo infantil. Derechos de las mujeres. Acceso a la atención médica. Demasiadas cosas para contarlas." Exhaló desesperadamente. "Esas personas necesitan una oportunidad y una asequible. Pero hay que cambiarlo desde arriba. Solo los poderosos pueden lograr el cambio social. Es injusto, sí. Pero la gente necesita desesperadamente nuestra ayuda."

Ellos. Nosotros.

Oh, Dios, hablaba como Andrei.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

“Hay un lugar,” prosiguió. "Debe haberlo visto muchas veces. Colina de St. James.”

Él asintió.

"Parece que hacen las cosas de la manera correcta. Pero tienen benefactores, ¿entiende? Alguien tuvo suficiente compasión por un lugar como ese. Pero esta ciudad necesita decenas. ¡Vaya! Oportunidades, este país las tiene. De donde yo vengo, la gente no las posee."

Hablaban y hablaban.

Nadie le hablaba así, como si fuera una igual.

Un minuto más.

Un segundo más.

Ella se disolvió en su voz baja mientras estaban sentados en el banco de piedra que había frente a St. Rose, las dos sombras en completa oscuridad. Apreciaba cada palabra y temía el momento en que se separaran.

¿Era una locura?

Era un villano.

Y sin embargo.

Y sin embargo.

"Sus historias siempre son oscuras," dijo. “¿Hay algo que le de alegría?”

“Usted,” contestó él, y el corazón de ella latió con fuerza al oír la palabra.

Enseguida se sintió feliz. Con Harlan a su lado, era como si la oscuridad estuviera a sus órdenes. Así era la ciudad nocturna. Nunca se había sentido tan segura.

Rumi había citado una vez a Sócrates. "Aquellos que son más difíciles de amar son los que más lo necesitan". Harlan necesitaba a alguien a su lado, alguien que le dijera que había otro camino, otra

vida, otro mundo en el que vivir. Alina era enfermera de profesión, ojalá doctora en el futuro. Y ella quería curarlo, tomarlo en sus brazos, acariciar su largo cabello descuidado y besar su rostro, aunque fuera el rostro de un monstruo.

Constantemente tenía que detener sus pensamientos que se desviaban en direcciones demasiado peligrosas. Le calentaban el corazón y se filtraban por lo más profundo de su cuerpo. Añoraba su cercanía, los roces ocasionales de su abrigo, el roce de su mano cuando, a veces, la ayudaba a subir al carruaje, la forma en que volvía la cara hacia ella, y aunque no podía verlo en la oscuridad, quería que se acercara aún más para al menos poder sentirlo. Tocarlo, probarlo...

Dios.

Esto era una locura.

Alina se sentó junto al escritorio y se dio cuenta de que había sacado sus cartas del cajón. Las acariciaba sin rumbo con los dedos, como si pudiera acercarse a él de esta manera.

Otro hombre que quería cambiar el mundo. ¡Qué desgraciado destino!

En ese instante, los recuerdos la inundaron.

Aquella horrible noche saliendo de Rusia.

Los uniformados con pistolas los escoltaron hasta la estación de tren.

La bocina penetrante del tren.

Las nubes sofocantes del vapor.

No, no, no.

Solo el sentimiento de traición.

Alina se había criado en una finca rural a las afueras de San Petersburgo hasta que cumplió veinte años y se casó con el conde Bronskiy. Era diez años mayor que ella, gentil, educado y callado.

Las aguas tranquilas eran profundas. O, como se decía en ruso, los hombres-diablo vivían en los estanques más tranquilos.

A veces, Alina deseaba que Andrei no hubiera sido tan inteligente. Deseaba que no se hubiera preocupado por la gente y el futuro de su nación. Habría hecho que su vida fuera diferente. Todavía hubiera estado vivo.

Se mudaron a San Petersburgo el mismo año en que se casaron, y la vida adquirió un ritmo más rápido.

Leyó los libros de medicina que Andrei le trajo a petición suya. Ya estaba interesada en la ciencia, y Andrei se llenaba de orgullo cuando hablaba de ella. Contrató tutores. Practicó en casa con un médico que había enseñado en Austria.

Y Andrei vivía en su propio mundo, que era nuevo y tan extraño para ella: reuniones nocturnas, hombres que iban a su casa, fumaban, hablaban, discutían hasta altas horas de la noche.

Ideas, las llamaba.

Eran palabras peligrosas. Alina sabía por la historia que por ellas podían quemarte en la hoguera o ahorcarte.

Entonces, un día, hombres con uniformes estatales llamaron a la puerta.

Había un moretón en la cara de Andrei a la semana siguiente.

Luego una costilla rota.

Luego una desaparición de tres días.

A su regreso, la sentó una noche y le dijo: "Si me pasa algo, quiero que te vayas de Rusia. Hasta que se convierta en un país para el pueblo. Y eso ciertamente no es pronto."

Ella se echó a reír.

¡Era un conde! ¡El Conde Bronskiy! ¡Un intocable!

Pero llegó una noche, un mes después, en la que Andrei le hizo esconder las cosas más preciadas, dinero y joyas, en una pequeña maleta, y memorizar una dirección en Londres. Habló con sus padres, pidiéndoles que vinieran a San Petersburgo y se quedaran con ellos durante algún tiempo.

Y ella se rio histéricamente al pensar en ello, pero una noche, se derrumbó y lloró en su regazo, murmurando: "Detente. Por nosotros, por nuestro futuro, Andrei. ¿No te detendrás?"

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas mientras suplicaba.

Pero él solo sonrió con tristeza y le acarició el cabello.

Aprendió entonces que los amigos podían traicionar. Esa Patria podía tener un corazón cruel. Y las personas que te importaban nunca se preocupaban por ti. Porque eran un país de muchos y pobres. Y tú eras el titulado y rico.

“Esta es nuestra casa, Andrei,” razonó Alina con él. "Este es *nuestro* país. *Nuestros* amigos."

Seguía diciendo eso día tras día, tratando de creer en sus propias palabras.

Hasta que uno de esos amigos le pasó la voz a alguien todopoderoso cuya paciencia se rompió.

Una larga semana de Andrei desaparecido.

Dos balas.

Una en su corazón. Una en su cabeza.

Su cuerpo en el río.

La conclusión oficial de la autopsia: un accidente.

18

ELLA

La observé durante semanas, Padre. Era obsesión, aunque traté de llamarlo protección. La forma en que uno cuida a un pajarito, preguntándose cómo se las arregló para sobrevivir por sí mismo. Sabes que es perfectamente capaz. Sin embargo, sigues adelante, día a día, pensando que tu cuidado es lo único que lo mantiene vivo.

Observé a mi ángel por la noche cuando salió de la casa del Dr. Grevatt. Averigüé todo lo que pude sobre el médico y la muchacha negra que era una poetisa brillante y una enfermera experta. Una joya en bruto, nada menos.

Observé a la condesa salir del hospital con su monstruoso lacayo a su lado. Pero siempre hacía una pausa y dejaba que él y la señorita Rumi siguieran adelante. A veces, llegaba sola, como si quisiera pasar más tiempo conmigo.

¡Ah, los raros momentos en que hablábamos! Nos sentábamos en el banco de St. Rose y compartimos historias en la oscuridad que habían adquirido una nueva sensación: el sonido de su voz.

Su lacayo a menudo permanecía en la oscuridad, esperando lealmente a su ama. Él sabía de nuestras reuniones.

Me aseguraba de que llegara a su carruaje cada vez y a menudo caminaba detrás de él mientras aceleraba el paso, alejando a mi condesa de mí.

Pasaron los días, las semanas, trayendo consigo las primeras ráfagas y fantasías de ella que se volvieron mucho más oscuras.

La observaba durante el día, deseando que me reconociera, pero no lo hacía. ¿Cómo podría? El mío era un juego injusto. Pero, ¿se podía culpar a un hombre enamorado de una mujer de manera tan poderosa?

Observé su ropa, esas pieles que empezó a ponerse, cambiando a la estación más fría. Un chal con intrincados adornos, ruso, sin duda. Le gustaba la moda, aunque la suya era sencilla y elegante, no gritaba como el resto de la sociedad. Incluso sus lujosas pieles, parecían haber nacido en ella. Una segunda piel. Nunca pude verla sonreír en la oscuridad, pero sonreía durante el día a los demás, y quería besar esa sonrisa y estrecharla contra mí. O que me toque.

Un toque.

La mujer que nunca podría tener de día.

Lo sé, lo sé, Padre.

Pronto supe todo sobre ella. Lo que hacía en el hospital y en casa del Dr. Grevatt. Con qué frecuencia iba de compras y qué pasteles le gustaban. Descubrí que sus flores favoritas eran las peonías, pero era imposible conseguirlas fuera de temporada. Su autor favorito era Gógol, y leí todas las traducciones que pude encontrar. Así que le gustaban los villanos y el folclore —sonreí mientras leía *a Viy—,* luego encargué los libros en ruso y los puse en mi biblioteca.

Me enteré de lo que decían los rumores sobre ella y de lo ignorantes que eran algunos de ellos.

Sus cartas llenaban los vacíos: la mente de un hombre sabio en el cuerpo de una mujer joven. ¡Inaudito! ¿Quién más podría entenderme si no ella?

Escribía cartas. Como un loco, se convirtieron en mis diarios. Y ella respondía al día siguiente, convirtiéndose lentamente en una amiga cercana con la que podía compartir mis pensamientos más profundos.

Era encantadora, Padre.

Tomó mi corazón oscuro en su manita y lo apretó suavemente hasta que se hinchó, incapaz de mantener el ritmo uniforme.

En esas noches frías, sentada en ese banco y hablando, deseaba poder tomar sus manos entre las mías. Sus finos guantes de moda seguramente no podían mantenerlas calientes. Quería acariciar su rostro y besar esos labios resecos, curándolos. Cuando me dijo por qué había huido de Rusia, quise matar a toda una nación por atreverse a levantar la mano a mi ángel.

Ella hacía cantar mi corazón, Padre. Krow solía hacer eso por nosotros en esos brutales años de guerra. Joven y amable Krow, que con su canto desafinado podía curar los corazones heridos.

Ella también.

Hacía que mi corazón tarareara pacíficamente.

Un día, en el jardín de St. Rose, me miró como si pudiera ver a través de la oscuridad.

"Hay un hombre real detrás de todo esto. ¿No es así, Harlan?"

Me quedé helado de inquietud, pero ella solo se rio suavemente. Esa risa me hizo querer cogerla en mis brazos, ponerla en mi regazo y besarla hasta que perdiera la cabeza.

"Es solo ..." Hizo una pausa y no me atreví a interrumpirla. "Siento que todo esto es un sueño extraño."

Excepto que, si fuera un sueño, podría atraerla hacia mí y besarla. Podría llevarla a casa, despojarla de sus lujosas ropas y tomarla con toda la pasión que me quemaba por la noche al pensar en ella.

No, no era un sueño, aunque seguro que parecía un cuento de hadas.

Nos habíamos conocido en la escena de un crimen. Nos habíamos unido a través de cartas. Uno puede enamorarse de las palabras,

Padre. Me estaba enamorando de toda ella.

Con su mente, eso no se parecía a ninguna otra persona que hubiera conocido.

Con su vista, una belleza con cabello de ámbar quemado, facciones delicadas y amables ojos grises.

Con su aroma, la forma en que sus cartas llevaban el tenue rastro de su perfume. La forma en que rizaba la letra *H* cuando escribía mi nombre. Las esquinas de sus cartas estaban siempre dobladas, y me pregunté si las llevaba en la capa, o en el bolso, o las metía debajo del corpiño, ocultándolas a todo el mundo.

Me estaba enamorando porque ella era valiente. Mientras la ciudad temblaba al oír mi nombre, ella había dicho esa primera noche con tanta sencillez: «Escriba una carta». Porque no veía un villano o una leyenda poderosa. Veía a un hombre detrás, con todas sus cicatrices, dolor y pasado atormentado. Y ella me miraba de una manera que sanaba esas cicatrices, y la respiración se hizo un poco más fácil día a día.

Una noche volví a escribirle. Pero esa era una carta de otro tipo.

¿Vendría a un baile conmigo?

No se parecería a ningún baile en el que hubiera estado. Sabía que la propuesta la atormentaría. Las propiedades, los secretos y toda esa palabrería que impide que las mujeres honorables obtengan lo que quieren.

Pero, ¡Dios, quería estar a su lado, en cualquier otro lugar que no fuera ese jardín destartalado y maldito!

Quería hablar y verla a la luz, en lugar de escribir y escribir las cartas y releer las suyas, tratando de no volverme loco con el deseo de estar cerca de ella en cada momento de la vida.

Aquel miserable papel de carta había estado más cerca de ella que yo. Y tenía que cambiar eso.

No sabía que pasaría tan rápido...

19

LA FIESTA FANTASMA

Ya estaba revoloteando por la escalera moral. ¿Qué era un paso más?

Así pensaban los pecadores.

¡Ah, el diablo!

Alina no pudo evitar sonreír ante las palabras. Se paseó por su dormitorio, sin darse cuenta de que estaba apretando la carta de Harlan contra su pecho.

¡La fiesta! ¡Con el caballero-diablo!

¿Debería rechazarla? Sí. ¿Era de lo más indescriptible? Absolutamente.

Y su corazón latía como un tambor de cien libras cuando sacó un papel de carta y escribió una respuesta.

Sí.

Los labios de Yegor estaban tan apretados que apenas se podían ver en su espesa barba cuando recibió las instrucciones de ir a St. Rose y dejar la carta en el escondite habitual.

Al día siguiente, Alina envió a Yegor de nuevo a St. Rose para buscar una respuesta.

“¿Qué es lo que te preocupa en estos días?” preguntó Anna Yakovlevna durante el almuerzo, sin apartar a Alina de sus penetrantes ojos entrecerrados.

Nikolai Sergeevich respondió por ella. “¿Debes saber cada paso que da tu hija?”

"Su vida es mi preocupación hasta que encuentre un marido adecuado."

Alina se rio en respuesta. “Nunca falla,” murmuró en voz baja.

El futuro matrimonio de Alina se había convertido en la obsesión de su madre, aunque Alina prefería la ciencia a los hombres.

La mayoría de los hombres...

Oyó el estruendo de Yegor en la puerta y salió corriendo como un conejo de su asiento hacia el salón principal.

¡Una carta! ¡Hubo una respuesta!

Se la arrebató de las manos a su lacayo y trotó hasta su habitación.

Sus pulmones ardían con dificultad para respirar cuando leyó la instrucción.

Esta noche.

Fulham, al oeste de la ciudad de Londres.

¡Qué rápido sucedió todo!

Inhaló profundamente para calmar su respiración y sonrió, llevándose la carta a los labios.

Más tarde esa noche, el carruaje de Alina se detuvo por un oscuro camino rural y recorrió otra milla, según las instrucciones, y se detuvo.

Se asomó a través de la cortina y trató de calmar su respiración mientras contemplaba la oscuridad y las manchas negras de las siluetas de los carruajes aparcadas a ambos lados de la carretera.

Yegor abrió la puerta.

“Mi señora.” Su voz era una pregunta y una advertencia.

“Esperaremos un momento,” dijo, sabiendo que sonaba indecisa.

No sabía a dónde iba esto y definitivamente no iba a dejar el carruaje sola. Pero cuando el suave golpe en la puerta la puso nerviosa y la puerta se abrió, casi aplaudió aliviada.

Estaba oscuro, pero por primera vez, la tenue luz de su carruaje iluminó al hombre con el que se había estado reuniendo durante semanas.

Y se le cayó el corazón.

En medio de las ropas negras y de su larga cabellera desordenada que le colgaba como una cortina alrededor de la cabeza, una máscara la miraba fijamente, con el sombrero de copa bajo sobre la frente.

La máscara le cubría toda la cara. Una corbata negra estaba fuertemente envuelta alrededor de su cuello.

“Mi señora.” La voz que conocía estaba amortiguada por la máscara.

No podía apartar los ojos de él, queriendo encontrar al menos un centímetro de piel desnuda a la que aferrarse.

Ay.

Nunca se había sentido tan decepcionada. "Esperaba verlo mejor, pero..."

Solo había venido aquí para esto, para tener la oportunidad de salir con él, tal vez para ver por fin su rostro.

¡Oh, qué ironía!

Él no respondió, pero le tendió la mano enguantada, una máscara enjoyada de Columbine que le cubriría los ojos y la nariz.

"Por favor, póngase esto," dijo y observó cómo ella se la ponía y se ajustaba los lazos en la parte posterior de la cabeza.

"Ahora usted también usará un disfraz." Una risita suave sonó detrás de su máscara.

Igual que tú.

Ella le tomó la mano mientras salía.

Yegor estaba allí, con su figura montañosa más alta y ancha que la de Harlan Krow. Pero el caballero-diablo no se volvió para mirar a su lacayo.

"Por aquí." Él hizo un gesto y colocó su mano alrededor de su brazo doblado.

Solo ahora Alina se dio cuenta de que la oscuridad total se disipaba más adelante, revelando un camino iluminado por antorchas encendidas. Guardias vestidos de negro y con máscaras estaban parados a lo largo de la misma. A unos veinte pies de altura, otro guardia aceptó una invitación ornamentada de su compañera y abrió la pesada puerta del edificio. Era imposible ver el tamaño del mismo en el exterior, solo la fachada de piedra con cabezas de león.

Alina odiaba la máscara que le limitaba la visión, porque sus ojos se movían entre el inusual entorno y Harlan, que ahora tenía tonos más claros. Y sigue igual: oscuro, todo de negro. Sin embargo, podía ver los detalles de su cabello, las arrugas de su viejo abrigo de cuero, las hebillas de sus mangas. Parecía más real a la luz de las antorchas. Pero con todo lo que los rodeaba, sin duda un sueño.

Un pequeño pasillo de piedra con una sola antorcha encendida y otro guardia enmascarado les dio la bienvenida cuando el guardia abrió la puerta y los dejó entrar.

Y Alina contuvo la respiración.

Velas y antorchas iluminaban las intrincadamente talladas paredes de piedra y el techo pintado al fresco de un salón de baile gigante. Varios centenares de personas se mezclaban en la penumbra. Pero no había error: ningún baile o mascarada pública permitiría disfraces como este.

Faunos con cuernos y colas. Una medusa. Caras pintadas y cuerpos semidesnudos. Ángeles y demonios. Criaturas mitológicas de todo tipo y reinas de todas las épocas.

Mujeres pintadas con forma de dragón se paseaban entre los invitados. Un centauro con un hombre real, con la mitad de su cuerpo visible aceitado y pintado para que hiciera juego con el fondo esculpido, estaba de pie en la esquina como un accesorio.

“Se llama la Fiesta Fantasma,” explicó Harlan mientras la conducía suavemente hacia la multitud. "Aquí es donde los todopoderosos y los desviados pueden expresar verdaderamente su amor por la extravagancia."

Tomó una copa de champán de la bandeja de una sirvienta enmascarada y se la pasó.

La orquesta retumbó en una parte de la sala donde bailaban damas y señores.

Alina había oído hablar de este tipo de reuniones. Sin embargo, era la primera vez que entraba en una habitación que la hacía sentir como si el resto del mundo no existiera. Un cuento de hadas perverso.

Una pareja se acercó. Un reluciente traje de lentejuelas para él y un lujoso vestido renacentista para ella, su escote tan bajo que Alina podía ver sus areolas.

“Mi buen señor,” dijo el hombre, dirigiéndose a Harlan. "Su disfraz es el más apropiado." Sus labios bigotudos bajo la máscara se estiraron en una sonrisa. "Pero tengo que decepcionarlo. Me temo que su señoría de allá lo ha vencido.”

Alina miró hacia donde el caballero señalaba, y allí, entre la multitud, estaba otro Harlan Krow, elegante y a la moda, con una peluca, sin duda: cabello negro suelto con un mechón blanco brillante. El hombre llevaba gafas tintadas y una larga barba.

Ella sonrió y miró a Harlan en ese momento, sabiendo que su máscara que cubría todo su rostro ocultaba una sonrisa. Y entonces sus ojos se detuvieron en su pelo. Un mechón blanco colgaba suelto en el lado derecho de su cara, un detalle extraño que la leyenda mencionaba y que ella nunca había notado en la oscuridad.

"Ahora entiendo por qué no tuvo miedo de venir aquí vestido como está," dijo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

“Parece que a los señores les gusta la idea,” dijo, y señaló en otra dirección: otro hombre, más bajo y corpulento, pero vestido como él, estaba de pie hablando con sus compañeros.

Podía ser como esos otros, muchos de los cuales trataron de apropiarse de la leyenda del caballero-diablo. Podría ser un farsante. Nunca antes se le había ocurrido a Alina y la hizo temblar de inquietud.

Pero ella descartó la idea y tomó otro sorbo de champán. Le hizo cosquillas en la garganta seca y calmó su ligero nerviosismo. La última vez que había bebido champán había sido cuando estaba en el baile de lady Amstel, tratando de calmar el nerviosismo de un tipo diferente: el crimen que había presenciado y el encuentro con la leyenda del East End.

Y ahora ella estaba aquí con él.

Observó a la gente. Se detuvieron a escuchar un aria interpretada por los actores cuyos cuerpos estaban pintados, las partes íntimas ocultas por telas a juego. Tomó más champán. Intercambiaron una pequeña charla. Se movían entre los cuerpos en el salón de baile lleno de humo y el fuerte olor a licor, charlas y risas ruidosas, caricias abiertas y besos sensuales.

Y todo esto con la mano alrededor del brazo de Harlan. Este encuentro era diferente, y no por el entorno, sino porque ella disfrutaba de su cercanía, de aferrarse a él, de dejar que la llevara

como si fueran un objeto. Esta era su primera cercanía de este tipo. Cuando se desviaron entre la gente, se aferró a Harlan con más fuerza y sintió que su brazo se apretaba más cerca de su cuerpo, como si quisiera sentir su contacto allí. Se sentía mucho más cerca de ella que nunca. Excepto por su voz, apagada y, de alguna manera, más distante que de costumbre.

La gente entraba y salía por las oscuras alcobas con cortinas, y Alina no se atrevía a preguntar qué estaba pasando fuera de este salón de baile.

Trató de sonreír para alejar los pensamientos escandalosos sobre lo que veía y lo que sentía. Como si se hubiera levantado una cortina, exhibiendo los deseos de todos.

"Esto ciertamente va en contra de la moral y la etiqueta de la sociedad," dijo.

"La moral es una hoja de parra que cubre nuestro verdadero ser," respondió Harlan. "Excepto que, no importa cuán grande sea, sabes lo que esconde. Todo el mundo lo sabe."

"Pero la sociedad necesita esa hoja de parra."

Él se echó a reír, su risa hizo que su corazón volviera a palpitar. "¿No es extraño que a los humanos se les prohibiera la entrada al jardín del Edén por usar esa misma hoja?"

"Es..." No pudo encontrar una respuesta.

"Es confuso, sí."

Ella estaba fascinada con él. Y ella quería verlo. Trató desesperadamente de vislumbrar al hombre detrás del disfraz. Todo en vano. Su abrigo negro y su traje cubrían cada parte de su cuerpo. Los guantes negros nunca abandonaron sus manos. Su cabello colgaba como una cortina alrededor de su rostro.

Y su rostro era una máscara.

Se sintió decepcionada, engañada. Estudió cada rasguño en su abrigo, pantalón y botas pesadas. Detrás de eso había un hombre. Respirando. Hablando. Riendo.

Y entonces su atención volvió a ser captada por el mar de gente.

Sedas profundas y pesadas en rojo brillante y azul profundo y esmeralda. Disfraces extravagantes con pieles y plumas. Otros vistiendo lo que parecía ser un atuendo apropiado para una noche con un amante en un dormitorio.

Una mujer pasaba por allí, colgada del brazo de su compañero. Con una copa de champán en la mano, llevaba una máscara con plumas que adornaban su cabello de dos pies de altura tejido en un moño grotesco. Un corsé, ropa interior ajustada y un slip translúcido hecho de mil cuentas doradas permitieron que todos admiraran su figura de reloj de arena.

"Eso es... muy valiente," dijo Alina con un suspiro.

El rostro enmascarado de Harlan se volvió hacia ella, pero ella no lo miró.

"No tan valiente como la de allí." Hizo un gesto con la cabeza a una mujer de la multitud que...

¡Oh, Señor!

Alina sintió que su rostro se incendiaba mientras estudiaba a una mujer que no llevaba nada más que una máscara y una camisa translúcida que mostraba todo: su cuerpo desnudo, sus pechos pesados y...

La vergüenza se apoderó de ella. No por la exhibición de desnudez, sino por el hecho de que ella estaba aquí con un hombre. Quería estar con él, sí. Sin embargo, la presencia de personas desnudas la hizo sentir avergonzada. Y excitada. Y tan libertina. Y escandalosa. Atrevida. Femenina. ¡Libre!

Por un breve momento, Alina disfrutó de la idea de que estos hombres y mujeres asumieran que estaba acompañada por su amante.

"¿Por qué me trajo aquí?" preguntó en voz baja, sus pensamientos la asustaron y excitaron a la vez.

"Quería verme en la luz."

"Pero todavía usa una máscara."

"Esto es un compromiso, supongo."

Ella soltó una risita. Sus argumentos fueron inútiles.

"Y lo que es más importante, quería pasar más tiempo con usted," añadió.

Esas palabras la quemaron hasta la parte inferior de su vientre. Vio a un hombre que besaba sensualmente a su compañera en medio de la multitud, con la mano hasta su pecho y palmeándolo. Y no podía apartar la mirada. Cuanto más champán bebía, más hambre tenía de esta muestra de sexualidad.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado. El humo flotaba cada vez más denso en el aire. La sala se hizo más ruidosa. Hacía calor. Su cabeza se mareó más por el champán. Sin embargo, todo lo que quería hacer era seguir al hombre con el que estaba a su alrededor, aferrarse a él, estar más cerca de lo que nunca habían estado.

Y fue entonces cuando escuchó la risa familiar.

Su cabeza giró en esa dirección y se detuvo, haciendo que Harlan se detuviera a su lado.

"¿Qué pasa?" preguntó.

Sir John Boldon llevaba una máscara endeble sobre los ojos, pero era imposible no reconocerlo. Su brillante cabeza calva, sus gruesos labios casi violáceos, abiertos en esa familiar sonrisa socarrona. Y su cuerpo corto que estaba en exhibición, solo cubierto por pantalones, una túnica roja hasta el suelo y un collar dorado con una correa

sostenida por una ninfa alta y hermosa.

Alina se quedó mirando horrorizada.

¡Oh, Señor!

No fue la sorpresa de ver al señor así, sino la oportunidad de ser reconocida, porque su endeble máscara tampoco ocultaba lo suficiente su rostro.

Solo ahora, al ver una figura familiar, se había dado cuenta del peligro de estar en un lugar como este: ser mujer, con un compañero masculino, rodeada de cuerpos semidesnudos.

“Tengo que irme” susurró.

“¿Reconoció a alguien?”

“Sí,” exhaló, arrastrando a Harlan con ella, tratando de alejarse.

“Venga conmigo,” ordenó y cambió la dirección hacia una de esas oscuras alcobas, oculta tras las cortinas burdeos.

Las miradas los seguían mientras se desviaban entre la gente: miradas hacia él, sonriendo, asintiendo, apreciando el traje.

¡Si tan solo lo supieran!

Alina la siguió sumisa. Y cuando entraron en una de las alcobas, las cortinas se cerraron detrás de ellos, dejándolos en completa oscuridad.

Sintió que Harlan se volvía hacia ella, acercándose suavemente a ella, hasta que su espalda golpeó la pared. Respiraba con dificultad, por pánico o por una repentina oleada de emoción, no estaba segura.

“¿Está bien?” Su voz era suave y ronca.

Estaban de nuevo en la oscuridad. Siempre en la oscuridad. Como si fuera su refugio más seguro. Los sonidos de la música y las voces estaban apagados, y Alina sintió la necesidad de acercarse más a él.

“No debería estar aquí, Harlan,” susurró ella, aunque allí era precisamente donde quería estar en ese momento: con él, a solas. "Este lugar es..."

Tan escandaloso y tan maravilloso.

"Aquí es donde los hombres y mujeres que crean una fachada cumplen sus deseos en secreto," dijo. “Todo el mundo necesita oscuridad de vez en cuando, Alina.”

Tembló al oír su nombre. No estaba segura de que él la hubiera llamado así. Su voz era más baja y suave, su cuerpo más cerca del de ella. Estaban en la oscuridad, en un rincón donde no llegaba la más mínima luz. Solo los murmullos y susurros de extraños se deslizaban por el aire. Se dio cuenta de que no se trataba de una alcoba, sino de un camino hacia otro lugar, la oscuridad se extendía en algún lugar profundo del edificio, flotando con suspiros y susurros.

Alina siempre podía detener lo que estaba por venir, Harlan no era un sinvergüenza. Pero ella quería esto*, a él,* más cerca de ella*,* su voz se convertía en un susurro, las palabras se perdían en la excitación

vertiginosa de él estando tan cerca.

Un solo toque.

“Quiero verle la cara,” dijo en voz baja.

“No puede.”

"¿Por qué?" insistió ella.

“No le va a gustar lo que verá, Alina.”

Pero su voz era atractiva, atrayéndola a la oscuridad.

“Entonces quiero tocarla,” susurró, con el corazón latiendo con fuerza ante esta valiente declaración.

Sintió que se movía.

En un momento, sus manos tomaron las de ella, tirando de las yemas de sus dedos y quitándole los guantes.

Sintió su tacto, su piel desnuda, cálida y áspera, contra la de ella. Sin guantes, ese contacto fue el más íntimo hasta el momento.

Quería cogerle las manos, entrelazar sus dedos con los suyos, explorar su piel que de repente era real y tan humana.

Pero él se llevó las manos a la cara y ahuecó sus mejillas con las palmas de las manos.

Sin mascarilla...

Entonces tomó el control, palpando su piel como una mujer ciega, sus mejillas, luego trazando lentamente sus gruesas cejas con los dedos, moviendo sus dedos índices por su ancha nariz y tocando sus labios ligeramente. Sintió las cerdas del bigote por encima de su labio superior. El labio inferior, carnoso y suave. Podría hacerlo para siempre, quería hacerlo durante mucho tiempo, mirando a la oscuridad con los ojos muy abiertos y tratando de pintar su retrato en su mente.

Su movimiento brusco hizo que ella apartara las manos de un tirón, pero él las atrapó entre las suyas y presionó sus dedos contra sus labios.

Besos suaves, en cada punta de los dedos, como si los estuviera contando.

Ella sonrió en la oscuridad, aunque su corazón latía salvajemente en su pecho.

Besó cada dedo, luego enterró su boca en la palma de su mano y besó la piel sensible en el centro, luego hizo lo mismo con la otra.

“Me ha hechizado, Alina,” susurró él, llevándose una mano a la mejilla y cubriéndola con la suya.

Se acercó y se inclinó. Su otra mejilla tocó la de ella mientras sus palabras se filtraban en su oído: "No puedo alejarme de usted."

Estaban tan cerca, piel con piel. Sus labios se apretaron contra su pómulo en un ligero beso. Luego se movió hacia abajo, con su cálido aliento abrasándola hasta la parte inferior de su vientre.

Otro beso en la mandíbula.

Por un momento, hubo una pulgada de aliento cálido entre ellos, sus cabezas se inclinaron, los labios se acercaron poco a poco.

Otro breve beso en la comisura de sus labios, tímido, como el temblor de las alas de una mariposa.

Otro, breve y fugaz, la brecha entre ellos se volvió insoportablemente dolorosa.

Y ella cedió, inclinó la cabeza para cubrir el último centímetro y se encontró con sus labios.

Contuvo la respiración para reprimir un gemido, sintiendo que temblaba de necesidad.

Volvió a besarla, suavemente, sondeando, amoldando sus labios.

El siguiente beso separó sus labios, la húmeda punta de su cálida lengua rozó su costura.

Otro, su lengua aventurándose en ella.

Otra vez.

Y otra vez.

Y de nuevo...

Como un maremoto, la tomó en un profundo beso. El deseo se apoderó de ella, haciendo que sus rodillas flaquearan y su corazón palpitara de deseo. Ella gimió, pero su gemido se perdió en la boca de él.

El beso borró su mente. El mundo a su alrededor se disipó hasta que solo quedó esto: sus labios, sus lenguas y sus cálidos alientos se convirtieron en uno. Sus manos otorgaban las más suaves caricias. Sus cuerpos se rindieron el uno al otro. Su gran figura se apretó contra ella. Estar atrapada entre la pared y el caballero-diablo fue la experiencia más excitante que había tenido en su vida.

El aire estaba cargado de su deseo y de la necesidad de conocerse con esta intimidad. La oscuridad no daba miedo. Tenía su aroma que la llenaba, su ternura que la saturaba. Se ahogaba con sus suaves gemidos que él atrapaba con los labios y lamía con la lengua. Susurraba con el sonido de sus ropas rozándose entre sí mientras tiraban y agarraban suavemente y trataban de encontrar las curvas a través de la tela que ocupaba demasiado espacio entre ellos.

Si esto era oscuridad, Alina no necesitaba luz. Si Harlan Krow era el diablo, ella quería una vida de infierno.

La sangre hervía bajo su piel. Todo su cuerpo se elevó al darse cuenta de que él la rodeaba con sus brazos, apretándola más fuerte. Ella se quedó sin aliento, pero lo besó como si su boca fuera la única fuente de aire. El único beso se convirtió en muchos que estaban haciendo el amor por su cuenta.

Perdieron la noción del tiempo, ninguno de los dos quería salir de la oscuridad, deteniendo los besos solo para ahogarse en el placer del contacto del otro, regresando por más.

¿Alguna vez el diablo se perdía en una mujer?

Ella no lo sabía, porque *estaba* perdida, el calor de su lengua se arremolinaba a través de su cuerpo, rodeaba su corazón, luego bajaba hasta su vientre y bajaba aún más, entre sus piernas, hasta el núcleo que se sentía en llamas.

Lo único de lo que sabía era de él. No había Fiesta Fantasma. No había invitados de todas las clases mientras pudieran permitírselo, mezclándose con disfraces y máscaras. No había música que se disipara en el aire con olor a vino. No había risas ni exclamaciones lejanas mientras los invitados vitoreaban por otra actuación.

Alina no necesitaba eso. Había venido a buscarlo. Ella lo sabía, y él también.

Y ahora él estaba a su alrededor. Sus manos la acercaron más. Sus labios rozaron suavemente su mejilla en besos como plumas.

“No quiero dejarla ir,” susurró.

Su olor —cuero, lluvia y fogatas— la alejaba del falso esplendor de la sociedad inglesa.

Solo faltaba una cosa: su rostro.

Se separaron lentamente, sin palabras, sus manos se dieron las últimas caricias, los dedos se entrelazaron, luego se deslizaron hasta la cara del otro para encontrar más piel desnuda.

Y con la misma lentitud, se alejaron. En la oscuridad, sintió que él deslizaba sus guantes sobre sus manos. Se movió para volver a ponerse la máscara.

¡Oh, ese miserable disfraz!

En ese momento, quiso ver su rostro como nunca antes. Y cuando él la llevó de la mano al vestíbulo, ella maldijo la luz que los separaba de nuevo.

Deseó que no hubieran abandonado la oscura alcoba.

Pero más que eso, deseaba poder verle los ojos.

20

EL BESO

Ese beso, Padre, lo dijo todo. Que mi ángel me quería. Que su corazón resonaba con el mío.

El mío latía por ella como un caballo rabioso galopando en dirección desconocida. De repente, el mundo era más brillante y nunca me había gustado la luz.

Hasta ella.

Lo que tuvimos en la Fiesta Fantasma, en la oscuridad detrás de las cortinas, duró menos de una hora, pero parecía una brecha que separaba lo que yo era antes de en lo que me convertiría.

Quería dejar la fiesta en ese momento. No la detuve. Y mientras nos abríamos paso entre los disfraces, las máscaras, las risas y las caricias explícitas, no dejaba de observar su rostro, oculto por la máscara.

Tenía los labios apretados como si se arrepintiera. Y el mío hormigueaba con su sabor. ¡Cómo habían temblado sus labios bajo los míos! ¡Con qué suavidad habían estado buscando mis besos! ¡Cómo le había temblado la lengua la primera vez que tocó la mía!

Tenía los labios agrietados por el frío. Quería besarlos, calmarlos, empaparlos con mi humedad. Suplicaban ser sanados. La imagen de ellos me queMary por noches y noches. Lo único que pude descubrir, Padre, fue que un hombre podía soportar torturas corporales, ese tipo de dolor desaparecía. Pero el dolor por el amante que uno no podía tener podría hacer que uno se vuelva loco.

No me miró hasta que estuvimos afuera y yo la estaba ayudando a subir a su carruaje. Aquel monstruoso lacayo suyo me observaba como un halcón, pero yo no le presté atención.

“Llegará a casa sana y salva,” le dije. Quería viajar con ella. Pero no podía. Todavía no. Podría arruinarlo. Mi deseo hizo hervir mi sangre y mi sexo palpitar de necesidad. El animal que había en mí amenazaba con tirar por la borda cualquier sentido del decoro y llevarla demasiado lejos.

Me quedé de pie junto a la puerta del carruaje y la vi ajustarse la capa, lentamente, como si estuviera perdida en sus pensamientos. Se llevó las manos a la nuca y se desató la máscara, pasándomela a mí.

Las máscaras y los disfraces eran mi dominio. Mi ángel también lo sabía.

Por primera vez desde el beso, alzó los ojos hacia mí.

Ojalá fuera un bruto, un loco asqueado, para poder secuestrarla y guardarla para mí por el resto de mi vida. En ese momento, quise acercarme más, tomar su cara entre mis palmas y besarla cien veces más hasta que perdiera la cabeza y accediera a huir conmigo.

Mi ángel era más valiente que yo.

Todavía no podía quitarme la máscara. No podía mirarla y decirle qué clase de hombre era.

Así que ella me miró, comprendiendo, quemándome de reproche, abierta en su reconocimiento de quién era yo. Sus ojos brillaban como si tuvieran fiebre, los labios inusualmente brillantes, del color de un melocotón maduro. Varios mechones castaños caían a un lado de su cara. Parecía una mujer seducida por un amante.

Mi mujer.

“Lo veré pronto,” dijo.

Y aunque yo era el que la buscaba cada vez, sus palabras eran la promesa más dulce.

"Ojalá pudiera dar las buenas noches mil veces. Hasta que llegara la mañana,” dije, odiando el sonido de mi voz, intencionadamente más baja, más apagada detrás de la máscara. "Entonces sabría que se quedó conmigo hasta el día siguiente y que está conmigo de nuevo."

Ella sonrió débilmente. “Y todavía no le vería la cara, ¿verdad?”

Seguí el carruaje a pie hasta que desapareció por la carretera en la oscuridad. Caminé un rato por el camino rural, con mi propio carruaje siguiéndome como un perro callejero. Quería estar afuera. Como si el aire libre pudiera acercarme a ella. Mi piel estaba helada, pero mi corazón estaba en llamas. Nunca me había sentido tan vivo. Estando enterrado en mi ira durante años, solo sintiendo una sacudida de emoción cuando los monstruos morían en mi mano, los sentimientos que comenzaban dentro de mí se desbordaron, empaparon mi corazón endurecido y llenaron cada poro de éxtasis.

¿Cómo describen la resurrección en su escritura, Padre?

Alina era la vida que de repente corría por mis venas.

Me dirigí a mi apartamento, rodeado de puertas de hierro, ocultando los secretos detrás de ellas.

En mi habitación vacía, que resonaba con la culpa y los monstruos del pasado, me paré frente al espejo y estudié la sonrisa amarga, el rostro solemne, los ojos que, por primera vez, brillaban con algo nuevo: esperanza.

Mi cuerpo estaba acostumbrado a los tormentos y al dolor, a las heridas y a las lesiones, a las inclemencias del tiempo y a las noches de insomnio, a los ataques de culpa y a los temblores de pánico. Pero ahora le hormigueaba el recuerdo más dulce de su beso.

Cerré los ojos, Padre. Recordé ese momento. La condesa en mis brazos. Sus labios sobre los míos. Su cálido aliento contra mi cara. Sus

gemidos que bebí como el vino más dulce.

Hacía mucho tiempo que no tenía una mujer. A pesar de los rumores sobre el caballero-diablo —conjurados, sin duda, por las mujeres enamoradas del fantasma—, había olvidado el toque de una mujer.

El suyo fue una revelación. Mi cuerpo ardía con esa tensión olvidada hacía mucho tiempo, dulce y dolorosa, buscando liberación. Me pregunté cómo se sentiría estar dentro de ella, tomándola según mis necesidades. Me preguntaba cómo sería la vida al tener a una mujer así a mi lado.

Los sueños pueden ser peligrosos.

¿Alguna vez pensó que el gusto de una mujer podía cambiar el mundo, Padre? Un mundo. El mío. Cambió mi vida. Un solo beso, Padre, y todo lo que sucedió después cambió para siempre.

En el curso de los acontecimientos, cambió la forma en que se cometía un crimen brutal.

Ahora que lo pienso, cambió a Londres.

El beso de la condesa cambió a toda la ciudad...

21

CONSPIRACIÓN

Las alabanzas a Dios resonaban en la casa de los Kámenev en inglés, francés y ruso. Pertenecían a Anna Yakovlevna, quien, con una expresión de gran diversión, se abanicaba con una tarjeta perfumada y luego volvió a estudiarla con avidez.

Una cena en la mansión del duque de Ravenaugh. “¡Oh, Señor! ¡Finalmente escuchó mis oraciones!"

Nikolái Serguéievich apartó los ojos de la Gaceta para encontrarse con la mirada de Alina al otro lado de la sala.

Ella arqueó una ceja y conjuró la expresión más aburrida mientras se sentaba en su sillón y fingía un bostezo.

Su padre bajó los ojos hacia la Gaceta y la enderezó con un ligero tirón. “Hay un genio, el señor Anyos Jedlic,” dijo lentamente, leyendo el periódico e ignorando a su esposa. "Mostró esta máquina eléctrica a los caballeros de la Royal Society. Se mueve. Un nuevo tipo de vehículo, dicen.”

“Hoy en día todo es posible,” murmuró la criada, que entró con una bandeja de té.

"Dicen que pronto podríamos andar en carruajes sin caballos," agregó Nikolai Sergeevich.

"¡De verdad! ¡Nikolai!" Anna Yakovlevna dio un pisotón y lo fulminó con la mirada. “¿Qué puede ser más emocionante ahora que una invitación del propio duque? ¡Tu hija podría haberse enamorado del soltero más buscado de esta ciudad, y estás hablando de brujería!"

“Es ciencia, querida.”

“¡Y tú! Anna Yakovlevna,” se volvió hacia Alina, que enseguida puso la cara más obediente. "¡Deberías estar tambaleándote de alegría! ¡Pero no! ¡Igual que tu padre!" Se dejó caer en el sofá junto a su marido, pero su expresión irritada fue reemplazada de inmediato por una sonrisa de satisfacción.

“Llevarás las mejores pieles,” dijo Anna Yakovlevna, mirando soñadora el techo. "Las mejores joyas. Y tomarás a Yegor. Martha también, ya que tus padres no fueron invitados.”

"Soy viuda, mamá, no debutante."

Pero su madre no escuchó, ya planeaba en su mente la boda, los niños, una mansión en el campo y toda la sociedad inclinándose ante ellos.

“Hoy está terriblemente tranquilo,” dijo Anna Yakovlevna al cabo

de un momento, enderezándose y ladeando la cabeza confundida. "No me gusta. Y no puedo entender muy bien qué es."

Alina sonrió. "Yegor, Dunya y Prosha fueron a la calle Welbeck."

"¿Marylebone? ¿Para qué?"

"Tsk. A la iglesia."

"¿Un martes?"

"Sí, esta mañana temprano. Es *Pokrov*."

"¡Vaya!" Anna Yakovlevna se quedó boquiabierta, sorprendida por su olvido.

La fiesta de la Madre de Dios era la fiesta ortodoxa más importante. Prosha había cocinado día y noche. Y la noche sería tranquila mientras los sirvientes iban a Whitechapel para una celebración entre los eslavos.

Pero Alina no tenía ganas de celebrar.

Nikolai Sergeevich resopló detrás del periódico. "Un día quieres tirarlos, y cuando se han ido, los echas de menos."

Anna Yakovlevna se limitó a agitar la mano. "Tendrías que haberte ido, Alina. Debería haber puesto una vela para un buen matrimonio."

Dunya, sin duda, se pondría uno para ella. Era una tradición en *Pokrov* que las jóvenes solteras rezaran por un buen pretendiente.

"Es para niñas, mamá," argumentó Alina.

"Eres joven, *ma chérie."*

"Y una viuda." Alina intercambió miradas cómplices con su padre y reprimió una risita.

Anna Yakovlevna no se rindió. "El duque te quiere."

Alina echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla y exhaló molesta. "No hay ningún indicio de eso."

"¡*Mon Dieu*, eres ingenua!" Su madre puso los ojos en blanco. "Te miró fijamente durante la cena. Tú misma lo dijiste."

"Tonterías. Era curiosidad."

"Oh, claro. Un hombre no mira así a una mujer a menos que ella lo cautive. No lo hubiera mencionado si no fuera significativo."

Alina sintió que el rubor coloreaba sus mejillas. Deseaba no haberle dicho nada a su madre. Pero entonces, Anna Yakovlevna se lo habría arrancado con un par de alicates. Menos mal que Alina no había mencionado el incidente. Era curioso que solo ella y el duque lo supieran. Un secreto entre ellos. Sonrió al recordarlo, y luego se reprochó a sí misma.

"Todo esto es muy molesto, en verdad lo es," dijo finalmente Alina.

"¡Oh! ¿Y trabajar con los indigentes no lo es?"

"Me refiero a lady Whitshorn y a su invitación a una tarde de compras. Es la tercera invitación de este tipo. Estoy segura de que algo está pasando."

"*Ma chérie*, todo es parte del juego."

"Es una conspiración," argumentó Alina.

"Bueno, tienes que seguirle el juego. Porque cuando no lo haces..."

Anna Yakovlevna no terminó, pero el padre de Alina miró a Alina por encima de la Gaceta y su mirada ya no era alegre.

Cierto.

Si no lo haces, recibes una bala.

Y así, el estado de ánimo de Alina se arruinó.

Piccadilly estabaa gris. La niebla flotaba en el aire, pintándolo todo de colores cenicientos. La lluvia había convertido el barro en aguanieve que ahora se adhería a los zapatos y a los dobladillos de vestidos y abrigos.

"*Merde,"* soltó lady Whitshorn cuando el carruaje que se acercó demasiado a ellas salpicó de barro la parte inferior de su vestido.

Alina sonrió. "Mierda" no era exactamente común en el vocabulario de la sociedad. Lady Whitshorn siempre había sido frívola con su lenguaje. Esa era una de las muchas razones por las que a Anna Yakovlevna no le gustaba la condesa francesa que se había casado con un conde inglés doce años atrás. A finales de la treintena y sin hijos, Lady Whitshorn era sin duda de lo más entretenida y de espíritu libre.

Todo el mundo parecía estar prestando demasiada atención a Alina últimamente. No hacía falta ser adivina para saber que tenía algo que ver con el duque y el vizconde.

"Theo Van Buren parece muy interesado en usted," dijo lady Whitshorn mientras pasaban por delante de otra tienda en la que Alina esperaba entrar para escapar del viento frío.

¡Ajá! El verdadero motivo de la reunión.

"Ha estado preguntando por ti." Lady Whitshorn se inclinó hacia Alina como si estuviera a punto de revelar un secreto. "Esa es información privilegiada."

"Está de cacería," dijo Alina, tratando de reprimir una sonrisa hasta que Lady Whitshorn estalló en carcajadas, haciendo que Alina sonriera abiertamente.

La mujer rodeó el brazo de Alina con la mano enguantada. "Eso podría ser cierto si su amigo, Samuel Cassell, no estuviera haciendo preguntas también. Y el duque *nunca* hace preguntas." Lady Whitshorn dirigió a Alina una mirada significativa, pero Alina reprimió la curiosidad de preguntarle sobre la naturaleza de las preguntas. "Estuvo en una cena en casa de lady Amstel."

Cada paso que daba en esta ciudad se convertía en un rumor instantáneo. Alina se limitó a asentir.

"¿Sucedió algo interesante en esa fiesta que despertara su

curiosidad?" Lady Whitshorn siguió adelante.

"No," respondió Alina con toda la indiferencia que pudo. "Debe ser la falta de presas en la ciudad, ya que muchas se fueron al campo después de la temporada."

Lady Whitshorn estalló en otro ataque de risa y sacudió la cabeza. "Lady Bronskaya, su franqueza es de lo más refrescante. Aunque está muy equivocada. He estado aquí durante algún tiempo y puedo decirle con certeza que cuando esos dos se den cuenta, debe tener cuidado. O esperanzas."

"¡Esperanzas!" Alina resopló exageradamente.

"Dígame algo. ¿La invitaron a la cena del duque mañana?"

Alina se sintió molesta. Todo el mundo lo sabía todo en esta maldita ciudad. "Sí," respondió ella de mala gana.

Lady Whitshorn asintió. "Por supuesto."

Caminaron en silencio durante algún tiempo.

"Supuse que no era usted una persona pública, lady Bronskaya," dijo lady Whitshorn mientras paseaban casualmente por Piccadilly.

"¿Qué le hace decir eso?"

"Oh, bueno, supongo que nunca hemos asistido a muchas fiestas juntas. Lo siguiente que se es que está en la cena de Lady Amstel. Y ahora, la del duque. ¿Ve a dónde voy con esto?"

Dondequiera que esto fuera, las compras definitivamente no lo eran.

Alina se detuvo un momento para observar a un chico de la calle tocar la armónica, con la esperanza de que eso silenciara a lady Whitshorn durante algún tiempo. Ella sacó una moneda de su bolso y se la dio, y él sonrió y se inclinó teatralmente y la siguió unos tres metros, tocando para ella.

"Incluso los niños están hipnotizados por usted." Lady Whitshorn puso los ojos en blanco teatralmente.

Alina se echó a reír. "Esta ciudad está llena de mujeres bonitas."

"No como usted. La suya es la belleza eslava. Tiene cierto encanto. Los hombres solían amontonarse en su puerta."

"No, no lo hacían." Alina resopló.

"Oh, lo hacían. Hasta que los rumores dejaron claro que no estaba interesada en casarse. O en los hombres."

"O que mi dote es un ejército de sirvientes salvajes."

Lady Whitshorn soltó una risita. "Bueno, seguro que todavía hablan de usted."

Alina inhaló profundamente. Estaba cansada de esta charla. De hecho, lo que debía hacer era rechazar cortésmente la invitación del duque y detener todas las discusiones a la vez.

"Señora." Una voz las hizo girar mientras un niño pequeño sostenía un ramo de rosas rojas para Alina.

“¡Vaya!” Lady Whitshorn se detuvo.

"¿Qué es esto?" Alina se quedó mirando sorprendida mientras aceptaba las flores.

El chico hizo una reverencia. “El caballero me pagó para que se las diera.”

“¿Qué caballero?” El corazón de Alina latía de emoción.

"¡Ahí!" El niño se giró para apuñalar con el dedo a alguien en la distancia, solo para que su mano cayera a su lado. "Oh, él estaba allí hace un momento. Buenos días, señora.”

El chico se alejó corriendo, dejando a Alina estupefacta y a Lady Whitshorn con una ceja arqueada.

"Flores frescas en octubre..." murmuró lady Whitshorn con una sonrisa astuta. "No hay floristerías en Piccadilly a menos de diez cuadras de aquí. Y las niñas de las flores no trabajan en las calles a estas alturas de la temporada. Tiene admiradores, lady Bronskaya. Ingeniosos y...” guiñó un ojo con una sonrisa, “ricos.”

Pero mientras seguían caminando, Alina seguía buscando algo, alguien. Trató de contener su sonrisa y calmar su corazón acelerado que sabía que *él* estaba en algún lugar entre la multitud.

Esa noche, Alina dejó que Martha la ayudara a quitarse la ropa.

“No pareces feliz” dijo Alina, dejando que la criada le cepillara el pelo.

Los labios de Martha se tensaron en una línea.

“¿Y entonces?” Alina observó su reflejo en el espejo.

“Ese *krasavets”,* dijo la doncella, oscureciendo la mirada. "Me está retorciendo las tripas cada vez que hace algo. Es como si hiciera las cosas a propósito para enojarme. ¿Son todos los hombres rusos así? ¿Testarudos?"

Alina casi se atraganta con la risa contenida.

“¿Cómo lo llamaste?”

“¿*Krasavets*?” Martha se detuvo, mirándose en el espejo y frunciendo los labios con orgullo por haber aprendido una nueva palabra.

Alina la había oído perfectamente la primera vez. "Guapo" era el significado de la palabra, tan fuera de lugar saliendo de la boca de Martha.

“¿Dónde oíste esa palabra?” Alina reflexionó.

"Le pregunté a Yegor cómo se dice *tonto* en ruso."

Alina se echó a reír.

“Perdóneme, mi señora.” Las manos de la sirvienta cayeron a su lado. “Pero lo es, ¿no es así? Tan tonto y tan bruto."

“Guapo.”

“¡Oh, el sinvergüenza!”

Alina soltó una risita y Martha sonrió, volviendo a cepillarle el pelo. “No le importa que lo llame así, mi señora, ¿verdad?”

Alina sonrió. “¡Oh, no! ¡Sigue llamándolo así!"

Dejó ir a la doncella y sacó del cajón una de las cartas de Harlan.

Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no pensar en él en los últimos días.

Después de la Fiesta Fantasma.

Después del beso.

Siguió con su rutina diaria, pero un simple paseo con lady Whitshorn terminó con flores, y supo de quién venían. Escuchó las monótonas quejas de su madre, observó las Guerras de las Rosas de Martha y Yegor, pero todo lo hizo con una atención casi forzada. Porque cuando no se forzaba, pensaba en Harlan.

Le daba miedo. Le fascinaba. La llenaba de felicidad culpable.

Alrededor de su familia y amigos, se sentía como una criminal. Pero cuando estaba sola, en su cama, evocando imágenes de él, se sentía como una amante.

No podía decir con precisión cuándo había cambiado su actitud hacia él. Cuándo su curiosidad se había convertido en anhelo. Cuándo los rápidos latidos de su corazón se habían convertido en mariposas en su estómago. Cuándo la anticipación de verlo se había convertido en un charco de calor entre sus muslos por la cercanía de él.

Había empezado antes del beso.

Y entonces el beso había desatado los deseos secretos que habían permanecido reprimidos en ella durante días.

Los pensamientos sobre él se habían convertido en fantasías nocturnas tan escandalosas que empapaban sus calzones y sábanas y hacían que sus dedos se inquietaran contra su sexo palpitante.

Igual que ahora.

Alina se desnudó por completo, tiró a un lado la camisa y los calzones, y se acostó desnuda en la cama, sintiéndose excitada por el roce del lino contra su cuerpo desnudo.

Una de las cartas de Harlan estaba en sus manos, y la releyó una y otra vez, aferrándose a cada palabra en busca de un significado que tal vez no hubiera estado allí.

Ángel.

Podía oír su susurro mientras lo decía.

Me hechizó.

El recuerdo de su beso hizo que el calor se enroscara dentro de ella. Se extendió por su cuerpo y se cocinó a fuego lento entre sus muslos.

Se echó de espaldas y apartó la manta, dejando que el aire fresco

rozara su desnudez. Cerró los ojos y apretó la carta contra sus pechos desnudos. Y a medida que los recuerdos de él se filtraban lentamente en su mente, su mano comenzó a moverse.

Sosteniendo la esquina de la página, Alina la movió de un lado a otro, sintiendo que el papel rozaba sus pezones endurecidos. La acariciaba de la manera más sensual. Su escritura estaba tan cerca de su piel. El papel que había tocado rozaba sus pechos. Deseaba que fueran sus manos. En su mente, lo eran, acariciando sus pezones mientras arqueaba la espalda para empujarlos hacia el papel.

Había tocado esta carta. Había pensado en ella cuando la escribió. Había un rastro de él en ella que ahora hacía que su piel zumbara. Su mano se desplazó hacia abajo, entre sus piernas que se abrieron para la invasión sensual. Sus dedos se deslizaron en sus pliegues empapados y acariciaron con creciente intensidad al pensar en él.

“Harlan,” susurró como si su nombre fuera un hechizo que le trajera una dulce liberación. Arqueó la espalda, acariciándose a sí misma, con la carta rozando sus picos endurecidos, hasta que alcanzó su clímax, con la boca abierta en un gemido silencioso mientras presionaba su letra contra su pecho agitado.

22

LA INFORMACIÓN PRIVILEGIADA

Un palacio fantasmal.

Esa fue la impresión que tuvo Alina cuando entró en la mansión del duque a las afueras de Londres.

No le faltaban muebles ni decoración: había retratos en todas las paredes, estatuas y antigüedades en cada rincón, caoba y oro, mármol y cortinas bordadas. Era la inmensidad de la sala principal y el vacío de la misma a pesar del mobiliario adecuado. El eco de las pisadas contra el suelo de mosaico de granito. La quietud del aire. El silencio con el que se movían los ayuda de cámara. El rostro de piedra del anciano mayordomo.

El lugar se sentía abandonado.

De vez en cuando resonaban sonidos en las paredes doradas. Un candelabro gigante del tamaño de un carruaje colgaba del techo, pero sus luces brillaban con soledad.

El anfitrión estaba serio pero elegante. Una chaqueta negra y pantalones a juego, una camisa negra debajo del chaleco azul oscuro bordado en oro. Botones de amatista y cadenas de oro a través. Samuel Cassell emanaba estilo y riqueza, desde su corbata de hilo de oro hasta sus zapatos, pulidos hasta el brillo de un espejo. Su cabello negro estaba perfectamente peinado hacia atrás como si estuviera hecho de cera. Y su colonia, tan exquisita y sutil, que a Alina le dieron ganas de inclinarse para tener suficiente de su aroma.

Para.

"Es un honor tenerla aquí, lady Bronskaya," dijo el duque, besándole la mano, y se encargó de tomar su abrigo y su sombrero de Martha, con la mirada fija en ella todo el tiempo. Embrujada. Cautelosa. Penetrante.

No debería haber venido, pensó entonces.

¿Por qué lo había hecho?

Pero no podía dejar de pensar en el episodio de Lady Amstel. Su tono tranquilo. Sus movimientos bruscos cuando había inmovilizado a Whadham contra la barandilla de la terraza. El peligro en sus ojos cuando siseó algo en su oído, la expresión del hombre de repente tan cobarde.

Bajo la seda y los modales de un verdadero caballero acechaba el peligro. Tenía curiosidad.

Cuando el duque condujo a Alina a la sala de estar, lady Whitshorn

se deslizó graciosamente hacia ella. Llevaba un chal de marta.

Imagínate eso.

De repente, a todo Londres le gustaban las pieles.

"Lady Bronskaya, oh, querida, ¿cómo es que siempre se ve tan impresionante?"

La sonrisa de la dama era tan forzada que Alina esperaba que una lengua bífida asomara de los labios brillantemente coloreados de la mujer. Decía: "Te lo dije." Como si Alina tuviera un secreto con el duque, y lady Whitshorn estuviera al tanto.

"Entonces, ¿qué piensa, querida?" preguntó la mujer discretamente y con una sonrisa juguetona. "¿Quién tuvo la idea de invitarla aquí? ¿Cassell o Van Buren?"

Su sonrisa era tan astuta que Alina no pudo reprimir una breve risa y se cubrió los labios con los dedos.

"Si hay algún adelanto por venir, lady Bronskaya, me gustaría ser la primera en saberlo."

Alina, una vez más, se contuvo de poner los ojos en blanco y miró a su alrededor.

Miradas indiscretas. Susurros silenciosos.

Una señora mayor de rasgos afilados y boca desdeñosa entrecerró los ojos ante el vestido marrón oscuro de Alina con un escote modesto, con el corpiño enhebrado con rayas doradas. Su mirada se deslizó hacia el colgante granate de Alina, del tamaño de una ciruela y adornado con oro.

Solo había diez invitados.

La mujer de la mirada indiscreta resultó ser la esposa del comandante de la Policía Metropolitana. Su marido, el señor Brootward, era un hombre alto y corpulento, con cejas tan gruesas como las de Yegor y patillas que podían ocultar una docena de pecados.

Allí estaba Sir William Nercer, el alcalde de Londres.

La señora Rogerson-Frank, de pelo gris, vestida de negro de pies a cabeza y con anillos en cada dedo, aún no había pronunciado una sola palabra.

Esta era una reunión inusual. ¿Qué hacía Alina aquí? ¿Y lady Whitshorn?

Van Buren, por supuesto, estaba presente. Alina se puso rígida cuando él se acercó.

"Lady Bronskaya, nos vemos muy a menudo en estos días. Y es de lo más delicioso," dijo él con su habitual mirada prolongada que la hizo demasiado consciente de sí misma.

El vizconde y el duque... había un secreto entre aquellos dos, y ella se preguntó cuál era. Eran casi como hermanos, hasta por su aspecto meticuloso y sus peinados a juego y las miradas misteriosas que

intercambiaban de vez en cuando. Pero no había un par más diferente.

Alina permanecía cerca de Lady Whitshorn. La mujer francesa podía suavizar una broma fuerte y salir airosa de una conversación complicada. Alina se sentía como el duque, quedándose en un segundo plano y dejando que su amiga hable a su lado. Definitivamente se sentía más cómoda observando.

La cena fue al mejor estilo inglés. Por muchos cocineros que tuviera el duque, para la casa de uno, habían hecho un gran trabajo de diez platos. Estofado de pato y cordero asado con naranjas, trufas y patés, ostras al horno y lengua de ternera. Uno de los cocineros era francés, y lady Whitshorn le hizo un auténtico cumplido, que sin duda no era lo suyo.

El vino era espléndido, el brandy de la mejor clase, pero nada comparado con los licores que Prosha conjuraba.

La señora Brootward era demasiado habladora. La señora Rogerson-Frank seguía sin hablar. El alcalde se centraba principalmente en la comida. El comandante se limpiaba constantemente la frente con una servilleta y bebía más de lo que comía.

Alina era la invitada más joven y se preguntaba por qué no había una sola dama menor de treinta años en la cena. Excepto por ella. Si el vizconde o el duque buscaban pareja, sin duda habría alguien además de ella.

Verdad.

Al darse cuenta de nuevo, se sintió incómoda. Hubiera preferido quedarse callada toda la noche, pero el tema se centraba en Rusia.

¡Ah, qué apropiado que ella estuviera aquí!

“Sin ánimo de ofender, lady Bronskaya. Este tema puede volverse delicado." Sir William sonrió con frialdad sin mirarla. "La hostilidad hacia su nación no es hacia el pueblo. Lo entiende.”

Mentiras.

Van Buren intervino antes de que Alina pudiera responder. "Por supuesto, siempre debe haber una distinción entre el gobierno de una nación y su pueblo. Pero a menudo es difícil recordar eso, teniendo en cuenta que las personas son el arma y la mano de obra del gobierno."

Alina asintió. Si Van Buren seguía hablando así, podría empezar a gustarle.

“No somos hostiles a Rusia,” continuó Van Buren, volviéndose para sonreír a Alina y luego de nuevo a Sir William. "Simplemente estamos intimidados por su poderío militar. Lo mismo ocurre con el resto del mundo. Hay salvajismo en la forma en que lo usan. En la forma en que son mudos a la brutalidad y a las dificultades. Napoleón dijo exactamente eso después de perder en 1812. Miles de sus soldados murieron en el brutal invierno antes de tener la oportunidad de

levantar sus armas."

El señor Brootward se limitó a encogerse de hombros y a beber un trago de brandy.

“Le ruego que no lo haga,” contradijo Sir William. “Estoy de acuerdo con lord Tennison. Dijo que nosotros, los británicos, no podemos tolerar un régimen basado en látigos."

Las sonoras carcajadas que siguieron pertenecieron a Van Buren, que balanceó un vaso en su mano con demasiada calma. El duque sonrió, mirándole.

“Perdóneme, Sir William,” dijo Van Buren con arrogancia. "¿Qué fue lo que usaron los británicos para conquistar una cuarta parte del mundo? No fueron látigos, no. ¡Ah! Exterminio y esclavitud. Correcto."

A Alina le estaba empezando a gustar de verdad.

El alcalde se chupó los dientes, pero no respondió.

Van Buren estiró el cuello para mirarlo a lo largo de la mesa, como si esperara una respuesta. "Y me atrevo a decir que damos un gran ejemplo a las personas que luego hacen exactamente lo mismo: anunciar sus propias leyes."

“¿Quiénes son...?” Sir William alzó una mirada de desaprobación hacia el vizconde.

Van Buren sonrió y entrecerró sus ojos traviesos hacia Alina. "Su gracia y yo estábamos discutiendo un tema curioso hoy." Van Buren arrojó una servilleta sobre la mesa y se recostó en su silla, con un vaso de brandy colgando perezosamente entre el pulgar y el dedo medio.

Los invitados dejaron caer sus utensilios como si fuera una señal para prestar atención. Era sorprendente e irritante cómo Van Buren se afirmaba con los demás. Pero Alina no pudo evitar admirar su descaro y sus ideas bastante valientes. Ella ladeó la cabeza y lo miró con interés.

"Estábamos hablando de cierto personaje que ha hecho bastante ruido en Londres en los últimos años," dijo Van Buren, sacudiéndose la mejilla.

“¿Charles Dickens?”

“¿Isambard Brunel?”

“¿Disraeli?”

Las sugerencias fueron soltadas con risas como si se tratara de un juego, hasta que Van Buren produjo una risita siniestra y dijo: "Harlan Krow."

La mesa se quedó en silencio.

“¿Qué?” Miró a su alrededor con burlona sorpresa. "Es, sin duda, la persona de la que más se habla. Es decir, tanto en el West End como en el East End."

“¿Hablaremos ahora de criminales?” gruñó el señor Brootward.

"Hablaremos de una justicia autocomplaciente. Y cuestiones

sociales. Y sí, del crimen, también." Van Buren parecía demasiado orgulloso de sí mismo.

"He oído que alguien está escribiendo un libro sobre él," dijo la señora Brootward desafinada. "Debería ser una sátira."

Alina sintió que le hervía la sangre. Esbozó una sonrisa fría, entrecerrando los ojos intencionadamente hacia la esposa del comandante. "¿Una sátira sobre la pobreza o el sistema judicial, señora Brootward?"

Anna Yakovlevna habría decapitado a Alina aquí y ahora.

La señora Brootward sonrió, pero no respondió. Y el alcalde entrecerró los ojos mirando a Alina.

Lady Whitshorn respondió en su lugar. "Debería haber libros sobre él. Después de todo, la mente de un criminal, o de un villano, como quiera llamarlo, es misteriosa. La fascinación por él en el East End es comprensible y está creciendo exponencialmente. Y los temas que pone sobre la mesa como este," ella produjo una risa traviesa pero obviamente irónica "son algo que no debe pasarse por alto."

"Lady Whitshorn" Van Buren ladeó la cabeza con una sonrisa de aprobación, "siempre supe que le tenía cariño por una razón."

Se llevó la mano al pecho con fingida gratitud.

"Es un hombre con una mente enferma," dijo el señor Brootward, cada una de sus palabras era un escupitajo irritado. "Conjura algunos," sacudió la cabeza en un intento de elegir las palabras adecuadas, "actos enfermizos de venganza. Los hace públicos." La copa de brandy tembló furiosamente en su mano mientras hablaba. "Y hace que las masas aplaudan su sangrienta exhibición de la supuesta justicia."

"¿Lo llama enfermo?" Van Buren arqueó una ceja. "Seguramente, se requeriría una estrecha amistad para conocer la verdadera mente de una persona."

La voz del duque sobresaltó a Alina. "Todos tenemos pensamientos oscuros de vez en cuando, ¿no es así, señor Brootward?"

El duque habló, y la mesa se quedó en silencio de repente.

Sir William arqueó una ceja y se reclinó en su silla, estudiando a Cassell con interés.

Lo mismo hizo Alina.

El Sr. Brootward no se dio por vencido. "El hecho de que uno tenga una mente enferma no significa que deba dejar que sea de conocimiento público." Se rio nerviosamente y, de alguna manera, cobarde.

El rostro del duque parecía indiferente, salvo por una pequeña sonrisa que curvaba la comisura de sus labios. "Las cosas más hermosas y atroces suceden en nuestras mentes. Aquí" se golpeó la sien con el dedo índice, "es donde todo comienza. Su discurso era

lento, cada palabra pesaba. "Grandes planes. Sueños. Fantasías."

“¡Vaya! Van Buren” movió las cejas. “Continúe, Su Excelencia, por favor. ¿Qué fantasías lo poseen?”

La forma en que se dirigía a él era tan informal que Alina deseaba poder escuchar a los dos hombres cuando estaban solos, charlando libremente y no con esa pretensión bien pulida.

“Actos de venganza brutal,” añadió el duque, haciendo que Alina lo mirara con interés.

"Efectivamente..." Sir William asintió con la cabeza.

"Aquellos que se atreven a darles vida son valientes atípicos." El duque miró al alcalde casi como si lo desafiara a un duelo de palabras.

Hipnotizada, Alina miró a Cassell. Este fue el raro momento en que el duque habló largamente. Su rostro pareció cambiar visiblemente de una máscara indiferente a la de una inteligencia profunda. Escuchar su voz hizo que el corazón de Alina se acelerara.

“Bueno,” dijo el comandante, sonriendo en su vaso de brandy, “llamar valiente a Harlan Krow sería demasiado generoso. El hombre merece la cárcel. O ser ahorcado."

Van Buren chasqueó la lengua. "Pregúntenle a los pobres. Piden otra cosa." Bebió un sabroso sorbo de brandy y apoyó el brazo sobre el respaldo de la silla de la manera más informal. Se trataba de un peculiar enfrentamiento de opiniones, o de un juego, no estaba segura de lo que fuera, Alina no estaba segura, pero su padre sin duda se entretendría al oír hablar de ello.

“¿Está usted haciendo de abogado del diablo, mi señor?” El señor Brootward entrecerró los ojos y miró a Van Buren.

Van Buren se encogió de hombros. "Feuerbach dijo: 'Prefiero ser un diablo aliado con la verdad que un ángel aliado con la falsedad'. Harlan Krow hace justicia, ¿no es así? Los hombres fueron culpables, pero nunca fueron castigados."

“¿Y usted, Su Excelencia?” Los ojos del comandante se dirigieron al duque. "Seguramente no puede ver nada noble en la forma en que ese sinvergüenza se deshace de los hombres influyentes."

“¿De hombres que escaparon a la ley, quiere decir?” preguntó el duque, arqueando una ceja hacia el señor Brootward.

Bravo, Alina aplaudió para sus adentros.

El comandante lo fulminó con la mirada, con los labios apretados en una delgada línea.

El duque golpeó la mesa con el dedo como si se tomara su tiempo para pensar. "Creo que las palabras como villano y héroe pueden ser intercambiables a veces. Lo mismo puede suceder con villano y criminal." Alzó lentamente los ojos hacia el hombre. “En cuanto a Harlan Krow, lo compadezco. Es un hombre hundido en la condición de un bruto. Vive en la oscuridad. Solo un pasado trágico puede poner

a un hombre en un camino tan oscuro."

¿Lástima? ¡Cómo se atreve!

Alina se sintió herida por las palabras y de repente protegió al hombre que conocía. Ella era la única persona en esta mesa que conocía al villano. ¡Quizás, la única en la ciudad! No podía quedarse callada.

"Muchas cosas pueden ser," dijo, hablando por primera vez y sabiendo que esto era un error. "Un sentido de compasión, por ejemplo. Esto es sin duda algo de lo que carecen los privilegiados."

Van Buren se volvió para dedicarle una sonrisa ladeada. "Las mujeres tienen una idea diferente de Harlan Krow. Aman a los hombres oscuros y heridos. ¿No es así, lady Bronskaya? ¡Salud!" Él asintió y brindó por ella en el aire.

Evitó participar en discusiones durante el resto de la cena. Habría suficientes rumores. Esas personas no significaban nada para ella. Su opinión era seguramente impopular.

Sin embargo, había algo en el duque que la atraía. Sus palabras. Su manera de hablar. Deseaba que hablara más, pero Van Buren parecía hablar por los dos. Observó a Samuel Cassell con una sensación de intriga que era irracional. Sonrió ante uno de los chistes de Van Buren, y Alina se quedó paralizada. Era como si el sol hubiera brillado sobre él. Su comportamiento cambió. Su mirada adquirió una suave amabilidad que la sobresaltó.

Y entonces la sorprendió mirándolo fijamente.

Su diversión se desvaneció, inundada por un repentino nerviosismo.

Oh, Señor, ¿qué pasaba con la ansiedad?

Los hombres de poder pueden ser intimidantes, claro. Pero siempre había considerado que el duque era completamente aburrido. Y eso estaba cambiando, aunque no podía precisar cuándo había comenzado este cambio.

Después de la cena, los hombres se retiraron a la sala de cigarros mientras que las mujeres se quedaron en la sala de música. Ese era siempre el momento en que Alina quería dejar las fiestas. Y cuando la señora Brootward empezó a tocar el piano, Alina salió discretamente de la sala de música y caminó por el pasillo.

Tal vez se estaba entrometiendo, paseando sola por la casa del duque, pero sentía curiosidad. Estaba segura de que el duque de Ravenaugh era mucho más, y se sentía como una espía al caminar por el pasillo vacío que resonaba con los sonidos del piano y las risas ocasionales de la sala de puros.

Estaba al final del pasillo que conducía a las habitaciones de los sirvientes cuando oyó voces apagadas procedentes de uno de los salones.

Habría seguido caminando. Era apropiado.

Lo habría hecho.

Si el nombre familiar no hubiera resonado en esa habitación y la hubiera detenido en seco.

Harlan Krow.

Había una discusión sobre él, y ella solo quería escuchar una parte de ella, solo para saber una cosa más que los demás pensaban de él.

En silencio, como una ladrona, se acercó a las puertas entreabiertas del salón que iluminaban con un brillante rayo de luz el vestíbulo, que por lo demás estaba en penumbra.

“La ciudad pronto estará en guerra,” siseó la voz de Sir William desde la habitación. "Sus actos son sangrientos, pero no asustan a los pobres. ¡Lo aplauden!"

Se oyó el sonido de pasos ahogados y gruñidos: había otra persona en la habitación.

"Su venganza se ha detenido por ahora. Hace meses que no hay nada. Pero hay algo más grande que se está cocinando a fuego lento en esos sectores. Mucho. Más grande." La voz de Sir William se volvió más siniestra. "Y viene de ahí, de abajo. Como el hedor de los pozos negros que amenazan con desbordarse."

Alina aplaudió para sus adentros. De modo que la conversación durante la cena había molestado al alcalde.

Bien.

“¿Cree que el arreglo de mañana va a ser un éxito?” La voz sumisa pertenecía al comandante.

"Tenemos que erradicarlo."

El corazón de Alina latía con inquietud.

"Todo está en los barrios marginales," coincidió el comandante.

"Siempre empieza desde abajo. Y luego no hay forma de detenerlo."

"Es un asesino. Sí."

"Eso no es lo que dicen allá abajo."

"¡Le hemos atribuido todos los crímenes posibles!"

"Oh, pero la gente sabe la diferencia. Siempre lo saben. Esos sucios roedores de allá abajo."

La ira se agitó en la sangre de Alina y le resonó en los oídos. La ansiedad se apoderó de ella al oír las palabras que significaban que la Policía Metropolitana estaba preparando una especie de viaje. Contuvo la respiración mientras permanecía detrás de las puertas, tratando de captar cada palabra.

"No puede llegar a la prensa," dijo el Sir William más bajo. "¿Entiendes? Esos reporteros que husmean, cantando loas y comenzando conversaciones de la manera más inconveniente, no pueden mencionarlo. El Gazette obtendrá la versión oficial. Prensa

independiente: envía personas a todas ellas, asegurándote de que obtengan la versión oficial a más tardar a medianoche antes de imprimir las noticias del día siguiente. Si algo se filtra, diremos que estábamos llevando a cabo una limpieza."

"¿Qué limpieza?"

"¡Piensa qué maldita limpieza!" le espetó el alcalde.

Alina casi saltó ante el repentino ruido y comenzó a retroceder, todo su cuerpo temblaba ante las palabras que había escuchado.

Una limpieza.

En los barrios marginales.

En busca de Harlan Krow.

Sus pensamientos giraron ruidosamente cuando se dio la vuelta para huir y corrió directamente hacia el duque, sus manos la agarraron por los hombros.

"Su Excelencia." Ella jadeó en estado de shock y se alejó.

Avergonzada, miró a su alrededor como si algo pudiera explicar por qué se quedaba junto a las puertas entreabiertas escuchando a escondidas.

El duque la estudió con interés. Era desconcertante cómo se había acercado tanto a ella sin que ella se diera cuenta.

"Yo... Yo estaba..." Alina exhaló frustrada. "Perdóneme. Me perdí en su palacio." Se rio demasiado teatralmente y se odió a sí misma por esto.

"¿Algo importante?" Hizo un gesto con los ojos hacia el salón, y sus labios se entrelazaron en una sonrisa.

¿Estaba siendo inteligente?

Alina dio un paso, luego otro, atrayéndolo lentamente lejos de la puerta.

"Política, supongo." Ella soltó una risita.

"¿Y a usted le interesa la política, lady Bronskaya?" Él siguió.

Su corazón seguía latiendo con fuerza. "No. No. Es solo ..."

No sabía qué decir ni cómo excusarse, trató de caminar más rápido, pero el duque parecía caminar despacio a propósito, sus ojos nunca se apartaban de ella.

"¿Sí?"

"Hablaban de una operación en los barrios marginales. Pasaba por allí y me picó la curiosidad. Y... Lo sé, lo sé, fue totalmente descortés de mi parte. Pero encuentro conversaciones como esas mucho más esclarecedoras que el canto de la señora Brootward."

El duque sonrió y ella se sintió aliviada.

Bien.

Así que este pequeño e incómodo incidente había terminado.

Y entonces se apoderó de ella una súbita conciencia: los dos caminando por el pasillo, sin un sirviente a la vista, solos, de nuevo,

en circunstancias poco adecuadas.

¡Oh, Señor!

Su madre habría encontrado esta historia muy prometedora, sin duda.

El duque se volvió para mirar a Alina, y ella levantó la vista para mirarlo a los ojos y esbozó la sonrisa más encantadora.

“Los hombres probablemente estaban discutiendo la persecución en el East End,” dijo el duque.

El regreso al tema fue tan inesperado que borró la sonrisa de la cara de Alina.

“¿Una cacería humana?” Ella frunció el ceño.

Hizo una pausa cuando llegaron a la sala principal, queriendo saber más.

Él asintió. Alto, guapo, con las manos entrelazadas a la espalda, la expresión de su rostro era de la mayor indiferencia. Se giró lentamente para mirarla. "Hay información privilegiada de que el hombre estará en una reunión de una fábrica en el East End," dijo el duque.

Alina se quedó boquiabierta y luego se dio la vuelta para ocultar su nerviosismo. Su corazón comenzó a latir con nueva fuerza.

"¿En la reunión de una fábrica?" repitió. "¿Cómo podría alguien saber eso? Sobre un hombre que tal vez ni siquiera exista.”

"Oh, él existe." El duque soltó una risita.

De repente se enfadó y levantó los ojos hacia él. “¿Y dónde es esa reunión?” Ella estaba abiertamente entrometida y no le importaba.

“En el cruce de Camlet y Old Nichol.” Volvió a sonreír y pareció divertido. “No tiene que preocuparse por el Old Nichol ni por los criminales, lady Bronskaya. Allí la gente juega sus propios juegos."

Ella frunció el ceño ante las palabras. “¿Le parece gracioso?” preguntó, ladeando la cabeza y mirando fijamente al duque, cuya sonrisa se apagó. "¿Cree que hay algo divertido en el hecho de que nuestro sistema de justicia no pueda hacerse cargo de los delitos en los barrios menos afortunados? ¿Que se lo dejan a un hombre que se hace tan popular que veneran su atroz justicia con una estatua?” Todo su cuerpo temblaba de ira mientras hablaba. Debería parar. *Detente*. Pero no había forma de domar el sentimiento de dolor que se enconaba en su corazón. “Sí, Su Excelencia. Hay una estatua dedicada a las personas que fueron dañadas por aquellos a quienes erradicó. Y se ríe, pensando que hay algo gracioso en el hecho de que a nuestra gloriosa policía no le importan los crímenes en el East End, sino que enviará a cien hombres a cazar a la única persona que sí lo hace.

Un nudo en la garganta hizo que su voz crujiera.

Debería haberse detenido...

Demasiado tarde.

El duque ya no sonreía. Su mirada brillaba ahora, derribando su

confianza.

Dios.

Se había avergonzado a sí misma.

Alina miró a su alrededor para asegurarse de que nadie se había enterado, pero solo estaban el duque y ella en el salón principal vacío.

“Perdóneme, Su Excelencia,” dijo en voz más baja, bajando la mirada. "Estuve fuera de lugar, supongo. Debería irme, de verdad. Debería... Sí. Me iré." Comenzó a alejarse cuando escuchó su suave voz detrás de ella.

“Lady Bronskaya.”

Ella se volvió para mirarlo a los ojos.

“No me hace gracia lo que está pasando,” dijo él con una voz afilada que era nueva para ella. "Espero que mañana demuestre que nuestro sistema de justicia falla terriblemente y necesita un cambio."

Ella se estremeció al oír estas palabras, mantuvo su mirada durante más tiempo del apropiado, sentimientos inexplicables chocaron en ella y la hicieron arrepentirse de haber venido allí.

Sin decir nada, ni despedirse, ni mirar atrás, caminó apresuradamente hacia la entrada, sabiendo que su abrupta partida causaría aún más rumores.

Pero a ella no le importaba.

Tenía que avisarle a Harlan.

23

LA CACERÍA HUMANA

Nevó al día siguiente.

La primera nieve era delgada como el papel, ocultando el barro. Una hora más y se convertiría en aguanieve.

Alina quería mucha nieve. Escondía toda la fealdad y los pecados que se enconaban en esta ciudad. Pero entonces los pobres necesitarían mejores abrigos, zapatos y carbón para mantener calientes sus hogares. No se puede tener lo mejor de dos mundos. La vida era simplemente una cosa o la otra.

Tales eran los pensamientos de Alina mientras miraba por la ventana, luego se acercó al piano, tocó una melodía triste y luego trató de leer solo para tirar el libro a un lado sin descanso.

Era temprano en la tarde cuando Alina desistió de tratar de mantener la calma. La noche anterior, después de regresar de casa del duque, había enviado a Yegor a St. Rose con una nota para Harlan. Pero, ¿cuáles eran las posibilidades de que lo consiguiera a tiempo?

Había que hacer algo, porque Alina se sentía impotente. Se puso un vestido gris oscuro, un sencillo abrigo de foca de la Bahía de Hudson y un sombrero a juego, y salió al vestíbulo.

"¡Yegor! ¡Nos vamos!" gritó, dejando que Martha le arreglara el dobladillo de las faldas.

El lacayo salió al vestíbulo con un grueso abrigo de piel de oveja sobre sus enormes hombros.

Aquel no era el día para St. Rose, ni Alina necesitaba a su lacayo, pero durante todo el trayecto hasta casa del doctor Grevatt golpeó el suelo del carruaje con inquietud, no dejaba de mover la cortina de un lado a otro, buscando señales de problemas en el exterior.

¿Había recibido la carta?

No habría indicios de agitación aquí, en el West End o en el centro de Londres. Sin embargo, no dejaba de mirar hacia afuera.

El estudio siempre cálido y familiar en casa del Dr. Grevatt era demasiado silencioso e irritante hoy. Trató de narrarle páginas a Rumi, pero no pasó de una página, dándose cuenta de vez en cuando de que había estado mirando por la ventana con demasiada frecuencia. Ya había oscurecido y el cristal reflejaba su silueta. Las velas estaban encendidas, aunque no recordaba que la criada hubiera entrado.

“¿Qué pasa, señorita Alina?” preguntó Rumi en voz baja y dejó el

papel y la pluma a un lado. "Supongo que no lograremos mucho hoy. ¿Le gustaría ir a St. Rose?"

La pregunta era extraña. Las miradas de Rumi eran demasiado inquisitivas, como si supiera algo.

Alina se dio cuenta de que caminaba de un lado a otro frente al escritorio, perdida en sus pensamientos.

Harlan. Harlan. Harlan.

Su imagen parpadeaba en su mente con una insistencia cada vez mayor. Como si los recuerdos de él estuvieran sincronizados con la oscuridad que caía afuera.

Una cacería humana.

El pavor se apoderó de ella, haciendo que sus movimientos fueran frenéticos, sus manos inquietas mientras agarraban la pila de papeles sobre el escritorio, luego las dejaba y trataba de enderezar los libros.

Rumi cruzó los brazos sobre su pecho y ladeó la cabeza divertida mientras observaba a Alina desde detrás del escritorio. Una sonrisa se dibujaba en sus labios, demasiado consciente y haciendo que Alina buscara a tientas los libros que caían al suelo.

"¡Vaya!" Alina arrojó uno de ellos sobre la mesa, luego se enderezó, con las manos en la cintura, y exhaló ruidosamente, cerrando los ojos.

Cuando los abrió, Rumi todavía la miraba con una sonrisa divertida.

"Dilo, Rumi," murmuró.

"¿Va a decirme de qué se trata, señorita Alina?"

"Voy a dar un paseo," dijo Alina con severidad, pidiendo a la criada que trajera su abrigo.

"¿Dónde?" preguntó Rumi con recelo.

"A St. James's Hill. ¡Yegor!" gritó a su lacayo, que salió por la puerta del sirviente, sacudiéndose las migajas del pecho y la barba.

Rumi la alcanzó en el pasillo y detuvo suavemente a Alina con la mano. "Dime que no vas a ir a Old Nichol." Sus ojos brillaban de preocupación.

Alina no respondió. Sin duda lo haría. Sí, era una locura. Y se había convertido en parte de su vida.

"Te veré mañana, Rumi. Cuando veas al doctor Gre..."

"Voy contigo," soltó Rumi, ya poniéndose una capa sobre los hombros.

Shoreditch estaba abarrotado de borrachos y multitudes que vitoreaban, lámparas de gas encendidas y vendedores ambulantes que atraían a la gente a los teatros y clubes. Pero varias calles fuera de la carretera principal, y la tensión flotaba en la niebla que de repente era

demasiado espesa y nerviosa.

El carruaje se detuvo. El rostro de Yegor apareció en la puerta abierta. “Deberíamos darnos la vuelta, mi señora.”

“Sigue adelante,” soltó Alina.

Las luces alrededor comenzaron a desvanecerse, las ventanas tenues se transformaron en oscuros agujeros negros y puertas abiertas. De vez en cuando salía luz de fogatas y antorchas.

Afuera se hizo más silencioso, pero era un silencio diferente: peligrosos, susurros y murmullos, siluetas y sombras que bordeaban las paredes del edificio.

El carruaje se detuvo en la alta valla que rodeaba la colina de St. James.

El rostro de Yegor volvió a aparecer en la rendija de la puerta mientras se encorvaba para mirar dentro.

“Mi señora.” Miró a Alina con reproche.

Alina no sabía qué hacer, a dónde ir. ¿Cómo encontraría a Harlan? ¿Lo haría? No. Esta era la idea más ignorante.

Rumi la miró expectante, hurgando en sus guantes.

“Por la calle Old Nichol,” ordenó Alina, sintiendo su propia vacilación.

“Mi señora.” Yegor no se movió, y su mirada sobre Alina se endureció.

Lo guardó. “Me has oído.”

No se movió, como si mirarla pudiera hacerla cambiar de opinión.

“Yegor”, siseó a modo de advertencia.

Miró a Rumi por debajo de las cejas como si la otra chica pudiera intervenir, luego cerró la puerta y, en un momento, el carruaje comenzó a avanzar.

Alina apartó la cortina y pegó la cara a la ventana.

Casas viejas, apretujadas. Estructuras construidas unas sobre otras, elevándose en la niebla como buitres. Pero no era la niebla lo que se estaba volviendo denso, sino el humo de las fogatas. Con la falta de carbón, todo valía. Lo que hiciera falta para mantener el calor o los estómagos vacíos satisfechos.

Por primera vez, los barrios marginales no estaban completamente oscuros.

Rumi también miró por la ventana mientras la luz danzante de las muchas antorchas iluminaba su rostro. Algo empezaba afuera. No era un conocimiento, sino más bien un sentimiento.

Un grupo de policías a caballo pasó trotando junto a ellos, como de la nada, con pistolas y lámparas en las manos.

Cuanto más avanzaba el carruaje, más ruidosas se volvían las calles, contrariamente a lo habitual.

Alina vio a más policías, que iban de casa en casa, irrumpiendo y

estallando fuertes discusiones.

Minuciosos.

Por *él*...

Los latidos del corazón de Alina se multiplicaron por cien. Su cuerpo estaba dolorido por una tensión dolorosa.

“No es posible que lo encuentren, ¿verdad?” preguntó Alina desesperada sin mirar a Rumi. "Al hombre que están buscando." *Harlan*. "No lo harán."

No le había explicado por qué habían venido allí. No había dicho su nombre. Sin embargo, Rumi no preguntó, su voz se calmó cuando dijo: "No es cuestión de suerte, señorita Alina. Es una cuestión de traición."

Las palabras dejaron atónita a Alina cuando se giró para encontrarse con la mirada nerviosa de Rumi, que se sentía demasiado cómplice.

¿Quién traicionaría a la persona a la que adoraban?

Miró a Rumi con tanta desesperación que la chica debió de sentir lástima. "Sin embargo, no traicionarán a los suyos. ¿Sabes por qué hay tantos abusados y esclavizados en los barrios marginales? Porque están esperando que alguien venga a salvarlos. Y no es Dios. Quienquiera que sea, será leal."

No se mencionó ningún nombre, pero Alina sintió que Rumi sabía exactamente de quién hablaban y para qué habían venido al East End.

El carruaje se detuvo bruscamente. Varios uniformes del puesto de control de la Policía Metropolitana fuera de la ventana brillaban a la luz de las lámparas. La voz ronca de Yegor sonaba demasiado arrepentida. La puerta se abrió, y un rostro sobre un uniforme se asomó al interior del carruaje, lanzando una mirada aguda a su alrededor.

"Señoras." Se tocó el ala de la gorra, deteniendo sus ojos en Rumi un poco más. "No deberían estar aquí. No es seguro. Den la vuelta."

"Por supuesto. Por la calle de al lado, señor.” Alina asintió apresuradamente, pero cuando empezaron a moverse de nuevo, asomó la cabeza por la ventana. “Sigue moviéndote,” lanzó a Yegor y al cochero.

Los sonidos de algo que se rompía provenían de la calle de al lado.

No, ella no debería estar aquí. Estaban en las afueras de las zonas más pobres de la ciudad, y el carruaje no podría girar en las calles estrechas, ni debería. Podían ser robados, asaltados, si no asesinados. Más adentro de los barrios bajos, la civilización se desvanecía. Y solo Harlan Krow bordeaba sin miedo las calles nocturnas.

Y ahora Alina estaba aquí, buscándolo. Era tonta, irracional, descuidada. Y tan preocupada que tenía ganas de vomitar, con la boca seca de ansiedad.

Los silbidos sonaron más adelante. Alguien gritaba, otros abucheaban, y el ocasional «¡A por él!» retumbaba en los cuartos.

Las puertas se cerraban de golpe con un eco espeluznante, y de vez en cuando se escuchaban disparos en el aire, seguidos de un grito o una risa siniestra.

A medida que el carruaje se arrastraba por varias calles más, la escena seguía cambiando.

Un pequeño grupo de hombres con barras de hierro y palos de madera posiblemente arrancados de viejas puertas o persianas dobló la esquina, gritando algo enojado al vagón, golpeando la cabina una o dos veces y escupiendo en el suelo.

Maldiciones y gruñidos de amenazas saturaban el aire.

Los incendios comenzaron a arder en la distancia.

Algo ya estaba en llamas, y el humo envolvía las calles, esparciendo el olor acre de la basura quemada.

El peligro era contagioso. Saturaba el aire alrededor del carruaje. El silbido de las botas contra el aguanieve, las risitas locas y los gruñidos agudos se filtraron en la quietud del carruaje como tentáculos, envolviendo el corazón palpitante de Alina.

Rumi permanecía inmóvil, paralizada por fuera.

Un fuerte rugido de docenas de hombres vino de la calle vecina: los hombres estaban protegiendo a los suyos. No se acobardaban, caminaban orgullosos y erguidos.

"Ey ahí. ¡Una docena de ellos!" rugió alguien.

Más uniformes parpadeaban más adelante.

Las calles eran cada vez más ruidosas, más brillantes.

Y de repente, Alina *lo vio*.

Una sombra alta y oscura, capa y sombrero de copa, barba parpadeando a la luz de la lámpara mientras intentaba separarse de los tres policías que lo aplastaban con sus porras.

No-no-no-no-no...

El horror se apoderó de las entrañas de Alina con tanta fuerza que la vista comenzó a dar vueltas.

“No,” murmuró ella, pegando las manos enguantadas a la ventana, lista para saltar

“¿Señorita Alina?” susurró Rumi con escalofriante horror.

Alina abrió la puerta de par en par.

"¡Detente!", le gritó al cochero mientras estaba de pie en el escalón del carruaje, con el corazón a punto de saltar fuera de su pecho.

"¡Llévenselo con el resto!" gritó uno de los policías mientras los demás arrastraban a Harlan hacia la conmoción que se avecinaba.

Caballos. Uniformes. Lámparas. Ya había una multitud allí.

"No. No,” repetía Alina mientras salía del carruaje, temerosa de dar un paso más, con las rodillas débiles por el miedo.

"¡Quítate de mí!" gritó la sombra y fue arrojada contra la pared y golpeada con más porras.

Harlan...

Alina se tambaleó con debilidad, su corazón le desgarraba la caja torácica en un latido loco.

Quería correr y patear a los hombres.

Quería arrancarles a Harlan.

Quería estar a su lado, mirando a la cara a la ley que era bárbara e injusta.

Hasta que sus ojos se adelantaron un poco y se quedó paralizada.

Altos, bajos, flacos, corpulentos, estaban de pie, sentados, apoyados en la pared del edificio en una larga fila.

Más de una docena de ellos.

Todos vestidos con largos abrigos negros y sombreros de copa.

Todos con barba.

Toda una viva imagen de *él*.

"¿Qué es esto...?" murmuró perdida, con los ojos muy abiertos.

La sombra fue arrastrada a la alineación y arrojada al final de la misma.

Docenas de Harlan Krows estaban alineados frente a los policías, que hablaban en murmullos furiosos, uno de ellos gritando órdenes, pero con un trasfondo inconfundible: frustración.

Alina dio un paso adelante, con una sonrisa ausente en las comisuras de los labios.

"¿De dónde sacaste esa ropa?" gruñó uno de los policías, golpeando con el puño al último hombre de la fila por el abrigo.

"Un tío me pagó," gruñó el hombre y escupió en el suelo. "Me dio esto y me dijo que me presentara."

"¡Maldito circo!" rugió el hombre a cargo, y luego vio el carruaje. "¡Tú!" Comenzó a marchar hacia Alina.

Pero entonces la forma montañosa de Yegor descendió sobre ella, sus enormes brazos la levantaron de sus pies y la empujaron hacia el carruaje. Estuvo a punto de caerse y se metió a cuatro patas, agarrándose las faldas cuando la puerta se cerró de golpe tras ella.

"Estamos perdidos," la voz de Yegor le espetó al policía. "Perdón, señor."

El carruaje se puso en movimiento bruscamente y giró hacia el sur por la siguiente calle mientras Alina se desplomaba contra la pared, jadeando, mirando a Rumi, que le devolvía la mirada en estado de shock.

Una risa nerviosa escapó de la garganta de Alina. Su corazón latía con fuerza. Pero volvió a asomarse a la ventana, con una sonrisa fantasmal en los labios.

El carruaje abandonaba las peligrosas calles, pero la escena al otro

lado de la ventana se desarrollaba con nueva intensidad.

La gente salía arrastrándose de sus cuevas, de los huecos negros de las casas. Y al salir de sus casas, enderezaban los hombros, escupían el tabaco y se bajaban los sombreros sucios sobre sus pesadas cejas.

Adultos.

Jóvenes.

Muchachos.

Un ejército de muchos.

Buscaron todo lo que podían usar como arma y comenzaron a caminar, murmurando al principio, luego hablando más alto, pronto pisando fuerte como un batallón, de una manera rítmica que resonaba con los golpes de los palos contra las palmas de las manos y el baile de las cadenas que azotaban el aire.

Los incendios ardían aquí y allá.

Los gritos sonaron detrás del carruaje, espesándose hacia las calles con los agentes de la ley armados.

El carruaje siguió rodando, pero los habitantes de Old Nichol y de los barrios bajos cercanos seguían llegando.

Caminaban como fantasmas a través del humo, con harapos y corbatas en la mitad inferior de sus rostros como máscaras.

Con destino a la venganza.

O defensa.

Con el olor a sangre y la promesa de violencia y dolor que los había mantenido vivos desde su nacimiento, estaban listos para proteger lo que era suyo: la oscuridad y todo lo que venía con ella, sus pecados y su dignidad, lo que quedara de ella.

Alguien pasó corriendo junto al carruaje, ululando.

Otros empujaron y gritaron en la noche.

La brutalidad de su existencia estaba en sus rostros y ropas: andrajosos, viejos, remendados. Algunos sin sombrero, otros con capas hechas de harapos. Todos pisaron fuerte hacia el centro de las colonias, y algunos de ellos se convirtieron en arroyos, que pronto se convertirían en ríos.

Alina nunca había entendido esto hasta ahora.

Todos eran Harlan Krows.

En los pozos oscuros de la vida, muchos de ellos tuvieron que hacer lo necesario para sobrevivir y tomar la justicia en sus manos para simplemente seguir viviendo.

El pandemónium pronto estaba destinado a estallar detrás de ellos. Multitudes de hombres y niños corrieron en dirección a los puestos de control.

"Esto es una locura," susurró Rumi, tanto ella como Alina pegando sus rostros a la ventana mientras observaban las calles llenas de peligro e ira.

“Podría convertirse en un derramamiento de sangre,” murmuró Alina, con el corazón latiendo rápido como un tambor.

"No," contestó Rumi, estirando el cuello. "La Policía Metropolitana correrá con el rabo entre las piernas. No protegen estas partes. Aquí no tienen poder. Solo vinieron a mostrar sus tarjetas de orden y saben que eso fue un error."

Tenía razón.

La policía no tuvo ninguna oportunidad una vez que la multitud se volcó a las calles. Este no era un acto aleatorio de violencia o entretenimiento. Esta era una guerra contra aquellos que intentaban afirmar su poder pero no tenían derecho a pisar el territorio que habían ignorado.

Alina empujó la ventanilla y se desplomó en su asiento, cerrando los ojos.

"No hay amistad en los barrios bajos," había dicho Harlan en una ocasión. "Ahí no existe la camaradería. Pero el instinto de supervivencia es el más fuerte. Al igual que un enjambre de abejas, las personas pueden unirse para enfrentar al enemigo mutuo."

Sus palabras siempre estaban en su cabeza.

¿Dónde estás?

Gritó su nombre en su mente como si pudiera traerlo a ella por alguna fuerza mágica.

El carruaje giró y comenzó a moverse más rápido.

“Los hombres no nacen fuertes” le había dicho Harlan. "Se *hacen* fuertes. Pero se requieren muchas dificultades para templar un carácter poderoso. A veces, son las atrocidades, no el coraje, las que hacen a un héroe."

La gente aquí abajo, en el pozo de la ciudad, poseía un tipo diferente de poder. Y estaba saliendo a la superficie esta noche.

A pesar del razonamiento, la mente de Alina se tambaleaba con las imágenes de los hombres con capas negras, sombreros de copa y barba, docenas de ellos dispuestos a poner en peligro su libertad por este extraño juego.

El eco distorsionado de una multitud enfurecida y los disparos al aire quedaron atrás.

El carruaje se detuvo. La figura de Yegor se encorvó en el carruaje a través de la puerta. "¿A dónde vamos ahora?" dijo con voz áspera.

Alina miró a la inquieta Rumi, y luego volvió a mirar a su lacayo. “A St. Rose.”

Cuando el carruaje comenzó a moverse de nuevo, dijo como para sí misma: "No puedo estar en casa en este momento. Quiero estar con la gente."

24

COMO DESHECHO

Alina no sabía qué hacer consigo misma.

St. Rose parecía sin vida. Siguiendo a Yegor y Rumi con una lámpara que iluminaba el oscuro camino hacia la puerta trasera del hospital, Alina siguió escuchando y escuchando y escuchando en busca de cualquier señal de él.

¿Podría estar aquí?

¿Estaba en Old Nichol?

¿Estaba entre los hombres vestidos como él, alineados frente a los oficiales?

Las preguntas seguían dando vueltas en su mente con molesta insistencia.

No saludó a William ni fue a ver a ninguno de los pacientes. El hecho de que el pasillo estuviera lleno de camas improvisadas, que albergaban a los enfermos, porque el hospital se estaba quedando sin espacio, se le escapó. Estudió los expedientes solo para ocupar sus pensamientos.

Pero su corazón no descansaba.

Por fin, le dijo a Yegor que ayudara a la enfermera a llevar el té caliente a los pacientes, le dijo a Rumi que volvería y se escabulló por la puerta trasera.

Ella siempre lo buscaba en la oscuridad. Susurró su nombre.

Salió al jardín, completamente oscuro y silencioso, temblando de frío y se envolvió el chal sobre los hombros con más fuerza.

Escucha...

Como si la oscuridad pudiera decirle dónde estaba.

Escucha...

Cerró los ojos, concentrándose en los más mínimos movimientos a su alrededor.

Por favor, por favor, por favor.

Su mente susurró la súplica a la nada.

Y cuando el sonido de pasos suaves sonó detrás de ella, casi se echó a llorar.

Dando vueltas, miró fijamente la sombra, que se formaba en la oscuridad. Su encantador fantasma. Siempre tan callado como si hubiera sido moldeado a partir de noches silenciosas.

“Alina.”

Ese susurro, traído por el viento y la oscuridad. Dulce. Suave.

Rompiéndole el corazón.

"¿Dónde estaba?" preguntó, odiando el sonido de desesperación en su voz.

“Ahí,” dijo.”

"Arrestaron a la gente," dijo.

“Lo sé.”

"Había docenas de ellos, vestidos como usted."

“Lo sé.” Se rio por la nariz.

“¿Cómo?”

"Yo les pagué."

"¡Pero irán a la cárcel!"

"Si lo hacen, serán liberados mañana y se les pagará aún más. Sabían a lo que se habían apuntado."

Se echó a reír. Una risa suave y profunda como la de un verdadero villano.

“Pero dudo que alguien vaya a la cárcel,” dijo, con la voz carente de la preocupación adecuada. "Es un pandemónium. La policía está corriendo. Deberían. La gente finalmente está despierta."

Esa risa de nuevo.

Tan frío.

Tan diferente a él.

Tan vanidoso.

“¿Te parece gracioso?” preguntó Alina, y él se quedó quieto. A solo unos metros de distancia, no se movió, no respondió. Su corazón se aceleraba con la preocupación y el alivio y el amor por el hombre que había estado en grave peligro hacía apenas una hora.

Y se reía...

“Veo que le entretiene,” dijo en voz más baja, con lágrimas en los ojos. "Debería irme. Es tarde."

Giró sobre sus talones y comenzó a marchar.

“Alina.”

Ella lo ignoró.

"¡Alina!" Su voz de repente era demasiado fuerte y desesperada.

Pero no se detuvo, su corazón se rompía en pedazos a cada paso.

Estúpida. Estúpida. Estúpida.

¡Oh, qué estúpida era!

Cuando llegó a la puerta trasera, hizo una pausa y cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas y ralentizar su respiración.

Su corazón clamó.

Maldito seas...

Se había reído, había vanidad en ello. Me dolió. Se había ido como una loca al lugar al que muchos no iban a la luz del día. Podría haber sido robada o asesinada. Y él podría haber sido atrapado y fusilado.

Y se reía como si la vida fuera una broma.

Él no podía hacer eso.

¡Cómo se atreve!

La ira se elevó en ella como una tormenta.

Se dio la vuelta y caminó, casi trotando, de vuelta al lugar donde lo había dejado.

Su sombra oscura seguía allí, solo que un poco más oscura que la noche.

Se abalanzó sobre él como un pájaro y lo empujó tan fuerte como pudo contra su pecho.

"¡Cómo pudo!" gritó ella, y luego se abalanzó sobre él de nuevo y lo empujó, aunque él no se movió.

"Se está riendo" Ella lo empujó de nuevo.

“No,” susurró.

“¡De mí! ¡De todo el mundo!". Otro empujón.

“Alina, ángel,” razonó.

Pero ella no escuchó. La sangre le latía en la cabeza. La ira latía en su corazón.

"Fui allí a buscarlo." Se enfrentó a la oscuridad y sintió ganas de rugir. Pero sus rodillas estaban muy débiles. Y había lágrimas en sus ojos. Era difícil respirar. Pensar. ¡Hablar! Y él no se defendía ni decía nada. ¡Algo! ¡Una palabra! ¡Una excusa! “Tenía tanto miedo de que lo atraparan,” dijo ella con voz temblorosa, empujándolo de nuevo, pero esta vez mucho más débil, “y lo llevaran,” sollozó, “y le hicieran algo horrible, y no lo podría volver a ver y...”

Se acercó a ella tan rápido que ella no terminó las palabras.

En un relámpago, la tomó en sus brazos.

En otro, la besaba como loco.

Y ella respondía, fijando su frustración en ese beso, los labios moldeándose, los dientes rozando, las lenguas girando juntas en la pasión que hacía desaparecer el mundo que los rodeaba.

Sus manos acariciaron su abrigo. Pero ella no estaba tratando de detenerlo, quería aferrarse a él y nunca soltarlo.

Profundo, arrebatador, el beso no se parecía en nada al suave y gentil que habían compartido en la Fiesta Fantasma.

Este beso era pasión. Le hizo olvidarse de todo y solo sentir. Cuán desesperadamente lo deseaba. El vértigo de estar simplemente en su presencia. Qué posesivo era su agarre, el brazo alrededor de su cintura se apretaba cada vez más, casi levantándola del suelo, atrayéndola a ponerse de puntillas.

Su otra mano se deslizó hasta la nuca de ella, apretándola más para su sensual asalto.

Su beso se hizo más fuerte y profundo. Su lengua se arremolinó en su boca con movimientos profundos y poderosos. Atravesaron su cuerpo con una fuerza abrasadora, haciéndola gemir y calentarse en

su vientre.

Nunca antes había sentido esto: una pasión que hacía que todo su cuerpo palpitara con la necesidad de un hombre. Sus brazos rodearon su cintura y se deslizaron por su torso, queriendo sentirlo. Su lengua cálida. Su potente aroma. Su fuerza que la hacía sentir tan dulcemente vulnerable.

Deseaba que él la recogiera y se la llevara a algún lugar donde pudieran estar completamente solos.

Sin aliento en su pasión, con solo un endeble chal sobre sus hombros, no sintió el frío de los vientos helados, pero sintió que él abría su abrigo y la envolvía con sus costados mientras la arropaba en su cálido abrazo. Envuelta en él, sintió que la oscuridad se la tragaba.

Cálida.

Erótica.

Haciéndola ingrávida.

Los besos nunca se detuvieron. Eran desesperados y hambrientos. Ella se aferró a él con fuerza como si estuvieran en caída libre en un abrazo.

La puerta trasera se abrió con un chirrido.

“¡Señorita Alina!” gritó Rumi desde las puertas, haciendo que se detuvieran, pero sin separar los labios más de un centímetro.

Inclinó la frente hacia la de ella.

“La estuve siguiendo todo el tiempo que estuvo en Old Nichol,” dijo en voz baja. "Si su lacayo no hubiera podido protegerla, yo lo habría hecho."

Su mente estaba demasiado en blanco para procesar lo que él había dicho. “Pero...”

"Nunca dejaré que le pase nada, ángel."

Bajó la cabeza para besarla. Un toque de sus labios, suaves y tiernos, y el mundo volvía a girar.

“Debería irme,” susurró, aunque eso era lo último que quería.

“Quédese un momento más,” susurró él, sus labios sobre los de ella de nuevo, con su lengua lamiendo como una llama en su boca, haciéndola olvidar que Rumi podía encontrarlos.

La pasión abrasadora había vuelto. Y la necesidad de besarlo más profundamente. El deseo de despojarse de sus ropas para que él pudiera sentir su piel contra la de ella.

Deseaba que el espacio dentro de su abrigo donde estaba abrazada fuera un mundo diferente, un mundo en el que pudiera desaparecer con él. Deseaba que el tiempo se detuviera para mantenerlos juntos por más tiempo.

Sus besos se fueron apagando lentamente, como una marea, convirtiéndose en susurros y caricias.

"No puedo alejarme de usted, ángel," Su voz parecía besarla

también, y sus labios se arrastraban en sensuales caricias por su mejilla. Su barba rozaba su piel. "Se apodera de mi mente por completo."

Su boca volvió a sus labios.

Otro beso suave. Sin lengua. Solo sus labios, tomando los de ella, bromeando, jugando. Luego su lengua se deslizó suavemente por su costura. La de ella imitaba la de él. Este juego se estaba volviendo tan sexual que ella quería que su lengua estuviera en otros lugares. Ella gimió débilmente.

Para. ¡Para!

Enterró la cara contra su pecho por un momento, volviendo lentamente en sí, y luego se alejó.

El frío la lamió mientras la soltaba de su abrazo.

Dio un paso atrás, sin mirarlo a la cara, no podía verlo. Nunca supo dónde poner sus ojos.

“Tendrá cuidado, ¿verdad?” preguntó en voz baja, tratando de calmar su respiración.

Qué tontería decía.

Se rio en la oscuridad. “Lo haré, ángel.”

Ella se estremeció, de repente demasiado fría sin su abrazo. Quería decir algo más, cualquier cosa para estirar este momento. "¿Cómo no tiene frío así?"

Su abrigo de cuero no parecía ser de mucha utilidad en este clima, aunque su cuerpo era como un horno.

“Estoy bien.”

Quería darle otro beso, o dos, o cien. La tonta idea la hizo sonreír. Se quitó el chal de los hombros y se puso de puntillas para envolverlo alrededor de él. “Ahí,” susurró y soltó una risita nerviosa. "Le recordará a mí."

Se mordió el labio mientras se daba la vuelta y caminaba hacia la puerta, sintiendo su mirada ardiente sobre ella, su corazón dolía con cada centímetro que los separaba.

25

EL CHAL

Lo que sucedió esa noche en Old Nichol, Padre, fue un retroceso contra la ley que elegía cuándo quería entrar en vigor. Esa noche fue una revuelta contra sus defectos. Hubo víctimas en ambos bandos. Pero no podría haber sucedido de otra manera. Las masas empezaban a despertar. Si era obra mía, no importaba.

Para algunos, yo era un héroe.

Para otros, un criminal.

Pero detrás de ese grotesco disfraz diabólico solo había un hombre.

Verá, Padre, cuando nos despojamos de nuestros títulos y olvidamos la moral y el decoro, todo lo que nos queda son esos seres crudos y animales.

Mi ángel no sabía lo que me había hecho.

Cuando ella hubo entrado, me subí a mi carruaje y me cambié el abrigo y el sombrero como medida de precaución. Fue un milagro pensar en eso en ese momento, porque mi sentido de la razón había sido asesinado por la pasión de mi condesa. Era un fuego que me había abrasado hasta la médula.

Su beso fue aniquilador. La había besado como si no hubiera un mañana. Había querido desnudarla y hacerle el amor. Rápidamente. Profundamente. De cualquier manera posible. ¡Todo a la vez!

Ese beso fue una confesión. No había villano ni condesa. Ni santos ni pecadores. Sin títulos ni etiqueta. Solo un hombre y una mujer unidos por la pasión. Y allá atrás, en aquel jardín oscuro, yo quería sentir esa necesidad suya, una simple necesidad femenina, una pasión por un hombre y no su habitual curiosidad cuidadosa.

Pero de repente se había ido, y el vacío era insoportable.

En el camino a casa, me quité los guantes y agarré su chal con los puños, acercándolo a mi cara e inhalando su aroma, lo único tangible dentro del oscuro carruaje.

Las imágenes eran vívidas como el día. Su cabello castaño rojizo cayendo sobre su rostro, sus labios exigiendo los míos, sus manos agarrando mi espalda mientras me besaba con la pasión de un amante sin sentido.

Me hervía la sangre con la necesidad de ella. Y cuando, media hora más tarde, mi carruaje se detuvo en la puerta de hierro de mi casa, me apresuré a entrar para poder estar a solas con mis pensamientos sobre ella.

El más noble de los hombres no siempre puede contener su necesidad. Y yo era un miserable pecador. ¿Qué esperaba?

Tiré el chal sobre la cama, me desabroché los pantalones y me los bajé. Todavía con el abrigo puesto, me dejé caer sobre la cama, enterrando la cara en su chal, apretándolo con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Su olor llenó mis fosas nasales. Mi larga cabellera rozaba la tela que acababa de salir de sus hombros. Mi sexo estaba duro como una roca. Y lo tomé en mi puño con la pasión que llevaba un nombre.

Alina Bronskaya.

Metí la cara en la tela con aroma a condesa. Me acaricié la polla como si me quedaran segundos de vida. Me hundí en las sábanas, hundiendo las caderas en la cama con esa imitación desesperada de poseer a una mujer.

En la oscuridad, imaginé su cuerpo debajo del mío, sus muslos abriéndose para invitarme a entrar, su sexo suplicando mi asalto, su carne suave tomando mi polla. Susurré su nombre y algunas obscenidades que nunca deberían salir de la boca de un hombre, pero que siempre permanecerían en su mente.

Mi polla se clavó en las sábanas.

Mi cuerpo estaba al límite.

Mi boca, abierta de par en par, mordió ese chal mientras me imaginaba besando sus pechos.

Yo era un animal.

Somos animales, Padre. Cuando aniquilamos a los humanos que hay en nosotros, aunque solo sea por ese momento, todo lo que nos queda son necesidades y reflejos. Cuando nos despojamos de la razón y la moral, todo lo que queda son los sentidos y los instintos.

La deseaba como un hombre deseaba a una mujer por la sencilla razón de reclamarla, de quererla para mí, de derramar mi semilla dentro de ella.

Llegué a la cima demasiado rápido.

Es divino, Padre. En ese momento, un segundo de éxtasis, todos imaginamos a nuestras compañeras. Por ese breve momento, somos uno con ellas, incluso si no están allí. Ese es el objetivo de la autoestimulación y el éxtasis: no la liberación, no una descarga descerebrada, sino la posibilidad de una unión efímera con el objeto de nuestras fantasías. No está bien ni mal. No debe haber vergüenza ni culpa. Es solo eso: un momento en el tiempo en el que podemos estar con la persona que deseamos.

Llegué al clímax sobre las frías sábanas con tanta fuerza que rugí como un animal, sabiendo que el vacío vendría y que no habría condesa en mi cama cuando abriera los ojos.

Ese sentimiento es devastador: desear tanto a alguien que tu

cuerpo se vuelve del revés.

Más tarde, me senté en el borde de la cama en la habitación fría y oscura, sin molestarme con el fuego, y volví a pensar en ella. Había cosas de las que ocuparse. Había otro monstruo suelto: Hacksaugh. No podía olvidarlo, ¿verdad, Padre? La gente sufría y necesitaba limpiar las calles de más hongos humanos.

Pero no se me ocurría nada sin que mi condesa me susurrara tiernas palabras al oído.

Esa noche supe una cosa: a ella le importaba de la manera más profunda. Se había ido a los suburbios en medio de la agitación para encontrarme y advertirme y, me hace sonreír, *salvarme*. Era valiente, amable y llena de amor. Solo podía esperar que fuera el amor por mí y no una causa caritativa.

El corazón de un hombre puede soportar el abuso, el dolor y toda clase de maldad, Padre. Pero un simple acto de bondad puede deshacerlo y hacer que lata salvajemente.

El mío golpeó a la condesa tan fuerte que pudo ahogar a los mil pies que pisoteaban el suelo esa noche en Old Nichol.

Verá, Padre, el dinero viene con falsas promesas. Mi condesa vivió lo suficiente como para saberlo. Ofrece oportunidades, pero no éxito. Puede traer una buena pareja, pero no afecto. Puede comprarle cualquier cosa, pero no su vida. Puede curar cualquier cosa menos un corazón roto.

El verdadero amor no tiene prejuicios, Padre. Trasciende las barreras sociales. Es la criatura de espíritu más libre. No se puede comprar, atraer o invitar. Esto lo hace mucho más precioso.

Para una persona que ha viajado tanto como yo, el hogar no es un lugar, sino más bien una sensación que tienes cuando anclas en un lugar que te hace feliz. La condesa se había convertido en mi hogar. Mi corazón se ancló en ella.

Saqué sus cartas del cajón. Volví a leer la primera, sonriendo por lo lejos que habíamos llegado. Besé las páginas, captando su olor que se desvanecía. Había evitado la ley durante demasiado tiempo, pero esa noche me di cuenta de que ella era la única persona a la que me rendiría en mi vida. Incluso si me llevaba directamente a la muerte.

Quería ir a verla y contarle mis sentimientos que se estaban desbordando.

No podía.

Verá, aquí está la ironía, Padre.

La condesa nunca saldría a la luz con un hombre como yo.

Pero podía hacerlo con el duque de Ravenaugh. Cumplía con todos los requisitos y con todo lo que se esperaba de ella. Sin embargo, él nunca se permitiría hacer lo que yo podía.

Una sonrisa burlona decoró mis labios ante la idea.

De cualquier manera que lo mirara, por ahora, Alina era mía.

Solo mía.

Y mientras los pensamientos sobre ella se salían de control, su chal volvió a llegar a mis manos.

26

EL ARMERO

Alina no podía quitarse de encima los recuerdos de la pasión que había estallado en la oscuridad del jardín. Apenas recordaba cómo había llegado a casa, los pensamientos de Harlan consumían su mente. Se quitó la ropa en su habitación y se quedó desnuda frente al espejo, estudiándose a sí misma.

Su cabello castaño rojizo caía suelto sobre sus hombros. Sus ojos brillaban con el reflejo de la luz de las velas y la necesidad, su necesidad de él.

Pensó en sus manos, tan fuertes pero suaves, y comenzó a acariciar sus pechos, sus pezones se convirtieron instantáneamente en guijarros al tocarlos.

¿Se la imaginaba desnuda?

Ella se lamió los labios, suaves y aterciopelados por sus besos. Su mano se deslizó lentamente hacia abajo y entre sus piernas. Se apoyó en el tocador, apretó la mejilla contra el hombro y cerró los ojos, acariciándose a sí misma con los recuerdos de él que eran como un sueño lejano.

Esto era lo que pasaba con Harlan Krow. Era como un sueño. Todo lo que sucedía entre ellos no existía a la luz del día.

Solo sus cartas eran un recordatorio. Cuando Alina sentía que estaba perdiendo la cabeza, abría el cajón de su escritorio y sacaba de lo más profundo de su interior —allí era donde vivía su vida con Harlan— una pila de cartas.

Y allí estaba él, su Harlan. Olía a carbón quemado y a tabaco, aunque nunca lo había visto fumar. La letra inmaculada, que le hacía preguntarse de dónde había venido. El papel barato pero ni una mancha o derrame en él.

Sus palabras entintaban su corazón de la manera más profunda. A la luz del día, eran la única prueba de que era real. Esos y su corazón palpitante, anhelándolo.

Era su sombra. La seguía a todas partes. Durante el día, él estaba a su lado cuando estaba sola, y ella tenía conversaciones con él en su mente. Por la noche, él estaba en su cama cuando ella cerraba los ojos y lo imaginaba a su lado, susurrando esas dulces palabras, besándola, tocándola. Empapaba las sábanas de la cama con deseo. Ella susurraba su nombre cuando llegó a su clímax.

Y cuando despertaba a la luz de un nuevo día, no había rastro de

él.

Alina sumergió distraídamente su cuchara en un cuenco de trigo sarraceno caliente con leche y miel sin llevarse una sola cucharada a la boca.

Anna Yakovlevna leyó el periódico. "¡Una operación de limpieza en los barrios marginales!" declaró en voz alta.

Alina se puso rígida.

Limpieza...

Así era como llamaban a la cacería humana. No se supo del fracaso, de los cientos, miles, que se levantaron en silencio para proteger al villano que velaba por los pobres. Quería ver la cara del comandante cuando terminara la incursión, la ira, él escupiendo maldiciones.

Ella se regodeó.

“Estoy segura de que tuvo que ver con ese criminal, el caballero diablo,” dijo su madre, saboreando cada sílaba como si fuera un sabor exótico, aunque no había ninguna mención de él en la Gaceta.

La gente no era tonta. Las autoridades podían llamarlo limpieza, pero toda la ciudad sabía que la policía había estado buscando a Harlan Krow y no lo había encontrado.

“Dudo que lo hayan pillado,” decía su madre como para sí misma.

“Espero que no,” murmuró Nikolai Sergeevich, expresando finalmente su opinión.

“¿Por qué te importaría?” Anna Yakovlevna resopló. "Es escurridizo como todos los criminales inteligentes. Pero es un asesino, por muy noble que sea."

Alina dejó de jugar con la cuchara ante las palabras.

"Es curioso que uses esa palabra. Noble,” dijo Nikolai Sergeevich, apartando su cuenco y reclinándose en su silla. "Ese es el problema. Esa mitad de la ciudad lo considera un héroe, pero las autoridades lo consideran peligroso. Eso suena muy familiar."

"¡Oh, no comiences!" Anna Yakovlevna tiró el papel a un lado con irritación. "Ese hombre no tiene agenda política. Es un loco que cree que tiene derecho a servir a la justicia."

“¿*Quién* tiene derecho en esos lares, querida?” Nikolai Sergeevich ladeó la cabeza.

"Perdóname. Si estás insinuando que es algo similar a lo que le sucedió a Andrei, y eso es lo que estás haciendo*, querido,* simplemente estás equivocado.” Anna Yakovlevna exhaló ruidosamente. "Andrei luchó por las ideas elevadas."

"Y no logró nada." Nikolai Sergeevich tomó una cucharilla y

comenzó a revolver su té sin rumbo fijo. "Este hombre podría iniciar una revolución, ¿sabes? Excepto que hay muy pocos como él. Y no se puede levantar sin un grupo de personas de ideas afines que tengan algún tipo de poder y puedan dirigir a las masas."

"¿A dónde los llevaría?" Anna Yakovlevna extendió las palmas de las manos en señal de interrogación. "¿Hacia el caos?"

"Es una idea, querida," argumentó. "No se trata de romper ventanas o matar a otros. Se trata de entender el cambio y a dónde conduce. Se trata de derechos y libertades." El discurso de Nikolai Sergeevich era cada vez más rápido. "Lo más importante es que se trata de igualdad: judicial, social, económica. La igualdad en la participación en el proceso de gobierno."

Anna Yakovlevna se rio amargamente. "¡Saquemos a los salvajes de las calles y pongámoslos en el Parlamento!"

"¡Nosotros! ¡Somos! ¡Salvajes!" exclamó Nikolai Sergeevich en voz alta, haciendo estremecer tanto a su esposa como a Alina. "¿No lo ves?" Se inclinó sobre la mesa, mirando a su esposa. "Nos llaman salvajes a nuestras espaldas. A pesar de *su* título." Apuñaló el aire con el dedo índice, señalando a Alina pero mirando fijamente a su esposa. "En este país, simplemente somos los *inmigrantes*. Si no fuera por *su* título, tus pieles y joyas no te permitirían acercarte a sus reuniones ignorantes, a los bailes tontos que tanto adoras, o a cualquiera de las casas a las que estás tan orgullosa de asistir. Y de vuelta en Rusia, se deshicieron de tu yerno con la misma rapidez con la que lo habrían hecho con ese Harlan Krow."

Se desplomó en su silla, súbitamente en silencio, mirando la cucharilla que aún sostenía fláccidamente en la mano.

Anna Yakovlevna le devolvió la mirada en estado de shock, con el labio inferior tembloroso, luego se pasó la mano por la cara y levantó la barbilla.

Alina sintió que se le revolvía el estómago.

Después de un momento de silencio, Nikolai Sergeevich volvió a hablar.

"Tu hija, que ayuda en el hospital rural que tanto desprecias, contribuye más al cambio en este país que cualquiera de las mujeres con las que te afilias. Pero sigues pensando que venderla a un duque será mucho más honorable."

"Es mi culpa, seguramente." Anna Yakovlevna dejó lentamente la servilleta sobre la mesa y se levantó de su asiento. "Sí, búrlense de mí, Nikolai. ¡Búrlense de mí! ¡Tírenme una piedra por amar a mi familia!" Estaba de pie con la barbilla en alto, la expresión de dolor en su rostro como la de un pájaro herido.

El acto de mártir ha comenzado, pensó Alina, pero evitó mirarla.

"Sí. Es mi culpa por querer lo mejor para nuestra hija y esta

familia." Anna Yakovlevna se secó las mejillas teatralmente, parpadeando para enjugar las lágrimas invisibles. "Por querer que ella tenga una vida feliz con un buen hombre en lugar de correr por los barrios bajos y pedir que la roben o la maten."

Las últimas palabras se acentuaron intencionadamente cuando se giró sobre sus talones y salió de la habitación, produciendo un sollozo teatral en la puerta.

“Bueno, eso se estropeó,” dijo Alina en voz baja. Alzó los ojos hacia su padre, que estaba sentado golpeando la mesa con los dedos, mirando fijamente a un espacio vacío. De repente parecía más viejo, más triste, como si lo que había dicho lo hubiera envejecido en minutos. "Gracias," agregó.

Él la miró y sonrió.

"Ella pretende todo lo mejor para nosotros, papá." dijo en tono de disculpa.

“Lo sé.”

"Simplemente trata de olvidar lo que sucedió hace dos años y asegurarse de que no vuelva a suceder."

“Lo sé.”

"Pero deberías ir a hablar con ella antes de que se encierre en la habitación y se ponga en huelga de hambre."

Su padre sonrió y se pellizcó el puente de la nariz con los dedos, asintiendo. "Lo sé, *dusha moya*. Lo sé.”

“El médico está visitando a los pacientes,” informó la criada a Alina cuando llegó a casa de Grevatt. "Pero la señorita Rumi está dentro."

Solo ahora Alina se dio cuenta de que había estado pasando demasiado tiempo en St. Rose's.

Rumi no dijo una palabra cuando Alina entró en el estudio, solo asintió con la cabeza mientras ordenaba los documentos en el escritorio del médico.

“¿Cómo está el doctor Grevatt?” inquirió Alina.

Se había convertido en una pregunta común a medida que la condición del médico se estaba deteriorando. Era solo cuestión de tiempo antes de que su pérdida de memoria empeorara y los lapsus fueran más frecuentes. Pronto, no le confiarían los pacientes ni siquiera salir de casa por su cuenta.

A Alina le dolía. Uno no podía mirar sin dolor a la mente brillante fallando ante la disfunción del cuerpo.

“Anoche estuvo bien,” contestó Rumi, dejando los papeles sobre el escritorio. "Se quedaba despierto hasta tarde, se despertaba temprano. Parece imposible predecir cuándo flaqueará. Aunque se está volviendo

bastante distraído." Exhaló y se sentó en la silla, mirando fijamente el escritorio por un momento, luego levantó los ojos hacia Alina. "Me temo que solo empeorará mucho."

Alina apretó los labios con fuerza. "Bueno, debemos seguir como siempre, y cuando llegue el momento, tomaremos medidas."

"¿Qué medidas?" Rumi miró a Alina con desesperación.

"No sé qué medidas, Rumi. Necesitará cuidados." Alina tomó las páginas de su ensayo, tratando de concentrarse en las palabras. "¿Dónde nos detuvimos la última vez?"

No hubo respuesta de Rumi. Y cuando Alina alzó los ojos, se encontró con la mirada de Rumi, inquisitiva y expectante.

Ladeó la cabeza hacia Rumi. "¿Qué sucede?"

"Es amiga de él, ¿verdad?" preguntó Rumi.

Alina frunció el ceño. "¿Del doctor Grevatt? ¿Qué clase de pregunta es esa?"

Pero su corazón traicionero comenzó a latir con fuerza en su pecho. No era una buena mentirosa.

La sonrisa de Rumi no hizo más que confirmarlo. "No estoy hablando del médico. Estoy hablando del hombre de anoche."

Dios...

Aquí viene.

"¿Quién?" preguntó Alina, con unas palabras impregnadas de evidente hipocresía. No engañaría a Rumi. Pero esta conversación asustó a Alina.

Rumi sacudió la cabeza con decepción. "Por favor, no me insulte, señorita Alina. No soy ciega, ni ignorante. La vi anoche. Lo vi a *él*."

Un pesado silencio se mantuvo entre ellas durante algún tiempo.

"Y esa fue una de muchas noches," dijo Rumi en voz más baja, sus palabras sonaban como una sentencia.

El silencio se extendió durante el minuto más largo hasta que Rumi finalmente se levantó y caminó hacia la ventana.

"Sabe," dijo en voz baja, mirando hacia afuera, "la gente habla de Harlan Know como si no fuera real. Algunos no creen que lo sea. Es como un fantasma, una leyenda. Yo también lo pensé durante algún tiempo. Hombres como él son algo de cuentos oscuros. Hasta que la vi con él." Se volvió para mirar a Alina.

Alina se puso rígida. No podía pensar que todo el mundo fuera ciego. Pero la gente del hospital tenía mejores cosas que hacer que prestar atención a las propiedades o a los chismes sobre encuentros extraños fuera de sus muros.

Rumi era inteligente y observadora. Y, oh, qué ingenua había sido Alina pensando que sus encuentros nocturnos habían pasado desapercibidos.

"¿Me juzga?" preguntó Alina en voz baja, encontrándose con la

mirada de Rumi.

“¿Me deja conocerlo?” preguntó Rumi, sus ojos de repente brillaron de esperanza.

¿Qué?

Alina se quedó mirando conmocionada.

Esto no era lo que esperaba. “Es un criminal, Rumi,” dijo, sin creer más en sus propias palabras.

La mirada de Rumi se volvió hostil. "¡Es un héroe!"

Alina tragó saliva. “¿Por cometer crímenes horribles?” Odiaba la desesperación que salía de su boca, queriendo escuchar elogios y redención para el hombre que admiraba.

“Por hacer justicia, señorita Alina.” Rumi negó con la cabeza. “Finge que lo juzga, pero anoche fuimos hasta Old Nichol para buscarlo. Lo buscábamos, ¿no? La curiosidad no es lo que lleva a una mujer noble a los barrios bajos a altas horas de la noche y durante un motín." Su sonrisa era demasiado cómplice. "Se burla de él, pero se reúne con él y parecen estar en términos bastante amistosos."

Alina sacudió la cabeza y empezó a dar pasos lentos sin mucha dirección.

"Algunos se levantan por el pecado. Y algunos, en virtud, caen. Shakespeare," citó Rumi.

“Es un proscrito, Rumi,” contestó Alina. "Un hombre que toma la justicia en sus propias manos en lugar de seguir la ley." No sabía cómo explicar esta contradicción. Sentía que era la única que lo conocía. La única que *debería* conocerlo. Y ella quería quedárselo para ella.

¡Allí! ¡Ella lo admitió!

"La ley..." La voz de Rumi era como un eco. Ella sonrió, cruzó los brazos a la altura del pecho y se alejó lentamente de la ventana. "La ley," Rumi asintió varias veces como si conjurara las palabras en su mente, "protege a los poderosos. Los blancos. Los ricos." Dio pasos lentos alrededor de la habitación, como si rodeara a Alina.

"Sí. Pero alejarse de la Edad Media y acercarse a una sociedad civilizada es precisamente eso,” continuó Alina, “hacer cumplir la ley, dejar que controle gradualmente todas las partes de la sociedad. Si la sociedad ha de ser igualitaria, tiene que empezar por la aplicación de la ley."

Estaba segura de sus palabras. Pero, ¿cómo podía discutir con Rumi, que venía de un lugar donde la ley era lo último que lo gobernaba?

“Harlan Krow,” respondió Rumi, y el nombre hizo que el corazón de Alina se tensara “es bien conocido, no porque toque el tambor más fuerte, sino porque la gente lo hace *por* él. Es un héroe, sí." Rumi se detuvo a varios metros de Alina y se volvió hacia ella como si estuviera en un duelo. "Se podría decir que es un forajido. Pero,

¿quién más hará justicia para aquellos que viven en su punto ciego? Somos invisibles, los pobres y esos tonos más oscuros que el blanco. Cuando nadie acude al rescate, son hombres como Harlan Krow los que nos echan una mano."

Ese nombre otra vez. Cada vez que salía de la boca de otra persona, Alina sentía su calor y sus ligeros celos como si solo le perteneciera a ella.

"¿Nos importa la naturaleza de su carácter?" Rumi arqueó una ceja. "Ni un poco. Miramos más allá de la moral, porque se quemaba en los fuegos cuando las noches eran demasiado frías. Nos olvidamos de los pecados, porque nacimos o fuimos forzados a ellos. No juzgamos, porque no podemos permitírnoslo. Los hombres de poder, los que están por encima de nosotros, están convencidos de su justicia. Hacen caso omiso de las reglas de Dios sobre las que predican tan implacablemente. A los hombres de abajo se les hace creer que todo está en las manos de Dios. Y así siguen sufriendo, recibiendo los azotes con la cabeza gacha. ¿Lo ve, señorita Alina? Es un círculo cerrado, vicioso y que no se acerca a la justicia justa."

Los ojos de Rumi reflejaban la luz de la ventana y brillaban de emoción. A Alina le encantaba verla así, apasionada por la gente. ¡Oh, cuánta razón tenía Rumi! Y cuán desesperadamente Alina trató de proteger a su hombre, incluso si eso significaba resistirse a los elogios de los demás.

Rumi caminó lentamente de regreso al escritorio, luego miró hacia arriba a Alina, quien aún estaba parada en medio de la habitación. "La gente abajo vive en el mundo del dolor y la pérdida, pero también en el de una increíble fortaleza." La voz de Rumi era suave ahora, su mirada triste mientras tomaba asiento detrás del escritorio y recogía deliberadamente la pluma, colocando su mano frente a la hoja vacía como si estuviera lista para escribir. "La esperanza es un arma, señorita Alina," dijo como despidiéndose de su conversación. "Y en ese mundo, necesitas armas para luchar por lo que es correcto. Harlan Krow le da esperanza a la gente. Para los jueces, es un criminal. Para los pobres, es un armero."

27

CULTURA SALVAJE

La última carta de Harlan hizo que el corazón de Alina se hinchara.

Con mucho gusto me iré al infierno por todo lo que he hecho. Por ahora la conozco, ángel. Y siempre tendré su imagen en mi corazón. No importa lo difícil que sea la vida, tendré recuerdos de nosotros.

Ella sonrió como una tonta y besó a la página. Pero, por supuesto, tenía que atraer una conversación más profunda. Así que escribió una respuesta:

¿Y si no hay recuerdos en el infierno?

Más tarde enviaría a Yegor a St. Rose. Porque hoy había una agenda diferente.

Llegó la nota más inesperada del duque de Ravenaugh. Alina había pensado que Cassell no volvería a hablarle. Pero para su sorpresa, la noche anterior había llegado una nota suya pidiéndole que le permitiera pasar un día fuera. En la feria de Marylebone, de entre todos los lugares.

"¡Oh, qué casualidad!" exclamó su madre, pues en realidad estaban planeando ir.

"No lo entiendo," murmuró Alina mientras volvía a leer la invitación.

"¿Qué hay que entender?" Anna Yakovlevna reflexionó. "El hombre está enamorado de ti." Ya estaba empujando el papel y la pluma en las manos de Alina, instándola a que escribiera una respuesta.

Y así, esta mañana, la casa de los Kámenev resonó con pasos y órdenes tajantes de Anna Yakovlevna.

Martha parecía estar de mal humor. Yegor había pedido un día libre a causa de la feria callejera y de la gran reunión de los eslavos. Le había pedido a Martha que viniera. Ella se había negado, diciendo algo sobre sus deberes. Yegor se había limitado a sonreír. Y ahora Martha parecía irritada, pero pidió unirse a los Kámenev.

Se reunirían con el duque en la Plaza de España, a pocos pasos de la feria.

Alina se miró en el espejo por enésima vez. Su abrigo de lana con cuello de Martha ruso marrón oscuro y su sombrero a juego se

acentuaron con elaborados pendientes de rubí brillante.

"Está encantadora," dijo Martha mientras estudiaba a su señora.

"Está encantadora," dijo el duque cuando los Kámenev y Alina se reunieron con él esa misma tarde.

Como siempre, iba meticulosamente vestido y llevaba un abrigo de lana gris, ni un hilo fuera de lugar, con el pelo oscuro peinado hacia atrás bajo el sombrero de copa.

Sonrió cortésmente mientras saludaba a los Kámenev.

Con un ramo de rosas blancas para Anna Yakovlevna.

Una sola rosa roja para Alina.

Su mirada la escudriñó mientras ella aceptaba la flor. Pero no había nada en él que indicara más cortesía que la habitual. Ella no lo entendía. Parecía retraído a pesar de esta invitación de última hora para pasar el día, solo unos días después de esa incómoda cena en su casa.

El día estaba gris y nublado. Había caído más nieve, pero ya se estaba convirtiendo en aguanieve a medida que avanzaban por la calle.

Pero a la gente no le importaba, feliz por otra celebración, el zumbido de la multitud se hacía más fuerte a medida que se acercaban a la pequeña plaza.

Estaba lleno de risas alegres, tanto de niños como de adultos. Los vendedores vendían comida y bebidas calientes. Los artistas callejeros reunían multitudes apretadas en cada esquina. Era un asunto pequeño, pero animado a pesar del clima sombrío.

Los padres de Alina caminaban un poco detrás, seguidos por Martha, que llevaba las flores y miraba a su alrededor como si buscara a alguien.

Era incómodo entablar una conversación con el duque. No era muy hablador, y Alina no sabía qué le interesaba y qué podían tener en común.

Esto se sentía como un cortejo. La inquietaba y, a la vez, era demasiado consciente de sí misma. Sobre todo cuando Anna Yakovlevna se reía tan alegremente en presencia de Cassell.

"Oh, Alina habla de usted con tanto cariño," había dicho antes.

Mentirosa.

Alina odiaba este emparejamiento forzado.

Sin embargo, las sonrisas del duque eran cautivadoras y más frecuentes.

Quería saber más sobre él. En lugar de eso, le hizo preguntas, haciéndola hablar. Sus sonrisas ocasionales hicieron que su corazón saltara de extraña emoción. Era guapo cuando sonreía. A través de sus ojos brillaba una luz que en lugar de inquisitiva e intensa se volvía cálida, llena de un suave resplandor que ella no entendía.

La mayor parte del tiempo estaba en silencio, si no demasiado distante. Sin embargo, cada vez que sus miradas se encontraban, la mirada de él se volvía más ardiente, sosteniendo la de ella un poco más de lo permitido.

Oh, le estaba empezando a gustar. Y se alegró de que ahora estuvieran caminando en medio de una multitud de gente, la plaza ocupada, humeante y ruidosa, ahogando su nerviosismo.

"¿Por qué siento que ya sabe tanto sobre mí, pero usted mismo sigue siendo un misterio, Su Gracia?" preguntó finalmente, tratando de incitarlo a hablar.

"Y me gustaría saber aún más," respondió él con una sonrisa misteriosa. "El Sr. Nowrojee," dijo de repente, y el nombre hizo que Alina se pusiera rígida, "el hombre a cargo de St James's Hill me dijo que tiene interés en la ciencia médica."

Su corazón dio un vuelco en su pecho. Van Buren lo había mencionado en la fiesta anterior. Pero ¿cómo alguien como el Sr. Nowrojee sabría sobre ella?

"En efecto," dijo ella y, después de un prolongado silencio, se volvió para mirar al duque.

Él solo la miró expectante. "Cuénteme más," preguntó.

Dios, si el hombre pudiera hablar una palabra menos, habría pensado que era mudo.

Pero ella habló. Le habló sobre el Dr. Grevatt y su tiempo en St. Rose. Entre la multitud de personas que miraban y vitoreaban, reunidas en un gran círculo, con la cabeza levantada hacia el equilibrista, era más fácil hablar de algo que le importaba pero que podría causar tensión con el hombre. Cualquier hombre, en realidad.

"Cerca de St. Giles," el duque repitió cuando ella le habló sobre St. Rose. "¿Es la enfermería lo que más disfruta?"

Ni una palabra de reproche ni sorpresa.

"Disfruto de otras áreas de la ciencia. Pero..."

Seguramente, era demasiado pronto para hablar de eso.

"St. James's Hill," cambió de tema en su lugar. "¿Es usted uno de los benefactores, Su Gracia?"

Ella encontró su mirada y captó un destello de una sonrisa que desapareció demasiado rápido.

"Sí," respondió él. "Tengo una estrecha relación con el Sr. Nowrojee. Es un hombre excelente. Gracias a él, la colina es lo que es ahora. Solo podemos esperar que haya más lugares como ese pronto."

Al darse cuenta de que había dicho más de lo habitual, miró alrededor como distraído. En una esquina de la plaza, se estaba llevando a cabo un espectáculo de marionetas. Un espectáculo de mimos reunía a un pequeño grupo de niños en otro lugar.

El duque asintió hacia una gran audiencia que rodeaba a un

hombre vestido como un mago. "El cartel asegura que puede leer mentes. ¿Deberíamos ver qué hay en la mente de Lady Bronskaya?"

Alina rio en voz alta ante esta súbita jovialidad. Sacudió la cabeza, preguntándose si se estaba burlando de ella o si realmente estaba siendo serio.

"Vamos," dijo él, señalando hacia allí. "Probémoslo."

Ella rio de nuevo, deteniéndolo con el suave toque de su mano en su antebrazo. "Está bien. No querríamos sorprender a la multitud, ¿verdad?" Fingió seriedad y luego volvió a reír.

Su mano enguantada aún estaba en su antebrazo cuando sus ojos bajaron para mirarla.

Ella la retiró, mirando hacia otro lado y riendo.

"Pero tengo una mejor idea," dijo ella con coquetería, sintiendo su corazón palpitar sin razón aparente. "¿Le gustaría presenciar una exhibición salvaje de lo mejor que la cultura de Europa del Este tiene para ofrecer aquí, en Londres?" Lo miró juguetonamente, tratando de olvidar su toque inapropiado.

Se sintió tonta de inmediato, lamentando haber preguntado, cuando él dijo: "Absolutamente. ¿Qué más habría para hacer en una tarde de domingo?"

Sonrió más ampliamente, mirando a su alrededor.

"Se está riendo de mí, Su Gracia," le dijo bromeando.

"En absoluto." Se volvió para mirarla, una sonrisa en su rostro tan amplia que le quitó el aliento. "Salvaje y cultura son las mejores palabras para usar en la misma oración."

Ella rio libremente, contenta de que él se uniera al juego.

Se abrieron paso entre la multitud hacia un rincón distante donde el humo era más denso, el olor de la comida más familiar y las melodías de las *zampoñas, balalaikas, volynka y garmon*, un tipo de acordeón, parecían una cacofonía de una orquesta enloquecida.

Había un grupo de mujeres bailando, con pañuelos en la cabeza, abrigos ondeando al viento mientras saltaban en círculo, jóvenes y mayores por igual. Se colocó un tablero entre dos barriles donde dos hombres se turnaban para hacer pulseadas. Un grupo de una docena de personas animaba, brindando con jarros de *kvas y gorilka*.

"Bienvenido a la pequeña Rusia," dijo Alina al duque.

Zapatos grandes, abrigos de piel de oveja, pañuelos en la cabeza y gorros de piel, camisas largas hasta el muslo sujetas con cinturones bajos y vestidos de lino bordados debajo de sus abrigos.

El corazón de Alina se apretó al ver la escena. Su nostalgia a menudo se veía empañada por un sentimiento de amargura hacia su tierra natal. Excepto en momentos como este. Cuando inhalaba los olores familiares, cerraba los ojos y dejaba que la música folklórica se filtrara en ella. Cuando escuchaba el alegre murmullo en una variedad

de lenguajes eslavos, gruñidos y gritos, risas de mujeres y el molesto lamento del cantante que recogía la popular melodía tradicional.

Lo respiró todo, un ramo de sonidos y olores familiares entrelazándose y corriendo por sus venas. Tiraban de su corazón de una manera que nada más lo hacía. Ningún aroma exótico, ningún sabor delicioso, ningún hermoso idioma o melodía tenían un efecto similar. Nada conmovía de la misma manera como los fragmentos entrelazados desde el nacimiento y la infancia. Y cuando a uno lo separan de ellos, el mero eco en una multitud puede hacer que uno retroceda docenas de años y miles de millas, haciendo que la sangre resuene con los recuerdos innatos.

"Vamos." Alina asintió para que el duque la siguiera, sin tener en cuenta que sus gestos eran los de una plebeya.

Su madre la mataría más tarde por llevar al duque aquí. Pero Alina se sentía viva. Como en casa. Rodeada de su gente. Y si se avergonzaba frente al duque, pues mejor. Él detendría sus avances.

Se abrió paso hacia el vendedor de kvas, un hombre barbudo y musculoso con una gabardina cosaca a la altura de la rodilla y sin abrigo, a pesar del frío. Una moneda le compró dos jarros de la bebida tradicional. Le pasó uno al duque con una sonrisa traviesa.

Él dio un sorbo.

"Es una bebida de pan fermentado," explicó ella. "No parece impresionarlo." Se rio ante su expresión indiferente. "Nuestra cocinera la hace en verano."

"Así que los rumores son ciertos," dijo el duque, una sonrisa finalmente apareciendo en sus labios. "Tiene un ejército de criados rusos."

"Ni de cerca un ejército. Tres." Asintió, una sonrisa sin abandonar su rostro. "La cocinera, la criada de mi madre y..."

Señaló hacia el centro de una pequeña multitud apretada en círculo alrededor de un hombre.

"¡Ta-da!" Anunció Alina. "Nuestro lacayo, Yegór."

Se rio feliz. Había visto a Yegór solo un minuto antes, ¿cómo no hacerlo cuando era una cabeza más alto que todos los demás?

Yegór se alzaba desde el centro del círculo como un gigante. Su abrigo, sombrero y mitones habían sido arrojados al suelo, sus mangas subidas a pesar del frío, exponiendo sus brazos musculosos. Una nube de aire caliente de su boca parecía humo de chimenea mientras ampliaba su postura frente a una piedra gigante, de unos tres pies de diámetro, en el suelo.

"Es intimidante," dijo el duque, inclinando la cabeza para echar un mejor vistazo al lacayo sobre las cabezas de los demás.

"Puede serlo."

Los hombros de Alina se movían al ritmo de la *volynka*, una gaita

ucraniana.

"¿Baila usted?" preguntó el duque.

Ella echó la cabeza hacia atrás riendo. "¡Ja! No. Bueno, en el campo solíamos hacerlo." Su sonrisa disminuyó con los recuerdos nostálgicos. "Mi padre solía llevarme a las festividades del pueblo. Mi madre se negaba a ir. Pero solía encantarme bailar con la gente local. Era... humillante."

"¡R-r-r-razojdi-i-i-i-is!"

El rugido para hacer retroceder provino de los dos hombres corpulentos que aparecieron junto a Yegor e hicieron un gesto para que el círculo de espectadores se ampliara.

Alina se animó de nuevo. "Vamos." Hizo un gesto con la cabeza hacia su lacayo y se abrió paso entre las personas más cercanas al círculo donde él estaba. El dobladillo de su abrigo y sus zapatos ya estaban arruinados por el barro. Y no se comportaba como una dama adecuada. Pero la alegría la hacía sentirse aventurera. Desearía no haberse puesto el abrigo elegante y las joyas y poder unirse a las mujeres que bailaban.

"Allí está mi Yegór," murmuró Alina con orgullo para sí misma, sintiendo, en lugar de ver, al duque justo detrás de ella, luego se volvió para buscar a sus padres en la multitud.

Decenas de personas se detuvieron para ver al hombre gigante levantar la piedra increíblemente pesada.

El círculo alrededor de Yegór se amplió, abriéndose a unos treinta pies de ancho, dando visibilidad a los que miraban desde lejos.

"No lo hará," apostó un hombre junto a Alina, su compañero sacando un chelín de su bolsillo.

Las mujeres se quedaron boquiabiertas, cubriendo sus bocas con las palmas de las manos en diversión.

Alina vio a sus padres a poca distancia, sorprendida de que su madre se hubiera acercado tanto a esta celebración plebeya, como sin duda diría después. Y allí, junto a ellos, estaba Martha, con su rostro de muñeca rodeado por un gorro de invierno, su cuello estirándose mientras intentaba echar un mejor vistazo a Yegór en el centro de la multitud.

"*R-r-r-r-razojdi-i-i-i-is,*" rugieron de nuevo los dos hombres, empujando el abarrotado círculo aún más lejos de Yegór, que se frotó las palmas de las manos.

Niños se encaramaron en los árboles y se balancearon de las farolas, mirando con agitación al gigante.

"¿Va a levantar esa piedra?" La voz del duque detrás de Alina estaba marcada por una ligera incredulidad.

Alina fingió desprecio mientras se volvía para mirarlo. "Oh, seguro que sí, Su Gracia. Más le vale. O lo enviaré lejos."

Se rio y volvió la cara hacia su lacayo.

Los dos hombres llamaron a varias personas de la multitud para que se acercaran, luego señalaron la piedra. Una mujer no pudo moverla. Un joven se agachó y se esforzó, tratando de levantarla, pero solo la movió unos centímetros. Otro hombre se acercó, alto y bastante musculoso. Escupió en el suelo, luego envolvió sus brazos alrededor de la piedra, metió los dedos debajo y se esforzó con todas sus fuerzas. La piedra se levantó un pie. La multitud vitoreó. Pero mientras el hombre luchaba por levantarla más alto, su rostro se puso rojo, las venas de su cuello se hincharon, titubeó y dejó caer la piedra ante los abucheos vergonzosos de la multitud.

Yegór sonrió, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho mientras observaba.

Los dos hombres llamaron la atención y asintieron hacia él.

"Son trescientas libras, dijeron," susurró un hombre junto a Alina.

"Es algún truco," dijo otro.

"Ve a recogerla entonces," le espetó una mujer.

Pero las apuestas ya se habían hecho en la multitud.

Alina presionó la palma contra su boca en anticipación nerviosa.

El anciano comenzó a producir sonidos rítmicos de advertencia en la *garmon*.

La multitud se calmó.

Las nubes cálidas se disiparon en el aire frío mientras la gente contenía la respiración.

Con las piernas como gruesas columnas separadas, Yegór se agachó, se inclinó y envolvió sus brazos alrededor de la piedra. Metió los dedos debajo y los movió, con sus pies moviéndose como si intentara encontrar un lado y un ángulo mejores o simplemente midiendo la piedra.

Cuando se detuvo, su boca se alineó en una línea, con su gruesa barba sobresaliendo hacia adelante mientras todo su cuerpo se esforzaba.

El prolongado y tenso sonido del acordeón quedó suspendido en el aire.

El cuerpo de Yegór se tensó. Los músculos se abultaron. Se inclinó sobre sus fuertes piernas. Su boca se abrió, un sonido gutural creciendo en su interior, mientras sus brazos, gruesos como troncos, comenzaban a levantar la piedra del suelo.

Un gruñido bajo escapó de la boca de Yegór mientras lentamente, pulgada a pulgada, levantaba la piedra, hasta sus rodillas, muslos, cintura, y luego se detuvo.

Murmullos y vítores siguieron desde la audiencia, que los dos hombres silenciaron de inmediato.

El cuerpo de Yegór parecía balancearse hacia adelante y hacia

atrás cuando de repente se estremeció, agachándose ligeramente, y en un lapso de dos segundos movió la enorme piedra hasta su pecho, colocando la parte plana sobre su pecho sobresaliente como la de un ave arrogante.

La multitud vitoreó de nuevo por un momento y se aquietó.

El hombre en la *garmon* produjo una melodía de advertencia baja.

La cara de Yegór estaba roja, la expresión más salvaje que Alina había visto nunca. Contuvo la respiración, pero no pudo apartar la mirada. Hombres y mujeres en la multitud se persignaron en asombro.

Yegór se movió sobre sus pies, sus rodillas ligeramente flexionadas, su cabeza inclinada hacia atrás. Sus manos se movieron alrededor del lado de la piedra y hacia su base, con los talones de sus palmas creando el soporte.

La *garmon* comenzó una melodía prolongada más alta.

Alguien vitoreó.

Yegór se esforzó con todo su gigantesco cuerpo. Con una pierna doblada se adelantó, con la otra ligeramente detrás, apoyada en las puntas de los pies, clavada en el suelo mientras producía un rugido fuerte como el de un animal enojado.

Sus brazos, sus masivos músculos abultados, comenzaron a levantar lentamente la piedra. Estaba al nivel de su cabeza inclinada hacia atrás, luego subió y subió y subió, pulgada a pulgada, con su camisa pegada contra cada músculo que se esforzaba por levantar la piedra. Su rugido se profundizó a medida que sus manos sostenían la pesada piedra sobre su cabeza. Y cuando sus brazos se enderezaron, la piedra estaba orgullosamente alta en el aire.

La *garmon*, acompañada de una orquesta desarticulada, estalló en una cacofonía de sonidos.

La multitud se volvió loca.

Otro rugido, y Yegór arrojó la piedra al suelo frente a él, con la tierra salpicando como una explosión bajo el peso de la piedra al golpear la superficie con un sordo golpe.

Las mujeres chillaron de deleite.

La multitud estalló en bailes y aplausos y en discusiones para resolver las apuestas.

Yegór se quedó con una sonrisa, con los brazos extendidos, y sus dedos moviéndose. Y como si fuera una señal, mujeres y niños corrieron hacia él. Levantó a varios niños por la nuca y los elevó, tres a la vez en cada mano, en el aire. Los niños se rieron histéricamente y balancearon los pies, colgando en el aire.

Yegór solo sonrió con orgullo, luego buscó en la multitud y, deteniendo su mirada en algún lugar a lo lejos, guiñó un ojo.

Alina siguió su mirada, y allí, junto a sus padres, estaba Martha, con las mejillas rojas, y los ojos centelleantes, con su mirada en Yegór

sin parpadear. Pero no había rastro de hostilidad en ella. Esa mirada era una promesa.

Alina sonrió y se volvió hacia el duque. "¿Y bien?" Le inclinó la cabeza.

Asintió. "Impresionante."

"Espere hasta la Semana de la Mantequilla al comienzo de la primavera." Sonrió y señaló hacia la multitud. "Se vuelven locos. Suben al poste congelado desnudos. Pelean a puñetazos docenas contra docenas. Se sumergen en los agujeros de hielo en el Támesis. Definitivamente debería asistir a ese."

El duque sonrió.

La multitud comenzó a empujarse y dispersarse. Se pasaron jarros de *kvas y medovuja*, el vodka de miel.

Alina miró al duque. Con su cabello engominado, sombrero de copa y abrigo caro, parecía tan fuera de lugar aquí como ella. Sin embargo, ella sentía que pertenecía a esta cultura. Y el duque probablemente pensaba que era salvaje.

"Deberíamos irnos," dijo de repente, sintiéndose incómoda por haberlo arrastrado hasta aquí.

Él la siguió sin decir una palabra. Y salieron lentamente y en silencio de la densa multitud.

"¿Cómo puede domar a estas personas?" preguntó ella sin mirarlo. "¿Y cómo puede negarles la libertad? ¡Podrían hacer cosas maravillosas!" Una amargura repentina la envolvió. "Y simplemente no podemos permitirlo, ¿verdad?"

Se sintió repentinamente fuera de lugar, desorientada, su mente regresando a las mismas palabras pronunciadas por su difunto esposo.

"Perdóneme, Su Gracia." Sonrió y se volvió hacia él y se quedó helada.

Los ojos del duque estaban fijos en ella, esa misma mirada penetrante como si estuviera tratando de leer su mente.

"Las personas poderosas sienten mucho orgullo al tener a estas personas bajo su látigo," dijo suavemente. "Los poderosos no ven mucho valor en las personas si les dan libertad."

Se miraron mientras caminaban.

Sí, le recordaba a Andrei. Noble, inteligente, tranquilo y hablando de la gente. Este hombre era mucho más de lo que pretendía ser. Había secretos a su alrededor, un poder oculto que en momentos como este la sorprendía. Hablaba poco, pero cada palabra significaba un mundo.

Y sus ojos.

¡Dios mío!

Cuando él la miraba así, sentía que estaba mirando directamente su alma.

Sus ojos parecían recorrer su rostro, absorbiendo cada detalle.

Sus labios.

Oh...

Sintió cómo el calor subía a sus mejillas. No era buena para mantener su mirada. Y menos cuando era así, casi íntima.

¿Qué demonios...?

Quería apartar la mirada, pero no podía, la corriente entre ellos era demasiado fuerte.

Podría haberlo amado.

Por Dios, ¡podría enamorarse de este hombre!

El pensamiento fue tan repentino y sorprendente que sintió que su rostro ardía.

Apartó la mirada abruptamente.

"Creo que es hora de irnos," dijo en voz baja, tratando de escapar de este extraño momento de comprensión que los unía en medio de la concurrida feria callejera.

Ojalá él hablara más.

Ojalá pudiera conocerlo.

Ojalá otro hombre no hubiera ocupado por completo su mente.

Estaba perdida.

Un hombre podía mirarla durante horas, ahogándola con palabras no dichas.

Otro no tenía rostro, pero seducía su mente con palabras.

Dos hombres.

Y ella, atrapada en medio.

28

EL DUQUE

Por supuesto, Martha no regresó a casa con los Kamenev el día del carnaval.

Regresó después de la medianoche, con Yegór, armando un escándalo ebrio en los aposentos de los sirvientes, ambos tropezando y riendo, con sus gruñidos bajos y su acento marcado por las risas de Martha.

Alina leyó hasta tarde a la luz de las velas en la sala y solo sonrió cuando los escuchó llegar.

Los susurros y risas continuaron durante uno o dos minutos en el piso de abajo. Algo pesado cayó al suelo. Se produjo otra ráfaga de risas. Luego, un fuerte reproche de Martha. Y de repente, todo quedó en silencio.

Alina permaneció alerta durante algún tiempo, con su corazón latiendo de emoción, sus labios extendiéndose lentamente en una sonrisa.

Y luego llegó el sonido de los rápidos pasos de los dos subiendo las escaleras de los sirvientes.

Las Guerras de las Rosas parecían haber terminado.

A la mañana siguiente, Martha estaba callada y distraída.

"¿Disfrutó del carnaval?" preguntó Alina, estudiando a su doncella en el espejo mientras Martha le ajustaba el corsé de una manera extrañamente desorientada.

"Sí. Mucho. Fue una celebración bastante grande," titubeó, deshaciendo los cordones y comenzando de nuevo.

"¿Con Yegór?" preguntó Alina, sin apartar la mirada de su doncella.

"Sí." Martha no levantó la mirada del corsé, aun luchando con los cordones como si fuera la primera vez. Su mente estaba en otro lugar, y Alina apostaría a que la imponente figura de su sirviente era la culpable. "Comimos *bliny y galushki* y algo más que Yegór me hizo probar. Y luego bailamos, aunque soy bastante mala en eso. Y tomamos ese vodka de miel y pimienta. Demasiado."

Alina sonrió, dándose la vuelta para enfrentar a su doncella. "Sí. La escuché anoche. Parecía que la pasaron muy bien."

No pretendía reprochar a su doncella, pero, ¡oh, qué maravilloso era el rubor que se extendía por el rostro de Martha.

Los padres de Alina ya estaban abajo en el comedor cuando ella bajó para desayunar.

Anna Yakovlevna estaba particularmente alegre porque quedaba un día; Olga Kireeva llegaría a Londres al día siguiente. Alina no podía esperar. Necesitaba pedir los pasteles favoritos de Olga. Quería comprar regalos, sabiendo que Olga solo vendría por una semana, la mayor parte del tiempo lo pasaría en Kent, en la finca de los Tvardovski.

Y Alina quería estar afuera. A pesar del mal tiempo, todo lo que estaba sucediendo la inquietaba.

Yegór parecía inusualmente alegre. Tarareaba una canción en voz baja cuando Alina salió, enviando a Martha adelante.

"¿Es una buena mañana, verdad?" preguntó Alina al sirviente, y él asintió con entusiasmo.

"Mi señora." Se detuvo, moviéndose de un pie a otro como lo hacía en la duda. Echó un vistazo a la carroza donde Martha ya estaba esperando y habló en ruso. "¿Cómo llama en inglés a alguien agradable a quien le tienes cariño?"

"Oh." Alina tuvo que pensarlo por un momento. "Hay muchas maneras."

"Amable. Afectuoso. Pero... respetuoso."

"Bueno. Podría llamarla encantadora."

Obviamente, se refería a una mujer. Y Alina sabía exactamente quién.

"Encantadora." Yegór lo repitió varias veces, haciendo sonreír a Alina.

La acompañó hasta la carroza, ayudándola a subir. Y cuando fue el turno de Martha y ella le gritó, intencionalmente estricta, él respondió: "Sí, encantadora."

Ella lo miró fijamente, luego movió la cabeza. "No soy tu encantadora, *krasavets*."

"*Poka net,*" dijo Yegór. Todavía no. La mirada de Martha se estrechó. Su sonrisa se amplió. Guiñó un ojo y cerró la puerta mientras Alina estallaba en risas.

"¿Qué dijo, mi señora?" Martha la miró boquiabierta.

"Ustedes dos..." Alina negó con la cabeza y la estudió durante el viaje, notando cómo Martha llevaba su mano enguantada a los labios y los frotaba suavemente, perdida en sus pensamientos.

El día se pasó comprando pasteles, deteniéndose en una librería para obtener los últimos libros de Eugene Sue y Charles de Kick sobre los que Olga escribía, decía que quería mejorar su inglés en una de sus cartas. Compraron sedas en una nueva tienda francesa. Y después de horas bajo la llovizna que amenazaba con convertirse en nieve, Alina estaba exhausta. Lo mismo ocurría con la estola de zorro, que tristemente se caía sobre su hombro.

Se encontró con la señora Tritton, la esposa de un banquero que

apenas recordaba de una fiesta de hacía varios meses.

“¡Lady Bronskaya!” exclamó la mujer y se apresuró a tomar las manos de Alina entre las suyas como si estuvieran en los mejores términos.

Era extraño, si Alina no pensaba en el duque, quien, sin duda, era la razón por la que de repente todo el mundo era demasiado amable con ella.

El duque ocupaba la mente de Alina más de lo que le gustaría. Cassell era noble. Demasiado silencioso quizás. Pero varias reuniones le habían demostrado que no era como el resto de la sociedad. Mantuvo amistad con gente como el Sr. Nowrojee de St James's Hill. Y eso era algo.

Disfrutaba de su compañía, de sus raros comentarios, de la forma en que decía las cosas en pocas palabras que podían contar una historia de novela.

Sobre todo, amaba sus ojos, su mirada tan intensa que hacía que su corazón se acelerara con una sola mirada.

Los rumores ya estaban llegando a la casa de los Kámenev: el duque de Ravenaugh estaba cortejando a la condesa rusa. La sociedad estaba celosa, por supuesto.

Había escuchado esto muchas veces: rumores, historias, frases dichas intencionalmente en voz alta en fiestas y bailes para que ella pudiera escuchar.

"Cierta señora N estaba en su fiesta de té. El té era excelente, los pasteles rusos divinos, la decoración dominante y el lacayo ruso del tamaño de una montaña. Llevaba una especie de saco y olía a vodka."

Anna Yakovlevna explicó muchas veces por qué la madre de Alina insistía en hacerles compañía a esas damas.

"Tenemos que hacer una vida aquí. Los expatriados rusos y los visitantes ocasionales no son suficientes. Tienes que hacer un hogar aquí, *ma chérie*. Un marido, hijos, estatus..."

“Por favor, mamá.” decía Alina, sacudiendo la cabeza en la interminable discusión.

Durante los últimos dos años, Alina había sucumbido a las fiestas de su madre. Lo hizo sobre todo por su padre, para que su madre no le arrancara las orejas con quejas constantes. Nikolai Sergeevich a menudo sonreía ante tales discusiones, besaba a Alina en la frente y de vez en cuando venía a su habitación para hablar sobre el pasado y el futuro.

Al igual que esta noche, cuando Alina, agotada por el día de compras, se sentó en el escritorio de su habitación y trató de trabajar en su ensayo médico.

Un golpe en la puerta anunció a su padre y su habitual sonrisa suave que podía quitarle cualquier preocupación.

Ella se reclinó en su silla, estudiándolo.

"¿*Vsio horosho*?" preguntó, tirando de una silla, y se sentó a varios metros de ella, jugando distraídamente con el reloj de bolsillo en la mano, preguntándole por su trabajo y por el doctor Grevatt.

Amaba mucho a su padre, inteligente y sabio para contrarrestar las maneras caprichosas y excesivamente dominantes de su esposa. Lo hacía con una aparente sumisión que podía engañar a cualquiera menos a Alina. Había visto demasiadas veces cómo dejaba que Anna Yakovlevna se saliera con la manera suya, absurda y a menudo caprichosa, sólo para que su madre admitiera más tarde que estaba equivocada y le pidiera perdón. Tenía sus propias formas de vengarse de ella, astutas y dulces, cuando insistía en hablar inglés con ella durante días a veces, haciéndola maldecir en francés y gritar en ruso a los sirvientes. Solo sonreía y le guiñaba un ojo a Alina.

Él y Alina tenían sus propios secretos: las conversaciones que mantenían en esta misma habitación, las discusiones del futuro.

"Sabes que estoy orgulloso de ti," dijo él después de que ella le dijera que escribía para la revista médica con el nombre de Grevatt. Y esas palabras fueron las más importantes a lo largo de su vida. Más precioso que la constante: "Eres hermosa."

Ella le dijo que casi había terminado con otro ensayo: la investigación que habían hecho con las bombas de agua públicas y los brotes de cólera.

"Bien, bien." Él asintió. "Como mujer, en casa, no podrías hacer mucho con tu conocimiento e inteligencia. Lo entiendes, ¿verdad? Estudió el reloj de bolsillo que tenía en la mano como si guardara un secreto. "Las mujeres empoderadas son peligrosas, Alina. Amenazan el poder de los hombres, y eso es lo único que a los hombres no les gusta compartir. Las mujeres dan a luz y crían a sus hijos. Tienen el poder de cambiar la mentalidad de toda una generación. ¿Te imaginas cómo sería si toda una generación creciera con una idea clara de la democracia, la libertad y la igualdad de derechos?"

Alina exhaló pesadamente. "No estoy haciendo mucho, papá." Ella frunció los labios con decepción.

"Hay esperanza en este país, Alina. Reformas. El librepensamiento es despreciado y rechazado. Pero no es una bala en la cabeza."

"¡Papá!" Ella se volvió para ladear la cabeza en señal de reproche.

"El otro día conocí al señor Nowrojee."

Alina lo miró boquiabierta. "¿Lo hiciste?"

"Sí, sí. Sé que estás tratando de mantenerlo en secreto. Pero hay personas que entienden la desigualdad de género y pueden ayudarte a avanzar. Es un buen hombre, con conexiones y todo. Y en buenos términos con el duque."

"Papá..." Contuvo la respiración.

"Fui discreto. Estaba interesado. Si el duque no está de acuerdo con tus inclinaciones, no tienes que volver a mirarlo dos veces. Pero conoce a hombres importantes. Es hora de que tu voz sea escuchada, Alina. El doctor Grevatt no durará mucho. Y cuando suceda lo inevitable, necesitarás apoyo para poder avanzar en un mundo de hombres. El Sr. Nowrojee tiene conexiones con la revista médica. Él es..."

"Un librepensador."

El silencio se hizo pesado por un momento.

Su padre asintió y la miró por debajo de las cejas. "Pequeños pasos, Alina. Pequeños pasos. Al menos, en este país se puede caminar."

"Pero quiero correr," dijo en voz baja, mirándose las manos.

"La próxima generación podría hacerlo. Así que hazlo por ellos. Pero a menos que tengas hijos propios..."

"¡Papá!" exclamó ella con súbita comprensión y lo fulminó con la mirada. "¡Estás haciendo trueque!"

Un suave brillo se dibujó en sus ojos mientras sus labios se abrían en una sonrisa. "Estoy navegando a través de las tormentas en esta familia, querida." Él sonrió, se levantó y se acercó a besarle la parte superior de la cabeza.

Oh, su padre podía derretir su corazón.

El único hombre que la entendía salía ahora de su habitación, con la puerta cerrándose suavemente tras él.

Otro había muerto por una bala.

Y otro...

Alina abrió el cajón y sacó las cartas. Abrió la de arriba y sonrió, mirando la firma.

HK.

El hombre que decía cosas bonitas y tristes por igual.

El hombre que tenía una mente brillante y le estaba robando el corazón.

El hombre que estaba siendo perseguido por los mismos señores que detentaban el poder en este país.

La historia se repetía.

La sonrisa de Alina se desvaneció.

29

LA CHICA DE LA MONTAÑA

Esta historia, Padre, precede solo por un día a la brutal masacre que definió mi vida después.

Afganistán.

Enero de 1842.

La travesía de montaña del Hindu Kush.

Ese fue un día brutal de viaje desde Kabul. No sabíamos que estábamos entrando en una trampa mortal. Congelándonos, muriendo de hambre, muriendo uno por uno, nuestra columna avanzó a través del cruce del Hindu Kush.

Al caer la noche, ocho de nosotros nos aventuramos por un camino diferente en busca de animales salvajes para cazar y comer. Nuestros mosquetes estaban congelados e inservibles, pero esto fue un acto de desesperación.

En medio de las altas rocas y la tormenta de nieve que se estaba levantando, inusual y brutal en estas partes de las montañas, perdimos el rumbo. El olor a humo en la oscuridad llamó nuestra atención. Pensando que venía de uno de nuestros campamentos, nos dirigimos hacia él y tropezamos con una choza.

Pertenecía a los habitantes de las montañas, una familia de cuatro, y olía a animales, suciedad y moho. Pero nada podía estropear la sensación del calor del hogar, tan acogedor y relajante. Dos gallinas picoteaban el suelo. Y los ojos de los soldados se iluminaron: ¡comida!

Había dos niños envueltos en pieles. Un niño de unos siete años y una niña, tal vez en edad de casarse. Sus ojos me atrajeron como imanes. En ese día brutal, el momento en que los miré me hizo olvidar el dolor y la posibilidad de morir en esta tierra hostil. Azules, luminosos, del color de un río de verano, me calentaron el corazón en medio de aquella dura tormenta invernal.

La familia soltó algo en su dialecto, pero no peleó, no discutió. Sabían que no debían enfadar a los forasteros en medio de las montañas. Permanecieron en silencio en un rincón, con sus miradas hostiles, no temblando de miedo, sino mirándonos. Tal era el temperamento por estos lares. Esas personas tenían corazones valientes.

Devastamos todo lo que pudimos encontrar. Y cuando nuestro apetito se sació, uno de un tipo diferente se levantó cuando uno de los hombres miró astutamente a la muchacha, luego se levantó del suelo y

caminó hacia ella.

“Detente,” dijo Krow, sabiendo de inmediato lo que iba a suceder.

¡Oh, Krow! ¡El joven inocente! No podía hacer nada, pero tal era su intrépido corazón de niño.

El soldado se limitó a sonreír con malicia, acercándose a la muchacha.

Otro soldado se puso de pie, gruñendo de anticipación.

No puedes excusar la brutalidad, Padre. Ni siquiera al borde de la muerte. Nuestros hombres intuían el final, estaban más enfadados con los lugareños que con la derrota. La guerra sacó lo peor de nosotros.

"Responderán por lo que nos hicieron sus salvajes," siseó uno de los soldados.

Los dos hombres se acercaron a la niña y se detuvieron a sus pies. La madre los miró con el ceño fruncido, hinchando el pecho y murmurando algo en su jerga.

Y fue entonces cuando me puse de pie. Mi figura ancha era más grande que la de cualquiera en la casa. Probablemente podría haber vencido a mis seis hombres si hubiera sido necesario.

Pero se detuvieron, sintiendo el peligro.

“No, no lo harán,” dije en voz baja, dando pasos lentos hacia la familia, con Krow detrás de mí.

"Entonces pueden encontrar otro lugar donde quedarse," dijo uno de los hombres con el ceño fruncido y enojado.

"Está empezando una tormenta de nieve." Lo miré sin moverme.

“No es de nuestra incumbencia, amigo.” El segundo hombre se acercó y levantó su mosquete.

Podría haber discutido, pero la mujer comenzó a murmurar, y de repente la familia se levantó abruptamente y salió corriendo por la puerta en el frío.

Había un gallinero vacío a cierta distancia, apenas lo suficientemente grande como para que cupieran.

“No sobrevivirán,” dijo Krow, escuchando el aullido de los vientos del exterior.

"Pero *nosotros* lo haremos," se rio uno de los soldados, tendido en el suelo frente al fuego de la estufa de mampostería.

Hay poca compasión hacia los enemigos. No hay ninguna para los que matan a dos mil de tus camaradas en dos días.

No me importaba la venganza. Esto era un acto de Dios, como diría usted, Padre.

Pero a medida que pasaban los minutos, lo único en lo que podía pensar era en los ojos de la niña. Y si los hubiera visto por la mañana, muertos y vacíos de ese calor, nunca me lo habría perdonado.

Así que Krow y yo cogimos el pan y la carne seca que quedaba, un cuero, y nos fuimos al gallinero.

La nieve ya nos llegaba hasta los tobillos, pero los vientos salvajes que nos cortaban los ojos con ella eran los peores. En la oscuridad, apenas podíamos ver el gallinero. Seguimos la cuerda que estaba atada entre ella y la cabaña para que cuando salieras, no te perdieras en la tormenta, te salieras del camino y cayeras por el acantilado.

Cuando trajimos el pan y la piel al gallinero, los vientos eran tan fuertes que las cuerdas se rompieron. No tuvimos más remedio que quedarnos en el gallinero. Era un lugar mohoso, apestoso y oscuro, salvo por una lámpara solitaria.

"Lo siento," se disculpó Krow con la familia. "Todos estamos tratando de sobrevivir."

La familia se acurrucaba alrededor de la lámpara tenue, la mirada de la madre se dirigió a Krow y luego a mí mientras murmuraba algo. Ya no había odio en sus ojos, ni miedo, solo una extraña intensidad que iluminaba su rostro curtido y los de su marido e hijos. Y la muchacha de la montaña sopló sobre sus manos frías, sus ojos azules y luminosos me miraban con curiosidad.

"Tenemos que mantenernos calientes," le dije.

Y cuando la luz de la lámpara se desvaneció y finalmente se apagó, los seis nos acurrucamos juntos bajo esa piel, temblando pero compartiendo el calor de nuestros cuerpos.

Krow empezó a cantar. Sonreí en la oscuridad al oír el sonido.

La madre comenzó a temblar, y solo un tiempo después, me di cuenta de que estaba frotando los pies y las manos de sus hijos para mantenerlos calientes. No dejó de temblar hasta el amanecer.

Cuando el primer rayo de luz se coló por los tablones de madera del techo del gallinero, pude ver mi cálido aliento en el aire. Mi cuerpo estaba rígido y frío. Y cuando la mujer se levantó, frotando a sus hijos, murmurando algo en su dialecto, había una expresión extraña en su rostro: una media sonrisa, pero con un brillo diabólico.

Estábamos vivos.

La tormenta había cesado.

El gallinero estaba cubierto de nieve.

Y la mujer seguía sonriendo.

¿Por qué? Ella sabía algo que nosotros no sabíamos.

No se oían voces afuera cuando, temblando en el viento, con los ojos ardiendo por la falta de sueño, nos dirigimos a la cabaña y limpiamos la nieve de la puerta.

La casa estaba cálida y nebulosa por dentro. Olía a licor y tabaco de la zona. Y algo más que se suponía que no debía estar allí: la muerte.

Los seis soldados estaban muertos, sus cuerpos sin vida, exactamente donde dormían: en el suelo, en el banco, en la mesa.

Las palabras desconocidas provenían de la puerta donde se

encontraba la familia, la mirada rencorosa de la mujer escudriñó la casa sin mucha sorpresa. Murmurando, se arrastró hasta la estufa de mampostería, movió la compuerta de la chimenea a un lado y tiró de ella. En un minuto, la neblina comenzó a disiparse.

Verá, Padre, cuando el clima era tormentoso como este, tenías que abrir una compuerta adicional. Si los soldados hubieran dejado que la familia se quedara, la madre habría hecho precisamente eso y los hombres habrían sobrevivido. No sabían que, al condenar a otros, habían firmado sus propias sentencias de muerte.

Pero luego, en un solo día, firMarymos la nuestra.

Ustedes dirán que la razón por la que Krow y yo sobrevivimos fue por un acto de bondad. Y esa es una historia encantadora para los libros, ¿no es así, Padre?

Pero no fue la compasión per se lo que nos llevó al gallinero, sino la belleza de la chica, sus ojos azules que me atrajeron, una conexión humana en ese momento mortal que no podía dejar ir.

¿No es peculiar? Fue la fascinación por la belleza lo que nos salvó a mí y a Krow. Fue la belleza de la niña de la montaña lo que también salvó a su familia.

¿Por qué te digo esto, Padre? Porque la siguiente vez que vi a mi condesa, descubrí algo nuevo sobre ella. Un beso podría ser un accidente. Un segundo: alimentar la curiosidad. Pero lo que sucedió después me confirmó lo que había esperado desde el día en que nos hicimos amigos. Que el corazón de mi hermoso ángel ardía por mí, así como el mío ardía por ella.

Los deseos carnales, simplemente no puedes descartarlos en el gran significado de la vida.

30

OLGA

La casa de los Kámenev estaba llena de los pasos apresurados de los sirvientes, las pesadas botas contra el suelo, el sonido de las puertas que se cerraban constantemente y el olor de la elaborada cocina de Prosha.

Olga Kireeva había llegado a primera hora de la mañana y había pasado al menos una hora abrazada por todos.

Alina había besado sus rizos rubios, sus cejas inexistentes y sus labios corales, había acariciado su delicado rostro, luego la había abrazado durante minutos, casi rompiendo a llorar.

Ana Yákovlevna había llorado. Horas más tarde, todavía presionaba el pañuelo contra sus ojos húmedos una y otra vez, le gritaba a Dunya, pedía brandy y té y comía la mayoría de los pasteles que Alina había comprado el día anterior.

Nikolai Sergeevich observaba todo con una sonrisa. "Olen'ka, ¿no ves que eres más bienvenida en esta ciudad que la propia reina? Esas dos te abrazarán hasta la muerte."

Olga no era bonita, per se, pero sus penetrantes ojos azules y su aguda risa contagiosa cambiaban su expresión de la manera más profunda. Tenía sólo veinte años y estaba tan llena de vida y de travesuras descuidadas que su llegada fue como los primeros rayos de sol después de un invierno brutal.

Esa mañana, Alina estaba feliz, y durante algún tiempo —un tiempo que deseaba que durara más— su mente se apartó de todo lo demás.

¿Cómo estaba Francia? ¿Cómo está el Conde Nielson? ¿Cómo están Yasha y los Petrovski? Anna Yakovlevna gorjeaba en ruso a una milla por segundo, mientras que Alina quería tener a Olga para ella sola. "¿Y solo una semana con nosotros? ¿Qué hay en Francia que no tenemos en Inglaterra? ¡Y Kent! ¡Los Tvardovski! Los amo hasta la muerte, pero no condescienden a venir a visitarme."

“¡Lo hicieron en verano, mamá!” intervino Alina.

"¡Una vez! ¡Y eso es solo por la temporada!"

"¡Oh, estoy cansada de estas quejas!" Alina exhaló. "¡Olen'ka! ¡Vamos a la ciudad!"

Y a pesar de las protestas de su madre, se arremolinaron por la casa como un tornado, se cambiaron de vestido, fueron a buscar a Yegor y se fueron, riendo, agarrándose y saltando como niñas.

¡Había tantas cosas que Alina quería decirle a su amiga! Y cuando bajaron del carruaje en Leicester Square, caminaron por las frías y sucias calles y charlaron sin mirar a su alrededor. Si Alina cerraba los ojos, podía escuchar la voz de Olga, inhalar el aire frío, sentir el silbido del aguanieve bajo sus pies y fingir que estaba de vuelta en casa.

"¡Oh, cómo te he echado de menos!" le decía a Olga una y otra vez, y la risa de Olga hacía sonreír incluso a los sombríos transeúntes.

"¿Te acuerdas de la Gran Exposición?" Alina señaló con la cabeza el Gran Globo de Wyld con forma de coliseo. La plaza y las calles aledañas estaban mucho más vacías desde que terminó la exposición. La última vez que Olga la había visitado había sido hacía cuatro meses, cuando la Exposición Universal estaba en pleno apogeo.

Pero los cuatro meses parecieron una eternidad. Y las dos charlaron de todo, olvidando el frío, caminando del brazo, sonriendo, con la nariz roja, los ojos brillantes de emoción.

Olga tocó la mano de Alina. "Esas dos nos miran como si fuéramos las mujeres de Covent Garden."

Alina se rio de la broma, se giró para mirar en dirección a las miradas traviesas de Olga y su corazón se estremeció de sorpresa.

Samuel Cassell y Theo Van Buren estaban de pie junto a un carruaje aparcado a un lado de la calle y miraban en su dirección.

"Oh, Dios mío. Más tarde te diré de qué se trata todo esto." Alina esbozó una sonrisa educada y se dirigió hacia los hombres. "Por favor, nada de trucos," le susurró a Olga mientras se acercaban.

"Una amiga mía, la señorita Olga. De Rusia."

Olga sonrió agradablemente, hizo una reverencia y observó a los dos hombres con abierta curiosidad. Alina tuvo una pequeña charla con el duque. Pero todas las preguntas del duque a Olga fueron respondidas con sus sonrisas y miradas en dirección a Alina y breves palabras en ruso.

Oh, la zorra.

Alina conocía las maneras juguetonas de Olga.

¡Oh, ser tan joven y descuidada!

Tan solo dos años más joven que Alina, Olga parecía no haber conocido nunca ninguna pena. Se notaba en su risa y carácter travieso y en su actitud alegre que suavizaba cualquier incomodidad.

Era contagioso. E incluso el duque sonrió ante sus respuestas en un idioma extranjero, encontrándose con la mirada de disculpa de Alina pero sonriendo ante cada risa de Olga.

Sólo Van Buren no parecía divertido. No dejaba de lanzar miradas hostiles a Olga, que se limitaba a sonreír agradablemente y a asentir.

Alina estaba a punto de excusarse cuando Olga se volvió hacia Alina y le preguntó en ruso: "¿Este caballero es siempre tan

arrogante?"

Como si fuera a propósito, miró a Van Buren y luego se echó a reír.

Alina trató de reprimir una risita y no lo consiguió, bajó la vista al suelo y luego miró a Van Buren. "Pido disculpas. Realmente deberíamos irnos."

Pero los ojos del vizconde brillaban. Oh, no le hizo ninguna gracia. “Sería conveniente viajar cuando aprenda otro idioma,” le dijo a Alina y miró con una sonrisa a Olga.

Olga se limitó a sonreír, mirándolo abiertamente.

“*Si seulement vous n'étiez pas un âne aussi prétentieux, monseigneur,”* dijo Olga con la sonrisa más dulce. “*Ojalá no fuera usted tan pretencioso, señor.”*

El vizconde se quedó paralizado en el acto cuando sus ojos sobre Olga se convirtieron en balas de acero. "*Si seulement vous n'étiez pas si pleine de vous-même*." *Ojalá no estuviera tan orgullosa de usted misma,* respondió, con una sonrisa altiva en los labios, y añadió: “Mi señora.”

Olga se sonrojó y se quedó callada.

Alina miró boquiabierta al duque en señal de disculpa.

Cassell se limitó a sonreír. “¿Las acompañamos hasta el final de la calle?”

Se empeñó en escoltar a Olga, justo delante del vizconde, que le hacía compañía a Alina.

Van Buren estaba visiblemente irritado. “Tal vez su amiga debería vacacionar en Francia, ya que habla francés con mucha fluidez, y no en Inglaterra.”

Alina reprimió un bufido, viendo por primera vez a Van Buren fuera de sí, con su confianza habitual.

"Mi señor, parece que juzga rápido," contestó ella. "Ella vive en Francia. Pero ella habla inglés mejor que yo." Alina sonrió a Van Buren, que parpadeó y apretó la mandíbula.

Cassell y Olga parecían estar tranquilos. Olga se echó a reír alegremente, e incluso el duque parecía hablar más de lo que había hablado con Alina.

Alina sintió que los celos se apoderaban de ella, deseando saber qué los hacía tan felices mientras ella y Van Buren caminaban en silencio.

Llegaron a la esquina de la calle donde esperaba el carruaje de Alina. “Tendríamos que irnos a casa,” le dijo a Olga. "La señorita Olga acaba de llegar ayer y tenemos un viaje mañana."

Van Buren miró fríamente a su alrededor mientras el duque se inclinaba ante Olga. “¿Quizás a las dos les gustaría unirse a nosotros en un teatro esta noche?”

Olga miró expectante a Alina, que negó con la cabeza. "Estaríamos encantadas. Pero me temo que mi amiga está bastante cansada.”

“¿Cuál es la obra a la que asistirán, puedo preguntarle?” preguntó Olga con curiosidad en perfecto inglés.

“Muerte a la luz de las velas,” replicó Cassell. "Es un aria de Cipriani. Con una representación teatral." Sus labios se abrían en una sonrisa dirigida a Olga. "Y dos mil velas. Y un truco de magia. Y el artista principal quemándose hasta los cimientos al final."

Oh, era bueno calibrando caracteres, porque parecía saber exactamente cómo intrigar a una mente joven.

Olga se quedaba boquiabierta ante cada palabra mientras miraba fijamente al duque y luego volvía sus grandes ojos llenos de emoción hacia Alina. “Vaya.” Sus cejas se levantaron y fruncieron en ese hermoso rostro suplicante que Alina conocía tan bien.

Alina se rio a carcajadas, sacudiendo la cabeza con incredulidad y encontrándose con la mirada del duque. ¿Cómo se había vuelto a encontrar con él? Parecía estar en todas partes en estos días. Y había otra invitación a la mano. ¿Y cómo era posible que hubiera sonreído tanto hoy, con su mirada amable sobre Alina expectante, sabiendo perfectamente que la estaba atrayendo?

Y su corazón traicionero palpitó.

“Esto suena intrigante,” susurró Olga, sin apartar sus ojos suplicantes de los de Alina.

Alina soltó una risita. “Supongo que podríamos unirnos a usted esta noche. Sí." Se encontró con la mirada del duque. "Sería un placer."

Y mientras Olga se reía alegremente, Alina podía jurar que la sonrisa en los labios de Van Buren se hizo más profunda.

31

MUERTE A LA LUZ DE LAS VELAS

Olga se apoyó en el alféizar de la ventana y se asomó por la ventana que daba a la puerta principal de la casa de los Kámenev.

"¡Están aquí!" exclamó, mientras sus faldas de seda se arremolinaban mientras bailaba el vals en el abrazo de Anna Yakovlevna.

Anna Yakovlevna enderezó el abrigo de lana de Olga, le peinó el pelo con la atención de una modista y exhaló. "Si mi hija insensata no encuentra un buen marido, tal vez tú lo hagas. Ahí tienes." Tocó el sombrero de piel de Olga y, mientras Olga se alejaba hacia la entrada, la cruzó en el aire.

Alina y Olga salieron para ser recibidas por los hombres que se acercaban.

Los ojos de Yegor se entrecerraron al observar al duque besar la mano de Alina.

"*Vish ti, kakoi,"* murmuró un reproche, haciéndose a un lado.

"Yegor." Alina frunció el ceño.

Olga se limitó a reír alegremente y se inclinó hacia Alina mientras caminaban. "Tu lacayo es un personaje. Lo echaba de menos."

Cuando llegaron al carruaje, Olga se detuvo junto a Van Buren y esperó a que él la mirara a los ojos.

"Mi señor." Ladeó la cabeza con fingida lástima. "¿Está seguro de que todavía quiere acompañarnos? No me gustaría lastimarlo con mi presencia."

Sin respuesta, se echó a reír con tanto entusiasmo al entrar en el carruaje que incluso Cassell se permitió sonreír mientras le daba una palmada en el hombro al fulminante Van Buren.

Cipriani. Muerte a la luz de las velas, anunciaba el folleto cuando los cuatro se acomodaron en el palco del teatro.

A propósito o no, el duque se sentó en la esquina, colocando a Alina a su lado, haciendo que Van Buren se sentara junto a Olga.

Alina se inclinó para decirle en voz baja: "¿Los está preparando para una pelea de perros y gatos?"

Sonrieron en sincronía, estudiando el pasillo.

Era un pequeño teatro del Strand, con un solo palco y el pasillo

principal de la mitad del tamaño habitual, que se hacía aún más pequeño por el gran espacio semicircular despejado frente al escenario.

"Creo que no había oído hablar de este lugar antes. ¿Cómo es posible?" Alina se preguntó.

Van Buren estudió a los asistentes, tranquilamente extendido en su asiento, con la pierna elegantemente calzada cruzada sobre la otra. “Tiene usted fama de ser una persona bastante antisocial, lady Bronskaya,” dijo sin mirarla. "Aquellos que evitan la vida social se pierden todo lo que es nuevo y emocionante."

Olga inclinó la barbilla y esbozó una sonrisa en los labios. "Aquellos que persiguen el entretenimiento a menudo lo hacen para compensar su existencia mediocre," dijo con un acento encantador. "O carácter."

El vizconde se volvió para mirarla fijamente por un momento, pero no respondió.

Alina miró al duque para encontrarse con su sonrisa.

Cuando el público finalmente se acomodó, la sala solo estaba iluminada por un puñado de lámparas.

Un anciano regordete con patillas tupidas que vestía una chaqueta roja con botones dorados salió al pequeño escenario. Pronunció un pequeño discurso introductorio, que concluyó con las palabras: "Por favor, absténganse de levantarse y moverse. No se servirán refrescos durante los actos. Al público no se le permite acercarse al escenario."

La habitación se hundió en una penumbra relajante. La orquesta empezó a tocar. Se levantó el telón y en el centro del escenario había una mujer pintada de blanco, vestida con un vestido blanco. Su voz angelical se filtró por el pasillo. Y mientras cantaba, la habitación comenzó a iluminarse.

Solo entonces Alina sintió la mano de Olga agarrando la suya. “Mira,” susurró ella.

En la penumbra, era difícil distinguir a los niños vestidos todos de negro, con máscaras negras, que se agachaban en el suelo alrededor del escenario, encendiendo las velas, cientos de ellas, que salpicaban el claro alrededor del escenario.

Y a medida que avanzaba la actuación, de repente todo el espacio frente al escenario se iluminó con cientos de velas.

Bailarines con trajes negros y máscaras aparecieron en el escenario, sus sombras, conjuradas por las muchas fuentes de luz, proyectaban intrincados destellos en las paredes, el techo y el escenario.

“¿De qué está cantando?” preguntó Alina.

“Es una historia de pasión,” respondió el duque. "Ella está cantando sobre su amante y un amor tan fuerte que convocó la ira de

los demás. Verá, es su amor el que la quemará hasta convertirla en cenizas."

"Qué brutal," murmuró Alina.

Olga estudió con sumo deleite a la cantante y a los bailarines y el espacio que rodeaba el escenario. "Deben pasar un mal rato con la cera en el suelo."

Van Buren asintió hacia el escenario. "Construyeron los pisos específicamente para esta actuación. Después los afeitan con láminas metálicas afiladas." Se volvió para mirar a Olga.

Ella frunció los labios, pero no respondió.

Toda la representación, que duró solo una hora sin intermedio, se llevó a cabo entre cientos de velas. Y con el tiempo, el escenario se volvió más brillante a medida que aparecían más luces: las antorchas en las paredes, un candelabro que descendía sobre el escenario que Alina no había notado antes. Parecía como si todo el frente de la sala estuviera en llamas.

"Parece peligroso," murmuró Olga.

"Lo es," replicó Van Buren. "Ese es el punto. Un parpadeo y toda la habitación puede incendiarse. ¿Le gusta el peligro, señorita Olga?" Se giró para dedicarle una sonrisa traviesa.

"Eh." Ella lo estudió, divertida. "En mi patria, estamos muy en sintonía con el concepto de peligro. Estaba preocupada por los artistas, no por mí misma."

La mirada del vizconde se endureció y sus labios se entrelazaron en una sonrisa. "Hay una zanja construida alrededor del escenario para evitar que se propague un incendio accidental. Y guardan cientos de cubos de agua detrás de las cortinas por si acaso."

Olga arqueó una ceja. "¿Lleva a las mujeres a lugares peligrosos para intimidarlas, mi señor?" Le dedicó una sonrisa a Van Buren.

Él sonrió. "Por lo general, mi presencia es suficiente."

"¡Oh, Dios mío!" Fingió angustia y luego puso los ojos en blanco.

Alina sonrió, inclinándose hacia el duque y señalando con la cabeza a su amigo y al vizconde. "¿Quién cree usted que ganará esa guerra, Su Excelencia?"

Cassell soltó una risita.

A ella le gustaba cuando él sonreía. Su rostro estaba iluminado por la brillante luz del escenario, y ella lo estudió por un momento.

"Sonreír le sienta bien, Su Excelencia," dijo. "Debería hacerlo más."

Tal vez, fue la llegada de Olga o su actitud contagiosa, todo parecía hacer feliz a Alina. Experimentó la ligereza del ser que últimamente era demasiado frecuente, seguida generalmente de momentos de temor o pánico.

El sonido de los violines cortaba el aire con notas agudas, y Alina observaba la actuación, paralizada. Las bailarinas se pusieron vestidos

semitranslúcidos, flotando en el aire como alas. Y la cantante de ópera parecía ahora un pájaro, un ave fénix, toda vestida de blanco, algo blanco y voluminoso como alas plegadas colgando detrás de ella. Parecía un ángel. Y su voz triste hizo que las lágrimas brotaran de los ojos de Alina.

Podía sentir la mirada del duque sobre ella de vez en cuando, estaba pendiente de cada uno de sus movimientos. Y cuando la intérprete se presentó al acto final con el traje de un ángel, blanco impoluto, con las alas más grandes que ella, que ahora sobresalían de detrás de su cuerpo, Alina miró al duque con asombro.

Una pequeña sonrisa adornó sus labios, sus ojos amables, pero tan intensos que inmediatamente ella devolvió su mirada al escenario.

"Mírela," susurró en voz baja y tan íntimamente como si estuvieran viendo algo prohibido y solos.

Alina sintió calor. El calor y el fuerte olor de las velas flotaban en el aire. Toda la habitación se sentía como si estuviera en llamas. Aumentaba su sensación de peligro, tal como había dicho Van Buren.

Cuatro hombres vestidos de negro con antorchas encendidas se acercaron a la cantante de ópera.

Alina contuvo la respiración. Olga agarró la mano de Alina y la apretó con fuerza, con los ojos muy abiertos en el escenario. El público quedó hipnotizado.

El ángel tocó la nota más alta. Y cuando los cuatro hombres tenebrosos tocaron el suelo cerca del ángel, la mujer estalló en llamas.

El público se quedó boquiabierto.

Un muro circular alrededor del ángel se elevó con una llamarada, ocultándolo.

Las exclamaciones corrieron por la habitación.

El grito de alguien atravesó el aire.

Alina y Olga se pusieron en pie de un salto, inclinándose hacia el escenario, con los rostros llenos de pánico.

¡Puf!

El círculo de fuego había desaparecido.

En el centro, nada.

Ni cantante.

Ni ángel.

Ninguna voz, como si la hubieran cortado. Como si no hubiera estado allí hace un momento.

Una exhalación colectiva recorrió la sala, la mitad del público se puso de pie, mirando conmocionado el escenario.

La música murió repentinamente. Y en ese silencio repentino, Alina creyó oír los corazones de la gente latiendo violentamente en sincronía.

Thud-thud-thud.

Los aplausos estallaron como un volcán. Y Alina se unió, sonriéndole a Olga, ambas con lágrimas en los ojos.

"¡Bravo!" los gritos provenían de diferentes direcciones.

Los aplausos fueron ensordecedores, los vítores tan fuertes que parecieron hacer parpadear la luz de las velas ante la ráfaga de aire.

Y cuando los violines comenzaron a tararear después de la actuación, los actores subieron al escenario, entre ellos el ángel ileso.

"¿Cómo?" Alina se volvió hacia el duque, que se levantó lentamente de su asiento junto a ella.

Se limitó a sonreír, aplaudiendo. "No podemos regalar toda la magia, ¿verdad?"

"¡Esto es maravilloso!", exclamó. "¿Lo disfrutó?"

"Lo he visto antes." El duque dejó de aplaudir y su mirada sonriente se volvió hacia Alina. "Vengo aquí todos los meses para ver arder al ángel. Es una historia de pasión."

El corazón de Alina seguía latiendo con fuerza, pero ahora por una razón diferente. Porque las palabras de repente le recordaron a otra persona. Porque su corazón estaba apretado de sentimientos. Porque cuando Cassell la miraba así, ella también sentía que se estaba quemando. Sus ojos permanecieron fijos. Dejó de aplaudir, aunque el resto del teatro seguía vitoreando.

"Es una alegoría," dijo el duque, sin apartar su suave mirada de la de ella, su sonrisa desvaneciéndose. "La pasión es fuego. Cuanto más cerca esté de ella, mayores serán las posibilidades de ser consumido por ella y luego sumergirse en la oscuridad."

Oh, las palabras. ¡Si supiera cómo la afectaban!

Ella parpadeó, sin romper su mirada. "Pero ella sobrevive. Ahí está." Echó un vistazo al escenario y volvió a encontrarse con los ojos del duque.

Sacudió la cabeza. "No en la historia, ella no lo hace."

"Todos tenemos el poder de escribir nuestra propia historia, Su Excelencia."

"Puede que se equivoque. La mayoría de las veces, nuestras historias dependen del poder de los demás."

"¿Y la suya?" Su corazón se aceleró al oír estas palabras. Ella no debería estar hablando así. No deberían mirarse el uno al otro como lo hacían ahora, sin pestañear y durante demasiado tiempo.

Olga y Van Buren hablaban, pero incluso ese hecho divertido se le escapaba, al igual que el público que vitoreaba, los silbidos, los aplausos, los gritos, porque algo estaba sucediendo entre ella y el duque, algo que ella no debería haber dejado que sucediera.

"Solía pensar que estaba a cargo de mi propio destino," dijo en voz baja, girando todo su cuerpo para mirarla. "La juventud es arrogante." Una sonrisa parpadeó y desapareció de sus labios. "Y luego alguien

más llegó a mi vida. Y mi historia no se convirtió solo en la mía."

Un aleteo golpeó a Alina. Ella sonrió nerviosamente, pero no pudo apartar la mirada, atrapada por su poderosa mirada.

“Lady Bronskaya,” dijo Cassell en voz baja y dio un pequeño paso hacia ella, aunque parecía que había cruzado la distancia que los había separado en las últimas semanas. "Mi historia está tanto en tus manos como en las mías." El sonido de todos los demás a su alrededor se alejó. "Este no es el lugar ni el momento, pero me temo que no puedo contener mis sentimientos por usted." Todo su cuerpo era un corazón palpitante. “¿Me hará el honor de ser mi esposa?”

32

LA PROPUESTA

“¿Una proposición?” Olga miró boquiabierta a Alina. "¿Su gracia? ¿En la actuación a la luz de las velas? Oh, querida, ¿por qué no lo has dicho?” Se acercó a Alina y le tomó las manos. “¿Lo amas?”

Oh, esa era la pregunta que Alina no podía responder.

No.

Pero entonces...

Podría.

Ojalá.

Ojalá...

Ambas estaban vestidas con camisones y batas, queriendo acurrucarse en la cama de Alina y compartir historias como solían hacerlo en San Petersburgo. Y esta era la noticia que Alina acababa de darle a Olga.

Alina no había contestado al duque en el teatro. Ella lo miró boquiabierta y luego murmuró algo incoherente.

“Le daré tiempo,” le había dicho. "Perdóneme por esta brusquedad."

No recordaba el viaje de regreso a casa, solo sabía que se mantuvo callada todo el tiempo.

Y ahora la noticia la aplastó con todo su peso.

"Es... Es..." Alina no encontraba las palabras para describir cómo se sentía. "¡Cuatro reuniones con el hombre, y me muestra sus sentimientos!" Miró a Olga con desesperación. "No me dice cuáles son, solo me dice que quiere casarse conmigo. ¿Cómo?”

Levantó las manos y se las pasó por el pelo suelto mientras empezaba a pasear.

“Bueno.” Olga posó tranquilamente a un lado de la cama, apoyándose en su mano. "A veces se necesita una mirada. Se llama enamoramiento. Y puede suceder al instante." Ella sonrió, estudiando a Alina, y luego extendió la mano. "Ven aquí."

Alina suspiró frustrada y se sentó junto a Olga. Sus rizos rubios colgaban sueltos alrededor de sus hombros, sus ojos azules amables y tan simpáticos que Alina quería llorar.

“¿Qué dijiste?” preguntó Olga, sonriendo con curiosidad.

"Nada. ¿Qué podría decir?” Oh, querida, las lágrimas brotaban de los ojos de Alina. Ella reprimió un sollozo. "No pude pronunciar una palabra. Dijo que me daría tiempo.” Sacudió la cabeza y se mordió el

labio.

Era un desastre.

Sabía lo que estaba pasando y esperaba tener más tiempo para resolver las cosas.

¿Pero tan repentino?

¿Ahora?

Cuando tenía otras cosas en la cabeza.

Otro hombre...

Se sintió tan perdida en ese momento que quiso huir de esta ciudad, las elecciones, los sentimientos que aún no tenían sentido eran tan obvios, contradictorios y sofocantes.

Olga frunció el ceño. “Pero si crees que es el hombre adecuado, deberías aceptarlo, Alina. Hoy me habló con mucho cariño de ti. Parece tan noble, amable y atento. Y,” movió las cejas, “guapo.”

Pero Alina no podía dejar de pensar en Harlan. Sus ojos eran charcos de lágrimas.

“Podría ser perfecto,” dijo Alina mirando al suelo como si estuviera paralizada. "Si no fuera ahora. Si no hubiera..."

No terminó, sabiendo que estaba diciendo demasiado, sintiendo demasiado en este momento que hizo que su pecho temblara de sollozos. Se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

“Oh, querida,” susurró Olga y atrajo a Alina hacia ella.

Y Alina lloró, sollozando en el regazo de su amiga que susurró: «*Gospodi*», se persignó y murmuró algo de consuelo, acariciando el cabello de Alina.

Excepto que no había consuelo para Alina, que sentía como si su corazón se partiera en dos.

A la mañana siguiente, la casa se puso patas arriba una vez más en preparación para el viaje a Kent.

Alina y Olga se sentaron juntas al piano, intentando por cuarta vez comenzar una melodía, pero vacilando, riendo y distrayéndose con los recuerdos de San Petersburgo.

Anna Yakovlevna entró en la sala de estar y se dejó caer en el sofá, apoyándose en las almohadas y secándose la frente con las yemas de los dedos. "Tengo un dolor de cabeza horrible," se quejó.

“Llama a Dunya,” sugirió Alina. “Dile que te prepare un té antes de que nos vayamos.”

"Oh, ya he tenido suficiente de tés y de este clima horrible. Ojalá hubiera un baile."

“Aquí vamos otra vez,” murmuró Alina, arqueando una ceja hacia Olga que estaba a su lado.

Alina se sentía más alegre hoy. Iban a salir de Londres por una semana, y ella deseaba que se fueran por un mes.

“¿Cómo estuvo el teatro, querida?” preguntó su madre, mirando a Olga. "Olen'ka, espero que disfrutes de esta miserable ciudad. Y el duque. ¿Podría decirle a mi insolente hija que es un buen caballero con grandes intenciones que ella se niega a admitir?”

“¡Vaya!” Olga fingió sorpresa y miró burlonamente a su amiga. "¿Grandes intenciones? ¡Dios mío! ¿Qué opinas de sus *grandes intenciones*, Alina?”

Alina le dio una palmada en el antebrazo, molesta, mientras Olga solo se reía en respuesta.

Anna Yakovlevna se cubrió los ojos con la mano. "Ah, Olen'ka, simplemente no sabes lo que es sentir la hostilidad de toda la sociedad. Siempre seremos considerados como inmigrantes. A menos que mi hija se dé cuenta y se case con el duque.

"Mamá, por favor." Alina puso los ojos en blanco y murmuró: "Aquí va su canción favorita."

“Mamá,” Anna Yakovlevna se incorporó bruscamente, mirándola fijamente, “habla más con el duque que contigo. Me habría casado con él si no hubiera tenido a tu padre. Tanto bien que hace por esta familia."

Alina sabía que no hablaba en serio. A pesar de las disputas y el mal genio de su madre, sus padres se amaban. Alina lo había visto en la forma en que se abrazaron aquella fatídica noche en la que salieron de Rusia. No era tanto miedo a los ojos de su madre como la desesperación de perderse el uno al otro.

Alina todavía tenía en su mente la imagen tan clara como el día: cómo su padre había sostenido las manos de su madre entre las suyas, susurrando palabras tranquilizadoras. Y su madre se había aferrado a él como si fuera Jesús. ¡Su madre! La mujer que podía regañar al mismísimo Gran Duque de Rusia, estaba débil esa noche.

“Annushka,” le había susurrado su padre. Era la primera vez que Alina le oía llamar a su mujer con tanto cariño.

Sí, Anna Yakovlevna era amargada y excéntrica. "Mi veneno," la llamaba a menudo Nikolai Sergeevich con una tierna sonrisa. Pero lo más feliz que había sido su madre fue cuando Alina se casó con el conde Bronskiy, con lágrimas en los ojos cuando miró a Nikolai Sergeevich y dijo: "Nuestra hija. ¡Mírala! Lo hemos hecho bien, querido. Tú y yo." Como si Alina fuera la mayor prueba de su amor mutuo.

Alina se sintió culpable. Todos habían pasado por momentos difíciles en los últimos años. Su madre merecía ser feliz. Y parecía que su felicidad dependía de la de Alina.

Alina ignoró las miradas cómplices y las cejas fruncidas de Olga

cuando se dirigió a su madre. “¿Te haría feliz si me casara con el duque?”

Su madre extendió los dedos que teatralmente le cubrieron los ojos y miró a Alina. "Oh, Alina, ¿qué pregunta tan tonta es esa?"

Alina podría ser feliz con el duque, sí. Le calentaba el corazón de la manera más extraña. A pesar de su aparente frialdad, con el tiempo, estaba segura de que podría hacer que se abriera. Su mirada se lo dijo.

Si no fuera por otro hombre en su vida. Aquel por el que su corazón latía salvajemente, pero por el que no podía tener.

Frunció los labios y se maldijo a sí misma.

¡Qué desgraciado destino!

Yegor entró, su figura era casi demasiado pequeña para el marco de la puerta.

"El carruaje está listo."

Tal vez, eso era lo que Alina necesitaba: un tiempo fuera de Londres para poder despejar su mente.

33

KENT

Una semana parecía un mes.

La finca de los Tvardovski en Kent era maravillosa: una antigua mansión rodeada de vastos jardines. Los árboles desnudos se veían tristes, los troncos gruesos bordeaban el camino de entrada a la mansión, las ramas afiladas arañaban el cielo gris. La nieve aquí no se derretía tan rápido, cayendo como polvo sobre los campos marrones grisáceos.

Los Tvardovski, una familia de siete miembros, habían pasado más de una década en Inglaterra, la amaban mucho y eran unos anfitriones generosos. Su casa era un mundo diferente, con tres niños pequeños corriendo de un lado a otro, chillando de alegría ante el galgo que era tratado como un miembro de la familia. Había una cocinera ucraniana y una institutriz francesa, pero el resto de los sirvientes eran ingleses.

Esta era una distracción muy necesaria para Alina.

Las mañanas se pasaban en largos desayunos. Las tardes se pasaban en la sala de música o dando paseos al lago, frías y poco atractivas. Los hombres disparaban armas de fuego y salían a cazar sin éxito. Las noches se pasaban en la mesa del comedor, largas conversaciones alrededor de un *samovar*, bebiendo té durante horas.

Hicieron fogatas afuera, en el frío, mientras todos se sentaban envueltos en pieles y degustaban licores elaborados por Alexander Tvardovskiy a partir de las cosechas de su jardín. Hasta que todo el mundo estuvo borracho. Y la borracha Anna Yakovlevna volvió a parlotear sobre el duque y la vida en Londres. Y Yelena Potapovna Tvardovskaya abrazó a Alina y le preguntó por el duque. Y Olga estaba tan feliz, que sus trinos de risa hicieron reír a todos en respuesta. Los niños jugaron, y la pequeña Emma se sentó al lado de Alina una noche, apoyándose en ella con su cuerpecito y quedándose dormida, con sus suaves rizos castaños extendidos sobre el regazo de Alina.

Hizo que Alina sonriera y casi rompiera a llorar.

Alina era rica. La palabra por sí sola parecía ser una conclusión en sí misma. Tenía un título, esa era otra insignia de honor. Todo de su difunto marido, a quien había amado, pero por el que nunca había sentido pasión. Y sintió que podía cambiar fácilmente esta riqueza por una vida familiar tranquila. Pero no con cualquier hombre. Aquel a quien amaba.

¡Esa palabra!

Nunca había sabido el significado completo de eso hasta ahora. Lo mismo con la pasión. Quería una familia. Niños, sí. Quería que tuvieran los hermosos ojos del duque y la magia de la voz de Harlan.

Soñaba con los ojos bien abiertos. Eso era lo que decían los viejos cuando uno estaba enamorado.

Sus grandes planes de ser doctora de alguna manera habían pasado a un segundo plano.

Dondequiera que Alina mirara a la luz del día, pensaba en Samuel Cassell. Podría tener una familia feliz, hijos, uno o dos perros, inviernos tranquilos en una finca de campo y veranos ruidosos en Londres, llenos de bailes y viajes con niños.

¡Fiestas! ¿Alguna vez había soñado con eso?

Pero entonces cayó la oscuridad y pensó en Harlan. En algún lugar, en un mundo diferente, podrían estar juntos. Podrían tener una familia, ella podría curarlo, convertirlo en su hogar, tener hijos tal vez. La familia curaba a cualquiera. Pero cuando esos pensamientos la preocupaban, las personas en sus sueños no tenían rostro, al igual que él. Y le dolía.

Era un desastre. Su vida, sin duda, lo era, con todos sus dramas y secretos. Y ahora tenía estos sentimientos que tiraban de ella en muchas direcciones.

Y, sin embargo, todas las noches, cuando todos dormían, salía a la terraza y se quedaba de pie, envuelta en chales, temblando con el viento helado de noviembre. Deseaba que Harlan estuviera allí, en la oscuridad con ella. A menudo se sentía muy sola. Los ingleses siempre mantenían las distancias, como si fuera exótica o una maldición.

Pero no Harlan. Quería hablar con él y escuchar su voz. Su ausencia era insoportable.

Solo una semana, ¡una semana que se sentía como una eternidad sin él!

El regreso a la ciudad estuvo lleno de un silencio agobiante en el carruaje.

“¿Preferirías vivir en el campo?” preguntó Alina a su madre.

“Preferiría que te casaras con el duque y tuvieras una buena familia,” dijo Anna Yakovlevna, mirando por la ventana.

Ahí estaba de nuevo.

Una sensación de luto llenó a Alina mientras se acercaban a Londres. Tal vez, era una ligera envidia por la felicidad familiar de los Tvardovski. Tal vez era el hecho de que, en el campo, en ausencia de la sociedad inglesa que constantemente le recordaba a Alina su estatus

y etiqueta, se sentía más libre. Tal vez, fue la semana pasada sabiendo que todo sería tranquilo, fino y aburrido. No habría dilemas, ni villanos, ni propuestas sobre las que tuviera que tomar decisiones. Tal vez, fue el hecho de que Olga se iba, junto con su contagiosa felicidad sin esfuerzo, lo que mantuvo a Alina alejada de sus sombríos pensamientos.

Pero cuanto más se acercaban a Londres, más llenaban su mente los pensamientos de Harlan. Miró por la ventana como si pudiera ver su sombra entre los transeúntes. La ciudad parecía tener su tacto, su voz, su sombra. Y sintió un fuerte pellizco en su corazón.

Londres estaba gris y brumoso y se hundía en el fango y el barro.

Sin embargo, la casa de los Kámenev era cálida y acogedora.

Anna Yakovlevna empezó a dar órdenes, con los talones apoyados en el suelo de parqué, afilados y asertivos.

Olía a panadería, Prosha había conjurado un surtido de platos antes de que regresaran. Yegor sonrió todo el tiempo trayendo los baúles, sin duda habiendo echado de menos a todos. Y Martha se alejó, dándole órdenes.

Alina entró en su habitación en el piso de arriba y, de repente, se sintió como si cayera del cielo a la tierra al suelo familiar.

En un lapso de minutos, sus pensamientos se habían convertido en realidad.

Su habitación era un recordatorio de Harlan. El escritorio con el candelabro donde ella le escribía. Los libros cuidadosamente apilados a un lado que había comprado para aprender más sobre este país y sus reformas sociales. El viejo reloj de la esquina que miraba todas las tardes, contando los minutos.

Volvió a mirarlo. Siete de la tarde. Quería ir a ver a St. Rose o enviar a Yegor a buscar una carta, pero se avergonzaba a sí misma.

La cama...

No podía esperar a que llegara la noche para poder tumbarse en su cama y vivir en los recuerdos de él, de *ellos* juntos, de las fantasías obscenas en las que se ahogaba cada noche y que se habían hecho más fuertes en cuanto volvía.

“¿Estás bien?” La brillante voz de Olga hizo que se diera la vuelta. Apoyada en el marco de la puerta, Olga le sonrió mientras Alina permanecía de pie en medio de la habitación, sumida en sus pensamientos.

"Sí. Nunca pensé que diría esto, pero extrañaba esta casa," dijo Alina. "Es curioso cómo un lugar extranjero de repente se convierte en un hogar en tu corazón,"

Una persona ciertamente lo era.

“¿Lo echas de menos?” Olga se acercó a ella y le rodeó los hombros con los brazos por detrás. Apoyó la barbilla en el hombro de

Alina y se meció suavemente.

Él.

La dulce Olga no sabía lo que preguntaba. Y nunca lo sabría. Nadie lo sabría. Y eso hizo que Alina se sintiera mucho más indefensa.

34

LOS RECUERDOS DE ELLA

Tal vez la noche de la persecución fue el punto de inflexión. Quizás, había sido el primer beso de todo el tiempo. Ahora que lo pienso, Padre, no puedo recordar un tiempo sin Alina en mi vida. Ahora parece lejana, otra vida.

Un día estaba caminando por el Strand, pisando fuerte entre el aguanieve de la tarde, un hombre como muchos otros. No un villano. No un santo. Un abrigo y un sombrero de copa más entre los cientos de ese frío día de noviembre. La mía debe haber sido la única sonrisa que había.

Pronto llegaría la Navidad. Noches largas, apenas luz del día, niebla y nieve, vientos penetrantes y personas sin hogar hambrientas. Por eso me gustaban las calles, Padre. Buscaba a las almas solitarias cuyas pesadillas eran peores que las mías y trataba de encontrar una manera de ayudarlas.

Corría el rumor de que Harlan Krow salía a la calle en aquellos tiempos miserables porque vivía en la oscuridad. La verdad es que esa era la época que me recordaba mi pasado, ese monstruoso suceso en el Hindu Kush que fue el nacimiento de Harlan Krow.

Pero el día que caminé por las calles, un pensamiento me detuvo y una sonrisa se extendió por mi rostro.

Esperaba con ansias el invierno.

Sí.

Porque ahora la tenía *a ella*. Ella estaba en esta ciudad. Si no conmigo, en algún lugar. Casas, habitaciones, fiestas, meses fríos con ella en ellos.

Nunca antes había mirado hacia el futuro, Padre. Pero podría sobrevivir otro invierno mientras ella estuviera en él.

Esa noche, regresé a St. Rose y encontré mi carta.

Dos días después, todavía estaba allí, y me desconcertó y molestó. Un mundo sin ella no tenía sentido.

Me aferré a los recuerdos de ella. La forma en que sacudía la cabeza cuando estaba confundida o avergonzada. La forma en que se le atascaba el aliento en la garganta cuando se sorprendía. La forma en que se tocaba el pecho cuando estaba nerviosa, tanteando esa pequeña cruz debajo de sus ropas. La besaba a menudo, había dicho. ¡Una cruz! Por Dios, yo quería ser un creyente en ese entonces. Quería ser esa misma cruz solo para sentir sus labios en mí, estar cerca de su

pecho, descansar contra su piel cálida. Esas pequeñas cosas me atormentaban durante los días que no podía verla.

Fui a su casa una noche. El lugar estaba oscuro, salvo por la débil luz de las habitaciones de los sirvientes. Permanecí en las sombras durante algún tiempo, pero no vi a mi ángel. Miré hacia su ventana. Oh, para entonces ya sabía muy bien dónde estaba. Quería estar en su habitación y ver dónde moraba el ángel. Quería tocar sus vestidos que me sabía de memoria. Deseaba poder acostarme en su cama, envuelto en su aroma, tocar los objetos que tenían la suerte de conocer sus dedos, verla desnudarse por la noche y bañarse por la mañana.

Me apoyé en el árbol, con las manos en los bolsillos, soñador mientras me detenía en los recuerdos, cuando un sonido vino detrás de mí.

La monstruosa figura de su lacayo estaba a solo unos metros de distancia. Era más grande que cualquier hombre que hubiera conocido. Su mirada era hostil mientras me miraba fijamente en la oscuridad. Tal vez no lo suficientemente oscuro. Me maldije a mí mismo. Una cosa que había llegado a saber de Alina sobre sus sirvientes: eran protectores, reservados y muy perspicaces.

"Yegor, ¿verdad?" Asentí con la cabeza, pensando que podría vencerlo si quería pelear. He peleado contra diez a la vez antes. Pero él me había visto antes. ¿Había celos en sus ojos? ¿Sospecha? ¿Amenaza? Aquel lacayo suyo actuaba como un hombre sencillo, pero era el más astuto de todos. Y nos había visto mucho en ese jardín destartalado.

Cruzó los brazos a la altura del pecho y levantó la barbilla. "¿Qué quiere?" gruñó, y por Dios, pensé que su acento grueso y agudo podía cortar la garganta de un hombre.

Pasaron dos días más. Se movían con una lentitud enloquecedora. Mi carta permanecía intacta en aquel nido de pájaros abandonado. Se me estaba acabando la paciencia. Y si me dice que me estaba volviendo loco, no discutiré, Padre.

Necesitaba a mi ángel como el aire para respirar. Si tan solo pudiera verla, me sostendría por algún tiempo. Si no, tenía que tener algo de ella. Había releído sus cartas tantas veces que adquirieron mi propio aroma. Solo estaba en las letras bonitas y en el nombre firmado en la parte inferior.

Alina.

Tenía que tener más de ella. Y ese chal suyo cumplió su propósito. Devoré al pobrecito. Lo agredí más veces de las que se me ocurren. Había perdido su brillo, cubierto por las huellas de mi necesidad de ella. Empezó a perder su aroma que cedió ante el asalto de mi obsesión. Debajo de los títulos, adornos innecesarios, y perfumes picantes, los humanos son iguales en sus deseos.

Y todas las noches, venía a St. Rose, me quedaba en la oscuridad y miraba fijamente el banco donde solíamos sentarnos y hablar. Estuvo cubierto de nieve, olvidado por lo que pareció una eternidad.

Hasta que una noche doblé la esquina y me detuve.

Estaba oscuro, pero la silueta en ese banco era inconfundible: mi condesa había vuelto.

35

EL ÁNGEL CAÍDO

El viento frío hizo crujir la piel de la capa de Alina mientras estaba sentada en el banco de la parte trasera de St Rose y miraba fijamente a la oscuridad, con la carta de Harlan en las manos. Quería releerla una y otra vez, pero era demasiado oscuro. Así que se sentó, con los ojos cerrados, imaginando que hablaba con Harlan.

Lo extrañaba desesperadamente. Había permanecido sentada así durante más de una hora, poniéndose rígida ante el sonido de cada paso lejano, con la esperanza de que fuera él, aunque sabía que era invisible y silencioso como un fantasma.

Estaba enamorada de un fantasma. La constatación fue ridícula y a la vez aterradora. Deseaba que él se acercara a ella para saber que no era producto de su imaginación. Tampoco lo eran sus sentimientos por él.

Seguramente, él sabría que ella estaba aquí.

¿Dónde estás? Su corazón susurró.

Y de repente, un cambio de aire.

Un susurro del viento.

Un crujido de las hojas congeladas bajo la nieve.

No necesitó volverse para saber que era él, y su corazón saltó hacia él, su cuerpo temblaba ante su mera presencia.

Un poco más oscuro que la noche, se acercó y se sentó a su lado.

"La eché de menos," dijo en voz baja.

Ella sonrió, abrió los ojos y se volvió para mirar la oscuridad de anchos hombros. Quería rodearlo con sus brazos y besar a ese hombre sin rostro.

"Fuimos a Kent," respondió ella, queriendo contarle lo que había hecho en aquellos días, la gente que había conocido, lo mucho que le había echado de menos... ¡todo!

Permanecieron sentados en silencio durante algún tiempo.

Todavía no sabía su verdadero nombre ni su rostro. Le había contado tantas historias del pasado, y habían pintado la imagen de un hombre atormentado. Pero, ¿cómo no iba a admirar la fuerza que venía con ella, respetar al hombre que había luchado en la guerra y ahora luchaba por los demás?

Se sentía completamente feliz en su presencia, consciente de todos los matices y sonidos que la rodeaban. Y de inmediato sintió miedo de ese sentimiento, el miedo que hizo que su corazón se acelerara, las

lágrimas brotaran de sus ojos.

Sabía lo que la asustaba, los sentimientos que superaban todo lo que había sentido antes.

Ella lo amaba a él, al caballero-diablo, al ángel oscuro de la noche.

Tenía que hablar de algo, de cualquier cosa, para no romper a llorar.

"¿Por qué no puede mostrarme su cara, Harlan?"

Sentía que estaba suplicando. Si podía contarle todas esas historias oscuras, ¿por qué no podía mirarla a los ojos? Si no fuera otoño, si no estuviera siempre nublado y brumoso, la luz de la luna podría haberle dado una idea de cómo era.

Tal vez, estaba marcado, deforme. ¿Pensaría que era un monstruo? ¿Le importaría?

Sintió un nudo en la garganta.

"Diga algo en su lengua materna," pidió en voz baja. "Me gustaría oírla hablarlo."

Tenía los dedos de los pies fríos, al igual que los dedos de las manos. Su capa era demasiado delgada para sentarse afuera así. Pero ella lo habría esperado mucho más tiempo.

Ella se encogió de hombros y sonrió en el vacío. "¿Qué quiere que le diga?"

Se volvió hacia ella. "Diga: los días eran para otros."

Ella soltó una risita sorprendida. "*Dni byli dlia drugih.*"

"Pero las noches los unieron."

Su sonrisa se desvaneció. "*No nochi prenadlezhali im,"* dijo en voz baja.

"Los días eran insoportables sin ella." Su voz era suave como una caricia.

Tragó saliva, luchando contra el nudo en la garganta. "*Bez nee, dni byli nevynosimy.*"

"Y las noches susurraban su nombre."

Su pecho se apretó con un sollozo acumulado, lágrimas quemando sus ojos. "*Nochi sheptali yeyo imia.*"

"Estaban perdidos."

Era una confesión, y frunció los labios, evitando que temblaran, luego respiró hondo y susurró: "*Oni byli poteriany.*"

"Hasta que se encontraron."

Cerró los ojos, dejando que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas, y contuvo la respiración, reprimiendo un sollozo.

Permanecieron inmóviles entre la nieve y el silencio, con las palabras flotando en el aire entre ellos.

Alina se secó las mejillas, con la esperanza de que él no se diera cuenta. Quería gritar, arrastrarlo a la luz y decirle que no le importaba cómo se veía. Ella lo entendería. ¿Por qué no lo haría?

Se levantó bruscamente. "Debería irme."

Él también se levantó, su figura bloqueando el camino de ella. “Déjeme llevarla a casa, Alina. Por favor."

Alina.

Su nombre en sus labios sonaba como una palabra de amor.

“Dígalo de nuevo,” pidió en voz baja. “Mi nombre.”

Estiró la mano y le acarició la mejilla, sus guantes eran demasiado gruesos para sentir su calor.

“Alina,” susurró.

Le cogió la mano y le apretó la mejilla, cerrando los ojos y acariciando su toque. No le importaron las voces fuera de la puerta que se hicieron más fuertes, dirigiéndose en su dirección.

Pero lo hizo. El momento íntimo se rompió demasiado repentinamente.

"Sígame." La tomó de la mano y atravesó el jardín, las puertas y entró en la calle oscura.

Ella la siguió sumisa. La metería en su carruaje, se despediría y desaparecería en la oscuridad como siempre lo había hecho.

Pero él se la llevó, hacia su carruaje, que estaba allí mismo, aparcado justo delante, y el cochero era una sombra negra.

Y cuando ella entró, él la siguió y cerró la puerta detrás de él. Y cuando el carruaje se sacudió, sintió la mano de Harlan acariciando su mejilla, sin guante, su piel desnuda abrasando la de ella.

“Mi vida es insoportable sin usted, ángel,” dijo él con tanta ternura que ella olvidó todo lo que había pensado hacía un momento. "No puedo mantenerme alejado de usted, no importa cuánto lo intente."

Y sin esperar su respuesta, la atrajo hacia él, abrasándole la boca con un beso.

El deseo se encendió como el fuego.

En un segundo, sus bocas se encontraron, y al siguiente, sus manos se agarraron y tiraron, se acariciaron y ahuecaron la cara. Se les cayeron los sombreros. Le cogió las manos y le quitó los guantes, luego deslizó las manos por debajo de su abrigo y acarició sus curvas, presionando con fuerza a través de las gruesas telas de sus prendas.

La envolvió. Sus manos recorrieron frenéticamente su cuerpo, tratando de encontrar su piel desnuda, desesperado por sentirla bajo sus dedos.

“Quiero tocarlo,” murmuró ella, sin saber cómo quería tocarlo, pero queriendo estar más cerca.

Los días de estar separados los habían llevado a este raro momento de intimidad que aprovecharon con la desesperación de nuevos amantes.

El tiempo dejó de existir. Lo mismo ocurrió con sus cuerpos. Eran uno. Lenguas. Dedos. Miembros. Sentidos.

Sus besos se hicieron más profundos, mareándola. Parecía tocarla por todas partes a la vez. Pero no eran los toques ligeros y sedosos como los de la Fiesta Fantasma. Y no la lenta combustión del beso después de la persecución.

Esto era crudo y carnal.

Sus bocas se fusionaron y luego se alejaron para encontrar la piel desnuda. Apartó su pelo y encontró su cuello, besándolo, rozándolo con los dientes, tirando de la corbata que ocultaba más de él.

Gruñó, le agarró la nuca y volvió a acercar su boca a la suya. Y cuando los besos no fueron suficientes y sus caderas se abalanzaron sobre él con necesidad, sintió que su mano le levantaba las faldas.

No debería...

La idea quedó inconclusa, porque darse cuenta de que la quería hizo que el calor se acumulara entre sus piernas.

Sintió su mano en su muslo, la tela de la ropa interior era demasiado gruesa para sentir su tacto. Le apretó la carne y ella gimió.

“Me persigue, Alina,” susurró como si temiera asustarla si lo decía más alto "Me convierte en un hombre desvergonzado."

Pero no necesitaba las palabras en ese momento. Lo necesitaba a él. En todas partes. Dentro de ella. Llenándola. Apagando las llamas que la atravesaban.

“Me hace arder de deseo que se apodera de mi cuerpo y de mi mente,” murmuró mientras le besaba la mandíbula y el cuello.

Su mano se deslizó entre sus muslos y ahuecó su sexo a través de la tela.

Un calor líquido corrió por sus venas al tocarlo. Si alguna vez hubiera sabido lo que era sentir verdadera pasión por un hombre, lo habría reconocido de inmediato. La forma en que ella ardía por él. La forma en que su cuerpo gritaba y se arqueaba buscando el suyo.

"Hago cosas sucias cuando pienso en usted, Alina. Aportan el mayor placer. Ojalá pudiéramos hacerlas juntos."

No. No.

Debería detenerlo, pero no quiso. Por una vez, quería sentirse libre en su deseo. Quería dejarse llevar y olvidar quién era, de dónde venía y qué le depararía el futuro.

¡Éste! ¡Este momento era lo que importaba!

"No puedo estar a su lado sin tocarla," susurró.

Él me arruinará.

Pero sus dedos eran tan rápidos como si lo hubiera hecho cien veces. Su cuerpo era tan obediente como si lo hubiera dejado hacerlo antes.

Siguió besándole la boca, la mandíbula, el cuello, y volvió a sus labios por más.

Sus seductores susurros la hacían temblar de necesidad.

"Quiero su cuerpo y su corazón. Todo de usted."

Su mano debajo de la falda de ella desató sus calzones, con pericia, en segundos. Y como si supiera exactamente lo que estaba a punto de hacer, levantó las caderas para dejar que él deslizara la tela por sus caderas, dejándola al descubierto para él.

“Harlan,” susurró ella, y no estaba segura de si era un impulso para detenerlo o apurarlo.

“Sí, ángel,” exhaló en su boca.

Sus dedos encontraron su carne flexible, su abertura, y deslizaron sus pliegues resbaladizos.

Gritó ante su toque, su mano justo allí, donde más la necesitaba. Sus dedos se movieron lentamente, trazando la forma de su sexo. Su brazo alrededor de su cintura se apretó, tirando de ella hacia abajo.

Su mano entre sus piernas se deslizó hasta su muslo, empujándolo ligeramente.

“Ábrase para mí, ángel,” susurró.

Oh, deseaba que él se bajara los pantalones y la tomara. Pero no lo haría. Ella lo sabía. Así que ella obedeció y abrió las piernas, dando a sus dedos el acceso completo.

“Así, ángel,” susurró, acariciándola entre las piernas. Sus dedos separaron los labios de su sexo y rozaron su sensible protuberancia. Ella gimió y movió las caderas contra él, desvergonzada en su necesidad.

Gruñó en su cuello. Su lengua lamió su piel. Y ella gimió mientras sus dedos se deslizaban hacia abajo, luego hacia arriba por su centro, volviendo a su punto más sensible.

“Quiero que me sienta,” susurró él, sus caricias no cesaban, enviando su cuerpo a un placer chisporroteante.

Ella se derretía en sus brazos, bajo sus besos, al son de sus susurros ocasionales. El calor la mojaba como un océano. Su sexo palpitaba bajo su toque.

"Quiero que se desmorone bajo mis dedos."

Su lengua caliente se metía en su boca una y otra vez al ritmo de sus caricias entre sus piernas.

Ella gimió, incapaz de contenerse. El calor se acumuló entre sus piernas y se extendió lentamente por todo su cuerpo. Sus manos rodearon su cuello con fuerza, abrazándolo más fuerte. Su cuerpo cedió ante sus dedos que acariciaban su resbaladizo pliegue. El placer la recorría en suaves olas que se hacían cada vez más fuertes.

“Así,” susurró con un suave movimiento de los dedos. "Dígame que piensa en mí por la noche en su cama."

Sus labios se movieron a lo largo de su piel mientras hablaba y la besaba, todo a la vez, sus palabras eran como una melodía de música.

“Sí,” exhaló y gimió mientras sus dedos rodeaban su clítoris con

movimientos rítmicos.

Finalmente se liberaron de sus ataduras, dejándose acercar el uno al otro, cruzando esa línea roja prohibida, aunque no era nada comparado con lo que ya habían conjurado en sus mentes.

Alina sintió que se acercaba el clímax, movió sus caderas contra sus dedos, queriendo más, más fuerte, más rápido. Él estaba a su alrededor a la vez: su lengua caliente en su boca, su cuerpo duro pegado al de ella, sus dedos en su humedad, el fuego dentro de ella creciendo hasta convertirse en una llamarada.

“Así, ángel. Así." Sus palabras fueron como un hechizo. Se puso rígida, sintiendo que la tensión estallaba a través de ella. “Véngase para mí,” murmuró en su boca.

Su mente, su cuerpo y su alma estaban envueltos alrededor del hombre cuyo toque sensual la estaba enviando hacia una cima violenta.

Ella gritó. Un estallido de calor recorrió su cuerpo como un exquisito tormento. Ella arqueó la espalda mientras llegaba al clímax, luego se quedó inerte en sus brazos cuando su clímax disminuyó, su mano ahuecando su sexo, sosteniéndolo hasta que el agarre de sus manos alrededor de su cuello se debilitó.

"Se viene tan hermosamente, ángel." Su susurro rozó su mejilla con un cálido aliento.

Y mientras los restos del clímax lamían su cuerpo, un pensamiento parpadeó en su mente: allí estaba ella, un ángel caído, en los brazos de su caballero-diablo.

36

AMAR

Durante todo el camino de regreso a mi apartamento, me senté aturdido mientras el carruaje se balanceaba por las calles nocturnas. Me deleité con los recuerdos de lo que había sucedido: mi condesa empapada hasta las medias, sus muslos sedosos abriéndose para dejarme entrar, su pequeña lengua retorciéndose en mi boca con tanto entusiasmo mientras la complacía.

Mi mente y mi corazón eran un caos.

Estábamos atados por la oscuridad. Por eso se sintió atraída por mí. Podía soltarse, despojarse de su título, de sus pieles y de sus joyas y ser quien era: una mujer. Simplemente ser humano y sentir el poder de ello, ¡qué lujo que algunos de los más ricos no pueden permitirse!

El aroma de su feminidad me hizo cosquillas en la nariz. Me llevé la mano a la cara y la inhalé una y otra vez. Me lamí los labios, saboreando su sabor. Sentí la humedad de mi polla, habiendo llegado al clímax dentro de mis pantalones en el preciso momento en que ella había alcanzado su punto máximo.

Sonreí en la oscuridad del carruaje.

Mi polla se endureció al recordarlo, y cuando llegué a mi apartamento, estaba palpitando de necesidad de nuevo.

El deseo, denso y caliente, se apoderó de mí. Eso es lo que sucede cuando Ud. está enamorado de una mujer, Padre. Es tangible, como una sustancia mágica que fluye por sus venas y que nubla su mente, hace que su corazón lata con más fuerza y su sexo palpite de necesidad.

Corrí a mi dormitorio, oscuro y frío, y saqué su chal de mi cajón.

Cada célula de mi cuerpo se hinchó con esa sustancia mágica. Me temblaban las manos mientras me bajaban los pantalones. Presioné mi frente contra la pared y froté mi polla febrilmente, empujándola dentro de su chal, follando la tela, incapaz de contener mi necesidad de ella.

Segundos fue el tiempo que tardé en llegar a esa cima, y ella estuvo allí conmigo, siempre lo estuvo: sus labios coral y sus ojos grises, su cabello acariciando mi rostro mientras me besaba y sus palabras: "Quiero sentir su piel contra la mía."

Con la mano resbaladiza con mi semilla, permanecí con la frente apoyada en la fría pared durante algún tiempo, tratando de calmar mi respiración. Pero mi corazón estaba apesadumbrado.

Quería rugir de decepción.

Quería estrellar los muros que nos separaban.

Las lágrimas ardían en mis ojos, y la sonrisa de un loco estaba en mis labios.

Yo la amaba, Padre.

Ella lo era todo.

Porque se atrevía a estar con un hombre como yo. Porque cada una de sus palabras era como si me las hubieran sacado de la boca. Y las que eran diferentes, me escandalizaban, me traspasaban hasta el alma, haciéndola doler. Porque ella me regalaba esos preciosos momentos de olvidar el dolor y las pesadillas, llenando toda mi vida de sí misma.

El dolor significa que está vivo, Padre. Eso era todo lo que había sabido. Ella me traía un tipo diferente de sentimiento, y me estaba desgarrando por dentro de la manera más dulce y tortuosa.

Me limpié, encendí una vela y me quedé de pie junto al espejo, mirando mi reflejo.

Tenía que decírselo.

Ella lo entendería.

Ella era la única que podía.

No sabía que en cuestión de dos días, todo se incendiaría. Y que la que sostenía el fósforo era una viuda pobre de St. Giles.

37

EL RECHAZO

Alina se sintió como si estuviera nadando río abajo, arrastrada por una poderosa corriente, y en algún lugar más adelante hubiera una caída alta. Si sobreviviría, no lo sabía. Y era petrificante.

Cuando salió del carruaje, entró en su casa como un fantasma, ignorando a Yegor, que había seguido el carruaje de Harlan y ahora la había seguido hasta la casa. Ella hizo caso omiso de su mirada hostil mientras él le quitaba el abrigo y el sombrero. Esperaba que dijera algo o gruñera.

Guardó silencio.

Caminó hasta su habitación. Martha estaba de pie en el último escalón, con un camisón y un chal envuelto. "Mi señora, ¿quiere que la prepare para ir a la cama?"

“Está bien, Martha. Puedes irte."

En su habitación, Alina se sentó en el borde de la cama, cerró los ojos y negó con la cabeza.

¡Dios! ¿Qué clase de mujer era?

Así, ángel. Así. Deseaba poder volver a sentir su contacto en su carne excitada.

Trató de burlarse de sí misma, pero fue inútil: lo habría hecho de nuevo, de hecho, lo quería *ahora*. Se cubrió la cara con las manos. Y allí estaba de nuevo, con su olor en la piel de ella. Inhaló profundamente hasta que sus pulmones se sintieron que estallaban, respirándolo, reteniendo ese precioso aroma en ella hasta que se disipó.

Me hace arder de deseo.

Su cuerpo volvió a palpitar con la necesidad de él. No desapareció.

Ni cuando se desnudó, tirando distraídamente las prendas al suelo.

Ni cuando se metió debajo de las sábanas y se quedó tumbada en la oscuridad, acariciándose y deseando que esas fueran sus manos.

Quiero que me sienta.

Ni cuando su mano se deslizó entre sus piernas y acarició los recuerdos de él en su carne.

Quiero que se desmorone bajo mis dedos.

Ni cuando llegó al clímax, gimiendo de éxtasis y agarrándose a las sábanas con desesperación, porque él no estaba a su lado.

Ni cuando se despertó a la mañana siguiente, odiando la luz que entraba por el hueco de las cortinas, porque la luz del día significaba

que no lo vería. La luz del día disolvía los recuerdos de él. Porque la luz del día pertenecía a otro hombre.

El duque de Ravenaugh.

Se sentía como dos personas diferentes. La Alina de noche era valiente, aventurándose en los barrios oscuros de Londres con un hombre a su lado que era un misterio.

De día, era la verdadera condesa Alina Nikolaevna Bronskaya.

Y tan pronto como estaba en presencia del duque, su vida parecía clara y sencilla: podía casarse con él y tener todo lo que una mujer deseaba.

Pero no podía engañar a dos hombres. ¿Cómo podría vivir consigo misma si elegía uno u otro?

Uno de ellos era un fantasma que le había robado el corazón. No ofrecía nada. Como una sombra, siempre estaba con ella, incluso cuando ella no lo veía.

El otro era la pareja perfecta, pero no la hacía sentir como lo hacía el caballero-diablo. El duque le ofrecía todo. Oh, él sería un esposo perfecto, ella lo sabía. Su corazón ya le dolía por él de la manera más tierna. Detrás de su quietud estaba la nobleza, la gracia y la sabiduría de la que ella quería saber más y podía saber si se lo permitía. Si fuera en cualquier otro momento de su vida, habría aceptado su propuesta en un segundo y sería feliz. ¡Oh, tan espléndidamente feliz!

Sintió las conocidas mariposas en el estómago cuando Yegor anunció la llegada del duque aquella tarde, mirando a Alina en señal de reproche. Su corazón se encogió de ternura cuando Samuel Cassell entró en la sala de estar, sonriendo graciosamente a Anna Yakovlevna, que sonreía tan feliz que Alina sintió que se le helaba el estómago al pensar en lo que estaba a punto de hacer.

“Estaré en la habitación de al lado si me necesitas,” dijo Anna Yakovlevna, lanzando una mirada cómplice mientras dejaba a Martha en la habitación con ellos.

“Mi señora.” El duque miró a Alina con tanta ternura que la quemó hasta la médula.

¿Cómo podía aceptar descaradamente al hombre noble cuando una parte de ella estaba con otro, cuando lo que había hecho estaba lejos de ser noble? Los recuerdos del viaje en carruaje de la noche anterior parpadearon en su mente, e hizo lo único noble: el asesinato misericordioso.

“No puedo casarme con usted, Su Excelencia,” dijo en voz baja.

Las palabras resonaron en el silencio de la sala de estar mientras los dos estaban de pie en el centro de la misma. A solo varios pies de distancia el uno del otro, con los ojos cerrados. No se escondió, no apartó la mirada: el duque se lo merecía.

“Perdóneme,” añadió en voz aún más baja.

Nada cambió en él. No se movió. No levantó una ceja.

“¿Por qué?” Su voz no era enojada, sino tranquila y suave, como si no estuviera sorprendido. Esta reacción la dejó perpleja. Había esperado irritación, enojo, decepción, pero no esto, esta calma como si estuvieran discutiendo un paseo por el parque.

Se sentía débil. De repente, la habitación estaba demasiado caliente, demasiado silenciosa. El pecho de Alina se tensó. Quería quitarse el chal de los hombros para poder respirar más profundamente.

“Me temo que no puedo darle la explicación que se merece, Su Excelencia,” dijo con voz débil. "Pero si siguiéramos adelante con este arreglo, lo estaría engañando, y no puedo hacer eso."

“¿Engañarme?” Su expresión aún no había cambiado, ni tampoco su postura.

“Sobre mi lealtad hacia usted.”

Dios.

“¿Hay alguien más?” Su mirada se clavó en ella.

“No de la forma en que piensa.”

“¿Es demasiado pronto?”

"No..." Tragó saliva con dificultad. "No puedo explicarlo... Es..."

Ella se quedó en silencio, cerró los ojos por un momento para ordenar sus pensamientos y los abrió para encontrarse con su mirada. "No lo merezco ni lo que tiene para ofrecer," soltó. "Quiere una mujer que pueda hacerlo feliz. Una dama de sociedad adecuada que desempeñará excelentemente el papel de una buena esposa y...”

“Usted,” la interrumpió, usted *es* esa mujer.

"Pero no lo soy," dijo en voz baja, con un nudo en la garganta. Si se enfadara, si caminara de un lado a otro y razonara con ella en voz alta, se sentiría mejor. En cambio, permaneció inmóvil, como siempre parecía estar con los demás.

"Tal vez piense que mi propuesta fue una mera calculación de algún tipo. No lo fue." Hizo una pausa por un momento. "Si explico mis sentimientos, ¿importaría para cambiar su opinión?"

Elevó las cejas sorprendida.

Nunca había hablado de sentimientos. Apenas hablaba en absoluto. Sus ojos parecían contener un universo que le decía lo que pensaba.

Sentimientos.

Sus sentimientos por él fueron lo que la llevó a tomar esta decisión en primer lugar. "No soy lo que piensa," dijo, tratando de elegir las palabras que serían compasivas. "Y no querría decepcionarlo si más adelante descubre que la mujer a la que elogió está lejos de ser un modelo a seguir."

"Eso no sucederá, se lo aseguro."

Ella negó con la cabeza y apartó la mirada. Era difícil decirle que

no y difícil mirarlo cuando el poder de su mirada anulaba sus intentos de argumentar.

"Le daré más tiempo, Lady Bronskaya," dijo. Ella lo miró sorprendida. "No aceptaré su respuesta aún," dijo suavemente con lo que parecía ser una pequeña sonrisa triste que levantó la comisura de sus labios. "Y no porque quiera obligarla a algo que no desea, sino porque tal vez quiera contarme de qué se trata realmente. El día que lo haga, decidiremos juntos lo que ambos merecemos."

"Pero, Su Gracia—"

"Mi señora." Hizo una reverencia sin dejarla terminar, se dio la vuelta y salió antes de que ella tuviera la oportunidad de detenerlo.

Escuchó sus pasos resonar por la casa. Se encontró con la mirada sorprendida de Martha desde el otro lado de la habitación. Escuchó los pasos rápidos y el sonido susurrante de las faldas de Anna Yakovlevna mientras su madre trotaba hacia la sala con una expresión alarmada.

"¿Qué diablos estás pensando?" su madre susurró enojada, como si hubiera escuchado cada palabra.

Alina no respondió, pero comenzó a salir de la habitación.

"¡Alina! ¡Respóndeme!" su madre gritó en su espalda.

Pero Alina siguió caminando, con los labios apretados mientras trataba de contener las lágrimas.

Era la alta caída al agua en la que había pensado la otra noche. Las palabras de un hombre sabio resonaron en su mente: *la peor parte de tener opciones es no poder tomar una*.

Acababa de rechazar al hombre con el que la mitad de la sociedad soñaba con casarse.

Y pronto, se despediría del hombre que tenía su corazón como rehén.

38

LA VERDAD

Le escribió a Harlan pidiéndole una reunión. La noche de la reunión, tomó el carruaje a St. Rose. Dejó a Yegor con el cochero y atravesó las oscuras puertas hacia el jardín.

Se movía con confianza, sabiendo que lo que tenía que hacer y decir era lo correcto. Tenía que parar. *Tenían* que parar.

Dobló la esquina y se dirigió a la puerta trasera.

Cómo cambian los tiempos, pensó, sin sentir miedo a la oscuridad, conociendo cada curva y piedra del camino alrededor del edificio sin lámpara, después de haberlo caminado tantas veces para encontrarse con el villano que hacía temblar de miedo a media sociedad londinense.

En la puerta trasera, se puso de puntillas y revisó el nido.

No había ninguna carta, y la suya había desaparecido.

Él está aquí.

Salió al jardín y se sentó en el frío banco. Su corazón estaba apesadumbrado. Se estremeció, sintiendo que el frío se filtraba en sus huesos.

¿Dónde estás?

Cerró los ojos como lo había hecho tantas veces, escuchando los sonidos.

La voz de Yegor zumbaba a lo lejos fuera de las puertas mientras hablaba con el cochero.

Estoy aquí.

Estaba segura de que vendría. Siempre lo había hecho.

Sin embargo, no había rastro de él.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Demasiado tiempo. No podía haberle fallado. Se le ocurrió una extraña idea: era un hombre con otra vida además de vagar por las calles nocturnas.

La decepción se convirtió en preocupación.

¿Y si hubiera pasado algo?

No había Harlan, ni ninguna sombra familiar.

Un extraño sonido comenzó a zumbar en la distancia. Voces. Muchas de ellas. Cada vez más fuerte.

Alina se levantó del banco. La horrible idea de no ver a Harlan era como un picahielos en su corazón. Se dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente hacia la puerta.

Un paso.

Otro.

Otro más.

A cada paso, pedazos de esperanza perdidos.

Y a medida que se acercaba a la puerta, la voz de Yegor se hacía más fuerte, y los gritos de algún lugar cercano se hacían más intensos.

Yegor permaneció junto al carruaje mientras el cochero cruzaba la calle hacia ellos.

"¿Qué pasa?" preguntó Alina mientras el hombre se acercaba.

"Un incendio a dos calles de distancia," dijo el hombre. "Grande. Dos plantas. El hijo de una viuda atrapado en la habitación de arriba."

No estaba segura de por qué las palabras le provocaron el pánico en todo el cuerpo. Pero de repente, todo se juntó.

Un incendio. Gritos de auxilio. Harlan, que se suponía que debía estar aquí, pero no estaba.

Alina no se estaba dando cuenta de lo que estaba haciendo cuando comenzó a cruzar la calle hacia la cuadra donde estaba el fuego.

"¡Mi señora! ¡No es seguro!" gritó Yegor detrás de ella.

Pero no se detuvo. Sus piernas la llevaron hacia el lugar donde alguien estaba en problemas y otra persona hacía el objetivo de su vida resolverlo.

"¡Mi señora!" La voz de Yegor sonó más fuerte mientras trotaba detrás de ella.

Y para entonces, Alina también estaba trotando.

Echó a correr, con el abrigo abierto, ondeando al viento. Sus ojos recorrieron a las personas con las que se cruzaba y a otras que corrían en la misma dirección, de repente demasiadas.

La calle de enfrente, por lo general tan oscura, brillaba.

El olor a humo llenó sus fosas nasales.

Los gritos eran cada vez más fuertes.

Alguien gimió.

Un espeso crujido llenó el aire. Una nube de humo se desplazó a través del brillante resplandor de la esquina. Y cuando Alina dobló la esquina de un viejo edificio, se protegió los ojos por instinto.

El resplandor le llegó a la cara como un golpe suave y caliente. De color amarillo anaranjado, las llamas envolvían el edificio de dos pisos. Se estaban comiendo la madera y la piedra. Destellos surcaban el aire como luciérnagas. El humo envolvía los edificios cercanos.

Una multitud se reunió a su alrededor, pero se quedaron boquiabiertos. La mujer más cercana a las llamas se paseaba de un lado a otro, tapándose la boca con las manos mientras miraba hacia arriba.

"Quédate aquí," ordenó Alina a Yegor detrás de ella y se acercó al estrecho círculo.

"Una viuda... cerilla... fogón... candil... Tres jóvenes... adentro..."

Los susurros aquí y allá contaban la historia, pero nadie se movió.

"¿Por qué nadie hace nada?" preguntó Alina, mirando a su alrededor, con los ojos ardiendo.

Un anciano escupió en el suelo. “Aquí no hay nada que pueda ayudar, señora. Es todo madera.”

Una mujer que estaba junto a Alina se llevó la comisura de un grueso chal a la boca. "Ella tiene un hijo en el piso de arriba."

“¿Un hijo?” Alina se quedó boquiabierta. "Pero..."

El horror se apoderó de ella cuando el gemido de la madre atravesó el aire.

"¡Ahí!" gritó alguien.

“¡Ahí!”

Los dedos empezaron a apuntar hacia el piso superior.

"Un tipo se arrastró para sacarme," explicó la mujer, estirando el cuello sobre docenas de transeúntes. "¡Ahí! ¡Ya viene!"

Y entonces Alina lo vio.

Su corazón latía con fuerza.

El aire fue succionado de sus pulmones.

Porque ella lo reconocería en cualquier parte. La sombra oscura que ahora brillaba de color naranja a su alrededor como un halo.

"¡Está aquí!" gritó alguien.

"¿Quién?" preguntó alguien.

“Harlan Krow.”

Alina se sintió mareada. Su corazón martilleaba contra su pecho. No era lo que le preocupaba, aunque debería haberse quedado petrificada. Era el hecho de que, por primera vez, estaba presenciando lo que Harlan Krow hacía por el pueblo.

Era suave y rápido, como una pantera. Su abrigo oscuro ondeaba mientras bajaba por el edificio. Las llamas lo lamían. El humo lo envolvía. Y parecía aún más grande, más fuerte, más grande que la vida con otro pequeño cuerpo agarrado alrededor de su frente, protegido por su abrigo: un niño pequeño.

Alina se quedó mirando con asombro mientras él llegaba al toldo y saltaba al suelo.

El fuego ardía.

La multitud aplaudió.

Se puso de pie, alto e intimidante, con la cabeza gacha mientras desenredaba al niño de sí mismo.

La mujer corrió hacia él, arrancó al niño y se arrodilló, acunándolo y meciéndose, sin tener en cuenta las chispas y las llamas que ardían demasiado cerca.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse. En un segundo, él se iría, ella lo sabía.

«Mi Harlan», pensó Alina mientras se quedaba boquiabierta de

admiración.

Fue un niño de la multitud quien gritó su nombre primero, ya sea que el niño lo supiera con certeza o no.

"¡Es Harlan Krow!" se oyó otro grito.

Luego otro.

Las cabezas se volvieron.

La multitud cambió.

El fuego fue abandonado. A nadie le importaba un desastre cuando acababa de presenciar un milagro.

Alina estiró el cuello, tratando de verlo, siguiendo a la multitud que de repente surgió como una ola del océano en su dirección.

Estaba huyendo.

Se lanzó en una dirección, solo para ser agarrado por varios hombres.

Se sacudió, tratando de zafarse de sus manos, pero fue acorralado por varios otros.

No querían hacerle daño, solo abrazarlo, asegurarse de que era él, su héroe.

“¡Harlan!” Llegaron los gritos.

"¡Es él!"

"¡Ahí!"

"¡Sujétenlo!"

Más gente corría en su dirección, pero no por el fuego sino por la leyenda que estaba allí, entre ellos.

Podría haber luchado y haberse abierto paso con los puños. Era fuerte, Alina lo sabía. Pero este era Harlan Krow. Nunca lastimaba a los suyos.

La gente comenzó a acercarse a él desde todas partes, y pronto se formó un círculo, veinte, luego treinta, cuarenta personas a medida que el círculo se estrechaba. Trató de bajar la cabeza, cubrirse la cara con la mano. Pero era imposible esconderse de la gente que estaba asombrada por la leyenda encarnada.

Alina empujó los cuerpos delante de ella, estirando el cuello. Debería haberse ido, pero no podía apartar los ojos. Todavía oculto por la sombra, de espaldas al fuego, el rostro de Harlan parpadeaba de vez en cuando con un resplandor anaranjado. Pero ese mismo momento no fue lo que conmocionó a Alina, sino su humildad. Estaba a merced de sus seguidores.

La multitud, a su alrededor, se hizo más grande. Pronto, estaban coreando su nombre. Las mujeres le agarraban las mangas como si fuera un milagro. Los niños le tocaban las piernas y el dobladillo de su abrigo de cuero. Lo agarraron y tiraron de él. Le hicieron preguntas tontas, murmuraron irreflexivamente su nombre, sonrieron, lo miraron mientras intentaba escapar, empujándolos suavemente, pero sin

atreverse a aplicar más fuerza para romper la pared humana.

Alina estaba en la parte de atrás, a unos tres metros de distancia. Quería extender su mano y arrancarlo de entre la multitud antes de que lo hicieran pedazos en su salvaje fascinación.

Alguien le arrancó el sombrero, queriendo tener un pedazo de él.

Dios.

Y de repente, un fuerte crujido se estrelló en el aire y un toldo se derrumbó, trayendo consigo una brillante llamarada de fuego.

La multitud jadeó y se hizo a un lado, distraída por un momento de su héroe. Por reflejo, giraron la cabeza en la dirección del sonido, protegiendo sus rostros del fuego cegador.

Y lo mismo hizo Harlan, bajando la mano mientras miraba fijamente el fuego por un momento.

Un momento.

Un momento lo suficientemente largo, porque Alina no miró el fuego, sino que lo miró a *él*.

El resplandor anaranjado iluminó su rostro brillante y claro.

Esa cara...

Alina sintió que se le doblaban las rodillas. Todos miraron fijamente el fuego, y ella miró fijamente al caballero-diablo, cuyo rostro estaba por primera vez en plena exhibición.

De repente, la sangre se precipitó a sus oídos.

"No," murmuró, sintiendo que le costaba respirar, que el mundo giraba a su alrededor.

"No," murmuró ella.

Sintió un nudo en el estómago.

Y luego estaba en caída libre.

Ningún bigote o barba postizos podía disimular el rostro que había visto tantas veces antes. Y ese pelo, deshilachado y suelto sobre su cara y no peinado hacia atrás y sujeto por una liga.

Dios mío...

¿Cómo no se había dado cuenta?

No podía respirar. El humo acre y amargo nublaba el aire. Le ardían los pulmones. Le picaban los ojos.

"No puede ser," susurró, las emociones se desataron en ella de golpe.

La verdad estaba ahí, finalmente frente a ella.

Giró entonces la cabeza y, de repente, sus ojos la encontraron en el fondo de la multitud. Se dio cuenta de ello, dirigiendo su mirada con un leve terror.

No. No-no-no-no-no.

Respiró con más dificultad, incapaz de luchar contra la bilis que le subía al pecho.

Si lo hubiera pensado mejor, se habría fijado antes en su postura,

en sus manos, en su forma ancha, en su voz ligeramente expresada, pero sin embargo, inconfundiblemente perteneciente al hombre que conocía.

Tropezó y retrocedió. Ella apartó los ojos de él y, sin saber adónde iba, se alejó de la multitud.

“¡Mi señora!” La voz de Yegor cambió de dirección.

Pasó corriendo junto a él, calle abajo, con el aire quemándole los pulmones y los ojos llenos de lágrimas. El corazón le martilleaba en el pecho. Llegó al carruaje y se subió, dejándose caer en el banco y cerrando los ojos.

Le temblaban las manos mientras se cubría la cara y gritaba con los guantes. Meciéndose, trató de forzarse a respirar, pero los sollozos la asfixiaban.

No lo podía creer. Él, ellos, no podían hacerle esto, pero lo habían hecho, haciéndola quedar como tonta.

Alina se giró en su asiento, hundiéndose, acurrucándose en un rincón, sollozando y temblando.

"Oh, Dios mío. Oh, Dios mío," repetía una y otra vez.

¿Por qué no puedo ver su cara?

Se sentirá decepcionada.

El carruaje se balanceó en el camino irregular y sintió que todo su mundo giraba sobre su eje.

Samuel Cassell. El duque tranquilo y noble, que nunca hablaba mucho, cuyos ojos siempre la miraban como si tratara de hacerle ver la verdad.

Y la verdad estaba ahí. A oscuras. En sus caricias y susurros y en las historias que le habían cambiado la vida. En la forma en que la tocó y la besó, solo para aparecer al día siguiente a la luz del día y fingir que era otra persona.

La desesperación se apoderó del pecho de Alina con un puño de acero. Las lágrimas corrían por su rostro, convirtiendo su dolor en ira.

“Mentiroso,” susurró con un sollozo.

39

DOS MENTIRAS

Se suponía que las cosas nunca llegarían tan lejos, Padre. ¡Oh, qué excusa tan banal!

Lo que se hace en la oscuridad saldrá a la luz.

Por una vez, Padre, su escritura era correcta.

Después de escapar de la multitud que trató de despedazarme como si yo fuera Jesús, corrí y corrí, alejándome de los que intentaban perseguirme, los niños gritando mi nombre en la oscuridad.

Había ido a encontrarme con Alina esa noche. Pero el fuego me había desviado. Una viuda. Un niño atrapado en el piso de arriba. Quería salvar otra vida, y se convirtió en mi propia perdición.

Llegué a mi piso. La puerta de hierro oscuro ocultaba el edificio sin vida que era un recordatorio de mi doble vida.

Un piso en Londres y una finca a las afueras. Un carruaje que estaba estacionado en el East End con un cochero mudo que no sabía quién era yo, pero que cumplió su servicio diligentemente durante años. Las mentiras que escondía este lugar. El pasado oscuro. Los recuerdos.

Sus cartas...

Entré en mi habitación vacía, encendí una lámpara y me paré frente al espejo.

Un hombre con una sonrisa y ojos cansados me miró. Recogí la comisura de la barba postiza y me la arranqué de la cara, luego hice lo mismo con el bigote. Tomé un trapo y me limpié la cara cenicienta. Alisé mi cabello oscuro, tirando de él hacia atrás, y lo até, luego tomé el polvo de carbón y lo froté sobre el mechón de cabello más claro y sus raíces, grises y crecientes.

Me estaba quitando el disfraz y cubriendo las huellas del caballero-diablo. Pero a la fría luz de la lámpara de aceite, el hombre que me miraba desde el espejo no era un duque ni un villano. Era simplemente un hombre perdido.

¿Escuchará? ¿Lo entenderá?

Sus ojos en el fondo de la multitud, la desesperación en ellos, el dolor, la conmoción.

Maldita sea...

Perdóneme, Padre. Los pecadores no siempre tienen la intención de pecar cuando entran en el camino equivocado. Los asesinos no siempre quieren matar. Pero una vez que pruebas el dulce veneno,

vuelves por más. La venganza es una maldición. Envuelve su mano alrededor de tu cuello y aprieta suave pero seguramente, viendo cómo la vida se escurre de ti.

No necesité probar nada cuando vengué a la niña de las flores. Simplemente quería mostrarle al mundo lo que eran los monstruos. La verdad es un arma. Es por eso que muchos la esconden en las manos equivocadas. Yo simplemente se lo entregué a la gente.

Y entonces la conocí. ¿Cómo podría haber sabido que ella engulliría toda mi existencia? Que ella se convertiría en mi cuerda salvavidas. Que me enamoraría tan profundamente que cuanto más me enamorara, más difícil sería mostrarle la verdad. Porque esta vez, el arma me apuntaba a mí.

Cuando nos conocimos, no sabíamos a dónde nos llevaría. Seguimos viéndonos porque lo necesitábamos.

Dos almas solitarias.

Dos sueños.

Dos visiones para el pueblo.

Y dejé que fuera demasiado lejos. Le fallé, lo sé. Pero, ¿qué podría haber hecho cuando ella era la única esperanza que había tenido?

Esa noche, me puse mi ropa normal. Terno. Abrigo de lana con cuello de pelo. Un sombrero de copa caro.

El duque estaba listo, señoras y señores. Su gracia era una vergüenza. A Van Buren le habría encantado esto. Y habría estado orgulloso de mí si lo hubiera sabido.

Pero me odiaba a mí mismo ante la idea de enfrentarme a lo que había hecho.

La traición es lo peor. Oh, ese mismo sentimiento había iniciado la venganza. Había dado a luz a Harlan Krow tal y como lo conocía la ciudad.

No podía perder a Alina. Pero la sensación de traición, persistente, como una herida supurante, estaba allí, haciéndose más fuerte a medida que salía de mi apartamento y tomaba un carruaje para ir a casa de los Kámenev.

Cuanto más me acercaba, más fuerte crecía el sentimiento de fracaso.

Yo conocía ese sentimiento antes, Padre.

Me había perseguido con pesadillas.

Todavía me persigue al ver a los militares.

Lo enfrenté hace nueve años, en aquel terrible enero de 1842, en las montañas del Hindu Kush.

El día que me enterraron vivo.

40

TRAICIÓN

Alina se paseaba por su dormitorio.

El escritorio, la cama, la ventana.

La ventana, la cama, el escritorio.

El recuerdo de las palabras de Harlan la enfureció con el silencioso duque. Y la idea de la mirada y la sonrisa del duque la hizo odiar al hombre que tan astutamente ocultaba su rostro en la oscuridad.

Se dio cuenta del hueco que había entre las cortinas y las cerró.

¿Estaría vigilándola esta noche?

Quería meterse debajo de la cama y no salir nunca. En cambio, siguió caminando, con los brazos abrazados a su cintura como si de esta manera pudiera ahogar la sensación de malestar que se acumulaba en su estómago.

Martha llamó a la puerta y se asomó. “¿Quiere algo, mi señora?”

Alina la despidió. Pero un minuto después, llegó otro golpe: Yegor.

"¿Qué pasa?" le espetó.

Bajó las escaleras con la cabeza.

"Hay un visitante."

“No quiero ver a nadie,” le espetó, reanudando el paso.

"Es su gr-acia."

Alina se detuvo y su corazón comenzó a acelerarse como loco.

No. No-no-no.

El pánico se apoderó de ella. Miró a Yegor con tanta desesperación que bajó la mirada.

"Él no puede..." —murmuró—. "No puedo... No lo veré. ¡No, Yegor! Ella negó con la cabeza, y si el lacayo no hubiera asentido, le habría rogado.

Pero, ¡oh, su corazón traicionero! Solo sabiendo que él estaba abajo, él, Harlan Krow, en su casa, ¡a la vista de todos! Su mente comenzó a dar vueltas mientras trataba de encontrarle sentido.

Se produjo una airada pelea desde las escaleras. Pasos pesados. Una conmoción detrás de la puerta.

“Ahora no,” fueron las airadas palabras de Yegor, inusualmente fuertes.

Alina corrió hacia la puerta, la abrió de golpe y se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos.

A pesar de la forma alta y ancha del duque, Yegor parecía mucho más grande. Se pararon como en un duelo, uno frente al otro. Martha

permanecía boquiabierta en lo alto de la escalera, con la mano pegada al pecho.

Yegor miró al duque. Y el duque miró tranquilamente al lacayo, su voz repentinamente baja y ronca y tan familiar y grabada por el peligro. "Quédese. Afuera," dijo bruscamente, sus palabras como balas.

Alina deseó poder ver los ojos del duque, porque Yegor —*su* Yegor, que nunca la desobedecería ni escucharía a nadie más que a ella— respiró hondo y se alejó un paso de la puerta.

Sólo entonces el duque volvió su mirada hacia ella.

Dios.

Ella dio un paso atrás.

Él dio un paso hacia ella.

Ella dio uno más, soltando la manija de la puerta.

Él la siguió, entrando en ella lentamente, cerrando suavemente la puerta detrás de él, pero sin romper el contacto visual.

Estaba aterrada, mirando a los ojos de un hombre que no era uno, sino dos.

"Alina," dijo en voz baja.

Tal y como lo decía Harlan, porque el duque nunca se había atrevido a llamarla por su nombre. La voz del duque era siempre aguda, casi tensa. Pero, ¿cómo no iba a ver la similitud?

Ella negó con la cabeza. Su ira había desaparecido de nuevo, dejándola débil por el dolor y los recuerdos de esa voz. Tragó saliva y su corazón latía una docena de veces por segundo.

Se retiró lentamente, sin apartar la mirada.

"¿Cómo pudo...?" Susurró.

De repente, la habitación quedó demasiado silenciosa. Podía oír el silbido de una vela mientras se quemaba hasta convertirse en un talón. Detrás de la puerta reinaba el silencio, Yegor sin duda esperaba allí, sin dejarla sola con el duque.

Pero la habitación parecía un mundo diferente.

Porque *él* estaba en ella.

Solo.

Dos hombres en uno, de pie en la penumbra, con las manos a los costados, el abrigo abierto, el traje inmaculado, la camisa y la corbata, todos gritando: «El duque de Ravenaugh».

Pero una imagen diferente de repente parpadeó en su mente.

Su mirada se deslizó hacia los labios de él, que había besado.

Dios, no.

Sí, sin duda era Harlan: su asertividad, la protección de su figura ancha, generalmente vestida con un abrigo de cuero, esas manos enguantadas que...

No.

El repentino deseo de acercarse a él, de sentir el consuelo de su

abrazo, era tan fuerte contra la imagen del duque, el hombre con el que había sido tan correcta, que sintió que estaba perdiendo la cabeza.

“Tiene que entenderlo,” dijo en voz baja, aunque su voz sonaba más baja, igual que la suya, la de Harlan, como si por fin hubiera abandonado la farsa. “Nunca...”

“Fuera,” susurró ella, deseando que se acabara aquella loca ilusión. De repente, la habitación la estaba asfixiando.

"Por favor, deme un minuto."

"Fuera," dijo más fuerte, con lágrimas en los ojos.

Se suponía que no debía estar aquí. Ninguno de los dos, ni Harlan ni el duque.

Quería gritar.

Pegarle.

Alejarlo.

Abrazarlo...

Se estaba volviendo loca.

“Por favor,” dijo, acercándose un paso más.

"Me traicionó. Me engañó,” dijo, con el dolor y la desesperación creciendo en ella con cada palabra.

"Esto no es cierto."

"¡Lo besé!" gritó, sin saber con quién estaba hablando. "Y luego en el carruaje..." Se cubrió los ojos con la palma de la mano, la vergüenza la quemaba como una llamarada.

"Esa noche fue especial, Alina. No puedo decirle lo que me hizo...”

"¡Deténgase!" le espetó, sacudiendo la cabeza, luego miró su silueta borrosa, las lágrimas resbalando por su rostro. "Me miró durante el día, sabiendo lo que había hecho. ¿Sabe lo humillante que es?"

Su pecho tembló con un sollozo reprimido. Ya no podía mirarlo. Se secó las mejillas con la palma de la mano y se dirigió a la puerta. Pero él era como un relámpago, ese movimiento rápido de un luchador tan familiar pero que la sobresaltaba, mientras la cogía en sus brazos, tan suavemente, como si estuviera atrapada en una nube. Su forma le bloqueó el paso. Sus brazos la rodeaban, pero apenas la tocaban.

“Por favor, no huya de mí,” dijo en voz baja, su voz suave y baja hizo que ella se derritiera en el acto.

Ella gimió de debilidad, tratando de apartarlo, con la cabeza gacha. Pero él no la soltó, la rodeó con sus brazos como un escudo.

Esto era insoportable, haciendo que su cabeza diera vueltas. Reconoció su olor que llevaba las huellas del fuego. Levantó los ojos hacia su pecho y sus anchos hombros, vestido con una camisa y un chaleco caros, con una cadena de oro y una chaqueta que había visto antes. Pero la fuerza detrás de esto era la cómoda protección de Harlan Krow. Ella alzó los ojos hacia sus labios, los labios que había besado con tanta pasión. Un centímetro más arriba, y allí estaba: la

suave mirada del duque de Ravenaugh.

Tembló, tratando de contener las lágrimas que corrían por sus mejillas de todos modos.

“Ni siquiera sé con quién estoy hablando ahora mismo,” susurró y se apartó de él. "Mentiroso." Ella no podía mirarlo. Ni siquiera podía mirarse a sí misma en este momento.

"Lo sé, lo sé. Llámeme como quiera, pero no me aleje. Ahora no, ángel.”

Ángel.

Harlan la llamaba así. *Su* Harlan. Y ahora estaba de pie frente a ella disfrazado del duque que le había propuesto matrimonio.

“Me rompió el corazón,” sollozó ella, levantando la cara para mirarlo.

Y esos ojos, *¡oh, Dios!,* eran el fin de ella. Y esta vez, ardían de dolor. "Esa no era mi intención, debe saberlo."

“Todas esas palabras y susurros en la oscuridad,” dijo, tratando de evitar que se le quebrara la voz. "Todas esas miradas a la luz del día. Me observaba día y noche, y yo era una chica estúpida atrapada entre los dos.”

"No estúpida. No podía hacerlo de otra manera."

"¡Podría habérmelo dicho en cualquier momento!"

“No era el momento adecuado, Alina.” Su voz era ahora más baja, más grave, como la de la oscuridad. "No después de días, semanas, cuando me estaba enamorando tanto de usted que pensé: 'Solo un día más'. No cuando cada vez que la veía, quería llevarla lejos de la ciudad donde todos me conocían, a ambos lados de mí."

“Cobarde,” susurró.

No parpadeó, no se movió. Había una fuerza invisible en su mirada que la mantenía clavada en su lugar. "Quizás," asintió. "Pero cuando llegó el momento, ya era demasiado tarde, porque sabía que sentía algo por mí. Me regodeé en esos sentimientos, y los míos eran demasiado fuertes como para dejarla ir. Así que la mantuve conmigo de cualquier manera posible."

"Jugando conmigo."

“¡La amaba!” exclamó él, con la voz más fuerte de lo que ella la había oído nunca, con los ojos encendidos, pero la mirada suavizándose de inmediato. “¿No lo ve, Alina?” Su susurro contrastaba con las palabras anteriores. "La amo."

Las palabras la estremecieron. Su pecho temblaba con un sollozo reprimido que intentaba escapar. Bajó los ojos, sintiéndose débil ante las palabras.

"Traté de contenerme, me dije a mí mismo que esto era solo un escape de dos almas perdidas en la ciudad de muchos. Yo era un criminal, y usted era una dama. No había ninguna posibilidad de que

el primer encuentro fuera más allá de uno más. Luego otro. Luego todas esas cartas. Usted es..." Trató de sonreír. "Usted es la única que conoce ambos lados de mí. *Todo* de mí. Y me quiso a pesar de todo. A pesar de que está enojada, sé que siente cosas por mí. Tiene miedo. *Yo* tengo también. Y cuando el diablo está asustado, el único que puede calmarlo es un ángel. Es mi mundo, Alina. Es parte de todo lo bueno que me ha pasado. Y no había mucho de eso hasta que llegó usted."

Él guardó silencio, pero ella seguía negándose a mirarlo, la vergüenza la quemaba como un atizador caliente.

“Míreme, por favor,” susurró.

Se armó de valor y alzó la vista para mirarlo a los ojos. Los dos hombres la miraron a través de ellos. El hombre al que vio tantas veces y deseó que hablara más. Y el hombre que habló en su cabeza durante meses, pero cuyos ojos había soñado ver.

Y por primera vez, sintió debilidad en el hombre que había pensado que era el más fuerte de todos.

Metió la mano detrás de la cabeza y se soltó el pelo, los mechones oscuros le caían hasta los hombros.

"Oh, Dios, deténgase..." susurró, y se le escapó un sollozo. Parpadeó y las lágrimas rodaron por sus mejillas con nueva fuerza. Su transformación fue tan sutil pero cambió en una dirección que ella no quería que fuera, revelando, segundo a segundo, al hombre del que se había enamorado, con el que había pasado tardes, días, meses, intercambiado cartas, besos, caricias y volcado su corazón y su mente.

·No puedo mirarlo,” susurró, cerrando los ojos y apretando el pecho. "Es una mentira. Dos mentiras."

“Usted es mi verdad, Alina.”

Su mano alcanzó su rostro y acarició sus mejillas húmedas. Su toque había provocado un incendio entre ellos antes y ahora la estaba quemando hasta convertirla en cenizas. Su otra mano se unió y le secó las lágrimas, pero seguían llegando, su corazón estaba a punto de explotar.

Ella lo apartó suavemente y dio un paso atrás, retirándose como una presa acorralada.

“No se vaya, por favor,” pidió en voz baja, con la voz más débil que nunca. "Sé que no puede soportar mirarme en este momento. Podría ser una vergüenza, un criminal, un asesino. Pero una vez me dió una oportunidad. Puedo demostrale que soy digno de su confianza."

“¿Confianza?” Ella alzó los ojos hacia él. "¿*Cómo* confianza? ¿Cómo puede mirarme, sabiendo que estuve con otro hombre mientras me proponía matrimonio? ¿Sabiendo que permití que otro hombre me tocara mientras me cortejaba? Y cuando estuvo conmigo durante todas esas noches oscuras, ¿cómo pudo amarme cuando sabía que otro

hombre me había propuesto matrimonio y contemplaba casarme con él?"

"Pero fui yo todo el tiempo."

"¡Pero yo no lo sabía!" gritó. Se mordió el labio para que no le temblara.

Volvió a acercarse a ella con la mano, pero ella dio un paso atrás y negó con la cabeza.

"¿Cómo podría uno ofrecerle la mano a una mujer y dejar que otro hombre la seduzca en las sombras?"

"Porque la amo, Alina," dijo en voz baja, las palabras flotando pesadamente en el aire. "No podía mantenerme al margen. Tomé lo que quise antes de poder abrirme a usted. Fui egoísta. Asustado de los sentimientos que se apoderaron de mí. Tenía miedo de que eligiera uno u otro, y eligiera lo que eligiera, quería que fuera yo."

El silencio era tan denso que podía oír el crujido detrás de la puerta, sabía que alguien estaba escuchando a escondidas. Pero a ella no le importaba. Aquella noche había borrado todo sentido del decoro, había abierto el telón de quién era ella en realidad y quién era el hombre que había estado jugando con ella sus perversos juegos.

"¿No ve ahora por qué es más fácil hacer las cosas en las sombras?" preguntó. Oh, cómo tenía razón, y ella se odiaba a sí misma por eso. "Escondiéndonos de nuestro verdadero yo, escondiendo la vergüenza en la noche. Todos tenemos dos caras. Oscuro y claro. Ambas están en nosotros. Querías la seducción oscura y la alegría de ser noble. Quería la retribución y el amor de la mujer que merecía lo mejor. Puedo ser un villano en las sombras y un señor de día. Pero no necesito la oscuridad si puedo estar con usted, Alina. Deme una oportunidad y le demostraré que puedo salir de las sombras y ser el hombre que quiere que sea."

Se obligó a mirarlo. "¿Cómo puede *perdonarme*? ¿Lo que he hecho?"

Sacudió la cabeza con una débil sonrisa. "No hay nada que perdonar, ángel."

Ángel.

La palabra la estaba destrozando.

"Fui egoísta," dijo. "Le hice esto, pero lo hice por mí mismo, ciego en mi amor. El único que aquí pide perdón soy yo."

"Debería irse, Su Excelencia," dijo Alina en voz baja, buscando en la habitación algo pero no sabía qué, solo para no mirarlo. No podía. Ahora no. Todavía no.

"Por favor, no me llame así cuando estemos solos," dijo. "En las sombras, podía ser yo mismo, un hombre, no un título. Llámeme Harlan." Dio un paso hacia ella, tomó su mano entre las suyas y le acarició los dedos. "Podría tocarme." Oh, cómo le encantaba su caricia.

Incluso ahora. El tacto de su piel le trajo recuerdos. "Podía encontrar alegría en las cosas que este mundo hipócrita consideraba vergonzosas. Porque cuando está al lado de la oscuridad total que la mira boquiabierta, ser un tono más oscuro no es tan malo. Y a pesar de que Harlan Krow era un asesino, usted lo miraba con más deseo de lo que nunca había mirado a su gracia con todos sus títulos y riquezas."

Sus ojos se clavaron en él. "Eso no fue lo que me atrajo a *su gracia,*" dijo con amargura.

"Lo sé, Alina. Lo *sé.* Y eso es lo que marca la diferencia."

"Debería irse." Ella retiró su mano de la suya. "Por favor, váyase."

Él asintió, sin apartar los ojos de ella.

Oh, cómo quería dar esos pasos, tomar su cara entre sus manos y besarlo, sentir sus labios en ella, su toque, asegurarse de que ese era el hombre del que se había enamorado y se había enamorado con fuerza. Pero la traición empañaba todo lo que había sentido por él. Ambos. Los dos hombres en uno. Su maldición. La locura de la que necesitaba alejarse para volver a saber quién era.

"Váyase," susurró ella y se dio la vuelta antes de que su mirada pudiera hacerla cambiar de opinión.

41

HINDÚ KUSH

Caminé por las calles durante horas esa noche. La ciudad que conocía tan bien me parecía extranjera. La venganza había sido lo único que siempre había tenido sentido. Entonces mi condesa se convirtió en mi razón. Pero una vez que sabes lo que es el amor, no puedes volver a la oscuridad, a menos que firme tu sentencia de muerte.

El recuerdo de sus lágrimas me atravesó como cien balas. Quería tomarla en mis brazos y besar cada lágrima. ¿Sería diferente si le hubiera confesado todo a Alina antes? Antes del beso en el carruaje. Antes de la Fiesta Fantasma. Antes de que me diera cuenta de eso, ella ya tenía un control sobre mí como nada lo había tenido antes.

Esto era lo más peculiar, Padre. Un hombre puede ser la bestia más despiadada. Sin embargo, su corazón palpitará cobardemente al ver a su amada. Un hombre puede matar a cien enemigos. Sin embargo, será asesinado y caerá de rodillas frente a la mujer que ama. Un león es un rey del mundo animal, pero se inclina ante su leona.

Y yo estaba de rodillas.

Caminé a través del aguanieve mientras caminaba hacia el East End esa noche. Noviembre era despiadado, pero mi culpa aún más. El viento frío alborotó mi cabello suelto, azotando los mechones de mi cara y colándose debajo de mi abrigo. Me sentía como Harlan Krow, pero con mi abrigo de lana y mi traje de tres piezas era el duque de Ravenaugh. Si Alina no podía reconciliar las dos cosas, yo tampoco. Podría haber sido considerado un villano poderoso, pero mi ángel era el que tenía todo el poder. Y si ella no tenía la fuerza para perdonar, yo ya no tenía la fuerza para luchar. Sostenía mi corazón en sus hermosas manos, y si decidía dejarlo caer, se rompería en pedazos.

No sentí los pequeños copos de nieve picando mi cara, solo los vi: las cenizas cayendo del cielo. El viento aullaba, barriendo el cementerio que era mi corazón.

¿Cómo pudiste?

Sentí un fuerte tirón en el pecho al oír estas palabras.

No podía perderla, me dije a mí mismo. A ella no. No a mi ángel. Mi condesa. La idea de la ciudad sin ella me hacía sentir vacío. Como si siempre hubiera estado allí, con sus pieles escandalosas, sus ropas elegantes, su pelo del color del ámbar quemado en un moño prolijo, sus manos suaves, siempre frías, la boca inteligente que daba los besos más suaves, sus hermosos ojos y su risa amable.

No sabía a dónde iba esa noche. Por primera vez, me perdí en la ciudad que conocía de memoria. Y los vientos eran cada vez más brutales.

Las personas sin hogar no lloriquean en el clima de esta manera. ¿Lo sabía usted, Padre? Su instinto de supervivencia les hace conservar sus fuerzas.

Pero caminando a través del fango y los vientos que se levantaban, lo escuché: un gemido, manso, como el de un gatito.

Una pequeña figura estaba acurrucada detrás de una pila de barriles y se retorcía cansadamente. Me acerqué y lo empujé suavemente con el pie. Maulló. Me senté en cuclillas y aparté el trapo sucio que revelaba el rostro de un niño. Un niño. Cinco-seis, era difícil saberlo. Podrían ser diez y estar desnutrido.

“Un penique, señor,” murmuró, delirando de hambre o de frío. "Un penique por un alma desdichada."

Recuerdo un tiroteo sangriento con el enemigo en el Este. Recuerdo a mi amigo, Krow, tan vívidamente como si estuviera frente a mí. Recuerdo el silencio ensordecedor después de la batalla, y a Krow, con su pelo rubio y desgreñado manchado de barro y sangre, mientras se arrodillaba sobre un soldado enemigo moribundo tan joven como él y trataba de detener su hemorragia. Otros se limitaron a negar con la cabeza.

Le dije: "No puedes salvar a todo el mundo, Krow."

Me miró con esa ingenua desesperación suya. “Una persona a la vez, Harlan.” Y sonrió tristemente entre lágrimas.

La razón por la que deambulo por la ciudad en los peores momentos, Padre, es porque la nieve y los vientos siempre me recordarán haber sido salvado.

Así que esa noche, me puse de pie y recogí a ese niño sin hogar por el pescuezo. Luchó en sus mansos intentos de huir, aunque apenas respiraba.

“Tranquilo,” ladré suavemente. "Ven conmigo."

Empezamos a caminar. El pequeño arrastró los pies y tropezó contra mi costado. Pero finalmente tenía una dirección. Me dirigía al lugar ya tan familiar: St James's Hill.

Esto fue lo que alivió el dolor, Padre. Los asesinatos fueron la venganza contra los opresores. The Hill fue la disculpa a los que se quedaron atrás.

Una persona a la vez.

En esas brutales montañas del Hindu Kush, no pude salvar a cien hombres, ni a Krow, ni siquiera a mí mismo. Era un niño el que me había salvado.

Enero de 1842.

La travesía de montaña del Hindu Kush.

Eran los días horribles. El retiro. Las capturas. Las derrotas, una tras otra. Las mentiras. Miles de soldados muertos. Miles de civiles castigados. Nuestro número disminuyó en cientos, en miles al tercer día.

Y, sin embargo, siempre hubo esperanza cuando varias tropas, un centenar de nosotros bajo el mando del coronel Helbron, se movieron a través de la cordillera occidental, tratando de evitar la matanza.

La traición es algo horrible, especialmente por parte de uno de los tuyos. El coronel Helbron no era un ángel, pero ¿quién iba a decir que era un traidor? Se suponía que él nos sacaría de ese lío. Él era la única esperanza, y la esperanza todavía estaba allí cuando nos guio a lo largo de un estrecho sendero a través de las montañas heladas.

Lo que sucedió después fue una masacre.

El silencio de la montaña estalló con disparos, gritos, gemidos y alaridos. Fuimos atacados desde todas partes, desde todas las direcciones. Estábamos atrapados, un blanco abierto, acorralados en un pequeño espacio entre las rocas que se elevaban por encima de nosotros. No había a dónde huir.

Nos llovieron las balas. Los hombres cayeron uno a uno, uno encima del otro, como hierba cortada bajo una hoz. Pareció durar una eternidad, pero solo duró minutos.

Entonces todo se sumió en la oscuridad.

Me desperté en esa misma oscuridad: pesada, resbaladiza y sofocante. Era una fosa común, Padre. Cien hombres muertos, y yo entre ellos.

Mientras yacía allí moribundo, estaba seguro de que lo estaba, lo sentí, la sensación que nunca olvidaría, el calor de un centenar de soldados abandonando sus cuerpos. El lugar más cálido, el más oscuro, era el mío, porque había sido aplastado por su peso.

Sin importar cuánto tiempo pasó, volví a mis sentidos y comencé a seguir adelante. Era un instinto animal de luchar a pesar de la debilidad. Jadeé en busca de aire, abriéndome paso entre las extremidades muertas, los cadáveres rígidos, los uniformes manchados de sangre, el olor acre del sudor, el tabaco y todo lo demás que queda después de los hombres cuando la vida los abandona.

Mis propias heridas palpitaban, perforando mi cuerpo con un dolor insoportable. Pero los soldados están entrenados para sobrevivir. Así que seguí empujando, hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba, a través del dolor y la carne muerta, hasta que mi mano llegó a un vacío frío.

¡Luz!

¡Cielo!

Pero no tuve tanta suerte. Era un día soleado de invierno. Y cuando llegué a la superficie, había un mar de cadáveres a mi alrededor.

Quería gritar, llorar, gemir, pero las fuerzas me abandonaban.

¿Ha visto alguna vez nieve roja, Padre?

Las montañas eran de color bordó. El suelo estaba cubierto de aguanieve roja que rodeaba los cuerpos que yacían como muñecos harapientos. Esos eran mis amigos, mis camaradas. El maravilloso y amable Krow entre ellos, mi mejor amigo que nunca volvería a cantar ni a poner sonrisas en los rostros de los demás.

Durante miles de días, Padre, deseé haber muerto ese día. Para algunos, la oscuridad es un alivio. Para otros, la luz es un recordatorio del infierno. No había un hombre en esta tierra que odiara los días brillantes más que yo.

¿Nuestro valiente coronel? Había hecho un trato con los enemigos y nos había llevado directamente a la muerte. Mantén a tus enemigos cerca, dicen. Mantuvo su cerco y se hizo más rico. Cien monedas fue el costo de nuestras vidas. Una moneda para un hombre. Meses más tarde, el coronel se convertiría en un héroe nacional por sobrevivir a la matanza, pronto en general y amigo real. Nunca olvidaré su rostro. O la Gran Cruz de la Orden de Bath que recibió.

El coronel Helbron fue el único superviviente.

Y luego estaba yo. Pero yo apenas era un hombre. Había visto la muerte, pero el día que me arrastré a la superficie, cubierto de sangre, encima de cien hombres asesinados, supe lo que era la muerte: perder la fe en los simples valores humanos.

Somos criaturas increíbles, Padre. Fuego y hielo. Santos y pecadores. Oscuridad y luz. Podemos soportar horas de tortura y años de abuso. Cicatrices, heridas, huesos rotos y almas fracturadas.

Y, sin embargo, una picadura de araña puede acabar con nosotros en horas. Una mordedura de serpiente, en minutos. Hay una flor rara que puede matar con sus semillas. Somos la maravilla del mundo. La vida con tortura. Muerte por flor. Y nos gusta ponernos a prueba unos a otros. Muchos de nosotros morimos a manos de los nuestros.

Ese día, apenas estaba vivo. No podía caminar. La escarcha me mordía los dedos que arañaban el camino de piedra y se deslizaban entre el fango mientras intentaba alejarme de la matanza. Mi uniforme ensangrentado se convirtió en una armadura dura, cada vez más helada. Estaba perdiendo sangre y me preguntaba cómo seguía vivo.

Al darme por vencido, caí de espaldas y me tumbé en la nieve roja, pidiéndole a Dios que me llevara. Podía sentir la escarcha filtrándose por mis venas. La nube de mi cálido aliento se hizo más pequeña.

En cambio, Dios envió un ángel.

Mientras mi mirada vagaba alrededor de las imponentes montañas, se detuvo en una pequeña figura, envuelta en pieles. Me miraba fijamente desde una de las rocas más cercanas mientras se acurrucaba detrás de él. Y no podía confundirlo con nadie. No esos ojos azules,

luminosos, del color de un río de verano, que pertenecían a la joven montañesa que me cuidaría hasta que volviera a la vida.

Ubuntu. Yo soy porque tú eres.

Ve, Padre, hemos cerrado el círculo.

42

LA CONFESIÓN

Habían pasado días desde el incendio. Alina permaneció sentada en su habitación durante horas, mirando por la ventana.

Otro día de espera, ¿para qué?, no estaba segura.

La luz de la ventana cortaba la habitación por la mitad. Oscuridad y luz. Día y noche. El bien y el mal. Alina se sentó con los ojos vacíos, tratando de reconciliar los acontecimientos de los últimos meses.

Tap.

Golpeó la punta de la pluma sobre el escritorio.

Tap.

Los minutos pasaban las horas, y trató de llegar a la noche para poder apagar las luces e irse a la cama, solo para acostarse allí, mirar el techo oscuro y pensar en *él*.

Y durante el día, cada ruido en la casa, los portazos, los pasos hacían que su corazón se acelerara al pensar que él vendría.

Martha llevó sus comidas a la habitación, pero Alina no las tocó.

Anna Yakovlevna se acercó a hablar con ella, quejándose del clima brutal y de la penumbra y de algo sobre Prosha y otra función, y luego frunció los labios en señal de decepción. “Deberías escribirle.”

“¿A quién?” Alina frunció el ceño.

“¡Ah, su gracia, Alina! ¿A quién más? Se trata de él, ¿no es así?”

En efecto.

Nikolái Serguéievich venía por las noches, se sentaba en su silla y la estudiaba. "No tienes que decirme nada. Pero quiero asegurarme de que estés bien. *Estará* bien. Si necesitas un consejo o una opinión, aquí estoy."

Martha caminaba de puntillas. Sus habituales discusiones con Yegor se convirtieron en susurros silenciosos, extrañamente amistosos, que cesaban cuando Alina estaba cerca. Sus miradas eran las de los conspiradores.

“Ya era hora de que hicieran las paces,” le dijo Alina a Martha, que se limitaba a fingir molestia.

Alina lo echaba de menos. Harlan, Samuel... ¿importaba ya el nombre? Había un hueco en su vida donde él había estado, y no podía encontrar nada que pudiera llenarlo ni siquiera por un minuto. Ella le había dicho que se fuera y ahora lo quería desesperadamente de vuelta.

Después de cinco días, Alina se obligó a salir de la casa y se fue a

casa de Grevatt.

Rumi la recibió con una cara solemne.

“Está teniendo uno de esos episodios,” anunció, siguiendo a Alina hasta el despacho del doctor Grevatt, donde el doctor estaba sentado extrañamente callado y estudiando la pipa que tenía en la mano. Llevaba puesta una bata, desabrochada, zapatillas de casa y una camisa, medio desabrochada.

La recibió con una exclamación alegre. "¡Ah, tenemos una visitante! Mary, ¿podría traerle a la hermosa dama un poco de té y galletas?

Comenzó a limpiar su escritorio mientras Rumi miraba a Alina con los ojos llenos de lágrimas. Ella lo detuvo con un suave toque de su mano. “Doctor Grevatt, hablaré con la señorita Alina. Es posible que quiera descansar."

Él la miró sorprendido, pero no discutió. “Por supuesto, por supuesto, la dejaré,” murmuró, mirando a su alrededor en busca de algo, luego frunció el ceño confundido y salió del estudio.

“Ha estado así desde la primera hora de la tarde,” dijo Rumi en voz baja mientras Alina se quitaba el gorro, el abrigo y los guantes y se sentaba en una de las sillas. Miró fijamente al suelo. El silencio del estudio era tan pesado que la criada con una bandeja de té se sintió como una intrusa desagradable.

Alina se cubrió la cara con las manos y sacudió la cabeza, frotándose la frente. Todo se desmoronaba a su alrededor. Este sentimiento era el peor: perder a las personas que amaba. Le quitaba la vida. En esta confusión, *sus* palabras estaban tan vívidas en su mente.

La amo.

Las lágrimas le quemaban los ojos mientras se las repetía una y otra vez. Lo necesitaba como el aire para respirar. Incluso la culpa y la vergüenza disminuyeron ante la necesidad de tenerlo a su lado.

Si se hubiera ido...

Pensó en el doctor Grevatt, en su mente brillante que se estaba desvaneciendo como el último sol de verano. Pronto, no conocería rostros, personas o quién era. Pronto, su cuerpo estaría allí, pero su mente se habría ido.

Exhaló pesadamente y miró a Rumi.

Rumi se sentó tranquilamente en su silla. "Sabíamos que iba a pasar." Su confianza habitual había desaparecido, sus ojos se llenaron de lágrimas. Este era el hombre que la había criado, le había enseñado, le había dado la libertad de perseguir su pasión.

Alina bajó los ojos y estudió sus propias manos. El recuerdo de Harlan besándole los dedos parpadeó como una luciérnaga.

Cerró los ojos y trató de pensar en otra cosa.

La criada llamó a la puerta y se asomó al interior. “Hay una visita para usted, señora,” dijo, mirando a Alina.

¿Quién podría entrar en este momento? Miró el reloj. Siete de la tarde. ¿Podría ser Yegor? Deberían ir a St. Rose, pero ella no tenía ganas de hacer nada.

Se levantó lentamente y salió al pasillo.

“El caballero no quiere entrar,” dijo la doncella, encogiéndose de hombros.

Alina asintió, abriendo la puerta y levantando los ojos hacia a...

El duque.

Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que el mundo a su alrededor temblaba. El frío le llegaba a la cara, recuperándole el aliento.

Samuel estaba de pie, ancho y alto, con el pelo peinado hacia atrás, los ojos, miríadas de sentimientos, quemando el espacio entre ellos.

Su forma era tan querida para ella que todo su cuerpo se agitó en respuesta. No podía respirar. Agarró la manija de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos, cualquier cosa para no tentarse a correr a sus brazos.

“Alina.”

Esa voz, baja y suave, envolvió su corazón como una espesa niebla.

Cerró los ojos para evitar que la cabeza le diera vueltas.

"Por favor, no me rechace." Su susurro llegó como una súplica mientras daba un paso hacia ella.

Abrió los ojos y vio un fantasma. Su voz pertenecía a las noches, su rostro al día. Había traído consigo el sentimiento de vergüenza que coloreaba sus mejillas de rojo y la sensación de hogar, donde su corazón se sentía en paz. Necesitaba huir de él, pero sentía que le flaqueaban las rodillas, porque quería correr hacia su abrazo.

Esto era una tortura. Un paso más y podría alcanzarlo con la mano, pero no hizo nada.

"¿Podemos hablar?" preguntó en voz baja. "Si esta es la última vez, que así sea. Pero necesito decirle muchas cosas que no sabe."

Últimamente había habido muchos días extraños en su vida. Y la mayoría de ellos tenían que ver con él. Esta era otra noche extraña mientras ella lo conducía a través del vestíbulo de entrada, pasando por las miradas curiosas de la criada.

Rumi salió al pasillo, ladeando la cabeza con interés, luego vio al duque y se congeló, sus ojos pasaron de Alina al hombre y de regreso a Alina.

Alina contuvo la respiración y desvió la mirada. Lo llevó a la pequeña oficina donde el doctor Grevatt atendía pacientes ocasionales y colocó la vela encendida sobre el pequeño escritorio de madera.

Habla. Por favor, habla, susurró su corazón. Todo lo que necesitaba para volver a estar en paz era escuchar su voz.

Se sentaron en las sillas, pero en lugar de estar uno frente al otro, se sentaron uno al lado del otro, frente al escritorio.

Tenía miedo de volver a enfrentarlo, pero débil por las ganas de tocarlo, abrazarlo, presionarlo y saber que todo estaría bien.

Se sentaron uno al lado del otro como lo habían hecho tantas veces en el pequeño jardín de St. Rose. Excepto que esta vez podía verlo todo, la luz de la vela brillaba y se aclaraba en su perfil ceniciento y en sus labios firmemente apretados. Sus ojos ardían como si tuvieran fiebre cuando tomó su sombrero en sus manos, y Alina contuvo la respiración, esperando sus primeras palabras.

“Mi madre murió cuando yo tenía cinco años,” dijo en voz baja.

Y ella escuchó, amando el sonido de su voz. Así fue como la había atraído desde el principio: ella había querido saber más. Excepto que nunca había conocido la historia de un hombre sencillo, un hombre con padres, familia, infancia.

"Lo único que recuerdo es su sonrisa. Probablemente para mejor." Sus palabras llegaron lentamente, pero ella tuvo paciencia.

"Mi padre era un duque típico, menos preocupado por mí como persona, pero más como heredero. Así que cuando llegó el momento de elegir una buena esposa obediente y hacerme cargo de la finca y de la vida perezosa e indulgente de un burgués, salí corriendo. Con los militares, naturalmente. Mi padre nunca dejó de buscarme, así que me uní con un alias. Mi padre murió cuando yo estaba en servicio. No fue una tragedia. No dejó muchos buenos recuerdos, solo dinero. Algunos padres ni siquiera dejan eso."

Alina se giró para mirarlo mientras hablaba. No la miró, sino que miró hacia el escritorio con la vela solitaria, como si tratara de ver el camino que estaba tomando su vida.

"He estado en muchos países. He visto muchas atrocidades. Y lo más difícil de aceptar no fue lo que los humanos eran capaces de hacer, sino tratar de reconciliar la brutal realidad de la guerra que elegí y el brillante esplendor de la sociedad a la que pertenecía."

Tragó saliva con dificultad. Ella lo entendió. Nunca había estado en la guerra, pero había visto la lucha silenciosa en Rusia, donde podías recibir una bala en la cabeza por pensar diferente.

"Supongo que soñaba con una vida mejor. Y en las calles oscuras, lo encontré la noche en que nos conocimos, en sus ojos, en su mirada asustada que había visto en tantos y traté de ayudarlos. Esa misma noche la vi en el baile. Su mirada era valiente e indiferente, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Fingiendo, sabía cómo era, porque así había vivido durante muchos años. Esa noche, decidí que quería saber más sobre usted. Traté de mantenerme alejado, pero

una fuerza invisible me atrajo hacia usted. Otra vez. Y otra vez. Noche y día. Traté de encontrar una razón, pero dejé de tratar de racionalizar, porque me estaba enamorando de usted rápida y profundamente, hasta que no pude recordar un momento en el que no estuviera en mi vida."

Sigue hablando.

Le contó sobre su tiempo en Oriente, la historia del Hindu Kush. Se secó las lágrimas, pero no interrumpió. Le dolía el corazón por él, le dolía su dolor, pero necesitaba saber más.

Así que habló. Y habló. Le había contado muchas historias en sus cartas. Esos habían sido destellos. Ahora tomó su corazón y lo puso en la palma de su mano para que ella lo viera.

Oscuro.

Sangriento.

Hermoso y triste.

Su propio corazón latía en sincronía con sus palabras mientras su vida se desarrollaba ante sus ojos. Sus palabras fueron un río, tranquilo y profundo, que la alejó de la habitación en la que se encontraban.

"Estaba acostumbrado a vivir con dolor. Estaba dentro de mí, oscuro y espeso, repleto de recuerdos cada día. Estaba a mi alrededor dondequiera que mirara. Y soportar el dolor de los demás me ayudó a atenuar el mío. Hasta que el espacio donde solía estar se llenó de oscuridad. Solo una cosa hizo que todo se disolviera: los momentos en los que estuve con usted. Algo más que una oscuridad helada encontró su camino en mi corazón. Fue sanador. Yo vivía de noche, y usted era el amanecer. Cuando llegó a mi vida, no podía esperar un nuevo día mientras estuviera en él. Nunca he conocido el amor verdadero, Alina. Pero si eso significa revivir el horrible pasado solo para tener la oportunidad de volver a verla, entonces lo habría hecho de nuevo para que pudiera llevarme al día en que la conocí. Si eso significa pasar por cien torturas solo para escucharla decir mi nombre, la amo. Si eso significa dar mi vida solo para verla sonreír, la amo, Alina."

Ella se ahogó en sus palabras, sin prestar atención a las lágrimas que corrían por su rostro.

"En el último año," dijo en voz más baja, "me sentí como si estuviera parado en la cima de un acantilado, mirando hacia abajo a un enorme abismo oscuro. Estaba perdiendo el suelo bajo mis pies y cayendo en él. Pero entonces una mano me atrapó y me tiró hacia atrás. Una mano amable y suave que de ninguna manera podría tener tanto poder. Pero lo tenía. Era suya, Alina. Sé que la engañé, pero no era mi intención. Cree que la engañé, pero no podría haber sucedido de otra manera. Fui un cobarde, tratando de aferrarme a usted, sabiendo que si descubría la verdad, me habría alejado. Verá, disfruté

el hecho de que entendiera mi lado oscuro. A pesar de los rumores y los horribles crímenes, muchos de los cuales no me pertenecían, me dió una oportunidad. Pero sabía que merecía algo mejor: un hombre noble y bondadoso, un hombre que pudiera darle la vida adecuada que merecía. Un duque, nada menos."

Respiró hondo y se secó las lágrimas. "¿Habría seguido mintiéndome si no lo hubiera descubierto?" preguntó en voz baja. "¿O se hubiera marchado?"

Bajó la mirada hacia las manos que aún sostenían su sombrero. "Me dejé llevar, Alina. Pero una cosa sé con certeza: nunca me habría alejado. Soy una sombra, ¿recuerda?" Sonrió para sí mismo. "Solo podía esperar que un día saldría a la luz y que me aceptaría tal como era. No quise que sucediera de una manera tan dolorosa."

Él la miró entonces, y ella se volvió para mirarlo a los ojos. La mirada tenía el poder de persuasión mucho más fuerte que las palabras o las apariencias. *La suya* trascendió toda la razón de ella. Hizo que el mundo a su alrededor se volviera tan silencioso que podía escuchar los latidos de su propio corazón.

La luz de las velas brillaba suavemente sobre su rostro. Había soñado con ver la cara de Harlan. Y era la que había visto tantas veces a la luz del día.

Sonrió débilmente. El hombre que luchaba contra los monstruos parecía vulnerable frente a la mujer que amaba. Pero, ¿quién no lo estaba cuando se despojaba de su alma oscura y sucia?

Se había humillado ante ella. El duque. El caballero-diablo. Las lágrimas volvieron a quemarle los ojos al pensarlo. Le llevó la mano a la cara y le acarició la mejilla, la barba incipiente, no la barba postiza y el bigote. Cerró los ojos y se apoyó en la palma de su mano como si su contacto pudiera borrar todas sus preocupaciones, luego tomó su mano entre las suyas y besó sus dedos, como había hecho en la Fiesta Fantasmal.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Abrió los ojos y se encontró con los de ella. "Salvó a mucha gente, Alina. Y usted me salvó a mí. Los mejores momentos de mi vida fueron con usted. Los más tiernos, también. Nunca me he sentido tan vivo como me siento a su lado. Si me dice que me vaya y no vuelva nunca, cumpliré su deseo. Pero me matará."

"Solo necesito tiempo," dijo, apartando la mano, aunque le dolía separarse.

Él asintió, sus ojos la quemaron con algo nuevo: esperanza.

43

LA ARAÑA

Nada estuvo bien esa noche, Padre. Esa debería haber sido la señal. Las calles eran un cementerio. Las casas me miraban con ventanas oscuras como bocas desdentadas. La fría flecha del viento de vez en cuando me hacía temblar. Los callejones oscuros eran mi morada, pero esa noche se sentían hostiles.

Había traicionado la confianza de Alina. La idea de sus lágrimas seguía atravesando mi mente como un cuchillo afilado, cortando todo el camino hasta mi corazón y la boca de mi estómago, enfermándome.

Solo podía culparme a mí mismo. Ciego en mi curiosidad, me había enamorado tan profundamente que creía en la magia y los milagros, pensando que las cosas se arreglarían solas. Si ella no me quería, me quedaría en la ciudad que acogía su presencia, besando los caminos donde pisaba su lindo pie, tocando las superficies que tocaba su mano enguantada.

Me mentí a mí mismo, por supuesto. Después de todo lo que había pasado, perder a la persona que amaba sería una muerte segura. No debería poder seguir. No quería. La idea de que ella no me quisiera era el dolor más grande que había sentido. Como una bala que golpearía mi cuerpo, luego retrocedería y me atravesaría de nuevo, una y otra vez, cien veces. ¿Podría Ud. sobrevivir a eso, Padre? Quería llorar por lo que había hecho.

Hasta el diablo puede llorar, perdiendo a la persona que ama.

Una vez más, me dije a mí mismo esa noche mientras bordeaba los edificios de los callejones oscuros, sabiendo exactamente a dónde iba y dónde encontrar al monstruo cuyo tiempo se había agotado. *Un monstruo más...*

Estaba en el centro de Londres. Mi reloj de bolsillo marcaba las nueve de la noche. El señor Hacksaugh saldría del edificio de Inn Yard a las diez. No tenía tiempo de llegar a mi piso y cambiarme. El circo había terminado. Esta era la última asignación. Y no importaba si era el caballero-diablo o el duque de Ravenaugh sirviendo a la justicia. Quería que esto terminara.

¿Lo ve, Padre? Mi mente no estaba en eso esa noche. Debería haberlo sabido. Debería haberme detenido. Nunca quiso esto, lo sé, pero quería castigar al monstruo que lo había herido.

Cuanto más me acercaba a los suburbios, más oscura se volvía la noche. Mis botas estaban mojadas, mi abrigo de lana a la moda era

demasiado delgado para este clima. Mi traje debajo impedía mis movimientos. Harlan Krow era rápido, confiado y agudo. Pero esa noche no era yo mismo.

Los perros aullaban en las cunetas. Los hombres gemían de dolor. Los borrachos bramaron. Los postigos de las casas golpeaban ruidosamente sus goznes al viento, y los pasos ocasionales y los murmullos en la oscuridad parecían los de fantasmas.

Estaba en Shoreditch, más allá de las calles llenas de artistas, cuando tuve la gélida sensación de que alguien me seguía.

Solía ser bueno con las armas, luego me convertí en un experto con una espada. Las armas podían fallar. No veían a la persona, solo a un objetivo. Una espada, sin embargo, te permite acercarte y mirar al monstruo a los ojos. Te enseñaba a sentir la presencia humana a tu lado. Esa noche, sentí la cercanía de otra persona, pero fue confuso.

Sostenía el cuchillo en mi bolsillo tan fuerte que el mango se sentía caliente. Pronto, su hoja abrasaría al monstruo, hundiéndose en su carne. Nunca pensé en el dolor que sentían los monstruos. Tampoco intenté infligirlo. Simplemente quería liberar a la Tierra de un pedazo más de basura, aliviar el dolor de aquellos que sufrían. Más importante aún, salvar a aquellos que sufrirían en el futuro. Deshacerse de un monstruo era como arrancar un diente malo. Arrancar una maleza. Matar a un mosquito.

No dejaba de oír pasos como si el mismísimo diablo me estuviera observando. ¡Ah, qué ironía! *Yo* era el diablo, ¿recuerda? Sin embargo, algo seguía acechando detrás de mí, como si las sombras de todos los hombres asesinados hubieran regresado para perseguirme.

Este es el dilema, Padre. Ese traicionero Hacksaugh era el hombre con el que tanto deseaba acabar. El hombre, uno de muchos, que le había hecho daño a usted y a muchos otros. Cuando ha visto de lo que son capaces los humanos, cuando ha sido testigo de lo que se hace a los débiles e indefensos, cuando ha aprendido durante más de una década que su propósito era luchar contra un enemigo, ¿cómo puede ver al enemigo y no atacar?

Ah, su Biblia nos enseña a obedecer la ley y el código moral siempre cambiante. Pero, ¿quién lo hará cumplir? ¿Y si los que la establecen la rompen? La Biblia nos enseña a poner la otra mejilla. Pero, ¿qué pasa si sus mejillas están tan en carne viva por el abuso que no le quedan más fuerzas que para devolver el golpe?

Sin embargo, esa noche se sentía mal. Mi filosofía había recibido un golpe y no podía entender de dónde había venido el golpe. Algo me molestaba. Traté de concentrarme en la misión, pero mi mente volvía una y otra vez a *ella*.

Llegué a Inn Yard y me quedé en el edificio que conocía tan bien desde hacía algún tiempo, apoyado en la pared a la sombra, mirando

la puerta. Mi reloj de bolsillo marcaba las diez menos dos. Faltaban dos minutos para que apareciera Hacksaugh.

Salió, se subió el cuello y comenzó a caminar rápido, encorvado y apurado. Lo había visto tantas veces que sabía en qué calle doblaría, dónde se detendría a comprar una botella de ginebra. Calculé su paso mientras lo seguía por las calles oscuras.

Finalmente, tomé una decisión. Esos minutos solían ser los más claros. Mi enfoque se agudizó. Mi agarre del cuchillo se hizo más fuerte. Bajé la cara y respiré profundamente, controlando mi respiración. El viento aullaba en sincronía con los latidos de mi corazón, así era como siempre había sido, el mundo a mi alrededor se sincronizaba con todo mi cuerpo a raíz del ataque. Caminé en silencio, pero decidido, acelerando el paso, como una sombra, siguiendo al hombre en silencio, acortando la distancia rápidamente.

Me moví rápidamente, sin que nadie me notara. Estaba a punto de sacar mi cuchillo.

En ese momento, cuando estaba a pocos metros de mi objetivo, a punto de atacar*, su* rostro apareció de repente tan vívidamente frente a mí que me detuve en estado de shock, mis pies rozando el suelo.

Al sentirme, el hombre se dio la vuelta y se detuvo, mirándome.

Su imagen volvió a flotar ante mí. *Sus* ojos. No reprochando, no, pero tristes y decepcionados.

Su voz como si estuviera en el fondo de mi mente: *"Sanar significa* no *convertirse en el monstruo que te causó dolor en primer lugar."*

Y su imagen se vio de alguna manera empañada por la proximidad de este hombre inmundo.

Yo no pude hacerlo, Padre. Ese momento fue una revelación. Como si la luz hubiera brillado sobre mí, exponiendo toda la fealdad de lo que estaba a punto de hacer.

Me quedé inmóvil, frente al monstruo que se suponía que iba a morir. No se dio la vuelta, como si lo supiera, esperó, listo para dar una excusa. Los monstruos siempre tenían una excusa, si no en su lengua, sí en sus ojos.

"¿Qué quieres?" refunfuñó. Y de repente salió de él una ráfaga de hedor, como la de una alcantarilla o una zanja con un perro muerto.

Di un paso atrás, retrocediendo, como un león sintiendo un animal moribundo. ¿Sabía que los leones no comen carne enferma, Padre?

Estaba a punto de darme la vuelta y marcharme, con las imágenes de Alina en mi cabeza en marcado contraste con las de aquel hombre asqueroso.

Pero me equivoqué, Padre. No era una presa enferma. Era una araña. Una araña que debería haber muerto esa noche.

Y aquí hay una cosa acerca de las arañas, Padre. Pueden atacar en fracciones de segundo. Pueden matar de un solo bocado.

Lo escuché antes de sentirlo. Un gruñido. Un súbito silbido en el aire. Un rápido crujido.

Estaba lleno de pensamientos sobre ella, ¿sabe? Me dejé distraer.

Y en esos segundos, mientras la imagen de mi ángel aún permanecía en mi mente, un dolor agudo y cegador me atravesó el estómago. De repente, el hedor se volvió abrumador, el hombre tan cerca, presionando contra mí, su cara a solo unos centímetros de distancia. Su mano se sacudió y otra puñalada aguda me atravesó, dejándome sin aliento.

El dolor recorrió mi cuerpo, pulsando con más fuerza en ese único punto, como si me hubieran hecho un agujero. De repente, mis rodillas se debilitaron, mis piernas apenas me sostenían mientras intentaba mantenerme erguido.

El monstruo se apartó y se retiró.

Se oyó un grito justo detrás de mí, y el hombre se alejó corriendo.

Pero todo parecía confuso. El dolor me hizo caer de rodillas, en el fango. Había olvidado lo nítido y oscuro que puede ser. Apreté mi mano contra la fuente de la misma, una repentina debilidad se apoderó de mí. Pensé que era el final. Y en ese momento, tuve un pensamiento cobarde: esperaba no morir, porque eso significaba que nunca la volvería a ver."

"Oh, Dios..." El susurro vino detrás de mí. Una voz femenina, suave, murmurando, llamándome por mi nombre. Sí, Padre, mi nombre.

¿Otro ángel?

“Hay sangre,” susurró la voz presa del pánico. La más azul de las sangres es roja cuando se derrama, Padre.

Traté de mirar a mi alrededor para ver su rostro, pero el dolor era tan agudo que me cegó. Solo por un momento, antes de que todo se hundiera en la oscuridad, sentí que unas manos suaves me agarraban para amortiguar mi caída mientras mi cuerpo se hundía en el suelo. La voz de una mujer gritó pidiendo ayuda, y vi la cara que me llamaba por mi nombre.

“Aguante, Su Excelencia,” susurró, y la reconocí.

Tenía cara de ángel, en efecto. Y era del color de la noche más oscura.

44

LA GRAVE NOTICIA

"Alina, *ma chérie*, ¿es tan difícil para ti aceptar al hombre noble? ¡Qué carga quitaría!" Anna Yakovlevna arrulló mitad en francés, mitad en inglés. Trató de hablar más inglés con el argumento de que estaba enamorada del duque. Su acento era más suave, pero de alguna manera demasiado teatral, y eso solo molestaba a Alina.

Alina había llorado al acostarse la noche anterior. Había estado muy enojada. Tan dolida. Tan amarga. Y lo extrañaba tan desesperadamente que sentía que su cuerpo se estaba volviendo del revés.

El mundo seguía sin tener sentido. Harlan era la noche. El duque era el día. Sin embargo, los dos eran iguales.

Yegor le preguntó si Alina quería ir a casa de Grevatt, pero ella le hizo señas para que se alejara. Tomó a Martha y fue a una pastelería francesa en Greek Street.

Londres se hundía en el barro y la miseria. Los caballos salpicaban de barro hasta las rodillas. La gente no estaba mejor. Resbalones y deslizamientos. Los zapatos embarrados. Los dobladillos de la falda empapados y salpicados. Rostros ocultos entre los cuellos y chales levantados. Frentes arrugadas. Ojos apagados.

A Alina le había encantado el mal tiempo. Hasta ahora. Entró en la tienda, seguida por Martha, y exhaló. Olía a pasteles dulces y a azúcar quemada. El calor la envolvió, haciendo que su rostro frío hormigueara ante el cambio de temperatura.

"Lady Bronskaya!" Una voz aguda pertenecía a Lady Agatha, cuya boca arrugada siempre estaba curvada en una sonrisa desdeñosa, pero ahora se estiraba en una sonrisa exageradamente dulce.

Otra más.

"Londres está murmurando, Lady Bronskaya." Deslizó una mirada sobre la estola de zorro, envuelta alrededor de los hombros de Alina, la cara del zorro descansando pacíficamente en su pecho.

"Oh." Alina sonrió educadamente.

"Usted y el Duque de Ravenaugh," dijo la dama, luego se inclinó un poco más. "¿Le propuso matrimonio?" Frunció el ceño.

Alina rio nerviosamente, notando que Martha apartaba la mirada. "Martha, por favor, trae lo de siempre." Estaba a punto de quitarse los guantes, luego cambió de opinión. "¿Se enfadaría la alta sociedad si lo hiciera?" Sonrió fríamente a la dama, evitando la respuesta.

"Oh, estarían devastados por la pérdida de tal hombre ante una dama extranjera. A los ingleses no les gusta compartir, ¿entiende?"

Alina rio ante este patético intento de broma que no era una broma en absoluto. Alina miró a Martha y deseó que pudieran terminar aquí.

"¿Lo hizo?" La voz de Lady Agatha sonaba demasiado ansiosa.

Alina sintió que su corazón se apretaba. "Permítame, Lady Agatha, estamos bastante apuradas de tiempo. Tal vez podríamos encontrarnos para tomar té y charlar en otro momento."

Se abrió paso hacia Martha y, tan discretamente como pudo, la sacó de la tienda sin conseguir lo que habían venido a buscar.

"¿Qué le dijo?" preguntó la criada.

"Mi vida no es asunto de nadie," replicó Alina, pisoteando la nieve derretida hacia el carruaje.

"No lo era. Hasta hace poco, mi señora."

Alina subió al carruaje y se instaló en su asiento, inhalando el aroma a horneado mezclado con el olor húmedo de la nieve sucia y el cuero.

Los pensamientos de Samuel la atraparon repentinamente. Con una ráfaga de viento que se coló en el carruaje antes de que Martha cerrara la puerta. Con el murmullo de la calle fuera de la ventana. Con las sombras que llevaban las huellas de él.

Un pensamiento particular se deslizó en su mente, como una gota de veneno; por alguna extraña razón, no lo volvería a ver. El horror le apretó el corazón con su mano helada. La idea de un mundo que no tenía a Harlan Krow ni al duque en él la dejó vacía. Las lágrimas le nublaron la vista. Iría a él, lo supo entonces.

Inhaló como una persona que se ahoga, jadeando por aire precioso.

Y la vida volvió a tener sentido.

Y la figura montañosa de Yegór en la casa la hizo sonreír cuando él tomó su sombrero y abrigo.

"¿Serás delicado con las pieles, *krasavets*?" Martha le espetó en voz baja, pero no había enojo en sus palabras, solo un temblor cuando sus grandes manos rozaron sus hombros al quitarle el abrigo a la criada.

Alina se rio.

Los sonidos del piano se filtraban por la casa.

"¡Mamá! ¡Estás tocando a Couperin!" Sonrió, entrando en la sala de estar. Su madre no había tocado su canción favorita desde que dejaron Rusia. Nikolai Sergeevich, vestido con una bata de casa y pantuflas, estaba sentado en el sofá, sorbiendo té, con una sonrisa en el rostro.

De repente, Alina se sintió feliz.

¡Sí, volvería a hablar con Samuel! ¡Había mucho más que decir! Había pensado que necesitaba más tiempo, pero simplemente no podía seguir adelante sin él.

Y cuando la idea hizo que su corazón se acelerara, se sentó junto a

su padre en el sofá y envolvió su mano con fuerza alrededor de su brazo.

Yegor entró. “Hay una visita para usted, mi señora,” dijo, mirando a Alina y señalando con la cabeza hacia la puerta.

Su corazón palpitaba de esperanza.

“La chica de la cara del color del carbón,” dijo en ruso, santiguándose mientras caminaban por el pasillo.

La mirada de Rumi era solemne mientras miraba a Yegor con hostilidad hasta que él resopló y se alejó. “Su gracia está en casa del doctor Grevatt” dijo en voz baja.

Alina frunció el ceño. “¿Por qué está allí?”

Rumi tragó saliva. "Fue atacado anoche."

El mundo empezó a girar alrededor de Alina.

"Lo trajimos allí para curar sus heridas, pero..." Rumi bajó los ojos a sus manos cuando el corazón de Alina comenzó a latir contra su caja torácica. "Está inconsciente. Debería venir, señorita Alina.”

Y el mundo se derrumbó a su alrededor.

45

CURACIÓN

El carruaje no se movía lo suficientemente rápido. Alina golpeó el suelo con el pie mientras escuchaba la historia de Rumi.

No pronunció el nombre del caballero-diablo ni una sola vez. "El duque," fue todo lo que dijo.

"Pero ¿cómo?" preguntó Alina desesperada.

"La noche que estuvo aquí, lo seguí cuando se fue."

Alina sacudió la cabeza en estado de shock. La policía lo había estado persiguiendo durante meses. Rumi lo había encontrado en un día.

Alina sintió un cálido toque y miró hacia abajo para ver la mano oscura de Rumi apretando suavemente la suya.

"Estará bien, señorita Alina," dijo Rumi con una suave sonrisa.

Y Alina tuvo que darse la vuelta para que Rumi no viera las lágrimas brotar de sus ojos.

El pasillo en la consulta del Dr. Grevatt olía a especias y moho. "¿Qué es esto?" Alina preguntó mientras se quitaba apresuradamente el abrigo y se dirigía a la pequeña habitación de pacientes.

Sus rodillas flaquearon.

El humo se arremolinaba en el aire de la habitación que se hundía en la penumbra con las cortinas medio cerradas. Una mujer grande con un pañuelo envuelto alrededor de su cabello a la manera de un turbante estaba sentada junto a la cama y murmuraba en un idioma desconocido, agitando las manos alrededor.

Alina se quedó boquiabierta en estado de shock y tragó saliva, acercándose lentamente, tan despacio como si fuera testigo de una ceremonia sagrada no destinada a ser vista a la luz del día.

El duque yacía en una cama que no era lo suficientemente grande para él. Inmóvil. Dormido. Su poderoso cuerpo estaba delineado por la manta fina tirada hasta su pecho.

Había un vaso de líquido maloliente al lado de la mujer junto a la cama, el olor llegando a las fosas nasales de Alina.

Una mano en el hombro de Alina la detuvo antes de acercarse más.

"¿Qué *es* esto?" Alina murmuró en estado de shock.

Rumi la sacó de la habitación.

"Ella es una sanadora," explicó Rumi.

"¿Qué tipo de sanadora?"

"Una bruja."

"¿Una qué?" Alina la miró fijamente.

Rumi tragó saliva con dificultad y desmenuzó un pañuelo en sus manos. "Una sanadora popular. Así las llamamos."

"¿Nosotros?"

"En el sur de África."

"¿De dónde vino?"

"Fui a Mile End esta mañana a buscarla."

"¿El East End? ¡Pero Rumi!"

"Se dice que tiene hierbas que pueden convertir a un diablo en un santo." Rumi intentó una sonrisa que se desvaneció bajo la mirada horrorizada de Alina.

Alina negó con la cabeza. "En tiempos como estos, Rumi. ¡Eres médica!" La sangre latía en sus oídos. "Quizás debería traer a un susurrador de Whitechapel también. Tendremos a todos los sanadores herbales para el duque. ¡Ugh!"

Se giró para ver a la sanadora en la puerta mirándola. Su rostro era más oscuro que el de Rumi, los blancos de sus ojos rojos, aretes del tamaño de una palma colgando hasta sus hombros.

Alina se detuvo, se sintió avergonzada por sus palabras. "Gracias." Asintió y se apresuró a agarrar su bolsa para sacar dinero.

Y cuando Rumi llevó a la mujer afuera, Alina finalmente entró en la habitación de los pacientes.

Oh, Dios.

Tomó asiento junto al duque, esperando que abriera los ojos. Pero estaba inconsciente. Parecía tan tranquilo que Alina se sentía como una espía, observándolo en este momento desprotegido. Bajó la manta y vio que su camisa estaba ligeramente manchada de sangre que se filtró a través del apósito debajo de la prenda.

Sus ojos ardían de lágrimas. El hombre más poderoso de Londres estaba aquí, inconsciente y débil.

"Cambiamos su camisa por una limpia," dijo Rumi.

La voz de Rumi detrás de ella casi la hizo saltar. Alina volvió a subir la manta hasta el pecho de Samuel y miró a su alrededor. Quería abrir la ventana para deshacerse del olor extraño. Deseaba que hiciera más calor. Quería más luz. Y quería que él estuviera despierto.

"Habló en su delirio," dijo Rumi. "Estuvo despierto por un breve momento, pero el Dr. Grevatt le dio láudano."

La voz de Rumi imponía respeto. Alina deseaba estar sola con él. Deseaba que estuviera despierto. Y ocurrió el pensamiento más extraño: durante semanas, había pensado en el duque, había estado en su presencia, pero solo unas cuantas veces tocando su mano, y ahora

yacía medio vestido en la cama de los pacientes.

"Cambiamos el apósito varias veces," dijo Rumi, aún de pie detrás de Alina.

Y Alina sintió celos por un momento de que la joven hubiera pasado más tiempo con el duque en el momento más importante.

¡Oh, qué injusto!

¡Era suyo! Se suponía que debía estar a su lado, ¡pero su orgullo no se lo había permitido!

"El Dr. Grevatt cree que las heridas no son demasiado graves," continuó Rumi en voz baja. "Dijo que la daga podría haberse enganchado en la cadena de oro de su chaleco y no haber penetrado demasiado profundo. Pero le dio láudano suficiente para mantenerlo inmóvil. Porque, ya sabe, probablemente insistiría en irse."

Correcto.

Alina se secó las esquinas de los ojos y torció la cabeza, estudiándolo.

Rumi se movió detrás de ella. "El Dr. Grevatt dice que debería mantenerse sedado durante un par de días."

"Un par de días," repitió Anna en voz baja.

"Lo siento, señorita Alina," dijo Rumi.

Alina finalmente se volvió para mirarla. "¿Por qué?"

"Por la mujer que traje. Debería haberle preguntado. Es solo que... si la ciencia pudiera curar un cuerpo, una mente y un corazón, la gente no necesitaría a Dios ni a mujeres como ella. Si todo estuviera en nuestras manos, no habría necesidad de sueños y esperanzas."

"Rumi..." Alina cerró los ojos, inhalando profundamente para no llorar de nuevo. "¿Puedo quedarme sola con él, por favor?"

Alina pasó el resto del día junto al duque, y por la noche, cuando regresó a casa, fue a su habitación y rompió a llorar.

"Estará bien," le aseguró el Dr. Grevatt antes de que se fuera. "Podría haber sido mucho peor."

Esas fueron las palabras que tiraron de su corazón, haciéndola llorar en la almohada.

Podría haber sido la última vez que lo hubiera visto. Podría haber pasado toda su vida lamentando sus duras palabras.

Al día siguiente, se despertó al amanecer y estuvo en la consulta de Grevatt a las ocho.

"Su gracia se despertó tarde anoche," dijo Rumi. Alina maldijo en decepción. "No estará despierto hasta esta tarde."

"¿Y el vendaje?" preguntó Alina.

"Iba a cambiarlo. El Dr. Grevatt ha ido a St Rose's. Volverá más

tarde para revisar."

"Lo haré yo," dijo Alina con firmeza.

Esto era lo más cerca que había estado de él, de su piel, viendo su torso desnudo, viéndolo tan indefenso y... pacífico.

Desearía que Rumi no la mirara mientras limpiaba su herida, con las manos temblando ligeramente. Lo había hecho tantas veces con otros pacientes, pero esta era la primera vez que tocaba al hombre que amaba. Esto se sentía íntimo. Estudió cada centímetro de su piel, queriendo tocarlo en todas partes, pasar sus manos por sus extremidades, sentir su fuerza.

La voz de Rumi cortó sus pensamientos. "No he tenido la oportunidad de llevar las noticias a su hogar. Dicen que no tiene familia. ¿Su mayordomo, tal vez? Seguramente, él necesita saberlo. Se deben hacer arreglos. Está fuera de peligro. Tal vez quieran llevarlo a su casa."

"Bueno, sí," acordó Alina a regañadientes. Quería que estuviera aquí, cerca de ella, *con* ella cuando se despertara. "Iré a su casa. ¿Te quedarás con él, Rumi? No apartes los ojos de él."

Salió corriendo por la puerta sin ponerse los guantes, tan ansiosa estaba por ir a su casa. Solo había estado allí una vez. Esa había sido la vez en la que él no significaba nada, otra cena. El duque silencioso. El siempre entrometido Van Buren. El espía.

¡Oh, la ironía!

Alina se acomodó en el carruaje y cerró los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás contra la pared. Los recuerdos la inundaron de nuevo.

Esa noche en casa del duque: la conversación con el comandante y el alcalde. Las sonrisas y respuestas conocedoras del duque.

"Una cacería humana."

"Oh, Harlan Krow es muy real."

Su risa.

¡Él sabía!

¡Sabía!

¡Jugaba con la ley y las autoridades, estando justo en medio de todo y riéndose de ellos!

Alina sonrió y se rio, pero de inmediato sintió ganas de llorar.

Esto era increíblemente retorcido.

La forma en que la miró esa noche. ¿Quería ver si le advertiría?

Y lo hizo. Corrió directamente al centro del disturbio, tratando de encontrarlo.

No pudo evitar pensar que era maravilloso. Oh, quería odiarlo por lo que le había hecho. Pero, ¿cómo no podía admirar al hombre que envolvía tan astutamente a la alta sociedad alrededor de su dedo?

El diablo.

Ella sonrió.

Su diablo.

Su corazón se apretó con ternura.

De repente, su vida se llenó de un nuevo significado: cuidar de él, estar con él, encontrar la nueva conexión.

Su casa se veía diferente de día. Pertenecía al hombre que cenaba y bebía con la alta sociedad y jugaba el juego más peligroso a sus espaldas.

La admiración floreció en su pecho con ese pensamiento. Con todos los sentimientos que habían chocado en ella con la noticia, el dolor con el que había vivido en los últimos dos días, un nuevo sentimiento estaba comenzando en su corazón: orgullo.

El lacayo la recibió con la mayor cortesía.

"Necesito ver al mayordomo de su gracia. De inmediato. Es un asunto de urgencia."

El mayordomo, un hombre mayor con cabello gris y rasgos afilados, suavizados por las patillas y la barba, ahora se veía diferente de lo que ella recordaba. Su mirada era demasiado intensa, casi entrometida, como si estuviera al tanto de todo.

"Lady Bronskaya," se presentó ella.

"Mi señora," se inclinó. "Lo sé. Hay mucha charla sobre usted en esta casa."

La sorprendió por un momento.

"Es su gracia." Ella tragó saliva, estudiando al hombre y tratando de averiguar cuánto necesitaba saber. Podría haber enviado una nota, por supuesto. Sin embargo, quería estar cerca de Samuel y en cada parte de su vida. Quería que su personal supiera que ella era la persona más cercana a él. Este orgullo innecesario era bastante...

Bastante desesperado y femenino.

Resopló para sí misma.

De una mujer enamorada.

Su corazón volvió a palpitar con la idea. "Su Gracia está detenido por algunas circunstancias bastante desagradables, temo."

"Por favor, dígame."

"Lo hará él mismo pronto. No pudo escribir, ya ve. Pero está bien, y enviará una nota tan pronto como pueda. No quería que se preocupara porque desapareció sin previo aviso."

El mayordomo la miró como si acabara de inventarlo.

¡Oh, Señor!

"Hasta que Su Gracia pueda escribirle, puede enviar cualquier mensaje urgente a mi casa en Birchin Street—"

"Los Kamenevs. Sí, mi señora, lo sé," terminó con una sonrisa sabia. "Todo está en orden. Su Gracia no tiene nada de qué preocuparse. El Sr. Nowrojee preguntaba por él. De hecho, está aquí con su

mayordomo. Les transmitiré el mensaje."

"¡Oh!"

¿Qué estaría discutiendo el gerente de St James's Hill con el mayordomo del duque? A menos que tuviera que ver con caridad.

Alina era descarada en su curiosidad, pero así era la vida. No era el momento adecuado, pero quería aprovechar la oportunidad y tal vez ayudar.

"¿Puedo ver al Sr. Nowrojee?" preguntó.

"¡Claro! Le diré que está aquí."

Debería estar de vuelta en Grevatt's, cuidando de Samuel. En cambio, estaba en su casa y, sobre todo, tratando de hacer conexiones.

"¡Lady Bronskaya!"

El Sr. Nowrojee era un hombre delgado y bajito en sus cincuenta años. De ascendencia india, su cabello corto y rasgos suaves con grandes ojos amables lo hacían parecer demasiado amigable. Se parecía más a un escritor o un médico que al gerente del proyecto más grande de Londres. Alina lo estudió con diversión mientras se acercaba.

"Sr. Nowrojee." Sonrió con entusiasmo. "Me temo que nunca nos hemos conocido, pero seguramente he oído mucho sobre usted y, de hecho, esperaba que nos presentaran algún día."

Se rio suavemente, estudiándola con curiosidad mientras le besaba la mano. Su sonrisa creció aún más. "Bueno, su belleza es tan encantadora como su acento. Tal como se rumorea."

Ella se rio. Ahí estaba—su belleza, acento, herencia. Todo venía primero.

"Es una persona de ciencia, oí decir," dijo el Sr. Nowrojee, su mirada aún más intensa con las palabras.

Eso era una sorpresa.

"Ah, no estoy segura de lo que ha oído exactamente." Su corazón palpitó con las palabras.

"Que es muy conocedora en el campo médico, por ejemplo. De hecho, se ha usado la palabra *brillante*." Asintió con una sonrisa y se inclinó ligeramente. "Que es mecenas de St Rose y enfermera practicante allí, de hecho." Se inclinó de nuevo, como si estuviera contando cada logro suyo.

Sintió que su rostro se calentaba con las palabras. Si un hombre con tales conexiones y poder no la menospreciaba por hacer lo que hacía, eso era seguramente una promesa.

"Que ayuda al Dr. Grevatt con su investigación sobre el tema del agua limpia y los brotes de cólera," continuó el Sr. Nowrojee. "He oído hablar del Dr. Grevatt desde hace algún tiempo y sé bastante sobre su práctica, pero, para ser honesto, nunca supe de su interés en la sanidad. Me hace preguntarme."

De repente, su mirada fue demasiado intensa, y el corazón de Alina dio un vuelco al pensar que este hombre era demasiado intuitivo.

Sonrió nerviosamente. "Estoy segura de que ciertos rumores pueden ser exagerados. Simplemente lo ayudo. Pero esperaba tener una charla con usted algún día."

El Sr. Nowrojee se rio, y algo en eso—un destello travieso en sus ojos mientras lo hacía—hizo que Alina sintiera que sabía más de lo que dejaba creer. "No creo que esos sean rumores, Lady Bronskaya, ya que provienen de una fuente confiable."

Ella levantó una ceja.

"Samuel." Aclaró su garganta. "Su Gracia," se corrigió. "Fue él quien me habló de usted. Mucho en el último mes. Hemos estado tratando de organizar una reunión, pero nunca llegamos a eso. Y estoy muy encantado. Entiendo que tú y Su Gracia están en muy buenos términos."

"Hemos pasado algún tiempo juntos últimamente, sí." Trató de evitar sonrojarse. "Está detenido por algunas circunstancias desafortunadas, ya ve. He venido a hablar con su sirviente y mayordomo. Y"—se rio y sonrió— "es bastante maravilloso que lo haya conocido aquí."

"Espero que todo esté bien con Su Gracia." Había una pregunta en sus ojos.

"Así será," dijo más tranquila.

"Bueno, Lady Bronskaya, tan pronto como hable con él, organizaremos una reunión adecuada. Más extensa y más centrada. Su Gracia quería darle un recorrido por las instalaciones de St James's Hill. Y esperaba discutir el tema de la sanidad, ya ve." Sus ojos brillaban con esa travesura nuevamente. "Siempre estamos en busca de mentes nuevas y brillantes. Tal vez podamos atraerla desde St Rose Tenemos instalaciones y personal y ciertamente suficiente financiamiento para realizar cualquier investigación que mejore el bienestar de las personas en esta ciudad."

Alina rio alegremente. Eso fue mucho más fácil de lo que pensaba que sería, él aceptando a una mujer de ciencia.

"Estoy segura de que no todos en el campo médico serán tan acogedores con una mujer como usted, Sr. Nowrojee. Lo entiende." Su sonrisa se desvaneció. "Pero sus palabras son halagadoras."

Levantó los ojos hacia él y se detuvo.

El hombre la miraba con cierta confusión, como si hubiera dicho tonterías.

"La única opinión que importa, Lady Bronskaya, es la del Sr. Cassell. Bueno, y la mía. Soy un hombre de ciencia y me gustaría pensar que tengo muy poco prejuicio. Y en cuanto a Su Gracia..."

Ella asintió. "Él es uno de los benefactores."

La confusión volvió a barrer el rostro del Sr. Nowrojee mientras la miraba. "¡Cómo! Seguro que lo sabe."

Frunció el ceño, sin entender.

"¿Saber qué?"

"St James's Hill: la fábrica, el orfanato, la escuela y las propiedades adyacentes." Una sonrisa divertida apareció en sus labios mientras la miraba. "Todo pertenece al duque."

Alina cerró la puerta de su carruaje con tanta fuerza que la ensordeció por un momento. Pero no fue intencional, y no fue tan ensordecedor como la noticia que acababa de escuchar hacía apenas un minuto.

¡Samuel, el dueño de St James's Hill!

Mientras el carruaje se movía bruscamente, Alina se recostó en su asiento y cerró los ojos, tratando de calmarse. La sorpresa no fue tan fuerte como el impacto de darse cuenta de que sabía tan poco sobre el hombre al que amaba.

Si Dios creara a un santo y a un diablo en uno solo, como esas máscaras de dos caras en los teatros, ese sería este hombre. Samuel Cassell.

Se sintió engañada nuevamente. Y tan pequeña en comparación con el hombre que parecía dirigir toda la ciudad.

Los pensamientos la preocuparon durante todo el camino hasta la casa de Grevatt.

Rumi estaba sentada en silencio en el escritorio, escribiendo algo propio cuando Alina entró.

"Todavía igual. Durmiendo," anunció Rumi.

Alina asintió y se dirigió hacia la habitación de los pacientes. La habitación donde Samuel se había confesado. Donde le había contado más sobre sí mismo de lo que ella jamás había sabido. Donde ahora yacía a su merced, y aun así no sabía lo suficiente sobre él.

Entró en silencio. Su gran cuerpo bajo la manta estaba inmóvil, su pecho subía pacíficamente.

Alina tomó la silla y se sentó a su lado.

Estudió cada centímetro de su rostro. Su nariz fuerte, sus cejas gruesas, una de ellas cortada por una pequeña cicatriz. Más arañazos curados rozaban un lado de su rostro. ¿Cómo no los había notado antes? Su barba de dos días no coincidía con esa barba y bigote falsos que llevaba con su disfraz. Pero su cabello, suelto y extendido sobre la almohada, era un recordatorio de su sombra.

Se inclinó y tomó un mechón de su cabello. Su cuerpo se puso rígido como el de un ladrón. No se despertaría, lo sabía, pero su corazón latía emocionado. Y luego frunció el ceño y siguió un mechón

más claro con el dedo índice. Solo uno, destacaba en color, y al subir la mirada, a su cuero cabelludo, vio las raíces grises.

Habían hablado de ello: decían que Harlan Krow tenía un mechón blanco. Ella pensó que era un detalle inventado, como muchos otros. Pero no lo era. Estaba aquí, sus dedos entretejiéndose a través de él: el mechón gris que el duque siempre cubría.

Samuel.

"Sa. Muel," repitió las sílabas, apenas audible, luego las repitió una y otra vez, inclinando la cabeza y estudiándolo.

Un hombre. Un humano roto. Aquel a quien amaba con todo su corazón.

Dos mentiras. Una verdad. Y ella, atrapada en el medio.

Un diablo alguna vez fue un ángel, decía la escritura. Y ella no lo tendría sin su oscuridad, las cicatrices, el coraje audaz y el dolor que continuaba a través de la oscuridad para llegar a la luz.

Con todo lo que aún quería sentir, traición, enojo, dolor, lo que sentía ahora era un alivio abrumador. Estaba vivo. Eso significaba que su corazón aún latía como loco por él. Perdonar era lo que predicaba. Perdonar era absolver a alguien de sus errores. ¿Qué más valía la pena luchar que el amor?

Las sabias palabras de Rumi volvieron a parpadear en la mente de Alina.

Los corazones más fuertes provienen del sufrimiento. Las almas más brillantes de las tinieblas. Las cosas más cautivadoras están cubiertas de cicatrices.

Su corazón latía con fuerza al ver a Samuel Cassell. Susurró palabras de amor. La tentó a apretar la oreja contra su corazón para asegurarse de que seguía latiendo.

Quería decírselo. Quería hablar y oír su voz. Deseaba desesperadamente ver una señal de vida en él, como si su propia vida dependiera de ello.

Ella le diría cómo se sentía.

Pero para eso, necesitaba despertar.

46

RENACIMIENTO

Ardía de fiebre. En los raros momentos en que recuperaba la conciencia, sentía las manos suaves poner compresas en mi cabeza, el dolor sordo y pulsante en mi vientre. Pero volvía a caer en la fiebre, y en ese oscuro delirio que no era nuevo para mí, susurraba su nombre.

Estaba en mis labios cuando finalmente me hundí en una profunda oscuridad. Pero ella estaba en mis sueños, su mano suave me atrapó cuando estaba a punto de caer por un acantilado.

Estaba allí de madrugada otra vez, la visión de ella llegando con la tenue luz del nuevo día que lograba colarse por el hueco de las cortinas que no pertenecían a mi casa.

Era el amanecer: inocencia, luz, un nuevo comienzo.

Volvió a oscurecer, pero mi mente estaba viva. Las luces parpadeaban. Voces. Susurraban. Ronroneaban. Las imágenes de ella. A veces, bailaban como una musa erótica. En otros tiempos, era el rostro de un ángel.

Y cuando volvía en mí, ella estaba allí de nuevo, como una aparición.

Inhalaba profundamente. Entre los olores a cloruro, medicamentos y especias extranjeras, era el aroma de su perfume el que entraba en mí, como un soplo de aire en mis pulmones, llenándome de algo que conocía tan bien.

"Buen día."

Día.

Nunca había estado tan cerca de mí durante el día.

Pero había luz a mi alrededor. Y hacía calor. Pensaba que era un sueño.

Verla sonreírme se sentía como si las paredes que me aprisionaban se derrumbaran a mi alrededor, todas a la vez, pero en silencio, haciéndome mirar con asombro.

Una grieta en el tiempo.

Un cambio de lo que había antes y de lo que será.

Ella.

Mi salvación.

Redención.

Renacimiento.

¿Cuántas palabras sagradas hay, Padre?

Mi cuerpo palpitaba de dolor. Mi cabeza giraba mientras me

movía, tratando de sentarme, pero de inmediato me desplomé cuando perdí mi fuerza.

Mi ángel frunció el ceño con preocupación. "No debería moverse."

Su voz era como una canción de cuna. Me lamí los labios resecos, y ella lo vio, se puso de pie y trajo una taza de té caliente.

Mis dedos rozaron los suyos mientras lo tomaba. Su otra mano me sujetó la barbilla mientras bebía. Ella me tocaba abiertamente, a la luz del día, sabiendo que también lo sabía. Estaba en su mirada tan llena de timidez y bondad que quise morir allí mismo, de modo que la suya fuera la última cara que vería en mi vida.

“Lo atacaron,” dijo, estudiándome. Se sentó a un lado de la cama, y yo quería que estuviera más cerca, mucho más cerca.

Miré a mi alrededor.

“Estás en el piso del doctor Grevatt. La señorita Rumi hizo que lo trajeran aquí cuando lo encontró.”

La señorita Rumi, entonces, el ángel oscuro. ¿Pero cómo?

"Puede quedarse aquí hasta que se mejore. Mejorará, Su Excelencia." Ella sonrió.

“Samuel” susurré. “Es Samuel.”

Ella asintió, una y otra vez, con una niebla de lágrimas en los ojos. “Samuel.”

Mi corazón estaba a punto de explotar. Era la primera vez que decía mi verdadero nombre. Fue un nuevo comienzo, Padre, ¿no cree?

No me importaba lo que ella viera en mí en ese momento. Harlan Krow. El duque de Ravenaugh. Estaba al borde de la muerte, débil, sedado, en la cama de otra persona, incapaz de correr o incluso de pararme como un hombre a su lado.

Estaba tan cansado de esconderme, Padre. Cambiarme de ropa. Ponerme un disfraz. Controlando mi voz en todo momento. Dos carruajes. Dos casas. Dos vidas. Papel de carta barato. Plumas caras. Prendas de moda que cubrían los moretones y las cicatrices. Ser libre por la noche y tener que actuar indiferente durante el día. Castigar a aquellos que usaban el dinero y la autoridad para esclavizar a otros y sentarme con las mismas personas en las cenas.

Los que huyen finalmente se dan por vencidos. No porque sean débiles, sino porque están cansados de correr.

Quería ser yo mismo, fuera lo que fuera que eso significara, sin saber qué parte de mí era mi verdadero yo.

“Atormentó mis sueños,” dije con una voz inusualmente áspera.

Entonces le tendí la mano. Quería tocarla. Un toque: podría dar mi vida por ello.

Miró mi mano y la tomó entre las suyas, acercando sus hermosos ojos a los míos. Decían mil palabras que fueron escritas en sus cartas y dichas en la oscuridad. Y las que aún no se han hablado.

Sus palabras llegaron suavemente, como una confesión. "Tenía tanto miedo de haberlo perdido." Se me apretó el pecho. "Si no lo hubiera logrado, habría perdido no uno, sino dos hombres increíbles. ¿Quién puede decir eso?"

Ella soltó una risita y mis propios ojos ardían en lágrimas.

¿Era esto perdón?

Ella me dio más té. Quería escucharla hablar más. Pero ella se retiró. Traté de mantenerla frente a mí, pero lentamente, minuto a minuto, se iba desvaneciendo. El té, tenía láudano. Y maldije la medicina que se llevaba el dolor, pero también a ella, mientras me deslizaba de nuevo hacia la oscuridad.

47

ATENTAMENTE

Había pasado casi una semana desde la mañana en que Alina había ido a casa de Grevatt y se había enterado de que Samuel se había ido, ya que había mandado llamar a su mayordomo antes.

"Insistió en irse, aunque apenas podía mantenerse en pie," había dicho Rumi entonces.

Asombrada, Alina había regresado a casa y esperaba un mensaje de él.

Pero habían pasado cinco días y no había noticias del duque.

"¿Has hablado con él?" preguntó Rumi, de pie en el pasillo de los Kámenev una tarde temprano. El hecho de que Rumi hubiera ido a la casa de Alina significaba que Alina había hecho caso omiso de sus deberes.

"No has estado escribiendo," dijo Rumi como en señal de reproche.

Alina no respondió, no preguntó si Rumi quería quedarse a tomar el té, y se quedó junto a la puerta durante un rato después de que Rumi se hubiera ido, mirando distraídamente al suelo y perdida en sus pensamientos.

Las voces de Martha y Yegor resonaron en el pasillo de los sirvientes.

"Di mi nombre" susurró Martha."

"Mar-r-ta" repitió una y otra vez el lacayo con su acento tan marcado, con un redoble animal de la «r» y una «t» como una bala que hizo reír a Martha. Los dos salieron al pasillo sonriendo y se detuvieron al ver a Alina.

Alina los estudió por un momento. "Su trabajo está junto a esta puerta, Yegor," le dijo con severidad al lacayo y se alejó.

Inmediatamente se sintió mal por estar enojada.

La suya era una simple historia de orgullo y prejuicio. Sentía envidia de la felicidad de los demás, de la sencillez de la misma.

Su historia con el duque era mucho más complicada. Lo extrañaba desesperadamente. Había pasado una semana desde que salió de casa del doctor Grevatt y ni una palabra de él.

Era el final de la tarde. Alina estaba sentada en el alféizar de la ventana de su habitación, con un libro que estaba leyendo abandonado. Miró fijamente la delgada capa de nieve sobre los árboles. Le encantaba la nieve. Cubría toda la suciedad y la miseria de la caída gris. Los solitarios copos de nieve flotaban en el aire como

polillas.

Esperó. Por él. Por lo que estaba por venir. El crepitar del fuego en la chimenea calmó su corazón dolorido, pero no lo suficiente.

Volvió a sentirse inquieta, se levantó y caminó por la habitación, midiendo sus pasos por el suelo, cuando en el pasillo de la planta baja resonaron un par de pasos pesados y otros más ligeros trotando. Subieron las escaleras, se acercaron a su habitación y detrás de la puerta se oyó un sonido sordo de silbidos y quejas de Martha.

Alina abrió la puerta justo cuando Yegor estaba a punto de llamar.

"Mi señora." Él asintió.

Martha saltó justo delante de él. "Mi señora, se supone que no debe venir a molestarla. Pero él insistió. Porque nunca me escucha."

Alina se puso las manos en la cintura mientras miraba a los dos con reproche.

Martha se volvió hacia Yegor y siseó: "Dije que traería el mensaje." Se acercó a él con la palma de la mano extendida, exigiéndole que se la entregara, y luego se dirigió de inmediato hacia Alina. "¡Dígaselo, mi señora!"

Como los niños.

Alina observaba en silencio.

Martha se volvió para mirarlo de nuevo. Era una chica curvilínea, pero a su lado parecía diminuta y apenas llegaba a sus enormes hombros. "Atiendo a mi señora," le espetó al lacayo. "Tú solo..."

Antes de que ella dijera una palabra más, Yegor se inclinó, puso sus manos en la cintura de Martha y, como si fuera una pluma, la levantó y la colocó detrás de él, luego dio un paso hacia Alina.

"Mi se..."

"¡Cómo te atreves!"

"¡Terminen!" Alina espetó, haciendo que sus dos sirvientes se enderezaran como soldados. Hizo un gesto con la cabeza hacia su habitación y dejó entrar a Yegor mientras él cerraba la puerta tras de sí y bajaba la mirada.

"¿Qué era tan importante para que tuvieras que volver a enfadar a Martha?" Se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar de la ventana, mirando con indiferencia hacia afuera.

"Entrego sus mensajes, mi señora."

Su lealtad era realmente asombrosa, pero a veces autoritaria.

"¿Qué mensajes?", preguntó, súbitamente irritada.

"Ha venido un mensajero de ese tipo," anunció Yegor.

Alina volvió lentamente la mirada hacia su lacayo. "¿Qué tipo?"

"El importante. El duque."

Su corazón traicionero retumbaba como un tambor.

"¡Tipo!" Miró boquiabierta a su lacayo y apartó lentamente el alféizar de la ventana. "¡Yegor! ¡El atrevimiento! *Su gracia* es para ti."

Se aclaró la garganta y bajó los ojos, pasando de un pie a otro.

Tratando de ocultar la excitación que se había apoderado de ella, se acercó y lo estudió con deliberada lentitud. "¿Dónde está tu librea?", exclamó irritada. “¡Y el pelo! Le pediré a Prosha que lo corte. Y esta barba tuya también. De inmediato."

"Martha lo hará."

“Martha lo hará todo por ti ahora, ¿no es así?”

Ella lo miró a los ojos, sorprendida y sumisa. Una montaña de cuerpo, un corazón de oro y la mirada de un cordero. Pero el dolor en ellos... oh, ella estaba siendo dura. Su madre podía gritar y hacer berrinches, pero no era el estilo de Alina. Y ahora ella le gritaba sin razón alguna, como una niña malcriada.

Exhaló pesadamente. “¿Qué dijo el hombre?”

“¿Qué hombre?”

“¡El hombre del duque!” exclamó con impaciencia. “En verdad, Yegor, ¡estás poniendo a prueba mi paciencia!”

"Oh, eso... Ha traído una nota para usted.”

Su corazón se detuvo y miró fijamente al lacayo casi a punto de matarlo.

"¿Dónde está la miserable nota? ¡Yegor!" gritó, lágrimas de irritación brotaron de repente de sus ojos. Arrancó el papel de la mano del lacayo y lo leyó.

¿Puedo hacerle una visita? Si necesita tiempo, puedo esperar todo el tiempo que sea necesario.

Suyo

Samuel.

El corazón de Alina latía como un pájaro atrapado.

Suyo.

Se mordió el labio, reprimiendo los sentimientos que se arremolinaban en su corazón.

Corrió hacia el escritorio y cogió un trozo de papel y un pozo de tinta. Le temblaban las manos. Hizo una mancha de inmediato, maldijo en ruso y tomó otro pedazo de papel.

Quería escribir una carta, o dos, o diez, explicándole todo lo que sentía. Pero ella prefiere decírselo en persona.

¿Por qué tardó tanto? fue la respuesta que le dio a Yegor. "Envíala de inmediato."

"*Slushajus-s."* Con una sonrisa ladeada, Yegor hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. " Al hombre se le dieron instrucciones de no volver sin respuesta."

"¡Bien!" Alina dijo, escondiendo su sonrisa en la esquina del chal que llevó a su boca.

"Ese tipo es insistente, ¿verdad?"

"¡Yegór!"

"Perdóneme, mi señora." Se inclinó casi hasta el suelo con una sonrisa astuta.

"¡Y Yegór!" Lo detuvo cuando estaba a punto de salir de la habitación. "Pídele disculpas a Martha." Levantó una ceja. "Amablemente."

"*Slushajus-s*." Asintió y se alejó pesadamente.

Pasaron minutos mientras Alina caminaba de un lado a otro en la habitación, luego de repente se sintió avergonzada por su respuesta, salió corriendo y trotó hacia el pasillo, llamando a Yegór.

En la penumbra, se detuvo en medio del alboroto, su lacayo y Martha alejándose el uno del otro como gorriones asustados.

Martha alisó su falda.

Alina miró incrédula.

Eso es una disculpa.

"¿Dónde está el mensajero del duque?" preguntó impacientemente.

"Se fue, mi señora." Yegór enderezó su chaleco y miró por debajo de sus cejas.

"No importa," respondió Alina, estudiando por un momento a los dos servidores incómodos, que permanecían con la cabeza baja, y se fue con una sonrisa.

¿Cuánto tiempo tomaría?

¿Hasta la noche?

¿Un día?

¿Dos?

Alina deseó poder acelerar el tiempo mientras subía las escaleras hacia su habitación.

Sonó el timbre en la puerta principal.

Será mejor que lo entienda, pensó en Yegor con inusual irritación.

El menor pensamiento de esta casa la trastornaba de repente, como si fuera una prisión. Ardía en deseos de ver a Samuel. Su corazón estaba listo para saltar y correr hacia su finca o dondequiera que estuviera.

Apenas había cerrado la puerta y arrojado el chal sobre la cama cuando un golpe en la puerta la hizo girar.

Martha entró.

“¿Y ahora qué, Martha?” Alina exhaló, irritada. "Ten piedad. Todo el mundo quiere algo de mí hoy."

Pero los ojos de la criada estaban muy abiertos por la emoción. “Está aquí,” dijo ella, con una sonrisa en la comisura de los labios.

El corazón de Alina se detuvo.

No podía ser.

"¿Quién?"

Acababa de enviar la nota hacía solo unos minutos.

"Su gracia." Martha hizo una reverencia. "Está abajo y pide verla."

El suelo pareció caerse bajo los pies de Alina. Corrió hacia el espejo, se alisó el cabello con varios movimientos espasmódicos, tiró de su corpiño, luego volvió a mirarse en el espejo, captó la mirada nerviosa de Martha y la miró con tanta desesperación que la criada corrió hacia ella y se arrodilló, alisando apresuradamente la falda de Alina y enderezando los cordones. Se puso en pie y sujetó a Alina por los hombros, haciendo un rápido chequeo de arriba abajo.

Las dos asintieron al mismo tiempo, y Alina se apresuró a salir por la puerta, disminuyendo la velocidad mientras bajaba las escaleras, con el corazón acelerado por delante de sus pies.

Samuel estaba de pie en la sala de estar, con las manos entrelazadas a la espalda, como lo había hecho tantas veces antes.

Pero esta vez, Alina quería borrar todo lo que había sucedido entre ellos. Las duras palabras. La rabia. El malentendido. Las acusaciones.

Se dio la vuelta y la vio acercarse y detenerse a varios metros de distancia.

Se miraron el uno al otro en silencio: miles de palabras y noventa días entre ellos.

"¿Cómo se siente?" Sus primeras palabras fueron tan banales que volvió a maldecirse a sí misma. Su cuerpo estaba tan tenso que pensó que se rompería.

Él asintió. Una pequeña sonrisa rozó sus labios. "Bien. Gracias. Y gracias por hacerle saber a mi mayordomo que estaba bien."

Ella asintió, sintiendo que el color se le subía a la cara.

"Y gracias por cuidarme."

La habitación volvió a sumirse en el silencio, cada segundo que pasaba retumbaba en sincronía con los latidos de su corazón.

Dio un paso hacia ella, sin apartar sus ojos.

"Necesité toda mi fuerza de voluntad para no escribirle antes, aunque quería hacerlo," dijo y dio otro paso. "No recuerdo que no habláramos durante tanto tiempo desde que nos conocimos."

Ella sonrió nerviosamente. "Sí."

"Ojalá nunca tengamos que hacerlo de nuevo."

Dio otro paso lento hacia ella, como si temiera asustarla. Podía ver las emociones en sus ojos, una corriente entre ellos llena de sentimientos que solo tardarían un momento en estallar.

"Todo hombre necesita un lugar al que llamar hogar," dijo finalmente, con un discurso lento y mesurado. "Nunca tuve uno. Se convirtió en mi hogar, porque ahí es donde está mi corazón."

El mío también.

Las lágrimas le quemaban los ojos. Apretó las manos frente a ella con tanta fuerza que le dolió, el dolor reprimió las emociones que estaban a punto de desbordarse.

“La verdad es que no sé cómo explicarme de otra manera,” dijo él, sin pestañear. "Excepto que mi título había puesto una milla de distancia entre nosotros. Y en St Rose's, acortamos esa distancia como si nos conociéramos desde hace años. Perdóneme. Era un hombre vulnerable a su alrededor. Un hombre, eso es todo. No un duque. No un villano. Solo un hombre enamorado."

Ella no se movió, no apartó la mirada y se aferró a cada palabra que él dijo.

"Puedo pedirle perdón cien veces si es necesario." Dio otro paso, solo unos metros los separaban. "Puedo decirle cada minuto de cada día que la amo." Tragó saliva. “Pero eso ya lo sabe.”

Sonrió débilmente, sus ojos brillaban con una niebla de lágrimas.

“Conocía mi lado oscuro, pero me miraba con comprensión,” dijo él, dando otro paso y deteniéndose frente a ella. Sus ojos buscaron una respuesta en los de ella. "Por usted, dejaré todo eso atrás." Sintió que un sollozo le sacudía el pecho. "Me entregaré a usted por completo, Alina. Porque nada importa tanto como ver su sonrisa todos los días."

Sus palabras la mataron: un hombre como él se humillaba ante ella.

En ese momento, vio lo que la había atraído hacia él en primer lugar: no la oscuridad o la rectitud o el poder sobre los demás, sino la fuerza insondable de un hombre que había vivido en el infierno y, sin embargo, estaba ansioso por ayudar a los demás.

No era un demonio, sino un ángel oscuro, aunque solo fuera con las alas rotas. Y quería devolverle las alas, hacerle elevarse por encima de todo lo que le había sumido en las tinieblas. Ella tomaría toda la luz del ser y se la regalaría para que volviera a brillar.

Él la dejó sin aliento.

Y él se había llevado su corazón.

Debió de verlo en sus ojos, porque dio el último paso que los separó. Su mano se acercó a su mejilla, rozándola con la más ligera caricia.

“Seré el mejor hombre que pueda,” dijo en voz baja, “así que puede mirarme con orgullo. Quiero pasar el resto de mi vida con usted y hacerla feliz. Porque sin usted, Alina, no hay vida."

Trató de no pestañear, pero una vez que lo hizo, las lágrimas se derramaron por su mejilla. Un sollozo la sacudió. Ella asintió, sin estar muy segura de a qué se refería.

Le llevó la otra mano a la cara y le secó suavemente las lágrimas.

“Le he pedido que se case conmigo una vez,” dijo. "Y usted dijo

que no." Sonrió débilmente. " Pero eso fue hace una eternidad, o eso parece. Así que le lo vuelvo a preguntar. ¿Me hará el honor de ser mi esposa?"

Ella sonrió entre lágrimas. "Si aún no ha convertido esta ciudad en un caos, *esto* lo hará."

Él soltó una risita, sus ojos seguían buscando una respuesta en los de ella. "¿Es un sí?"

Una miríada de emociones ardía en ellos. Y si no viera esa mirada todos los días, su vida sería una mera existencia.

"Es un sí" susurró. "Sí. Sí." La respuesta fue aterradora y liberadora a la vez.

Y antes de que ella pudiera decir algo más, él la rodeó con sus brazos, y su boca se posó en la de ella en un beso que fue el más dulce pero el más importante hasta el momento.

Él.

Siempre había sido él.

Su gusto.

Su calidez.

La sensación de que el mundo se quedaba quieto cuando él estaba a su lado.

No había ningún roce familiar en su barba y bigote. La tersura de su piel era nueva. Pero los labios tenían la suavidad de los oscuros minutos que habían pasado juntos.

Fue un beso de rendición.

Confesión.

La respuesta final.

Su beso se profundizó, su lengua se sumergió en suaves y lentos movimientos, haciendo que su cabeza diera vueltas. No quería que esto terminara. Nada se comparaba a su cercanía, como si la protegiera del resto del mundo. No le importaba qué rostro pertenecía al hombre que amaba. Porque cuando cerraba los ojos, lo reconocía por su voz y su tacto, la forma en que la besaba como si fuera una fuente de vida, y la forma en que la apretaba contra él como si sin ella en sus brazos colapsara.

"Lo extrañé tanto," susurró ella.

"Nunca podré dejarla ir," susurró él de vuelta, besando su sien, mejilla, mandíbula. "No lo haré."

Y ella se perdió de nuevo, como siempre lo había hecho, en sus caricias, sus labios suaves que la encontraron de nuevo, llevándola con pasión lenta pero ardiente. Él apartó sus labios de nuevo y enterró su rostro en su cabello, inhalando ruidosamente, su mano en la parte posterior de su cabeza, presionándola más cerca.

Él no usaba colonia. Y no olía a la lluvia ni a las fogatas. Sin embargo, ella conocía el olor de su piel que solo olía en momentos

como este, cuando estaban en los brazos del otro.

Su aroma llenaba sus fosas nasales.

Hacía que su piel vibrara.

Hacía que su cuerpo se volviera débil en un dulce anhelo.

Ella se apartó y torció la cabeza, estudiando su rostro. "Su Gracia...", susurró.

Una sonrisa tiraba de la comisura de sus labios. "Lady Bronskaya." Él acarició su mejilla con el dorso de sus dedos, luego bajó su frente hacia la suya.

"Estoy perdiendo la razón con usted, Alina," susurró él. "Me estoy perdiendo en usted. No soy un hombre religioso, pero estaba rezando para que sintiera lo mismo."

Ella cerró los ojos, disolviéndose bajo su tacto. "Lo haremos funcionar, ¿verdad?"

Ella lo quería.

Esto.

Ellos juntos.

"Tendremos que hacer promesas," dijo ella. "Hay cosas que no son fácilmente aceptadas. No a la luz del día."

Cuando abrió los ojos, los suyos estaban tan cerca que sus sentimientos se filtraron en su corazón, haciendo que se apretara con ternura.

La puerta de entrada se cerró de golpe. El sonido de pasos resonó en la entrada. La voz de Anna Yakovlevna gorjeó a Yegór. Su voz susurrante siguió. Nikolai Sergeevich la llamó desde su estudio.

Toda la casa intentaba mantener a Anna Yakovlevna alejada de la sala donde estaban Alina y el duque.

Pero sus pasos ya se acercaban con una velocidad asombrosa.

Alina se apartó del duque en el mismo momento en que su madre se deslizaba en la sala de estar.

"¡Ah! ¡Su Gracia!"

Anna Yakovlevna se rio como si acabara de ser coronada reina mientras se acercaba al duque. Se quitó el abrigo y lo entregó a Yegór, quien se apresuró tras ella. Sus ojos se desviaron hacia Alina.

"*Dusha moya,*" se detuvo sorprendida, entrelazando las manos, notando las lágrimas de su hija. "¿Qué pasa?" susurró, sus ojos se desviaron hacia el duque.

"Está bien, Mamá. Estábamos hablando." Alina se ruborizó y tiró de los dobladillos de sus mangas.

"Señora Kameneva." El duque se inclinó con gracia y una sonrisa.

Dios, ¡Alina amaba cómo pronunciaba los nombres rusos!

Anna Yakovlevna se rio como una jovencita cuando él besó su mano. "¿Se unirá a nosotros para cenar, Su Gracia?"

Él miró a Alina y sonrió, bajando la mirada. "No estoy seguro—"

"Sería agradable," Alina dijo precipitadamente.

Él volvió a encontrarse con su mirada esperanzada. "Entonces me encantaría."

"¡Ah, maravilloso!" Anna Yakovlevna lanzó las manos al aire. "¡*Dunyasha*!" gritó por la criada. "¿Dónde está esa muchacha insolente?" Ella salió de la sala de estar. "Haz los arreglos—" Su voz se desvaneció y luego regresó. "¡Oh, eso es simplemente espléndido!" En un momento, estaba de vuelta en la habitación. "Su Gracia, ¿qué ha estado haciendo? ¡No lo hemos visto en un tiempo! ¿Verdad? ¡Oh, cómo lo ha extrañado Alina!"

En efecto.

La comisura de sus labios se elevó en una pequeña sonrisa.

Nikolai Sergeevich entró, evaluando la situación con su habitual sonrisa amable. Alina lo miró con una súplica, y él entendió.

"Su Gracia, ¿qué piensa de los últimos cambios en el Parlamento?"

Y mientras su padre y el duque entablaban una pequeña conversación, al fin comenzó a sentirse tranquila.

Finalmente, la cena estaba lista en el comedor. Alina solo se preguntaba cómo y cuándo Prosha había tenido tiempo para prepararlo todo: crepes con caviar sevruga, champiñones marinados con tomillo y clavo, perdices asadas con ciruelas secas, dumplings de cordero. Lo que complacía a Alina era el hecho de que el duque estuviera cenando con ella y sus padres. Lo que la divertía era que Harlan Krow estuviera aquí, comiendo los dumplings de Prosha. La aristocracia se habría ahogado con sus propias palabras.

"Espero que disfrute de nuestra humilde cocina," dijo Anna Yakovlevna con coquetería teatral.

Nikolai Sergeevich levantó la vista al duque. "Ahora sabe de qué se tratan todos los rumores."

El duque se rio, pero de repente se quedó callado, luego puso sus cubiertos y miró a Nikolai Sergeevich. "Señor Kamenev, señora Kameneva, le he pedido matrimonio a su hija," dijo en voz baja.

La habitación se sumió en silencio.

Dunya, que estaba sirviendo Nalifka, se detuvo como una estatua con la jarra en la mano.

Alina tragó nerviosamente, tan nerviosa como la primera vez que había escuchado esas palabras. "Dije que sí." Su corazón se apretó.

Anna Yakovlevna estalló en exclamaciones de alivio y lo que parecían ser lágrimas que se limpió con una servilleta.

Nikolai Sergeevich sonrió suavemente, mirando a Alina con curiosidad.

Dunya salió corriendo de la habitación para difundir la noticia, y en un momento, la imponente figura de Yegór se cernió en las puertas abiertas en la penumbra del pasillo mientras estrechaba su mirada en

el duque.

Y Alina encontró los ojos de Samuel.

Mientras sus padres decían algo, el mundo de repente se quedó en silencio mientras estudiaba a su caballero-diablo.

Su mirada en ella era la de un santo.

48

LA BODA

Anna Yakovlevna tomó un enorme collar de diamantes entre sus manos y lo estudió con orgullo.

"No lo llevaré, ¡Mamá! Ocupa la mitad de mi pecho," trató de argumentar Alina.

"Tonterías. Estas son nuestras joyas ancestrales." Su madre ya estaba envolviéndola alrededor del cuello de Alina.

"Grita riqueza."

"¿Qué te gustaría que gritara? ¿Huérfanos?" Anna Yakovlevna dio un paso atrás y observó a su hija con una sonrisa satisfecha.

Alina llevaba un sencillo vestido de novia de seda. El escote bajo pero modesto ahora estaba acentuado con el lujoso collar de setenta y cinco diamantes. Su cabello estaba recogido hacia atrás y sujeto en un moño como siempre había sido su moda, y un pequeño sombrero blanco con flores pequeñas sujetadas en el lateral de su cabeza.

Las dos semanas previas a la boda fueron las más felices que Alina había tenido. Los días estaban llenos de la presencia de Samuel, paseos por la ciudad, cenas, conversaciones, muchas más de ellas. Su mirada había sido tan abiertamente tierna que Alina se sentía excitada solo con estar en su presencia. Y los días en los que había estado ocupado con los negocios, le enviaba cartas, directamente a la casa de los Kamenevs, en papel perfumado, pero con esa escritura inconfundible que ella conocía tan bien.

No podía esperar al día de la boda, estar a solas con él, finalmente ser suya. La ceremonia era solo una formalidad.

"Estás fascinante," dijo Anna Yakovlevna, juntando las manos en su pecho como si estuviera rezando mientras observaba a su hija en el espejo con lágrimas en los ojos.

Alina sonrió nerviosa. Su corazón comenzó a latir con fuerza ante la idea de bajar por el pasillo. Si hubiera dependido de ella, se habría casado con un vestido sencillo sin joyas. Sin invitados. Solo Samuel y ella.

Pero no importaba.

Porque cuando, una hora después, entró en la iglesia, no le importó ver a los cien invitados que cancelaron sus planes a tan corto plazo para presenciar la unión más comentada. No prestó atención a los susurros y los jadeos, las miradas hambrientas y los intensos escrutinios.

Nikolai Sergeevich sonrió suavemente mientras la llevaba por el pasillo, la cálida luz de cientos de velas brillaba y se reflejaba en cada superficie del recinto sagrado.

Todos los ojos estaban puestos en Alina.

Los suyos estaban en el hombre que estaba al final del pasillo.

Su corazón golpeaba al verlo.

El cabello negro de Samuel hasta los hombros estaba suelto y cuidadosamente colocado detrás de sus orejas. La mirada del duque. La sombra del caballero-diablo.

Esto era una declaración y una revelación, su secreto solo conocido por los dos.

Dos hombres en uno.

De ella.

Sus ojos estaban solo en el otro cuando su padre llevó a Alina hasta su novio y se detuvo a su lado.

Con suavidad, Samuel tomó la mano de ella en la suya, y ella deseaba no estar usando guantes para que, en este momento especial, pudiera sentir su tacto.

¿Estás bien? decía su mirada.

Alina sonrió.

Quería que todos desaparecieran. Quería que su voz fuera la única que escuchara.

El clérigo comenzó un discurso bien practicado que era mundano para los demás. Su voz se desvaneció mientras ella y Samuel estaban frente al pastor, pero giraban sus cabezas para mirarse el uno al otro. Sus votos parecían haber sido sellados por un destino extraño. El hombre de la iglesia era solo una formalidad.

No rompieron el contacto visual cuando el pastor pidió a Samuel que repitiera las palabras sagradas después de él. Lo hizo, con los labios curvados en una sonrisa.

Sus ojos eran piscinas de lágrimas mientras ella repetía las mismas palabras.

"Hasta que la muerte nos separe."

La muerte fue lo que los había unido. A veces, los momentos más oscuros llevaban a los más hermosos. La suya era una historia de redención.

Alina intentó no parpadear, por temor a que las lágrimas se derramaran por sus mejillas.

"Puede besar a la novia," dijo el pastor.

Samuel se acercó, tomó su rostro entre sus manos y inclinó su frente hacia la de ella. "No me gusta verte llorar," susurró.

"Estoy feliz," susurró ella de vuelta, el aire entre ellos ardía con ternura y pasión que estaba oculta por sus vestimentas formales.

“Mientras lo esté, duquesa mía.”

Su beso fue el más suave hasta el momento.
Pero eso fue mucho mejor.
No quería compartir su amor con los demás.
Era suyo y solo suyo.

49

OSCURIDAD Y LUZ

La chimenea encendida irradiaba calor, pero Alina temblaba mientras Martha la ayudaba a ponerse un lujoso camisón, blanco y semi-transparente, rozando su cuerpo desnudo de manera reconfortante. Alina estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Había estado esperando esta noche. Pero con Martha a su lado, sonriendo intrigantemente y acariciando el cabello suelto de Alina, se sentía como si fuera un ritual.

El dormitorio del duque era grande y acogedor, con una gran cama y alfombras mullidas. Pero docenas de velas lo hacían demasiado brillante para el gusto de Alina. Demasiado brillante para esta noche...

Un golpe en la puerta hizo que la sonrisa de Martha se convirtiera en una mueca mientras se apresuraba hacia la puerta y desaparecía detrás de ella, dejando entrar al duque.

Alina contuvo la respiración.

Su corazón se aceleró cuando él se acercó, echando un vistazo a su camisón. Él sonrió. Sus ojos buscaron en su rostro como si intentaran descifrar lo que sentía. Ella bajó la mirada, una sonrisa nerviosa tirando de sus labios.

Él se quitó la chaqueta. La habitación parecía demasiado silenciosa. Cada movimiento susurraba seductoramente y hacía que su cuerpo se tensara con anticipación temerosa. Había conocido su cercanía antes. Pero cuando se acercó y tomó su mentón entre sus dedos, levantando suavemente su rostro para mirarlo, su mirada la quemó hasta lo más profundo con el conocimiento mutuo: ahora pertenecían el uno al otro.

Se inclinó y presionó sus labios contra los suyos en un suave beso.

"Por fin," dijo.

"Llevó su tiempo." Ella sonrió mientras él la besaba de nuevo.

Sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura, acercándola a él mientras estudiaba su rostro. Parecía que no tenía prisa, y ella estaba agradecida.

"¿Cómo estás esta noche, mi duquesa?" Él besó su sien, luego su frente, su ceja, su mejilla, haciéndola reír. Ella deslizó sus manos por sus brazos, sintiendo sus músculos y sintiéndose pequeña y frágil junto a su forma alta y amplia.

"Estoy bien." Ella levantó sus manos y acarició su cabello. "¿Y tú?"

Las palabras parecían inútiles, pero lentamente unieron todo lo que

los había mantenido separados.

"Estoy feliz," dijo, su mano deslizándose por su espalda en una suave caricia.

Con suavidad, ella entrelazó sus dedos en su cabello, sacándolo de detrás de sus orejas y llevándolo por los lados de su rostro.

El toque de su caballero-diablo. El rostro del duque.

Los dos hombres no eran el mismo.

Todavía no.

No en su mente.

Ella sonrió tímidamente. Y cuando cerró los ojos y enterró su nariz en el hueco de su cuello, acariciando sus hombros, él volvió a ser su caballero-diablo, el aroma sin duda era suyo.

Sin embargo, sin la oscuridad, era como una aparición. Y ella se sintió mareada por esa desconexión. Su corazón se hinchó de amor, pero le dolió esa tormenta interior.

Sus dedos acariciaron su espalda a través de su camisón. Como si sintiera su malestar, él presionó sus labios contra su sien. "¿Estás nerviosa?"

Ella asintió.

"No tienes por qué estarlo, ángel."

Pero ella no quería abrir los ojos. Todo lo que quería era sentir.

"¿Podemos apagar las luces?" preguntó suavemente.

"¡Las luces!

¡Las luces, Padre!

¡Mi duquesa quería estar en la oscuridad!

¡Oh, qué ironía!

Se casó con un duque, pero echaba de menos a Harlan Krow.

¿Quién podría culparla? Me lo hice a mí mismo. Y quise matarme en ese mismo momento por haberla atormentado tanto, porque todavía no podía ver a los dos hombres en uno.

Pero eso estaba bien. Podía ser lo que ella quisiera: un duque, un caballero-diablo, un monstruo, un villano, un pecador, un amante, todo en uno. La curaría con mi amor. Tenía tanto de eso que me estaba destrozando por dentro.

Llevaba su lujoso camisón de algodón, bordado con hilos dorados, y una pequeña cruz de latón colgando de su esbelto cuello. Su cabello castaño rojizo estaba suelto, era fuego, su mirada tan tímida, pero me quemaba hasta convertirme en cenizas.

Sabía que esa sería la última vez que nuestras miradas se encontrarían esa noche. Pero ya la había torturado con eso demasiadas veces. Las tornas habían cambiado.

Me dolía el corazón, pero caminé alrededor de la habitación, apagando todas las velas, hasta que el dormitorio se hundió en la tenue neblina del fuego lento de la chimenea. En la oscuridad, volví a ella y la tomé en mis brazos.

Ahora sabía cómo se había sentido todos esos meses: queriendo ver mi rostro, mirando fijamente a la oscuridad solo para escuchar mi voz. Tomé sus suaves labios en un beso, derritiéndome bajo los suaves movimientos de su lengua, compartiendo con ella esa dolorosa comprensión.

Pero el dolor se podía curar con amor, me lo había dicho una vez.

El calor de su cuerpo contrastaba con el frío del suelo. Quería mantenerla caliente, tomar sus pies en mis manos y calentarlos con mi aliento. Ella era mía por el resto de mi vida, y de repente quise ser inmortal.

Sus manos sobre mis hombros me quemaban con su dulce caricia. Mis propias manos recorrieron lentamente su cuerpo, deslizándose arriba y abajo de ella, tratando de relajarla.

"¿Mejor?" susurré, mordisqueando su cuello, cuidando de no ir demasiado duro y rápido.

"Sí," respondió ella, jadeando apenas audible ante mi tacto.

Bese sus preocupaciones lejos, inhalando su aroma y perdiéndome en mi deseo por ella. Apenas podía contener mi necesidad. Mi erección tensaba mis pantalones. Deseaba que ella fuera tan apasionada como yo para que pudiéramos devorarnos mutuamente.

Poco a poco, me despojé de todas mis prendas, luego levanté el borde de su camisa, la subí sobre su cabeza y la arrojé a un lado.

Ahí estaba.

Mi duquesa.

Deseaba poder verla por completo. Pero nuevamente, la oscuridad era una maldición. La maldición que ella me devolvía. Éramos dos sombras en el débil resplandor de la chimenea.

La apreté contra mí, disfrutando de sentir su cuerpo desnudo contra el mío. Mi erección presionaba contra su vientre, y eso ya era suficiente para llevarme al límite. Pero quería hacerla perder la razón por el placer antes de alcanzar mi propio clímax. Así que procedí lentamente, como una serpiente seduciendo a Eva, acariciando su piel suave como la seda, cálida como el sol de la mañana. Encontré su boca y la sellé con un beso, suave pero profundo.

Sus labios se volvieron necesitados y en cuestión de segundos. El beso nos ahogó a ambos. Mis manos recorrieron su cuerpo, descendieron hasta sus caderas, luego subieron, a lo largo de las curvas de sus senos llenos, rozando sus pezones erectos, hasta su cuello y su cabello.

Quería saborearla en todas partes.

La empujé hacia atrás en la cama y me puse encima de ella. Mi boca dejó besos por su pecho y sus senos. Tomé uno de ellos con la palma de mi mano, mientras mi boca se posaba en el otro, lamiendo su pezón que deseaba lamer de su piel.

Ella gimió y se arqueó hacia mí.

Mi ángel.

Me deseaba. Tomaría tiempo, pero la oscuridad ya estaba liberando su deseo. El poder de eso era innegable, porque habíamos olvidado dónde estábamos y solo teníamos los recuerdos de cuánto habíamos deseado esto.

Besé mi camino por su cuerpo, con mis manos aprendiendo cada curva en el camino.

Dejé pequeños besos en su estómago, sonriendo ante la forma en que se movía de placer bajo mis labios.

Mi largo cabello cepilló su piel mientras dejaba besos ligeros en sus caderas. Separé sus muslos y besé la piel tierna alrededor de su sexo.

Mi cabello se deslizó a lo largo de su hendidura y acarició la carne sensible allí.

Ella inhaló bruscamente.

Oh, sabía lo que estaba haciendo. El caballero-diablo había vuelto. Y mientras besaba y lamía sus muslos internos, me aseguré de que mi largo cabello acariciara su sexo, preparándola para mi invasión.

Estaba mojada, un océano entre sus muslos. Los mechones de cabello que rozaban su sexo ya estaban empapados con su miel. Y cuando mis dedos rozaron sus rizos suaves, ella gimoteó y susurró algo en su lengua.

Dejé que mis dedos viajaran hacia abajo hasta su sexo y la acaricié suavemente, apenas tocándola. Ella gimió, rodó las caderas y se empujó hacia mi mano. Sonreí, mis labios ni siquiera habían llegado a su parte más íntima aún.

Ambos ardíamos de necesidad. Ella ansiaba mi toque. Y yo quería saborearla en todas partes, marcarla con mis labios, hacerle saber que cada célula de su cuerpo pronto estaría bajo mi comando.

La besé entre sus piernas, luego separé los labios de su sexo con mis dedos y pasé mi lengua por su costura.

Los gemidos de placer de las mujeres son hermosos, Padre. Los suyos eran como una dulce melodía: jadeos, susurros, lo que sea que mi ángel murmurara en su lengua mientras besaba y lamía su carne.

Mía.

Tomé su clítoris entre mis labios y lo tiré suavemente, una y otra vez, luego lo lamí lentamente, sintiendo su cuerpo temblar bajo mi lengua.

Quería saber qué le gustaba. Quería saber sus gustos. Quería sentir la textura de sus rincones más íntimos e invadirlos, sabiendo que era

mía.

Le había rogado a su Dios durante tanto tiempo que me permitiera tenerla, Padre. Le había pedido muchas veces que me diera una oportunidad.

Finalmente, esa noche, yo era un hombre que reclamaba a su mujer. Y con todos los poderes que tenía sobre mí, yo tenía ese: otorgarle el placer y hacer que se olvidara de todo lo que había fuera de nuestro dormitorio.

Tenía el cuerpo de una diosa. Acaricié su piel de seda. Separé sus delgadas piernas. Moví mi lengua en su húmedo núcleo, ahogándome en el dulce aroma que llenaba mis fosas nasales.

Ella gimió. Sus dedos se entrelazaron con mi espeso cabello que se extendía sobre sus muslos. Me deleité con su carne, hundiendo mi lengua en ella lenta y rítmicamente, deslizando hacia arriba y hacia abajo, y luego rodeando esa protuberancia sensible en el centro. Jugué con ella, arrastrando mi lengua sobre ella en largos golpes, luego la sacudí, la tomé en mi boca y tiré de ella suavemente.

Estaba aprendiendo sobre ella.

Despacio.

Pacientemente.

Toque a toque.

La oscuridad mezclada con sus suaves gemidos era de lo más erótica. Todo se hinchó y se calentó. Mi polla estaba dura como una roca y goteando. Apoyé las caderas en la cama, y si lo hubiera hecho rítmicamente, me habría corrido allí mismo. Fue un milagro que durara tanto como lo hice.

Pero esa noche no se trataba de mí. Quería complacer a mi ángel. Yo adoraba su cuerpo, y a ella le encantaba. Olvidar no es perdonar. Pero esa noche le hice olvidar su vergüenza y sus preocupaciones.

Amasé su sexo con mis dedos y besé y mordisqueé su carne. Me la bebí como un hombre sediento. Era un desvergonzado. Y podría haber sido nueva en esto. Pero estaba oscuro. Y las tinieblas desnudan la razón y sólo dejan los sentidos.

Hice el amor con su sexo como lo había hecho antes con sus labios: primero con cuidado, sondeando y luego cayendo en un ritmo. Sus gemidos se hicieron más intensos. Su sensible capullo se hinchó ante mi insistencia. Mi lengua la conocería de memoria. Se hincharía con el simple roce de ella. Quería que cada célula del cuerpo de mi duquesa cantara bajo mis labios. No era un experto, pero ella me volvía loco. Y si necesitaba extraerle un perdón, usaría mi lengua, mis labios, mis manos y mi miembro para hacerlo, y haría que olvidara quiénes éramos.

Tembló en su primer clímax, moviendo sus caderas contra mí. Mi dulce ángel supo dejarlo ir. Besé su sexo suavemente para calmarlo,

luego besé sus muslos sedosos, mis dedos jugaban con la textura de sus suaves rizos, deslizándose hacia sus pliegues de vez en cuando y aumentando su necesidad nuevamente.

Besé sus caderas y la parte inferior de su vientre, impacientándome mientras recorría su cuerpo con la boca. Agarré sus pezones con mis labios y la hice jadear.

“Por favor,” susurró. "Te necesito."

Mi ángel me suplicaba, Padre.

Ella estaba tan abierta a mi amor. Y esa noche ella estaba abierta a su hombre, carne andante, sin importar su pasado o presente.

Acerqué mis labios a los suyos que me amaban mientras me besaba exigentemente.

Sin sus pieles y faldas, parecía tan pequeña bajo mi gran cuerpo, y esperaba no lastimarla mientras flotaba sobre ella, acomodándome entre sus muslos.

Sus piernas se abrieron más. Movió las caderas, su sexo rozó mi dureza que tanto necesitaba una liberación. Dentro de ella. Moliéndola. Haciéndola mía.

Sus manos se deslizaron hacia mis caderas, tirando de mí hacia ella.

“Estoy aquí, amor,” susurré.

Presioné la punta de mi polla contra su entrada, casi derramándose al sentirla, y ella me empujó.

Mi ángel quería mi polla, mi mente se oscureció de lujuria. Quería verle la cara, pero estaba demasiado oscuro. Así que apreté mis labios contra los suyos suavemente, pero sin besarla, para poder sentir su cálida exhalación cuando finalmente entré en ella.

Ella me deseaba, y eso era todo lo que necesitaba saber cuando empujé dentro de ella.

¿Se está sonrojando, Padre?

Puede escuchar confesiones atroces sin inmutarse. Sin embargo, las descripciones explícitas de la clase más sensual destrozan su cordura, ¿no es así? Cuestionan su fe en el celibato. Lo persiguen como demonios a los que lanza sus oraciones con la esperanza de que lo dejen en paz.

Está bien.

Todos somos humanos.

Esa noche yo era un hombre enamorado, hambriento de mi mujer. Me pongo duro solo de pensarlo. Y soy un hombre difícil de impresionar. Disculpe el juego de palabras.

Habló de Dios, Padre, pero nunca dijo que Dios era éxtasis. ¿Qué sienten las monjas cuando se pierden en sus santas oraciones? Esa palabra es de tu escritura, Padre. Solo tiene un significado. Y Dios debe estar allí cuando dos amantes se pierden el uno en el otro.

Tomé a mi ángel tan despacio como pude esa vez. Mis estocadas estaban calculadas. Mi pasión contenida. Acaricié sus pechos, besé la piel alrededor de sus pezones, los tomé en mi boca, y cuando ella gimió, me moví hacia arriba, atrapando sus gemidos con mi boca, sin detener mis embestidas.

"Mi Alina," murmuré, deseando que ella escuchara mi voz.

"Sí," susurró, con sus manos recorriendo mi cuerpo con dulzura.

"Mi duquesa," susurré mientras conducía mi miembro dentro de ella, aumentando gradualmente el ritmo. Ella conocía mi voz tan bien, y esperaba que eso la ayudara a sanar.

Conduje mi miembro dentro de ella una y otra vez. Sus piernas se abrieron más y más. Ella gemía. Mi largo cabello negro barría su piel, y ella lo entrelazaba como si fuera la seda más fina que hubiera sostenido en sus manos. Su cuerpo se entregaba a mí, y yo me deleitaba en la forma en que me recibía.

Había fantaseado con hacer tantas cosas sucias con ella. Pronto lo haría, lo sabía. Pero nada comparado con estar entre sus piernas, con mi miembro hundiéndose en su cálido interior.

Adentro y afuera.

Adentro... y afuera...

Adentro...

Af...uera...

Los sonidos de nuestra carne chocando eran suaves y eróticos. El crepitar del fuego en la chimenea resonaba con nuestros jadeos y gruñidos. Traté de mantenerme concentrado, pero mi mente se descontrolaba ante la sensación de su cálido y apretado sexo apretándose alrededor de mi dureza, mis caderas entrando en contacto con sus muslos cálidos, golpeando y frotándose juntas. Me adentraba más dentro de ella y pausaba solo para sentir cómo se moldeaba en mi eje, luego reanudaba las embestidas.

Antes había pensado que ella era mi locura. Hacer el amor con ella me hizo darme cuenta de que no sabía ni una fracción de eso.

Besé sus pechos. Lamí sus pezones. Mi boca recorrió su pecho y encontró el punto de metal frío. Pasé mi lengua por ese pequeño crucifijo de latón, una y otra vez, hasta que la cuerda se retorció, y se hundió en la almohada debajo de ella.

¡Dios y sus símbolos!

Conduje con más fuerza dentro de ella para demostrar mi punto.

Ella gimió.

Ella era mía.

"No duraré mucho," murmuré, sintiendo que mi clímax se acercaba.

"Sí," susurró distraída, arqueándose bajo mi peso pero sin alcanzar ese pico que yo quería que alcanzara.

Mantuve el ritmo, embistiéndola dentro y fuera, mi miembro listo para explotar. Deslicé mi mano entre nuestros cuerpos y encontré su pequeño y sensible botón. Y cuando comencé a frotarlo suavemente, ella gimió fuerte y empujó sus caderas para encontrarse con las mías.

"¿Te gusta eso?" murmuré, mareado por la excitación.

"Sí..." Su voz se tensó mientras susurraba. "Por favor, no te detengas. No pares."

Y entonces ella estaba ahí, mi ángel. Su mano se aferraba a mi cabello, atrayéndome hacia ella. Hundió su lengua en mi boca en el beso más feroz hasta el momento. Y de inmediato, se dejó llevar y gritó, empujando su sexo contra mi miembro y mi mano, deshaciéndose de la manera más hermosa.

Mi deseo se desató. Conduje dentro de ella con más fuerza esta vez hasta que el calor explotó en mi ingle y derramé dentro de ella en una última embestida. Enterré mi gruñido en su cabello, habiendo alcanzado el clímax apenas después de que ella alcanzara el suyo. Y fue perfecto.

Éramos perfectos.

Me desplomé sobre ella.

Nuestros pechos se frotaban mientras jadeábamos. Levantó las rodillas y me envolvió con las piernas como si quisiera atraparme en su abrazo para siempre.

"Te amo," susurré en su cabello, sin estar seguro de si me había escuchado.

Los rastros del éxtasis estaban disminuyendo en mi cuerpo. Nuestros corazones latían al unísono. No había nada entre nosotros excepto nuestro amor. Y ese pequeño crucifijo de latón que colgaba de su cuello.

El diablo. El ángel. Y ese pequeño crucifijo tonto.

Quería esperar a que se moviera. Pero permaneció inmóvil y frotó mi cabello con el suyo. Y yo permanecí lo más quieto posible para poder sentir eso: sus labios frunciéndose para presionar suaves besos en mi cabeza, besando esos mechones oscuros. Nada se sentía mejor que estar en sus brazos.

Mía.

Y entonces su voz llegó, suave como si resonara mis pensamientos. "No quiero dejarte ir." Sus muslos se apretaron alrededor de mis caderas.

Mi corazón casi explotó de amor. "No lo hagas," susurré, moviéndome para encontrar sus labios. "Nunca." La besé lentamente.

Sus labios estaban húmedos, calientes y deseaban los míos.

Me gustaría pensar que la había curado esa noche.

¿Alguna vez ha oído hablar de que el diablo cure a un ángel, Padre?

Finalmente nos separamos. La acurruqué bajo mi brazo, manteniéndola cerca. Miré hacia abajo la suave luz anaranjada de la chimenea que iluminaba nuestros cuerpos, y era difícil creer que no éramos un sueño.

Me embriagué de su cercanía, deseaba que el mundo se detuviera para poder sumergirme en este sentimiento: el suave acariciar de sus dedos en mi pecho, el calor de su aliento mientras susurraba: "Por fin te tengo."

No podía dejar de tocarla. La había besado sin vergüenza, lamiéndola como un salvaje, y ahora la quería de nuevo. Estaba demasiado consciente de su cuerpo contra el mío, su mano en mi pecho, mi desnudez excepto el anillo de bodas. Sonreí, decidiendo nunca quitármelo. Era mi nuevo comienzo, y significaba mucho más que el banal juramento matrimonial en tu iglesia, Padre.

Yacimos así durante algún tiempo, acariciándonos mutuamente.

"Te quise tanto tiempo," dijo ella, su confesión tan excitante que sentí cómo se endurecía mi sexo. "Por las noches, pensaba en nosotros tantas veces."

Noche. Nosotros. Sabía a qué se refería, y su franqueza me puso la piel de gallina.

Me incliné y besé la parte superior de su cabeza, luego levanté su rostro para encontrar su boca.

Sus manos estaban en mí otra vez. Con un solo toque, estaba duro como una roca de nuevo.

"Si sigues hablando así," murmuré, "tendré que tomarte de nuevo."

No debería haber dicho eso. La primera noche, y ya estaba reclamándola.

"Me gustaría eso," susurró apenas audible.

Pequeña provocadora.

Y la bestia lujuriosa había vuelto.

La volví de bruces, haciendo que chillara de deleite. Me subí encima de ella, cubriendo su cuerpo con el mío.

"Me estás volviendo malo, mi duquesa," gruñí.

Aparté su cabello hacia un lado y besé la nuca de su cuello. Ella se arqueó y empujó sus dulces glúteos contra mí. Mi miembro estaba duro, presionando en la hendidura entre sus montículos sedosos, y el calor líquido del deseo recorrió mis venas. Acaricié sus pechos y besé sus hombros y espalda, frotando mi cuerpo contra el suyo.

"Dime qué hacías cuando pensabas en mí," susurré.

Ella empujó su trasero contra mi miembro. Mi pequeña zorra rusa no lo admitiría.

"Dime, ángel," insistí, abriendo sus piernas con mis rodillas.

"Dime," repetí, moviendo mis caderas para presionar la punta de mi miembro contra su entrada.

"Me tocaba pensando en ti," susurró.

Y me hundí en ella en un movimiento rápido.

Ella gritó. Yo gruñí. Y el mundo una vez más se disipó en ese único y dichoso sentimiento de estar dentro de ella.

Dicen que la primera vez es locura. La segunda es persecución. La tercera vez es una revelación.

Volví a tomarla más tarde esa noche y le hice el amor lentamente, estudiando la sensación de estar dentro de ella, besándola y mordisqueándola, y susurrando la dulce inmundicia que resonaba en sus labios.

Pero mi dulce ángel pidió misericordia. Ella se rio cuando lo hizo, y la solté y la besé para que se durmiera mientras se acurrucaba en el pliegue de mi brazo.

Teníamos una eternidad juntos. Y parecía que no era suficiente.

50

SILENCIO

Alina se escapó a la mañana siguiente. En la tenue luz del amanecer que se filtraba por la rendija de las cortinas, salió de la cama y se puso apresuradamente su camisón.

Miró la cama donde su esposo yacía boca arriba, con un brazo aún envuelto alrededor del espacio vacío donde la había acunado.

El corazón de Alina se hinchó al verlo.

Escabullirse estaba mal. Pero la idea de estar desnuda con él a plena luz del día, para que él viera todo de ella, la llenaba de pánico.

La oscuridad era fácil para perderse. Anoche, el amor y la lujuria se habían enroscado en ellos con una fuerza asombrosa, enredándolos como enredaderas cuando hicieron el amor.

Sin embargo, temía que Samuel la tomara a plena luz del día y viera incertidumbre en sus ojos. No quería arruinarlo. Podía estar despierto, pero si lo estaba, ciertamente no lo demostraba, yacía quieto, su caballero-diablo perfectamente tranquilo en la neblina matutina.

Ella sonrió y salió de la habitación en puntillas.

Martha ya estaba en el vestidor de Alina.

"¿Se levanta temprano?" Alina sonrió mientras se sentaba en el diván, esperando a que Martha mezclara el agua caliente para bañarse.

Alina no quería bañarse. No quería lavar su olor o las huellas de su deseo que aún cubrían sus muslos y vientre. Quería regresar a la habitación, deslizarse bajo las sábanas y acariciar su cuerpo fuerte hasta que gruñera tan deliciosamente bajo sus dedos y envolviera sus brazos musculosos alrededor de ella, abriéndola de cualquier manera que considerara adecuada.

En la oscuridad.

Pero era mañana, y necesitaba enfrentar la realidad.

"¿Cómo fue?" La mirada curiosa de Martha se posaba de vez en cuando en Alina mientras esta pasaba el paño por sus curvas, pensando en él.

"Bien," dijo Alina, sonrojándose al recordar.

"¿Qué tan bien?" La criada curiosa insistió.

"Silencio," la silenció Alina, deseando demorarse otro minuto más en los recuerdos de ella y Samuel entre las sábanas.

Más tarde, caminó por los pasillos matutinos de su nueva casa; los

muebles tan escasos como si nadie viviera aquí. Ella cambiaría eso, pensó con una sonrisa mientras recorría habitación tras habitación de la planta baja, asintiendo a los ocasionales sirvientes.

Entró en la biblioteca, una vasta sala llena de libros, una ventana de dos pisos de altura de piso a techo, que dejaba entrar la abundante luz que iluminaba las tres paredes llenas de estanterías de arriba abajo, dejando una pequeña abertura para la puerta.

Alina caminó alrededor con los ojos abiertos, sin aliento ante su belleza, y trazó con los dedos los lomos de los estantes inferiores.

"Supongo que esta será tu habitación favorita."

La voz de Samuel la hizo girar.

Se veía aún más guapo, llevando pantalones grises oscuros y una simple camisa de lino. Sin chaleco. Sin cadenas. Sin pomada. Su cabello estaba nuevamente suelto, pero cuidadosamente metido detrás de sus orejas.

Dos hombres en uno, la estaba dejando acostumbrarse a él.

"Mi segunda favorita," tartamudeó sin pensar.

Después del dormitorio...

Esperaba que él no preguntara y apartó la mirada de los libros, deseando que su rubor se desvaneciera.

"Hay traducciones y originales de Europa del Este," dijo, caminando lentamente hacia ella.

"¡Oh! ¿Has leído alguno?"

"Gógol, sí," dijo él.

Su corazón palpitó de sorpresa. "Un genio ucraniano," produjo una risa emocionada. "Es mi favorito."

Samuel se acercó a ella, y sus manos tocaron ligeramente su cintura. Le plantó un suave beso en la mejilla. La informalidad de eso la excitó y la dejó sin aliento. ¿Cómo podía ser lo mundano tan especial?

"¿Pasas mucho tiempo aquí?" preguntó, levantando los ojos para encontrarse con su mirada sonriente que ardía con todo el conocimiento de su noche.

"Sí," la estudió por un momento. "El desayuno está listo."

Y el desayuno era una gran habitación llena de luz, dos criados, y una larga mesa de madera de cinco pies que los separaba. Demasiado larga. Comentarios ocasionales. Sonrisas y miradas persiguiéndose mutuamente.

Alina no podía pensar con claridad. Intentó calmarse y deshacerse de los pensamientos de él desnudo a su lado.

"Samuel," dijo, poniendo su taza de té abajo.

"Dilo otra vez." Su mirada era juguetona cuando se encontraron con los ojos de él. "Mi nombre. Dilo otra vez." Su sonrisa se hizo más amplia.

Ella rio entonces, apartando la mirada y sacudiendo la cabeza, luego frunció los labios y parpadeó coquetamente.

"Samuel." Fingió seriedad, aunque su sonrisa se convirtió en una mueca cuando él se recostó en su silla, estudiándola abiertamente.

"La señorita Rumi y yo queríamos preguntarle si nos daría un recorrido por St James's Hill."

Asintió, la picardía disipándose en su mirada. "Ya lo he arreglado. Esta tarde, ángel."

Ángel.

Le costó toda su fuerza de voluntad no arrastrarlo por las escaleras de regreso a su dormitorio.

51

LA COLINA

Alina envió una nota al Dr. Grevatt, contándole sobre el viaje a la colina, y ardía de anticipación en el camino hacia la consulta del doctor.

Se sentó junto a Samuel en el carruaje y se maravilló del hecho de que ella era su esposa.

Su cercanía era distractora.

"El Sr. Nowrojee está extremadamente emocionado por tu visita," dijo él, con voz calmada y suave. Ella quería escucharlo hablar. Más que nada, le encantaba observarlo, observar sus movimientos, la forma en que sonreía y asentía.

"Espera hasta que conozca al Dr. Grevatt y a la Srta. Rumi." Ella sonrió.

"Estoy seguro de que todos se llevarán bien." Samuel se volvió para mirarla. Su mirada recorrió su rostro por un momento, haciéndola demasiado consciente de sí misma. "Deberíamos cenar. El Sr. Nowrojee y varios otros caballeros de la colina, el Dr. Grevatt, la Srta. Rumi, por supuesto." Sonrió. "Tú y yo."

Tú y yo.

Las palabras hicieron que su corazón se agitara.

Ella inclinó la cabeza, estudiándolo. "¿Por qué llevas la barba? Tan oscura por la noche y tan meticulosa durante el día."

La pregunta estaba fuera de lugar, pero tenía tantas.

"La barba me recuerda la guerra y el pasado," se apartó y miró por la ventana. "Pasamos tanto tiempo en los desiertos, sin gente alrededor, que no nos importaba cómo lucíamos. Y Harlan... me han llamado así la mitad de mi vida. Solo que no aquí, en esta ciudad." Se volvió para encontrarse con su mirada. "Me gusta pensar que fui más noble en los días de la guerra de lo que nunca fui como el Duque de Ravenaugh."

Ella entrecerró los ojos al tener un pensamiento repentino. "¿Cuál era tu apellido en el servicio?"

"Hill."

Asintió, confirmándolo. "¿Y el nombre de pila de tu mejor amigo Krow?"

"James."

"Harlan Hill. James Krow. Debes haberlo querido mucho."

La sonrisa de Samuel fue fantasmal. "Era un humano raro que

podía sanar a otros con una sonrisa. Es un don. Tú también lo tienes, Alina."

Estaba tan cerca. Y esa tristeza estaba de nuevo en sus ojos. ¡Y ella era su esposa, por el amor de Dios! ¡Era su deber hacerlo feliz, y ella deseaba tanto que esa tristeza desapareciera!

Se inclinó, tocó su rostro con su mano enguantada y lo besó suavemente en los labios.

Se apartó y apartó la mirada, avergonzada por esa muestra de afecto.

"¿Alina?"

Ella no respondió, frunciendo los labios.

"¿Estás bien?" él preguntó.

"Sí." Sonrió nerviosamente. "El beso... Cuando estás a mi lado, me cuesta concentrarme en otras cosas."

Ella rio. Ahí estaba—su confesión coqueta.

Sintió que sus dedos tomaban su mentón y giraban su rostro hacia él. Sus ojos ardían como los de un amante desesperado. Se desviaron hacia sus labios. Los de ella hacia los de él.

Y él la besó.

Sus manos se envolvieron alrededor de su cintura y la acercaron.

Más cerca aún.

El beso se profundizó.

Dios, ¿cómo era posible desear tanto a alguien?

Para cuando el carruaje se detuvo frente a la casa del Dr. Grevatt, Alina estaba lista para dar media vuelta y regresar a casa, llevar a su esposo arriba, cerrar las cortinas y hacer que él hiciera cosas descaradas con ella.

Estaba sonrojada, arreglándose el vestido, mirando de reojo a Samuel, quien solo sonreía, sin apartar los ojos de ella.

¡Oh, Dios!

¡Este hombre sería su perdición!

Este fue el primer beso tan apasionado a plena luz del día, el beso tan desenfrenado que cuando el cochero golpeó la puerta, ella se apartó de Samuel y sintió como si el mundo girara a su alrededor con una velocidad asombrosa. Estaba jadeando. Sus prendas interiores estaban empapadas. Y le costaba encontrar una respuesta cuando Samuel dijo: "Me gusta cuando me besas primero."

Ella evitó su mirada, aunque no pudo ocultar una sonrisa cuando el doctor y Rumi se unieron a ellos en el carruaje.

Solo era cuestión de semanas y de repente todas las personas de su vida se estaban juntando.

El Dr. Grevatt se sentó frente a ellos y sonrió. "Es un honor, Su Gracia." Parecía inusualmente alegre y enérgico, y Alina esperaba que no tuviera uno de sus episodios hoy.

"Espere hasta que conozca al Sr. Nowrojee," sonrió Samuel. "Él es el verdadero rey de la colina. Sin él, nuestras grandes ideas no serían posibles. El dinero puede comprar muchas cosas, pero la compasión y la visión son los signos de la verdadera nobleza."

Junto al Dr. Grevatt, Rumi estudiaba al hombre que había salvado con interés. Ella era una de las muy pocas que conocía el secreto del duque y aún no había hablado de ello.

El viaje al East End se pasó discutiendo financiamiento y St. Rose. Cuando llegaron a las puertas de St. James's Hill, las calles estaban llenas de gente y sucias, la cerca y la puerta alineadas con vagabundos y mendigos. La nieve de principios de diciembre era inexistente aquí. Todo lo que quedaba de ella era barro y una helada mordaz.

"No nos robarán aquí, ¿verdad?" bromeó Alina, bajando del carruaje, y de inmediato lamentó sus palabras.

Samuel le tomó la mano y la rodeó con su brazo, dándole una mirada traviesa. "Recuerdo que hiciste un viaje aquí en tiempos peores y de noche."

Ella suprimió su sonrisa y el sentimiento de ligera vergüenza al mencionar esa noche. ¡Qué locura fue, en verdad!

"Y no," Samuel agregó mientras la llevaba y al resto a través de las puertas, abiertas para ellos por el portero. "Conmigo, no te robarán en ningún lugar. Menos en los barrios bajos."

El Sr. Nowrojee ya estaba en el pasillo hablando con un superintendente y varios enfermeros. Se alegró al ver a los visitantes entrar. Había asistido a la boda de Alina y Samuel. Aunque ella no recordaba haberlo visto allí. Ni a nadie ni nada, de hecho, el día había sido completamente absorbido por Samuel y lo que estaba sucediendo entre ellos.

El Dr. Grevatt y Rumi fueron presentados. Aunque fue Rumi y el Sr. Nowrojee quienes dijeron al mismo tiempo: "Creo que estuvieron —" y se rieron.

"En la boda de Su Gracia," terminó el Sr. Nowrojee.

"Sí." Rumi sonrió.

"Aunque no tuvimos la oportunidad de hablar." El Sr. Nowrojee se inclinó ligeramente hacia ella.

"No, no lo hicimos, ¿verdad?" Rumi asintió en respuesta, sus ojos se encontraron por un momento.

"¡Por aquí!" El Sr. Nowrojee señaló elegantemente hacia el final del pasillo. "Su Gracia, ¿le importa si tomo el control? Le mostraré nuestro edificio hospitalario, luego nuestro reformatorio y la escuela. Tenemos una parroquia en el recinto, aunque es pequeña, y estamos empezando

a aceptar más personas de afuera. Luego, si estás interesado, podemos dar un paseo corto a los talleres. Ve, los tres primeros edificios están conectados por pasillos. Los talleres están separados, pero están dentro del área del complejo."

Y mientras seguían al Sr. Nowrojee, con Samuel detrás de ellos, Alina sintió como si estuvieran sumergidos en un mundo diferente.

No era el número de personal, que superaba cualquier otro establecimiento similar, ni el número de camas en el edificio del hospital, las habitaciones limpias y con olor a medicina en lugar de enfermedad y decadencia, lo que impresionó a Alina.

No era el número de niños, mal vestidos pero limpios y con una apariencia más o menos saludable, ni el orden y la disciplina que parecían gobernar en el lugar como en ninguna otra escuela—tres pisos de altura, con un personal de cinco maestros y más por contratar, según el Sr. Nowrojee.

No eran los talleres, ni los hombres y mujeres jóvenes que parecían concentrados y entusiastas, ni los ancianos que estaban ocupados como todos los demás, ni el gran número de personas en el edificio—un mundo en sí mismo, pero organizado, limpio y espacioso.

Era el sentido general de pertenencia, tener un hogar y, además, tener una oportunidad lo que dejó a Alina maravillada.

Se sintió como en un mundo mágico donde las cosas eran perfectas, y si no fuera por la tristeza ocasional o la desesperación en los ojos aquí y allá que insinuaban pasados traumáticos, esto podría ser, de hecho, un cuento de hadas.

"Lo que nos esforzamos por hacer es trabajar en la jerarquía de los puestos," explicó el Sr. Nowrojee. "El personal profesional y capacitado está en nómina. Aquellos que vienen de la calle y quieren ser voluntarios a cambio de comida y refugio ayudan de forma gratuita. Sí, tenemos refugios construidos en la parte trasera del complejo principal. Pero dejan mucho que desear. No iremos allí."

"Esto es increíble, Samuel," dijo Alina en voz baja cuando el Sr. Nowrojee estaba intercambiando palabras con el Dr. Grevatt y Rumi, llevándolos a otro pasillo y dejándola a ella y a Samuel solos. Se giró para mirar a su esposo con admiración y asombro que no podía y no quería ocultar más. "Eres un santo," susurró.

Samuel sonrió, sacudiendo la cabeza. "Simplemente tengo mucho dinero y no hay dónde gastarlo."

"Oh, eres... imposible." Quería besarlo. "¿Por qué no me has contado sobre esto?" Señaló alrededor.

Él acarició su mejilla con el dorso de su dedo índice. "Es fácil seducir con amabilidad, Alina. Mucho más difícil es ser apreciado por tu verdadero ser."

Apartó la mirada. Estaba cansada de esta filosofía. Quería amar a

este hombre por ser él mismo. Y su verdadero yo era hipnotizante. Lo amaba tanto antes de saber de su título y esto: miró a su alrededor y sonrió feliz.

Un hombre mayor entró por una puerta lateral, cantando y arrastrando un montón de telas o prendas de vestir.

Samuel asintió con la cabeza. "Dicen que solía ser un soprano talentoso en el Teatro de la Ópera de Shoreditch. Luego perdió a su esposa. Se volvió loco. Perdió su trabajo, luego su lugar. Empezó a cantar en las calles, y el dinero que conseguía, solía venir a Old Nichol, donde había crecido, y paseaba por la noche, pasando pan a los niños sin hogar." Samuel sonrió mientras daba varios pasos lentos hacia el hombre, Alina siguiéndole. "Se enfermó una vez y no pudo reponerse. Casi se estaba muriendo fuera de las puertas de la Colina. Fue entonces cuando uno de nuestros mayordomos lo recogió. Nunca abandonó la Colina. Está a cargo del reformatorio. No necesitas una mente sana para eso. Pero la música puede curar, supongo."

Como si escuchara, el hombre de repente se volvió. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Samuel. Para cuando se acercó para agarrar las manos de Samuel, su sonrisa se había convertido en una mueca.

“Samuel, hijo mío,” dijo, con los ojos casi traslúcidos llorosos y el pelo gris hasta los hombros. "¡Estás aquí! Hay que decírselo. No me escucharán."

Samuel tomó las manos del hombre con una sonrisa, parpadeando lentamente. “Buenos días, señor Pagody.”

"No-no-no. No me escuchan. Tienes que decírselo, Samuel,” suplicó el hombre, agarrando las manos de Samuel con insistencia. "Hay niños afuera de las puertas. Por la noche." El hombre murmuró y miró hacia algún lugar fuera de las ventanas brillantes. "Puedo escucharlos por la noche. Cantan para llamar la atención. Pero maldito Jacob, perdón, señora,” se volvió hacia Alina para disculparse y continuó, “¡no saldrá a la calle! Háblele un poco de sensatez, ¿quiere? Los niños siempre se van al amanecer. Siempre se han ido," repitió el hombre.

"Se hará. Claro." La amable sonrisa de Samuel se hizo más amplia. "Sr. Pagody, quiero que conozca a alguien." Se volvió hacia Alina, atrayendo la atención del anciano hacia ella. "Esta es mi esposa, Alina Cassell."

El hombre se quedó paralizado, estudiándola como si acabara de fijarse en ella. “¡Pero Samuel!” Se volvió para mirar al duque. “¿Un ángel?”

Alina y Samuel rieron en sincronía mientras el hombre se giraba para mirar de uno a otro con una sonrisa perdida.

“Es un buen hombre,” dijo Samuel cuando por fin se alejaron. "Su mente está empeorando."

“¡Señor Cassell!” Otra voz fuerte resonó por el pasillo. Una anciana se dirigía hacia ellos. Entonces alguien más se detuvo a saludarlos.

“¿Señor Cassell? ¿Samuel?” ¿Así es como te llaman? Alina miró a su marido divertida.

Sonrió. Le encantaba que se riera más a menudo en estos días.

"La mayoría de la gente aquí no sabe quién soy," respondió con una sonrisa tímida. "Tampoco conocen mi título, y no les importa. De hecho, si lo supieran, tal vez nunca me hablarían como lo hacen. Es mucho más fácil cuando te rebajas al mismo nivel, supongo. Por ellos y por mí. Siempre lo es, ¿no?”

Su mirada la penetró hasta lo más profundo.

¡Dios, cómo amaba a este hombre! Su humildad, por encima de todas las cosas.

Para ella, él era su Samuel. Para otros, él era su gracia. Sin embargo, algunas de estas personas le hablaban como si fuera un buen amigo.

Una chica en particular llamó su atención. Captó la mirada de Alina desde el otro lado del pasillo y sonrió, asintiendo, luego vio a Samuel, y todo su comportamiento cambió como si el sol hubiera brillado sobre ella.

"¿Quién es ella?" preguntó Alina.

El duque siguió su mirada y sonrió cálidamente. "La niña de las flores."

Los ojos de Alina se clavaron en él. "Pero ella sabe..."

Se encogió de hombros. "La fe también puede ser un arma, supongo."

Asintió con la cabeza a la chica, que sonrió, mirándolo como si hubiera visto a Dios, y Alina juró que vio lágrimas en los ojos de la chica.

“¿Viene aquí a menudo el vizconde de Leigh?” se preguntó.

El duque se echó a reír. "A él no le gustan esos establecimientos. Es un hombre maravilloso, pero no está hecho para ayudar a los pobres."

"Pensé que era mejor amigo de él," dijo Alina.

"Es uno de los más cercanos, sí. Aunque no es mi mejor amigo," respondió él.

"¿Quién es entonces? Tengo curiosidad por saber quién es el hombre que valora por encima de todos", preguntó Alina.

"John Pearse," dijo él, su sonrisa desapareciendo lentamente. "El reverendo John Pearse."

"¡Un reverendo!" Alina lo miró con admiración. "¿Lo conocí en la boda? Perdone. Lo olvidé. Me gustaría conocerlo."

"¡Señorita Alina!" La voz de Rumi la hizo girar la cabeza. Rumi, el Dr. Grevatt y el Sr. Nowrojee bajaban las escaleras con sonrisas en sus rostros.

"¡Es espléndido! ¡Muy espléndido!" seguía diciendo el Dr. Grevatt mientras el Sr. Nowrojee los llevaba a todos afuera al patio.

"Fuera de esa valla hay otra propiedad que está siendo desarrollada," explicaba el Sr. Nowrojee, su mirada casi siempre dirigida a Rumi, quien sonreía con coquetería. "Su gracia la adquirió hace poco más de medio año. Las casas antiguas serán derribadas, se construirá el nuevo desarrollo y los residentes serán reubicados en las nuevas viviendas. Tomará algo de tiempo. Mientras tanto"—se giró para darle a todos una sonrisa misteriosa—"este año es la primera vez que colocamos un árbol de Navidad para los niños y los trabajadores del colina. Siguiendo el ejemplo de su alteza real, el príncipe Albert. Deberíamos aspirar, ¿no es así?"

El Dr. Grevatt levantó las cejas hacia Alina. "Incluso el más grandioso de todos siempre aspira a alguien más."

Alina rio felizmente, y su mirada admiradora volvió a posarse en su esposo.

52

ESOS DOS

Era otra mañana en la que Alina se levantó sigilosamente de la cama antes de que Samuel despertara, aunque tenía la sensación de que apenas dormía por las noches.

Martha le arreglaba el cabello a Alina en el vestidor.

"Este lugar es como un palacio," dijo la criada. "Pero se siente como un nido vacío. ¿No podría su gracia tener más sirvientes?"

"Lo arreglaremos," dijo Alina, estudiándose en el espejo. "Dale tiempo."

Sonrió, recordando la noche anterior. La piel enrojecida por los besos apasionados de Samuel era visible sobre el escote alto de su vestido de casa, haciéndola ruborizarse y sentirse excitada.

"Lo ama, señorita Alina," dijo Martha, encontrando su mirada distraída en el espejo.

Alina sonrió con coquetería. "Sí, mucho."

Se estudió en el espejo, preguntándose si a él le gustaría lo que veía. Su cabello estaba suelto, las hebras delanteras trenzadas y sujetas en la parte trasera. De repente, se sintió como una joven ingenua, deseando impresionar a un pretendiente. Se ruborizó ante el pensamiento. El collar de esmeraldas parecía demasiado extravagante. El vestido de casa con adornos de piel demasiado lujoso. ¿Era demasiado?

El suspiro silencioso de Martha llevó a Alina a encontrarse con su mirada solemne en el espejo.

"¿Qué pasa, Martha?"

La chica negó con la cabeza, tratando de parecer positiva. "Echaré de menos la cocina de Prosha."

Oh, la zorra. El resentimiento de la criada era de otro tipo. Ella había sido la única que se había unido a Alina en su nuevo hogar. Pero no era la cocina ni los Kamenev lo que la tonta chica extrañaba.

"Puedes visitarla cuando quieras."

La criada asintió.

"¿Hay algo más que extrañas?" Alina estrechó los ojos en la criada, que no respondió, solo levantó la barbilla de esa manera altiva suya. "¿Alguien?" Una sonrisa asomó en la comisura de los labios de Alina.

"Tonterías," respondió Martha, pero sus ojos estaban empañados de lágrimas mientras forzaba una sonrisa y estudiaba a Alina con una satisfacción demasiado teatral. "Está lista, mi señora."

Samuel no dijo nada acerca de las desapariciones matutinas de Alina. Pero su mirada hacia ella estaba sonriendo. Y cuando ella la encontró y se ruborizó, él sonrió, parpadeando.

Se recostó en su silla mientras tomaba café en el desayuno y la observaba durante un tiempo. "¿Te gustaría tener a tu lacayo aquí?"

Ella lo miró sorprendida. "¿Por qué preguntas?"

"Le tienes cariño." Encogió los hombros. "Siento que quería destrozarme como un perro enfurecido cuando se enteró de que te ibas a casar conmigo y mudarte."

Alina rio y se recostó en su silla, imitando la pose de Samuel. "Es todo un personaje, sí. Se te pega y se convierte en ese hermano al que amas odiar. Su presencia te molesta a veces, pero cuando se va, lo extrañas terriblemente."

Samuel se rio por la nariz. "¿Él sabía sobre nosotros, verdad?"

Ella había notado las miradas hostiles de Yegór cuando solía salir de St Rose después de horas de hablar con Harlan en el jardín. Tal vez, había estado ciega por su amor. Otros no lo estaban. Rumi ciertamente no lo estaba.

"Siempre lo pensé, sí," dijo Alina, bajando la mirada. "Él entregaba las cartas. Pero nunca diría nada, lo sabes."

"No me preocupa eso."

"Creo que Martha lo extraña terriblemente. Creo que se tienen mucho aprecio. Eso es quedarse corto." Se rio.

"Traigámoslo aquí. Me gustaría eso. Si a tus padres no les importa, por supuesto."

Alina de repente se sintió feliz. Las cosas se estaban juntando de la manera más maravillosa. Solo que necesitaba más tiempo para aceptar que los dos hombres en su vida eran uno.

Y quería a Samuel de nuevo.

Oh, Dios, ¡debería haberme quedado en la cama!

Ella tembló ante su tacto cuando salieron del comedor y él caminaba a su lado, poniendo su mano en su cadera.

"¿Te gustaría hacer algo en particular hoy?" preguntó.

Ella encogió los hombros. "Cualquier cosa, realmente. Estoy perfectamente contenta de quedarme adentro."

Y escucharte hablar interminablemente.

Él solo sonrió. "Entonces enviaré por Yegór."

"Oh, ¡los rumores entre la alta sociedad!" Ella rio feliz. "Lo siguiente que sabrás es que lo llamarán una invasión rusa a la crema y nata inglesa."

Samuel se rio, haciendo que su corazón se acelerara al sonido. "Yo lo llamaría la seducción inglesa de la inteligencia rusa. ¡Y con qué

habilidades!"

Su mano se deslizó hacia su cintura y la atrajo hacia él. En esa risa, sus ojos se encontraron y se quedaron fijos en una mirada que trajo de vuelta los recuerdos de su amor.

"Te amo," dijo tan casualmente, se inclinó y la besó suavemente en la mejilla.

Yegór llegó esa misma tarde.

El lacayo mayor del duque lo miró con horror, moviendo nerviosamente los faldones de su librea.

Alina solo sonrió al encontrarse con los ojos de Samuel.

"Habrá otra guerra de criados." susurró ella.

Él levantó una ceja. "Deberíamos hacer apuestas."

"Todavía podría terminar pacíficamente. Solo tomará una noche de Yegór bebiendo con tus hombres y serán hermanos."

O no.

Porque esa misma noche, Yegór y Martha estaban discutiendo, en el comedor de todos los lugares, aunque los salones estaban prohibidos para los criados.

Alina marchó hacia el sonido.

"No puedes comportarte como lo haces en casa de mis padres," dijo ella severamente, acercándose.

Martha y Yegór se enderezaron como soldados.

Martha fulminó a Yegór con la mirada. "*Yegórushka,*" siseó, "nos echará a ambos de aquí." Luego miró a Alina. "Dice que aún no puede entender cómo moverse por este lugar. ¡Realmente, *krasavets*, se lo digo, mi señora!"

A pesar del enojo, Alina estalló en risas, y el cuerpo de Yegór tembló mientras trataba de contener un bufido.

"Mantendremos todo en silencio, mi señora," dijo él, se dio la vuelta y se fue con una sonrisa.

"Perdóneme, mi señora," dijo Martha, derrotada.

"¿Qué pasa con *Yegórushka*?"

Martha rodó los ojos y levantó una ceja. "Le pregunté cómo quería que lo llamara cuando estuviera molesta con él. Dijo que hay un sufijo ruso para eso. ¿Todo en su idioma tiene un sufijo para cierto estado de ánimo, verdad?"

Alina estalló en risas.

"Pero, ¡mi señora!"

"No es una forma de llamar a alguien enojado, Martha."

"¿No?" La criada frunció el ceño.

"No. Al contrario. Es muy cariñoso."

Los ojos de Martha centellearon de inmediato. "¡Ese pillo! ¿Qué tan cariñoso?"

"Muy" —Alina levantó una ceja— "cariñoso."

El mentón de la criada se levantó con desdén. "Ese *krasavets*, se las verá conmigo."

Alina se sujetaba el estómago de tanto reír. Esos dos eran como dos fuegos que chisporroteaban juntos al menor soplo de viento.

La criada murmuraba enojada en el pasillo mientras se dirigía hacia los aposentos de los criados.

Alina la siguió, por curiosidad y para ver la pelea que podría comenzar entre la chica inglesa y el lacayo ruso en tierras del duque.

"¡Yegór! ¡Me engañaste!" El grito venía de algún lugar profundo de la cocina. Se escuchaban pasos pesados, una puerta cerrándose de golpe, un chillido y el gruñido de Yegór, "*Moya anglijskaya chertovka.*"

Alina se sacudió de risa silenciosa, él llamaba a Martha su diabla inglesa.

Luego, de repente, todo quedó en silencio excepto por un conjunto de pasos pesados subiendo por las escaleras de los criados. Solo significaba una cosa: Yegór llevaba a Martha en brazos, sin duda para mostrarle su nueva habitación, y su lengua afilada seguramente estaba ocupada.

53

PASIÓN

Aquella pareja de la casa de los Kamenev, Padre, era un deleite observar cómo su amor se desarrollaba. Solo siendo espectador se entiende la suerte que alguien tiene al estar enamorado.

Ese vikingo ruso y la criada de Alina ciertamente eran un torbellino. Revolucionaron la casa por completo. Otros sirvientes se quejaban del alboroto. Pero una noche, Yegór hizo que todos bebieran *medovuha*, el licor de miel, hasta el amanecer, y al día siguiente noté sonrisas por todas partes, mi propio mayordomo tarareando alguna melodía entre dientes.

Me reí, sabiendo que todo se calmaría. Así son los orientales. Los espíritus fuertes son sus pociones mágicas. Una vez que compartes una bebida, te mantienen cautivo. Por una vez, mi casa mostraba signos de vida.

La cocinera de Alina, Prosha, vino una tarde a enseñarle a mi cocinero, Canderby, algo de cocina étnica. Arrasó la cocina, las bodegas y los cofres de almacenamiento. Hizo que Canderby bufara y gimiera de frustración. Ella solo respondía en ruso, dándole instrucciones en su lengua materna, y pronto, él gritaba y se arrancaba los cabellos. Tuvieron una gran discusión sobre la diferencia entre los panqueques y los crepes, en qué idioma, no estoy seguro.

Al tercer día, Canderby pidió verme y levantó las manos en señal de desesperación.

"¡Su Gracia! ¡Es imposible! ¡Grosera! ¡Obstinada!" Paseaba de un lado a otro delante de mí. "Convirtió mi cocina en un campo de batalla. Harina por todas partes como si fuera invierno. ¡No hay sentido del orden! Su Gracia, por favor, tenga piedad." Su rostro se contorsionó en la expresión más triste.

Sonreí mientras lo escuchaba. "La duquesa quiere que aprendas las recetas. Así que aprieta los dientes y anota todo lo que necesites. Estoy seguro de que no necesitas muchas palabras en la cocina. Eres el mejor chef francés de la zona. Pero estoy seguro de que puedes aprender algo de alguien más."

Canderby se frotó la frente con frustración, su bigote se crispó mientras murmuraba entre dientes. "¡Renunciaré, por Dios, me acabaré a mí mismo!"

No lo hizo. Esa tarde, la cocinera rusa lo sedujo con la receta de un pastel de miel en capas.

Esa noche, le conté a Alina lo que había sucedido. Ella solo se rio.

Me encanta su risa, Padre. Es como un manantial que aparece de repente entre la tierra agrietada en medio de un desierto.

Theo Van Buren se detuvo a cenar. Elogió la cocina de Prosha. Verá, Padre, la cocina rusa empezaba a seducir a la élite.

En medio de la charla amena, Theo preguntó por la amiga de Alina. "¿Va a venir de visita pronto?"

Alina entrecerró su mirada juguetona hacia él. "¿Por qué, mi señor? ¿De repente le interesa? Pensé que no le gustaba la actitud de Olga."

"Oh, es pura curiosidad." Dio un sorbo de brandy, su mandíbula se endureció, una sonrisa congelada en su rostro.

Mi esposa me miró y ambos sonreímos.

Mientras Theo y yo fumábamos puros más tarde esa noche, él me estudió durante un rato con esa mirada intrigada suya.

"Matrimonio, ¿eh? Nunca te vi como un hombre de familia, Samuel."

¿Qué podía responder a eso?

"¿Qué te ha llamado la atención de ella?" insistió. "Aunque, lo admito, es la mujer más hermosa que existe. Ella y esa amiga descarada suya. Ol-ga." Lo pronunció con demasiado desdén evidente. "Y la más susurrada, sin duda. Pero nunca te han gustado los atractivos físicos." Inclinó la cabeza hacia mí.

No respondí.

Theo rio y me señaló con el dedo índice. "Hay algo oscuro en ti, amigo mío. Debería haberlo sabido, por supuesto. La forma en que me pediste que me acercara a ella en el baile hace meses y le pidiera a lady Amstel que la invitara a cenar. Me hizo hablar con ella. Hacer todas esas preguntas. Como un guion. Tú, siempre en las sombras. Siempre en silencio. Por un tiempo, pensé que estabas jugando a ser casamentero. Y aquí estamos."

Me reí. "Te divirtió."

"Así fue, así fue. Pero no pude evitar sentir que estabas jugando un juego."

"Ella nunca fue un juego."

"¡Oh! Y mira dónde estamos ahora. Apuesto a que en tu lecho conyugal juegan muchos juegos." La mirada de Theo adquirió el familiar brillo astuto. "Dime, ¿es tan fría como...?"

"Detente," le advertí, aunque no pude ocultar una sonrisa.

"Oh, sensible, ¿verdad?" Theo se rio a carcajadas.

Sensible no era la palabra, Padre.

No podía mantenerme alejado de Alina. Mi cuerpo estaba exhausto tratando de contener la necesidad de tocarla, esos momentos estaban reservados para la noche. Miraba ansioso el reloj cada minuto,

esperando el momento en que la llevaría al dormitorio. Y en el dormitorio, era una lenta seducción en la oscuridad.

Esa noche, en nuestro dormitorio, la atraje hacia mí.

Su Gracia, la Duquesa de Ravenaugh, el título nunca le haría justicia.

"Te escapas todas las mañanas," la confronté suavemente, acariciándole el pelo, tratando de ser lo más tierno posible, tratando de contener mi desvergonzada lujuria.

Sus mejillas se pusieron rosadas y tan hermosas. Tomé su cabeza entre mis palmas y planté suaves besos en ella.

Ella sonrió y presionó su frente contra mi hombro, ocultando su rostro, y la envolví en mis brazos.

Me encantaba cómo frotaba su mejilla contra mi hombro. Cómo me besaba suavemente en la mandíbula. Cómo entrelazaba sus delgados dedos con los míos, frotando su pulgar sobre el mío.

Sin embargo, nunca mostraba pasión a la luz del día, reservándola para el hombre al que amaba en la oscuridad.

"Todavía es tan extraño," dijo, acariciando con los dedos la textura de mi chaleco.

"Se siente como en aquel entonces cuando tenía que esperar a la noche para estar cerca de ti," dije, las palabras aún me dolían.

Entrelacé mis dedos en su cabello. Lo soltaba por las noches, pasando de ser un ángel a un amante, liberando lentamente su propio deseo.

"Necesito tiempo para acostumbrarme a ti," dijo.

Le di un beso en la frente, luego enganché mi dedo debajo de su barbilla y tiré suavemente de su cara hacia arriba, acercando sus labios a los míos para darle un beso.

Su respiración se volvió irregular. Lo sentía cada vez que cedía, su deseo que se contenía como el mío.

Sin embargo, cada vez que abría los ojos, parecía casi sorprendida, como si no hubiera esperado verme.

“Tómate todo el tiempo que necesites, ángel,” dije, odiándome por ser la causa de esta tortura.

Ángel.

Ella cerró los ojos al escuchar la palabra. Conocía el efecto. “Te amo,” dije suavemente. Nunca dejaría de decirle eso, aunque ella nunca me había dicho esas palabras a mí.

Y por la noche, en nuestro dormitorio iluminado solo por la débil luz de la chimenea, ella era diferente.

Oh, mi duquesa era pasión, creciendo más valiente noche tras noche.

Ella me dejaba hacer lo que quisiera con ella. Me dejaba abrirla de las formas más desvergonzadas y usar su cuerpo como mejor me

pareciera.

Le enseñé cosas. Convencí a sus manos para que me dieran la mayor dicha. La llevaba rápidamente al alivio para luego poder tomarme mi tiempo con ella. Y luego me envolvía en ella lentamente, estudiando la sensación de nuestras carnes moliéndose juntas. Acariciaba cada uno de sus puntos sensibles, aprendiendo qué la hacía gemir.

Me deleité con su cuerpo. No había un centímetro que no hubiera besado o explorado con mi lengua. Pero trazaba los mismos caminos una y otra vez hasta que los conocía de memoria.

En las dos semanas siguientes a la boda, apenas dormíamos por la noche, compensando los días en los que manteníamos distancia.

Me convertí en un erudito de su cuerpo. Sabía cuánto le gustaba y cuándo necesitaba que fuera más suave. Sabía dónde le gustaba mi lengua y guiaba su mano hacia las partes sensibles de mi cuerpo que quería tocar, pero era demasiado tímida. Sabía qué la hacía emitir esos pequeños sonidos eróticos. El rango de sus pequeños jadeos sin aliento cuando se acercaba a sus cumbres. La forma en que mi nombre caía de sus labios. El sonido de esa pequeña cruz de latón golpeando febrilmente contra mi pecho cuando se sentaba sobre mí y jadeaba.

Esa traviesa cruz…

Finalmente, me acerqué más a ella de lo que estaba. Y cada vez que recorría su cuerpo con besos, me aseguraba de golpear esa maldita cruz con mi lengua.

Mi ángel podía ser como un océano, calmado y acogiéndome sumisamente, o tormentoso y tomando el mando en su pasión desenfrenada. Nunca había sido tan ruidosa como lo era en mis brazos, alcanzando las cimas del éxtasis mientras tomaba lo que necesitaba y la hacía estremecerse de deseo.

Ella gemía y susurraba mi nombre.

Samuel.

Harlan.

No importaba.

El lenguaje del amor estaba ayudando a unir a los hombres que había conocido antes y al esposo que era los dos en uno. Hablábamos durante horas durante el día. Y por la noche, despojados de todo excepto de los anillos de boda y esa pequeña cruz que colgaba de su cuello, nos destrozábamos mutuamente con dientes y garras, gruñendo y gimiendo, luego aliviando esas heridas con besos y mordiscos y las caricias más suaves que duraban hasta el amanecer.

Éramos un desastre.

Dos corazones doloridos.

Muchas mentiras.

Y la verdad que solo podría resolverse con el tiempo.

Ángeles, demonios,
Santos y pecadores.
Los recuerdos definen el infierno y el cielo.

La señorita Rumi escribió eso, Padre. Esa mujer es brillante. Pronto publicaré sus poemas. Una persona no puede quedarse con tanto genio poético para sí misma.

Y una mujer no podría contener tanta pasión como la que tenía mi Alina. Nos quedábamos despiertos hasta el amanecer. Hablando y haciendo el amor.

De alguna manera, sentí que eso era todo, que el pasado había quedado atrás.

Hasta ese fatídico encuentro en Willi's Rooms.

La noche que puso una grieta en nuestro vínculo.

Y esa grieta llevaba un nombre.

General Helbron.

54

NÉMESIS

Faltaba una semana para Navidad. ¡Y oh, qué dichosa parecía la vida!

Los Kamenev vinieron a cenar a la casa del duque. Anna Yakovlevna lucía sus mejores pieles y libras de joyas. Sonreía y reía, y eso hacía feliz a Alina. Finalmente, su madre estaba en paz.

"Amo Inglaterra," gorjeó Anna Yakovlevna en la cena. "Amo su otoño, y las lluvias, y el invierno. ¡Y la comida! ¡Oh! ¿Cómo no amar esto? ¡Espléndido!"

"Mamá, el chef de su excelencia es francés."

Samuel sonrió. Nikolai Sergeevich encontró la mirada de Alina y se sonrojó, suprimiendo la risa.

Y cuando los hombres se retiraron al salón de puros, Alina le dio a su madre un recorrido por la casa.

"¡Oh, qué hermoso! *Dusha moya*, ¡estoy tan feliz por ti!" Abrazó a Alina pero nunca preguntó si Alina era feliz.

Al día siguiente, se encontraron en el restaurante Willi's Rooms. Una cara familiar en la mesa al otro lado del salón principal llamó la atención de Alina.

Se inclinó hacia Samuel. "El comandante de la Policía Metropolitana está aquí," susurró.

Pero Samuel ya lo había notado: la mesa de doce hombres, algunos en uniforme.

"Mi interés en conversar con esos caballeros ha disminuido últimamente," dijo y encontró la mirada de Alina. Ella bajó los ojos con una sonrisa sabia. Los eventos del pasado parecían una eternidad atrás.

Pero no había forma de evitar a los caballeros. Alina y Samuel estaban saliendo cuando una voz los detuvo.

"¡Su Gracia!" El comandante se acercó a ellos, varios otros lo siguieron.

Alina sonrió y miró a su esposo.

Y se congeló.

Conocía su rostro de memoria. Conocía cada pequeño ceño y sonrisa. Sabía cuándo estaba irritado o disgustado.

Pero lo que vio en Samuel, que miraba a los hombres que se acercaban, era un dolor y un odio tan profundos que sus entrañas se volvieron gélidas.

Volvió sus ojos al comandante, manteniendo una sonrisa

agradable.

"Su Gracia." El Sr. Brootward tomó su mano y se inclinó. "Las felicitaciones están en orden." Asintió a Samuel, luego se volvió hacia sus compañeros. "No están presentados, pero mis compañeros están muy ansiosos por conocerlos. El Sr. Hatchinson, el superintendente de la Policía Metropolitana. Un buen hombre para conocer, además de mí, por supuesto."

Su risa resonó por todo el salón mientras los hombres se estrechaban las manos. Pero Alina observaba a Samuel, cuyo rostro estaba congelado en una máscara sin emociones.

"Y este es mi querido amigo, el General Helbron, el héroe de Su Majestad y el militar más condecorado."

Oh, no.

Alina sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

Conocía el nombre. Lo había escuchado de Samuel. No había una persona que odiara más que al hombre de cincuenta años con cabeza calva, un amplio y afilado bigote, y ojos chispeantes y astutos. Toda la ciudad de Londres había cambiado por lo que este hombre había hecho una vez.

Él extendió su mano hacia Samuel, pero el duque no se movió. Un silencio incómodo se instaló entre ellos por un momento mientras la sonrisa del general se desvanecía.

"Su Gracia," susurró Alina.

"General," dijo Samuel fríamente, sus labios estirándose en una sonrisa fría.

Su mano se extendió lentamente para encontrarse con la del general, quien la tomó y la estrechó con entusiasmo.

Los hombres parecían relajarse y animarse de nuevo, charlando. Solo Alina notó cómo Samuel entrelazaba las manos detrás de la espalda, flexionando los dedos que habían sido tocados por el héroe de la batalla de Hindu Kush.

Hablaron sobre el clima, Londres y la cena con el alcalde, mientras el rostro de Samuel era una máscara fría y el corazón de Alina sangraba por su esposo.

"Su Excelencia, ¿le gustaría asistir al desfile?" preguntó el general.

“¿El desfile?” repitió Alina. Ya odiaba su sonrisa sórdida y su boca de sapo y la forma en que su uniforme impecable se arrugaba y sus botas hacían un chirrido contra el suelo de parqué.

"El desfile militar en Victorian Square en tres días," dijo Brootward.

El general asintió, con el pecho hinchado como el de una paloma. "Estaríamos encantados de tenerlo."

Los labios de Samuel se apretaron en una línea tensa. Tenía la mandíbula apretada.

“Me temo que estamos ocupados en otra parte,” dijo Alina con una

sonrisa nerviosa. "De hecho, realmente tenemos que irnos. Me alegro de verlos." Hizo un gesto con la cabeza al comandante, sabiendo —o más bien sintiendo— que las cosas habían vuelto a cambiar en una dirección oscura.

El viaje en el carruaje fue silencioso. Samuel no había pronunciado una palabra desde el restaurante. Y en la penumbra del carruaje, Alina se sintió como entonces, la primera vez en el oscuro jardín de St. Rose, cuando al lado del caballero-diablo sintió peligro. Ella no lo había conocido en ese entonces, porque cuando lo conoció, esa sensación de peligro se disipó.

Pero nunca lo había visto cuando acechaba a su presa. Solo había oído las historias. Contadas con su voz, parecían cuentos de hogueras sobre una leyenda oscura. No Samuel. No su marido.

Pero la sensación de peligro era casi tangible en el carruaje, en la forma en que no la miraba a los ojos, no decía una palabra, en la forma en que apretaba los dedos en su regazo y su pecho subía y bajaba pesadamente.

“Samuel,” dijo en voz baja cuando se acercaron a la casa. “¿Estás bien?”

No respondió.

En casa, él se retiró a su estudio, y cuando ella entró dos horas más tarde, él estaba bebiendo.

A su lado había una jarra de whisky. El dulce olor de su cigarro se enroscó en sus fosas nasales. La habitación estaba en silencio.

Volvió sus ojos brillantes de whisky hacia ella cuando ella se acercó.

Nunca lo había visto así, bebiendo mucho, fumando. Tan callado, pero no para ella, hundiéndose en los horribles recuerdos después de enfrentarse a su mayor enemigo.

"Lo dejarás ir, ¿verdad?" preguntó casi con una súplica en la voz.

No respondió.

Esa noche, él hizo el amor con ella de manera rápida y brusca. A ella le gustó igual. Pero había desesperación en la forma en que la penetró con fuerza, en la impaciencia con la que le apretó el pelo, besándola profundamente. La puso boca abajo, luego tiró de ella para que se pusiera a cuatro patas mientras la tomaba por detrás, deslizando su mano alrededor de su muslo para complacerla.

Ella dejó que lo hiciera a su manera.

Trató de calmar su dolor.

“Te amo,” susurró una y otra vez, y ella supo que la utilizaba para tratar de dominar los recuerdos que de repente eran demasiado

vívidos.

Ella se acostó en sus brazos después, en la oscuridad y durante lo que pareció una eternidad, y supo que sus ojos estaban bien abiertos, mirando al techo hasta el amanecer.

Al día siguiente, cuando se despertó, Samuel ya no estaba. Entró en el estudio, buscándolo. Él no estaba allí, pero había algo más: un volante en su escritorio.

Era un anuncio del desfile militar en la Plaza Victoriana en dos días, las festividades que lo acompañaron.

Y lo más destacado: el discurso del honorable servidor de Su Majestad, el general Helbron.

El corazón de Alina latía con inquietud.

El caballero-diablo había vuelto.

“Me lo prometiste, Samuel,” dijo Alina cuando se enfrentó a él esa misma noche. No había nada de la amabilidad habitual en los ojos de su marido.

Tenía el pelo suelto y desordenado.

Y fue un recordatorio de que el villano nunca se había ido. Simplemente estaba descansando. Ella lo sabía, se estaba preparando para algo. Su ausencia durante todo el día fue un grave indicio.

Ella razonó con él.

Argumentó en voz baja.

Ella alzó la voz, recordándole su promesa.

“Tengo que hacer esto,” dijo él con severidad, sin mirarla. "Prometí que recibiría lo que se merece."

“¿La muerte?” Se estremeció al oír estas palabras. Harlan Krow estaba en el pasado. El duque de Ravenaugh era el presente. Había sido mucho más fácil aceptar al villano en la oscuridad. Pero la oscuridad volvía a ponerse a sus pies.

“No lo sé, Alina.”

“¿Pero no lo ves?” Estaba desesperada. “No puedes convertirte en un monstruo como ellos, Samuel.”

Ella le acarició la cara, con la esperanza de que su muestra de afecto lo hiciera cambiar de opinión.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios. "¿Me tienes miedo ahora?"

"No. Pero la última vez que saliste a la calle, casi mueres. Tengo miedo de perderte, ¿no lo ves? Me temo que nunca te cansarás de la venganza y te destruirá."

“No lo hará, ángel. ¿Confías en mí?”

Apartó la mirada.

Confianza.

Había aprendido esa palabra por las malas.

"Sé lo que es perder a alguien," dijo. "Casi te pierdo." Sintió un nudo en la garganta. "No puedo seguir así, pensando que un día encontrarás otra causa oscura, otro objetivo." Un nudo en la garganta la estaba asfixiando. Solo podía pensar una frase a la vez. "¿No te detendrás?" preguntó con lágrimas en los ojos. Era la segunda vez en su vida que le pedía a un hombre querido que dejara de hacerlo. "Por mí, Samuel. ¿No te detendrás?"

Y al igual que la vez anterior, el hombre que amaba no respondió.

55

UNA ÚLTIMA VEZ

“Estás callada,” le dije, acariciando a mi ángel en la cama esa noche. Se estaba enfriando y no podía encontrar las palabras para calentar su corazón. Podía contarle lo que estaba por venir. Intentaba detenerme, yo conocía a mi ángel, y eso no bastaba.

Esa noche no tenía nada que ofrecer más que palabras de amor.

“Te quiero más que a la vida, Alina,” susurré.

“Lo sé,” susurró ella, aunque mi ángel no conocía el valor de la vida.

“No seas fría conmigo, ángel.”

"Cuando lo intento, no funciona."

Su suave acento era como un ronroneo. Me hizo sonreír. Mi duquesa estaba llena de necesidad. Su cuerpo se apretaba contra mí con más fuerza con cada beso. Sus manos se volvieron más valientes con cada uno de mis ánimos. Se movió y se puso de pie sobre sus manos, su rostro se cernía sobre el mío en la oscuridad, su cabello se derramaba. Deslicé mis manos en él, atrayéndola hacia mí, tomando sus labios en un beso, dejándola sentarse a horcajadas sobre mí.

Ya no era una gatita. Era un leopardo. El deseo se escapaba de ella, untándose sobre mi abdomen. Levantó las nalgas y se hundió sobre mí.

Y mientras me hacía el amor, sus manos estaban sobre mi pecho, apretándolo como si quisiera inmovilizarme en esa cama para siempre.

A la mañana siguiente, se había ido de nuevo. Sin embargo, no estaba en el desayuno.

“Ha ido a casa de los Kámenev,” anunció su doncella con gravedad.

La nota no llegó hasta la noche.

Esta noche me quedaré en casa de mis padres.
Teníamos un acuerdo.
Lo rompiste.
No puedo seguir si no te detienes.
Perdóname, por favor.

Esa nota fue una puñalada en mi corazón. Quería ir a buscarla, traerla a casa. Esta *era* su casa.

Pero aquí está la cosa, Padre. Le confié mi vida. Y esta vez, ella también necesitaba aprender a confiar en mí.

No estaba dispuesto a romper mi promesa.

Pero había que hacer justicia.

Una.

Última.

Vez.

56

LA NOCHE EN QUE NOS CONOCIMOS

Mi Alina...

Era intrépida, amable, noble.

Ella quería salvarme, Padre.

Me hacía sonreír.

Pero ella no podía detenerme, y ella lo sabía.

Lo que estaba a punto de hacer, lo hice por mí mismo, no se puede negar. Pero también para los cien hombres que merecían algo mejor que un traidor que disfrutaba de la gloria a sus expensas. Y lo hice por Alina. No sonría, Padre. Llevar a cabo el último acto de justicia significaba finalmente matar a mi propio monstruo llamado odio. Si no lo hiciera, sería un hombre amargado, siempre buscando esa astilla vengativa en mi corazón hasta que se enconara con el tiempo y se convirtiera en una herida abierta, convirtiéndome en un hombre miserable. Mi duquesa merecía un hombre mejor a su lado.

Hay una cosa que mi ángel nunca entendió: un asesinato puede ser un crimen, o un simple acto de defensa o misericordia. Esos no son matices de lo mismo. Son completamente diferentes.

Verá, Padre, la noche que encontré a Alina en esa calle oscura, la vi antes de que el atacante se acercara a ella. La reconocí, por supuesto. La vista de los depredadores se agudiza por la noche.

Nunca antes la había mirado dos veces: una belleza deslumbrante con un acento seductor y un pasado intrigante, pero sin embargo solo una imagen bonita. Yo no la conocía entonces. Su presencia en bailes y fiestas era un mero adorno.

Pero esa fatídica noche, vi su esbelta figura marchar por la calle oscura demasiado cerca de las partes a las que ni siquiera los hombres se aventuraban por la noche.

Me hizo dudar.

¿Qué estaría haciendo una dama por estos lares y sola?

Me enarcó las cejas. Así que la seguí.

Vi entonces al atacante, su figura acercándose rápidamente, la intención obvia en su postura encorvada y sus pasos rápidos. Antes de que pudiera reaccionar, la agarró, murmuró algo, con sus manoseos y sus gritos demasiado rápidos mientras me lanzaba hacia ellos.

Empujé al hombre, que tropezó y cayó hacia atrás. Su pesado cuerpo golpeó contra el suelo y de repente se quedó quieto. Y la condesa se apoyó en la barandilla de hierro y se desplomó en el suelo.

Estaba inconsciente cuando llegué.

Y el hombre...

Bueno, cuando le tomé el pulso, apenas estaba allí, su cabeza estaba bordeada por un charco oscuro de sangre mientras yacía contra una piedra afilada. El destino puede ser rápido cuando asesta su golpe.

Volví a mirar a la condesa. La luz de un carruaje que pasaba iluminó su rostro por un breve momento. El suyo era el rostro de un ángel. ¿Cómo no me había dado cuenta de eso antes?

¿Traicionaría alguna vez a un ángel, Padre?

Es insoportable vivir con las manos manchadas de sangre. Ella no estaba acostumbrada como yo. Había cometido muchos pecados. ¿Qué más hacía otro?

Verá, Padre, si ese monstruo hubiera sobrevivido esa noche, habría atacado a otros, sin duda. No merecía respirar.

Pero si hubiera muerto en ese momento, habría muerto a manos de *ella*.

No podía permitir que eso sucediera. En ese entonces no podía saber que ella cambiaría mi vida. Pero la decisión fue rápida y espontánea.

El atacante aún respiraba cuando saqué un cuchillo de mi bolsillo y, con una rapidez practicada, hundí el acero afilado en su corazón.

Nada de mendigar.

Sin excusas.

Una decisión.

Una puñalada.

Una vida.

Saqué el cuchillo, se lo limpié en el pecho y me lo volví a guardar en el bolsillo.

Estaba hecho.

El monstruo expiró.

Por *mi* mano, no por *la suya*.

Los ángeles viven en el cielo, Padre, pero yo encontré el mío en el infierno. Y, Dios me perdone, pero si se necesitara tal pecado para sacarla de allí, lo volvería a hacer.

57

TRAIDOR

Alina echaba mucho de menos a Samuel. La noche que pasó en casa de sus padres fue miserable, fría y llena de oscuros recuerdos.

Por la mañana, trató de mantener la calma, pero no pudo hacer nada más que caminar por su habitación. Esperaba que Samuel viniera y le dijera que no ejecutaría otra venganza brutal.

No lo hizo. Y así, Alina se paseó por su tranquila habitación, esperando algo. ¿Qué?, no estaba segura. El reloj marcaba los minutos, luego las horas.

Su madre no entendía, por supuesto, que Alina fuera una esposa fugitiva.

Su padre entró en su habitación durante un minuto y estudió a Alina en silencio.

"Siento que mi vida va en círculos," dijo, mirando con los ojos vacíos por la ventana. "Siento que lo que pasó en Rusia está sucediendo de nuevo. Es una maldición."

Nikolai Sergeevich no sabía lo que estaba pasando, pero era un hombre comprensivo. Permaneció un rato en silencio, con las manos en los bolsillos, y finalmente se dio la vuelta para marcharse. Pero antes de que la puerta se cerrara detrás de él, dijo: "En momentos como este, Alina, a pesar de los sentimientos heridos y la sensación de traición, uno siempre debe estar al lado de la persona amada."

Y esas palabras la rompieron.

En un minuto, Alina salió furiosa de la casa y se dirigía a Victorian Square.

Los días más graves a menudo estaban marcados por la sensación de un comienzo muy alegre. Las tragedias a menudo ocurrían en medio de la dicha.

A pesar de los cielos grises y la nieve que caía, la ciudad estaba alegre, inconsciente de lo que estaba por venir.

¿Dónde estás?

El corazón de Alina latía con fuerza mientras corría por las calles abarrotadas que conducían a la plaza.

En el centro había instalada una tribuna de madera.

Una orquesta retumbaba.

La celebración estaba en pleno apogeo.

En los edificios a ambos lados de la tribuna, se habían alquilado balcones y habitaciones para aquellos que podían pagar por el privilegio de observar el desfile de cerca. Rostros sonrientes miraban a través de las ventanas abiertas. Los cuerpos se asomaban a las barandillas de los balcones.

Junto al escenario, se instalaron filas de bancos para los militares y los cargos públicos. Uniformes y atuendos oficiales, medallas y fajas, pelucas engominadas y bigotes alegres.

Y el resto de la plaza que la rodeaba pertenecía a la gente que se reunía como si fuera una gran fiesta.

Vendedores de limonada, panaderos, vendedores de ostras. Las carnes y el maíz se freían en estufas portátiles, y su olor flotaba por la plaza. El humo de los vendedores colgaba como nubes, gris y vivo sobre las cabezas.

Vendedores ambulantes y artistas callejeros de todo tipo, trabajadores y obreros de fábricas, carruajes y carros tirados por burros, músicos callejeros y mendigos, niños, niños llorando, perros, gatos, todos se reunieron en este día en la plaza, empujando de un lado a otro.

Miles de olores contaminaban el aire frío: carbón quemado, cuerpos sucios, abrigos húmedos, comida. El aire estaba cargado de gente. Y aunque nevaba ligeramente, los copos de nieve no llegaban al suelo, derritiéndose en los miles de cálidos alientos.

Alina no sabía lo que estaba pasando, ni si algo pasaría. Samuel dijo que cumpliría su promesa, pero ella sabía que interferiría.

¿Pero cómo?

Se desvió entre el mar de gente, su vestido esponjoso de repente le quedaba demasiado grande, el dobladillo empapado de nieve derretida amenazaba con hacerla tropezar. Pero estaba demasiado ocupado para llegar al centro de la plaza. A la gente no le importaba mucho el desfile ni los funcionarios. Pero, ¿por qué no celebrarlo? Habían traído comida, vino y a sus hijos.

A pesar del frío, la ciudad parecía estar cálida. Y cuando la orquesta retumbó con una alegre melodía junto al escenario, la multitud se detuvo y volvió la cara hacia ella. Nadie podía oír a los funcionarios que pronunciaban un discurso. Pero todos entendieron que gracias a ellos, a esos hombres valientes y honorables que protegieron a su país y a ellos, tenían este motivo de celebración. Así que vitorearon al ejército de Su Majestad y a los hombres que condujeron a los soldados a la victoria.

Alina se abrió paso hacia la tribuna. Los latidos de su corazón se aceleraron. Era de día. Y Harlan Krow no atacaba de día.

Y sin embargo...

Había gente en las ventanas y en los balcones a lo largo de la calle principal. Se paraban en los techos. Los niños colgaban de los árboles. Estaban observando, y eso era lo que Harlan Krow quería.

Alina se metió entre la concurrencia, estirando el cuello para ver qué ocurría delante.

El murmullo y los gritos venían de lejos. Las voces se elevaron un poco. Se oían gritos de los muchachos, que se abrían paso entre la multitud aquí y allá, desviándose entre los cuerpos y repartiendo panfletos. De repente, el aire susurró con el sonido de cientos, miles, de alas de pájaros moviéndose.

Alina alzó la cara.

No eran pájaros, sino panfletos. Bailaban y revoloteaban en el aire, cayendo como nieve sobre la plaza, mientras los muchachos del tejado arrojaban puñados de ellos.

La gente los recogía.

Lo mismo hizo Alina.

Un rostro que conocía la miraba fijamente desde la página. Una cabeza calva. Bigote ancho y puntiagudo. Un uniforme militar y una medalla exagerada en el pecho. El hombre del boceto estaba de pie orgulloso, con las piernas abiertas, sobre una pila de soldados muertos.

Dios mío...

No necesitó leer el nombre que aparecía en el boceto, el general Helbron, para reconocerlo.

Seguía un agudo epigrama.

Oh, su sonrisa es un truco,
Y su honor una farsa,
Escondiendo el oro ensangrentado en su guarida.
Si miras a la luz,
La estrella dorada brilla de color rojo brillante—
Con la sangre inocente de sus hombres.

Y aquí lo tenemos:
El epítome de la gracia
Abrazado cálidamente bajo la mano real.
Pero mientras los muertos
Sean solo fantasmas,
Esta atroz vergüenza no terminará.

Reza una oración. O cincuenta.
No resucitarán a los muertos
Cuyas vidas costaron solo una moneda o diez.
Pero el poder de esos
Que defienden la verdad

Honrará a cien hombres muertos.

Debajo del poema estaba el nombre del regimiento y una lista de cien nombres de los soldados que habían puesto sus cabezas bajo el mando y la traición del vergonzoso general Helbron en 1842 en el Hindu Kush.

¿Quién había escrito el poema? Una conjetura se cernía en su mente, pero la ahuyentó.

Levantó los ojos y escudriñó a la multitud.

Pronto, los panfletos se esparcieron por el suelo, pisotearon, se oscurecieron en el fango. Siguieron bailando en el aire mientras alguien arrojaba a más de ellos desde los techos.

Las manos se levantaron, atrapándolos, los ojos hambrientos los leyeron, y los que no pudieron miraron la imagen, fruncieron el ceño y señalaron con el dedo en dirección a la tribuna, luego pidieron a alguien que leyera el texto.

Alina se debilitó. Esto era todo: exponer al monstruo frente a la gente y sacarlo a la luz. Por primera vez, Harlan Krow sacó al monstruo a la luz pública en lugar de tratar con él.

Los gritos furiosos comenzaron en algún lugar a lo lejos. Se hizo más fuerte como una tormenta que se acercaba. Debieron esparcir los panfletos por toda la ciudad, porque venía un río de gente: hombres, furiosos, blandiendo palos y piedras, mujeres, con los ojos enrojecidos por las lágrimas y ardientes.

Esto fue todo. Se veía venir. A Alina se le apretó el pecho por el pánico.

Ese día, Alina se enteraría de que los hombres habían sido expulsados de fábricas y tiendas. Blandían puños y armas. Las mujeres sollozaban de dolor. Las viudas se enfurecieron.

Corrieron como un río por las calles, mil botas clavándose en el fango.

Se dirigieron a la plaza.

"¡Castíguenlo!" gritó uno.

Un niño lanzó una piedra en dirección al escenario.

No se necesitaba mucho para enfurecer a una multitud, no cuando había miles de ellos, dándose cuenta de su poder en número.

La música de la orquesta estalló en una cacofonía de alegres sonidos, pero la gente siguió llegando. Se desplazaron y empujaron, llenando la plaza. Empujaron a Alina, casi derribándola. Pero ella no se dio cuenta, paralizada por esta muestra de camaradería.

Harlan Krow le había dado venganza al pueblo. Y la gente no perdonaba, él lo sabía. Las masas no tenían piedad. No había nada que pudiera detenerla: un mar que buscaba venganza por la muerte de los suyos.

El aire estaba cargado de ira. Esto había comenzado como una celebración y se estaba convirtiendo en un levantamiento.

El pecho de Alina estaba pesado. Era difícil respirar. La ansiedad se apoderó de ella, haciendo que la sangre bombeara a través de su cuerpo, en su cabeza, en sus oídos. Ella observó, con los ojos muy abiertos por la conmoción, su corazón latiendo con una velocidad asombrosa.

Gente.

Así de simple.

Tan primitivo.

No serían misericordiosos. No había redención para el criminal responsable de la muerte de cien hombres, y cuántos más, ¿quién sabe?

Comenzaron a empujarse, a darse codazos, pero se movían en una dirección. Su rabia los unía en esta marcha. Sus pies avanzaban con pistón, hundiéndose en el fango que se volvía marrón bajo sus pies.

Al escuchar los gritos, los oficiales militares en el escenario se apresuraron. Un hombre susurró algo al oído del general y lo llevó a un lado, bajó los escalones de la tribuna y se dirigió hacia uno de los carruajes que esperaban detrás.

Corriendo, el cobarde estaba corriendo.

El corazón de Alina se estremeció de pánico. En ese momento todavía existía ese miedo vacilante de que Harlan Krow iba a atacar. No podía, ¿verdad? Nunca mostraría su rostro.

Y entonces las palabras se gritaron en algún lugar del frente. Fue solo un grito, seguido por muchos, y pronto, se abrió paso entre la multitud.

"¡Traidor!"

Lo recogieron y en un momento se cantó como una frase en toda la plaza.

"¡Traidor!"

"¡Traidor!"

"¡Traidor!"

Como las puñaladas de un cuchillo. Como los disparos de una pistola.

La muchedumbre empujó y avanzó hacia el escenario donde estaba el carruaje del general.

Alina se abrió paso entre los cuerpos, pero no tuvo oportunidad de avanzar. Vio a los chicos boquiabiertos y sonriendo mientras trepaban a los postes de la calle para poder ver. Recogió el dobladillo de su falda e hizo lo mismo: subió a la base elevada, rodeó el poste con la mano y buscó con los ojos el carruaje.

Ahí estaba. Trató de moverse. Una docena de guardias mantenían a raya al círculo de la multitud que intentaba abrirse paso entre ellos. El

carruaje avanzó bruscamente y se detuvo, los caballos fueron sostenidos por los hombres de la multitud. El cochero azotó a los animales. Se encabritaron, resoplaron, apretujaron, pero no pudieron moverse a través de la pared humana que se extendía por una milla.

Y de repente, la muralla humana se derrumbó. La gente rompió la línea de los guardias y se abalanzó sobre el carruaje. Se abalanzaron sobre él, lo agarraron, intentaron abrir las puertas, todo en vano. El cochero no aparecía por ninguna parte mientras los hombres se arrastraban hasta el asiento del conductor, y luego hasta el techo del carruaje. Golpearon con los puños el carruaje y lo patearon, rugieron y gritaron, y pronto docenas de manos comenzaron a balancear el carruaje de lado a lado, el mar de gente empujando hacia adelante.

Alguien metió un folleto a través de la ventana entreabierta.

El suelo temblaba bajo el pisotón de miles de pies.

El aire parecía retumbar con respiraciones furiosas y amenazas escupidas.

Su voz estaba en su cabeza.

"La gente no tiene el poder hasta que se cansa de la miseria. No son valientes hasta que se unen. Entonces su impaciencia se desborda, como un arroyo, se convierte en rápidos, se convierte en una rabia cegadora. Así es como las masas despiertan: desde el fondo, chocando como el agua a través de una presa rota. A menudo de forma violenta. Pero a menudo, eso es lo que se necesita para romper el poder que los mantiene en un puño de hierro."

Eso era lo que Samuel quería: que la gente se levantara por el honor de los suyos.

El corazón de Alina latía con fuerza en su pecho mientras estiraba el cuello, tratando de ver el carruaje.

El general podía correr, pero ¿hasta dónde podía correr cuando su enemigo era todo el país? ¿Qué podría usar como excusa cuando había traicionado a aquellos a quienes se suponía que debía proteger?

Y entonces llegó el sonido.

Amortiguado, suave, tan poco impresionante e imperceptible en el alboroto que lo rodeaba.

El sonido del final de una vida, tan mundano cuando se está rodeado de miles de vivos.

Un disparo.

Un solo disparo.

Venía de dentro de un espacio cerrado en algún lugar más adelante. Pero a medida que la multitud seguía empujando, la conmoción del carruaje se detuvo.

Y el corazón de Alina pareció detenerse con eso.

Se quedó paralizada.

En la plaza llena de gente, supo que el acto había terminado.

Tan rápido, en cuestión de segundos.

Tan banalmente.

El disparo provino del carruaje, y a medida que el estrecho círculo a su alrededor se ensanchaba, alguien finalmente derribó la puerta y se quedó mirando hacia adentro.

Alina no necesitó acercarse para saber lo que había pasado. La cobardía no siempre significaba huir. Significaba no poder enfrentar a las personas a las que traicionaste.

Y cuando el cuerpo sin vida del general fue arrastrado fuera del carruaje y arrojado al suelo, su final pareció de repente demasiado fácil e injusto.

La multitud no dejaba de despotricar. Oleadas de gente se agolpaban sobre los que iban delante. La noticia del disparo se extendió por el mar de gente, pero estaban enojados, no solo con el general, sino con el poder que mantenía a este país en sus garras y a los pobres bajo sus talones.

Solo más tarde se difundió la noticia de que los guardias tardaron media hora en abrirse paso entre la multitud que gritaba para llegar al carruaje. Cuando encontraron el cuerpo sin vida del general, estaba cubierto de saliva congelada.

La multitud seguía protestando.

El ruido parecía extenderse por toda la ciudad.

La gente podía perdonar, pero nunca olvidaba. Ella lo sabía. La gente lo sabía. Lo mismo hizo el todopoderoso de este mundo, pues ahora permanece en silencio ante el reconocimiento de esta desgracia.

Alina sabía que todo terminaría pronto.

Cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaría al lado de su marido pasara lo que pasara. ¿Cómo podía pensar que podía evitarlo, alejarlo cuando su corazón se estaba rompiendo en pedazos sin él?

Harlan Krow pertenecía a la ciudad. El duque pertenecía a la sociedad. Y el hombre detrás de los dos era realmente solo suyo, con todos sus secretos y cicatrices.

No estaba aquí, en la plaza. Lo sabía desde el principio. Ella también sabía lo que él diría.

Que el pueblo merecía saberlo.

Que los cien hombres merecían que se dijera la verdad.

Que el general tenía una opción.

Que este acto final de juicio pertenecía al pueblo.

Que Harlan Krow había depuesto las armas, pero que aún podía luchar, solo que por otros medios.

La multitud a su alrededor se quejaba, pero para Alina, el mundo de repente se quedó en silencio.

58

EL LUGAR TRANQUILO

Alina corrió a casa con una determinación desesperada pero feliz. A pesar del espantoso destino del militar y del pandemónium que podría seguir, se sentía en paz.

Afuera empezó a nevar. El carruaje no iba lo suficientemente rápido. Y cuando llegó a la casa, Alina abrió las puertas, saltó a la puerta y entró corriendo.

Yegor estaba de pie junto a la puerta, con el aspecto de un actor de teatro con su nueva librea.

"¿Dónde está su gracia?" soltó ella, arrojando su abrigo sobre las patas de su lacayo.

"Fuera, mi señora. En el jardín. Quedándose atrapado por la nieve como una estatua," respondió Yegór en ruso, para gran decepción del mayordomo. "Lo envolví en pieles. No dijo una palabra. Le ofrecí vodka. Lo bebió. Podría ser ruso, por lo que sé. Un tipo extraño."

Se encontró con la mirada reprochadora de Alina y bajó los ojos.

Ella exhaló con un rodar de ojos teatral. El duque. Sus sirvientes eran imposibles.

"Devuélvemelo." Ella arrebató su abrigo de sus manos y caminó apresuradamente hacia las puertas del patio trasero, volviéndose a poner el abrigo.

El jardín parecía demasiado pacífico y silencioso para un día como este. Los árboles congelados parecían sacados de un cuento de hadas invernal. La nieve estaba por todas partes, una fina capa fresca ya cubría la terraza barrida y el camino hacia el jardín. Alina inhaló profundamente y se dirigió hacia la mesa en el rincón más lejano del jardín. Pronto oscurecería, pero su Harlan Krow ya estaba aquí, guardando la última luz.

Envuelto en una piel de oso, Samuel Cassell estaba sentado inmóvil en la mesa, la bandeja con un vaso vacío y una botella cubierta de nieve. Parecía una montaña de hombre, sin sombrero, con el pelo suelto, copos de nieve salpicando sus mechones negros azabache, con el mechón blanco inusualmente brillante.

Alina se detuvo y estudió la gran figura de su esposo, su corazón se hinchó al verlo.

¡Cómo lo amaba!

Samuel podría pasar por una estatua si no fuera por una pequeña nube de aire cálido que escapaba de su boca al aire helado.

Levantó los ojos hacia ella cuando se acercaba.

"Mi amor," dijo en voz baja y sonrió. Sus ojos la quemaban con miríadas de emociones, esa profundidad que siempre la atraía, haciéndola sentir como si estuviera cayendo libremente.

Ella se detuvo frente a él. "Cumpliste tu promesa."

"Por ti. Sí. Ven." Extendió su mano para tomar la suya y la atrajo suavemente hacia su regazo. Se veía cansado, y ella quería besar sus penas.

"¿Me perdonarás?" preguntó en voz baja, los copos de nieve pegándose a sus cejas y pestañas.

"¿Por qué?"

"Por hacerte dudar de mí. Por alejarte."

Ella negó con la cabeza. "No hay nada que perdonar. Debería haber confiado." Sonrió, su corazón se derritió de ternura. "¿Te gustaría saber qué pasó?" Inclinó la cabeza, estudiando su rostro, tratando de averiguar lo que pensaba, sentía. Sus ojos siempre lo decían todo. Pero en este momento, estaban tristes. Y deseaba desesperadamente que sonriera.

Parpadeó lentamente. "No. Esta no era mi pelea."

Él la envolvió con sus brazos, acercándola más.

Ella acarició su cabello, su tono favorito de negro, luego tomó su mechón blanco y lo besó. Se rio, luego se quitó los guantes y le acarició la cara. "Te amo." susurró. "Te amo tanto que a veces duele. ¿Te lo he dicho alguna vez?"

Y fue entonces cuando sus labios finalmente se curvaron en una sonrisa, sus ojos de repente luminosos, mirándola de esa manera que la hacía derretirse.

"Te amo, Samuel," susurró y besó su mandíbula con barba, luego plantó pequeños besos en sus mejillas, cejas, frente, sus ojos que tanto amaba.

"Te amo más," respondió él, su sonrisa creciendo.

Ella sonrió, sacudiendo la cabeza. Las lágrimas le quemaron los ojos. "Debes tener frío." Siempre decía las tonterías más tontas en los momentos más tiernos.

Él negó con la cabeza, imitándola. "Ya no, ángel." Y la acercó más a él.

"¿Deberíamos ir adentro?"

"Pronto." Sus ojos ardían de calidez. "Quedémonos aquí por un momento. Me gusta cuando oscurece. Solía esperar el anochecer, porque en la oscuridad era el único momento en el que podíamos estar juntos."

Ella apoyó su frente contra la suya y cerró los ojos. "Te tengo," susurró. "En la oscuridad y en la luz."

Para Alina, este día ruidoso era el más tranquilo mientras se

sentaba con su esposo y observaba caer la nieve.

Pasaron el resto de la noche cenando largamente, bebiendo vino y hablando de cosas que no tenían que ver con lo que había sucedido ese día. No podía apartar las manos de su marido. No podía dejar de besarlo.

Por primera vez, se mostró abierta en su afecto. Por primera vez, lo besó con los ojos abiertos.

La llevó al estudio, se sentó en la silla detrás del escritorio y la sentó en su regazo.

"Quiero mostrarte algo."

Observó su rostro, los largos mechones de pelo que le llegaban hasta los hombros y lo convertían de un duque meticuloso a un hombre con un pasado y las cicatrices que lo hacían fuerte y poderoso.

Ella sonrió.

Sacó un pequeño cuadro del cajón y, con los brazos alrededor de su cintura, lo sostuvo durante un rato, estudiándolo.

Un hombre joven, casi un niño, de brillantes ojos azules y cabello rubio desgreñado la miraba desde el cuadro con tanta felicidad que la hizo sonreír.

"Le pedí a un pintor que lo dibujara de mi memoria," dijo Samuel, trazando el retrato con los dedos. "Conoce a James Krow."

Alina estudió el retrato durante algún tiempo, luego lo tomó de las manos de Samuel y lo dejó. "No me gusta cuando estás triste."

“Estoy bien, ángel. Es un cierre."

“¿Sonreirás más?”

Él sonrió como si ella se lo pidiera, luego deslizó sus manos para acariciar su rostro y se inclinó para besarla.

"¿Me mirarás más a menudo a la luz del día?" preguntó.

Las palabras tiraron de su corazón con culpa. Le trazó las cejas con los dedos, luego la nariz y los labios, tal como había hecho la noche en el Baile Fantasma.

“No puedo dejar de mirarte,” susurró ella, sus ojos estudiaron intensamente su rostro hasta que él la acercó y la besó de nuevo, esta vez más profundamente.

El golpe fue como el estruendo de un trueno.

Samuel apretó su frente contra la de ella, diciendo: "¿Qué dices si echamos a todos los criados para que nadie nos interrumpa?"

Ella se echó a reír, rodeándole el cuello con los brazos y enterrando la cara en él.

"Y esos dos de la casa de tus padres. Por Dios, ángel, siento que son nuestros parientes que viven con nosotros, desagradables y con

derechos."

Ella se estremeció de risa.

"¡Entra!" dijo Samuel en voz más alta, riéndose. “Oh, Dios mío, ahí viene tu problema,” murmuró mientras la alta y encorvada figura de Yegor se apretujaba en señal de disculpa para entrar en la habitación.

Alina se levantó del regazo de su marido.

"*Sudarnia. Na minutku-s,” pidió* el lacayo por un minuto con ella.

"Habla."

Miró con recelo a Samuel. "*Bez nevo.*" Pidió estar sin el duque.

“Inglés, Yegor, por favor,” dijo Alina, molesta. "Y su gracia está bien."

Miró a Samuel, que desvió la mirada, sonriendo y golpeando el escritorio con los dedos.

“¿Vas a dejar a Martha fuera de la puerta?” preguntó Samuel, sin mirar al lacayo.

Alina miró entre ellos, confundida.

Yegor se puso de pie como un toro, con la cabeza gacha en una extraña sumisión, como si esperara el juicio. "Entonces... Quiero... Mar-r-rtha y yo queremos..." Alzó la vista para encontrarse con la mirada curiosa de Alina y luego bajó la vista hacia la gorra que tenía en las manos. "Estábamos..."

“Oh, por el amor de Dios, Yegor. ¿Qué te frena la lengua?” espetó Alina.

Samuel, detrás de ella, se aclaró la garganta. “¿Te gustaría casarte?” Finalmente, desvió su mirada hacia el lacayo, cuyos ojos chispearon hacia el duque.

Alina se quedó boquiabierta.

Yegór asintió y bajó la mirada. "Sí," dijo apresuradamente y, con un gesto de cabeza, añadió, "Vuestr-ra Gr-racia."

Alina se volvió hacia su esposo sorprendida solo para encontrarse con sus ojos centelleantes y una sonrisa que se expandía en sus labios.

Se volvió hacia su lacayo. "¿Y Martha?"

Yegór sonrió. "Ella quiere. Sí."

Samuel se levantó de su asiento y se acercó a Alina, rodeándola con los brazos por detrás. "Creo que es una idea espléndida," murmuró en su oído.

Ella sonrió, mirando a Yegór. "Sí," dijo. "Es maravilloso. ¡Sí!"

Se rio felizmente y quiso preguntar cuándo les gustaría organizar la ceremonia, pero Yegór, radiante y haciendo una reverencia, se retiró. Cuando la puerta se cerró detrás de él, un grito feliz y susurros vinieron de detrás de la puerta, y el sonido de dos pares de pasos apresurados resonó por el pasillo.

Alina se volvió hacia su esposo. "¿Cómo lo supiste?"

Él la atrajo hacia él. "Duermes muy profundo, ángel."

Frunció el ceño. "¿Qué se supone que significa eso?"

"La noche que tu lacayo llegó aquí," dijo, inclinando la cabeza hacia ella con una sonrisa traviesa, "el sonido del cabecero golpeando la pared, proveniente de las habitaciones de los sirvientes arriba, fue inusualmente fuerte." Sonrió. "Supuse que era su habitación. Y no la está compartiendo con nadie."

Alina rio, sacudiendo la cabeza.

El pensamiento de un dormitorio empezó a despertar un dulce anhelo en su cuerpo. Arregló la camisa de Samuel como si intentara distraerlo, luego miró el reloj.

Siete de la tarde.

"¿Crees que es demasiado temprano?" preguntó con coquetería, bajando la mirada.

Él se apartó y bajó la cabeza, tratando de mirarla a los ojos. "¿Para qué, ángel?"

Frunció los labios. "Para retirarnos al dormitorio..."

Se sonrojó tan intensamente que le llegó hasta las laderas superiores de sus pechos.

Samuel sonrió y frotó su rostro para encontrar sus labios. "Pensé que nunca lo pedirías."

59

CERRAR

"Quiero hacer el amor contigo," dijo Alina cuando llegaron al dormitorio.

Con una suave sonrisa, Samuel fue a apagar los candelabros junto a la cama, como lo había hecho en días anteriores, cuando su voz lo detuvo.

"Déjalos encendidos, por favor," dijo ella.

Él la miró sorprendido, sin decir nada por un momento, cuando ella extendió la mano hacia él.

"Quiero verte," dijo ella.

Él tomó su mano y se acercó, apartando un mechón de cabello de su rostro. "¿Estás segura, ángel?"

Ella sonrió en respuesta. "Quiero ver todo de ti. Me he tomado mi tiempo. Sé quién eres. Quiero verte a la luz, sabiendo que ya no tenemos que escondernos. Te amo."

"Dime mi nombre."

"Te amo, Samuel."

Él la besó suavemente en los labios. "Otra vez."

"Samuel."

"Está trabajando sus encantos malvados en mí, mi duquesa."

"Ya es bastante encantador, Su Gracia."

Él se rio, frotando su nariz en su mejilla, su suave aliento rozando su piel.

Se desvistieron lentamente, despegando las prendas uno del otro como si fueran papel de regalo elegante, besándose y jadeando ante los toques del otro.

Ella permitió que él le quitara la camisa por la cabeza, luego desatara los lazos de sus calzones, dejándolos caer por sus piernas, revelando su desnudez a la luz de las velas.

Ahí.

Quería que él la viera.

Ardió de excitación al ver cómo su mirada recorría su cuerpo, sus manos siguiendo su camino.

Él todavía tenía sus prendas interiores puestas. Habían pasado tantas noches juntos. En la oscuridad. Liberando su pasión el uno al otro, pero ocultando su desnudez.

Finalmente, estaban a la luz.

Alina acarició su cuerpo. Era suyo. Ambos. Harlan Krow y Samuel

Cassell, su dolor y dicha. Cicatrices, un campo de batalla de ellas, cubrían el torso de Samuel, profundas, curadas, en muchos idiomas, sin finales felices. El hombre más fascinante que había conocido estaba marcado por ellas. Pero su sonrisa compensaba todo su oscuro pasado. Tristeza y felicidad ardían en sus ojos cuando la miraba.

"Eres mío. Todo," susurró, sintiéndose débil y fuerte a la vez al hacer esta confesión.

Quería hacer el amor con él como él lo había hecho con ella todos estos días. Acarició su amplio pecho, pasando sus manos sobre el mechón de cabello oscuro en el centro. Sus manos bajaron hacia su cintura, acariciando su última herida mientras presionaba pequeños besos en sus cicatrices, una a una, sanando los recuerdos que se escondían detrás de ellas.

Él no se movió, dejándola hacer lo que quisiera.

Sus manos bajaron hacia el corte perfecto de los músculos en sus caderas, y lentamente se arrodilló y los besó, haciéndolo jadear.

Estaba empapada de deseo, levantó la mirada hacia él y encontró su mirada. La intensidad era tan fuerte, tan abrumadora que casi gimió de necesidad. Quería tenderse en el suelo frente a él y que la mirara mientras se complacía. Quería ponerse a cuatro patas y dejar que él la tomara. Y quería complacerlo para que olvidara todo lo que lo había atormentado alguna vez.

Él decía que ella era su ángel. Si alguien podía volver loco a un demonio, era ella.

Sus manos acariciaron sus piernas musculosas, fuertes como columnas. Besó su abdomen y sintió sus manos deslizarse en su cabello.

Finalmente, sus dedos tiraron de los cordones de sus calzones y los bajaron, dejando que la tela lo revelara en toda su gloria desnuda. Su sexo, grueso y erecto, estaba justo frente a ella. Levantó la mirada y encontró su mirada ardiente, sus labios entreabiertos, su pecho subiendo y bajando pesadamente.

Cuando sus dedos rozaron la línea de vello oscuro en su abdomen, él gruñó.

Cuando trazaron la longitud de su erección, susurró: "Alina."

Y cuando llevó sus labios a su hombría y plantó el primer beso suave en su longitud, él llamó al nombre de Dios.

Su caballero-demonio, que no creía en Dios, ahora llamaba su nombre. Alina sonrió, deleitándose en su poder, y dejó que sus labios hicieran la magia.

60

MÁS CERCA AÚN

No podía desviar la mirada de ella. Había hecho muchas cosas en mis sueños. Pero verla de rodillas, complaciéndome, encendía los nervios bajo mi piel.

Hizo el amor con mi polla, Padre.

Los amantes son sin vergüenza.

Era tan gentil, una señal de su ingenuidad, sin saber qué hacer, pero aprendiendo por mis gruñidos y silbidos de placer.

Besó cada pulgada de mi dureza. Lamió la punta sensible. Me tomó en su boca, haciéndome marear con la vista erótica.

Mi ángel era traviesa. Sus labios hacían cosas malvadas.

¿Tienen bebés los ángeles en su libro sagrado, Padre? Porque quería tomarla en ese momento y hacer pequeños ángeles con ella.

Pero apenas podía mantener ese pensamiento. No cuando sus labios acariciaban mi longitud. No cuando su boca la tomaba más profundo, luego la soltaba, succionando lentamente. Quería enseñarle cómo darme una liberación rápida. Pero esa noche no se trataba de la liberación. Se trataba de amor. Y si alguien me dice que la lengua de mi amante acariciando mi polla hacia el éxtasis no es amor, les diré que no han conocido a mi duquesa.

Una de sus manos se movió hasta la base de mi eje, envolviéndolo suavemente como si fuera un tesoro precioso. La otra mano acariciaba los rizos alrededor de mi sexo, luego se desplazaba hacia abajo, más abajo aún para rozar mis testículos.

Todo a mi alrededor se disipaba mientras me perdía en ella.

Gruñí. Estaba listo para venirme. Pero no podía. Quería más de esto, de ella, viendo sus labios deslizarse a lo largo de mi carne, chupándola como si fuera la fuente de la vida.

No la dejé terminar.

No esa noche.

Quería complacerla en su lugar. Con cuidado me retiré de su boca divina y la ayudé a ponerse de pie.

Sabía a mí cuando la besaba. El sabor del diablo estaba en los labios de mi ángel mientras enroscaba su lengua alrededor de la mía, desesperada en su deseo. Quería venirme por toda su piel para que supiera cuánto la quería, cómo me hacía sentir, cuánto ardía por ella.

Era mía, y días después, aún era demasiado parecido a un sueño.

Sostuve su rostro entre mis palmas y la miré a los ojos por un

momento.

"¿Qué he hecho para merecerte, ángel?"

Ella sonrió.

La levanté y la llevé a la cama, luego besé mi camino por su cuerpo. Sus muslos estaban abiertos para mí. Su hermoso sexo estaba ahí mismo, y planeaba devorarlo hasta que perdiera la razón.

"Samuel."

Aparté mi boca de su botón rosa y encontré su mirada.

"Ven aquí," susurró.

Y cuando me moví hacia arriba y me acomodé entre sus piernas, ella deslizó su mano hacia abajo hasta mi polla y la presionó contra su entrada.

"Haz el amor conmigo," susurró y se empujó hacia mí.

Si le digo que una epifanía vino a mí mientras mi verga estaba dentro de mi esposa, se ofenderá, Padre. Si le digo que la primera vez que alabé a Dios fue cuando hice el amor con mi ángel, me dirá que soy un blasfemo.

Pero la verdad sigue siendo la misma.

Ella cerró los ojos cuando me introduje en ella.

Me detuve. "Mírame, ángel," susurré. Y cuando sus ojos grises estaban en mí de nuevo, reanudé mis embestidas. "Quiero que me mires cuando te haga el amor."

No había lujuria en ese momento, solo la sensación celestial de una profunda intimidad mientras nuestras carnes y nuestras miradas se encontraban. Me sentía vulnerable y feliz y débil y fuerte al mismo tiempo, más cerca de ella que nunca mientras hacíamos el amor. Alcanzamos el clímax al mismo tiempo, y juro, esa pequeña cruz de latón que yacía pacíficamente en su pecho me guiñó un ojo.

Mi duquesa volvió a tomar el control. Besó mis cicatrices y heridas. Y con cada beso, curaba los recuerdos oscuros, uno por uno.

"Quiero conocer cada centímetro de ti," dijo.

Con el tiempo lo hará. Tenemos toda una vida juntos. Sueños.

Estaban todos en ella, la mujer en mis brazos que esa noche amaba mi cuerpo como si fuera sagrado. No sabía que el diablo podía ruborizarse. Pero cuando su boca encontró mis puntos más sensibles, los besó y lamió y acarició, no pude contenerme. Abrí sus piernas y la tomé de nuevo.

"Amo los ruidos que haces," susurré, embistiéndola, aprendiendo cada expresión suya, capturando cada gemido suyo. Pero no la dejé llegar al clímax y yo mismo no alcancé la cima. Quería que esta felicidad durara lo más posible.

Esa chalina suya que me había dado una vez no había conocido tanto amor como mi duquesa esa noche.

La tomé de nuevo, luego me detuve y, estando dentro de ella, me

regodeé en la sensación de estar tan cerca. Luego hice el amor con ella de nuevo y, sin dejarnos alcanzar el clímax, me aparté.

Perdí la cuenta de cuántas veces entré en ella.

Era una dulce tortura, el ciclo interminable de desearnos el uno al otro y arder de necesidad de estar cerca.

Hasta que mi ángel gimió de necesidad y suplicó por liberación.

Ángel es una palabra demasiado pequeña para ella, Padre. Ella es una diosa. ¿Cómo más llamas a una mujer que toma a un hombre lleno de odio, lo vacía y lo llena de amor, hasta el borde para que no haya espacio para nada más?

No hablamos mucho esa noche, exhaustos por el acto de amor.

Ella se quedó dormida en mis brazos. Pero yo no podía cerrar los ojos. Quería encontrarme con otro amanecer junto a ella a mi lado. La noche parecía pasar demasiado rápido, y luego ella dejaría la cama al primer rayo de luz y estaría a varios pies de distancia de mí.

Es una locura, Padre, cuánto la amaba, cuánto dolía estar incluso a centímetros de distancia de ella.

Vi la delgada línea del amanecer colarse entre las cortinas. Se movió, como si lo sintiera.

Quédate.

Elevó su rostro adormilado y me miró con los ojos entrecerrados, con una sonrisa en su rostro. "No has vuelto a dormir, ¿verdad?"

"Estoy bien." Aparté un mechón de su cabello castaño claro de su rostro. "Deberías volver a dormir."

Ella negó con la cabeza, su mano bajando lentamente por mi torso, luego se sentó y miró a su alrededor.

Mi corazón cayó.

Ella huiría de nuevo.

Se deslizó fuera de la cama, se dirigió a la ventana y abrió las cortinas de par en par.

La habitación se iluminó. Y allí estaba ella, mi ángel en el primer rayo de luz del amanecer.

Acomodé mi cabeza con mi antebrazo, contemplando la vista de ella. La cama olía a ella. Mi piel hormigueaba por nuestro amor. Cada músculo estaba adolorido. Yo era feliz.

Ella se giró y encontró mi mirada, por primera vez no tímida al estar completamente desnuda para mí a plena luz.

Poco a poco, se acercó a la cama.

"No quiero que te levantes todavía," dije suavemente, acariciando la sábana cálida donde había estado, esperando que rompiera ese hábito tonto de huir por las mañanas.

"No estoy planeando hacerlo."

¡Dios es grande!

Ella levantó el borde de la sábana que me cubría y comenzó a

jalar. La tela se deslizó por mi cuerpo, exponiendo lentamente mi desnudez.

"No por un rato," sonrió traviesamente.

Oh, era mi mañana de suerte.

Mi cuerpo se despertó a la conciencia bajo el calor de su mirada que recorría mi cuerpo. Mi miembro se endureció en segundos, con sus ojos deteniéndose en él como si fuera un milagro.

Me quedé quieto y esperé hasta que levantó los ojos hacia mí, tímida pero llena de ese deseo que podría quemar a un hombre enamorado.

No había error, Padre. Ella me llevó a la luz y ahora estaba de pie valientemente en su gloria.

Mi hombría estaba rogando por ella de nuevo. Mi corazón estaba a punto de estallar de amor.

"Ven aquí, mi duquesa," dije, extendiendo mi mano hacia ella.

Ella entró en mis brazos, sus ojos luminosos de amor, sus labios más suaves que el cielo, su cálido cuerpo cediendo en el mío.

Nunca dejamos la cama esa mañana ni el resto del día.

El mundo se detuvo a nuestro alrededor.

Finalmente tenía sentido.

Era perfecto, por pequeño que fuera.

Solo nosotros dos.

Mi duquesa y yo.

61

EL REVERENDO

Esa noche lo cambió todo, Padre. Quiénes éramos y quiénes llegaríamos a ser. Cosió nuestras diferencias, las pocas que quedaban.

Entre los momentos de amor, apoyó su barbilla en su mano que descansaba sobre mi pecho y me estudió. Días después, todavía lo hace mucho, como si intentara entender las cosas. Pero en lugar de tristeza, hay una sonrisa en su rostro. Una sonrisa que beso cien veces al día.

Cuando me mira así, con sus hermosos ojos grises llenos de amor, me deja sin aliento.

¡Oh, si pudiera aferrarme a esos momentos!

El amor y la ternura desgarran mi corazón como la más suave granada en cámara lenta, aniquilando lo que sé de la vida, borrando el mundo que nos rodea. La belleza de la existencia humana está en esa mirada suya. Los peligros de la guerra, el amor de una madre, la risa de un niño, un hombre muriendo por su país, un herido cantando por los muertos, antiguos esclavos convirtiéndose en luchadores por la libertad, miles levantándose por la vida de uno.

Es devastador.

Y es sanador.

Es el toque de un ángel.

En momentos como este, sé que Dios existe. Quizás tengamos una opinión diferente de lo que es. Pero, ¿qué es Dios si no es la conexión en espíritu entre nosotros, en toda nuestra belleza y fealdad?

No puedo decir qué pasó el día que Alina Bronskaya entró en mi vida. Fue salvación. Redención. Ablución. Puedo encontrar muchas palabras. Pero una cosa que ella es con seguridad es amor en su forma más pura.

Una forma de seducir al diablo es tentarlo con algo que desea.

Una forma de arruinarlo es hacer que se enamore de algo que no puede tener.

Ya no podía ser el caballero-diablo, ¿ve? Si quería tenerla a mi lado, tenía que pasar al lado de la luz.

Y eso es lo mejor. Se lo prometí.

Hay una cosa, Padre, por la que no puedo perdonarme. Por lo que le habían hecho. Por no poder salvarlo de sus manos. Más importante aún, por no poder vengarlo y dejar que el hombre responsable escapara.

Dirá que no es mi culpa. Yo diré que lo único que me consuela es saber que no querría que fuera de otra manera.

No hay nada más que decir, excepto que lo lloro todos los días, Padre. Es un día antes de Navidad, y desearía que pudiéramos sentarnos frente al hombre crucificado de Dios en el que tenía tanta fe y pudiera decirme: "Samuel, no puedes salvar a todos. No de esta manera." Y yo respondería: "Una persona a la vez, Padre."

Espero que Alina y yo tengamos pronto pequeños ángeles. Le avisaré si tienen alas.

Samuel Cassell, el duque de Ravenaugh, exhaló profundamente, levantó la cara hacia el cielo y sonrió al sentir que los copos de nieve se derretían en su rostro. Empezaba a nevar. Su sombrero de copa estaba espolvoreado de blanco, al igual que su abrigo. Pero últimamente no sentía frío. Su corazón ardía como un horno.

El cementerio a su alrededor estaba sereno. Bajo el manto de nieve, los picos grises de las lápidas se erguían como soldados, pacíficos en su silencio.

Samuel bajó la cabeza, se levantó del banco de piedra y, por un momento, detuvo la mirada en la lápida frente a él.

Reverendo John Pearse
Un maestro y un hombre de Dios
El líder de la parroquia de St. James's Hill
1789-1851

Samuel se inclinó hacia la lápida y barrió la nieve de la parte superior, luego se dio la vuelta y comenzó a alejarse, su forma oscura desapareció lentamente en la nieve blanca.

62

FLORES PARA EL DIABLO

Era la víspera de Navidad.

El duque y la duquesa de Ravenaugh estaban parados en el patio de St James's Hill y observaban la procesión alrededor del árbol de Navidad. Esta era la primera celebración de este tipo organizada para los huérfanos, así como para los trabajadores de la Colina y sus familias. A pesar de estar a sólo dos calles de distancia de las colonias, cualquier niño era bienvenido, y ninguna pobre alma era rechazada.

Fuera de las puertas de la colina, docenas de hombres distribuían velas y carbón, pan y queso gratis. Era un simple acto de bondad, pero un milagro navideño para algunos. Se servía sopa caliente, la fila era de una milla de largo, pero nadie se atrevió a luchar por ella, y la comida no se acabó. Esa noche de Navidad, alimentó a los hambrientos y a los desamparados y salvó algunas vidas. Un plato de sopa caliente. ¡Qué libertad!

En el patio de la Colina, las lámparas de gas se encendían alrededor de la multitud, manteniéndola caliente. Cientos de personas caminaban alrededor del árbol de Navidad con velas encendidas en sus manos. Las luces parpadeaban como estrellas. Los cantantes de villancicos tarareaban. Solitarios copos de nieve cayeron y se derritieron en los rostros sonrientes que se reunieron para una celebración. Nada significaba esperanza como las risas de los niños que resonaban en el patio.

Samuel Cassell estaba de pie detrás de su esposa, rodeándola con sus brazos, calentándola. Estas eran sus primeras festividades juntos y la primera vez que Alina sintió que tenía un hogar.

Ella sonrió. "Esto es mágico, ¿no?" Giró la cabeza para mirar a su marido.

Sus ojos eran la única luz que Samuel quería ver. La besó en la frente. "Siempre se siente así cuando estás a mi lado," dijo en voz baja, su corazón ardiendo de ternura.

Al día siguiente, en la esquina de Camlet Street y Old Nichol había una multitud. Se reunió alrededor de la *Madre Llorona*. La estatua de hierro estaba cubierta con una fina capa de nieve. Alrededor de sus hombros colgaba un abrigo de cuero negro, gastado y descolorido. Un sombrero de copa descansaba sobre su cabeza.

En cualquier otro lugar, uno no sabría a quién pertenecían las prendas. Pero los residentes de las colonias reconocieron la borla roja.

Se susurró el nombre de Harlan Krow. Las cabezas se sacudieron con incredulidad. Una anciana se acercó y sacudió la nieve del sombrero y el abrigo. Otra mujer besó su dobladillo y se persignó.

Nadie sabía lo que significaba, pero una cosa era segura: el caballero-diablo no iba a volver.

Ese día, se susurraron oraciones, se encendieron velas y alguien colocó una flor solitaria a los pies de la *Madre Llorona*.

¡Una flor fresca en diciembre en las zonas más pobres de Londres! ¡Un milagro!

Pero también lo era Harlan Krow.

Para la tarde, el rumor se había propagado como un incendio forestal por los barrios marginales vecinos. A medianoche, un grupo de niños de la calle trajo una cesta de flores hechas de alambre y algodón. Nadie se atrevía a tocarlas. Las flores durarían mucho tiempo, a través de las heladas del invierno. Y luego las flores de primavera y las de verano aparecerían a los pies de la estatua con el sombrero de copa y el abrigo sobre ella.

Dijeron que las prendas mantendrían caliente a la *Madre Llorona.*

Decían que ahuyentaban el mal.

Decían que ningún monstruo se acercaría cuando el mismísimo diablo protegiera los barrios bajos.

El lugar se convirtió en un símbolo de compasión.

Los hambrientos venían aquí de día con la esperanza de recibir limosna.

Los niños de la calle venían por las noches, fumaban en pipa y hablaban sobre el futuro. ¡El futuro! ¡La palabra inaudita por estos lares!

Los abusados llegaban de noche, mirando tímidamente a su alrededor. Se arrodillaban ante la *Madre Llorona* y oraban. A quién, no estaban seguros. Pero esperaban que alguien los escuchara.

Y al igual que la esperanza, las flores siempre estuvieron ahí.

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS...

"He venido a decirle, Padre, que los angelitos no tienen alas. Pero sí tienen los ojos grises más luminosos. *De ella.*"

DEL AUTOR:

En primer lugar, quería dar las gracias a mis amigos y lectores beta: Alexander, K. M., Victoria, Julie, Lara, Linda y Crystal. ¡Gracias por apoyar mi oficio!

La idea de la historia del Hindu Kush surgió de la retirada de Kabul en 1842, también conocida como la Masacre del ejército de Elphinstone durante la Primera Guerra Anglo-Afgana. Durante esa retirada militar, más de 16.000 soldados y civiles fueron asesinados o capturados. Los eventos se utilizan de forma ficticia.

El uso del ruso es mínimo en esta novela. Traté de ahorrarles la miseria de la traducción constante. Si les gusta buscar palabras extranjeras, es posible que algunas palabras no aparezcan en Google, ya que son jerga histórica. De hecho, el francés fue una lengua hablada entre la nobleza rusa durante siglos. Muchas palabras se tomaban prestadas y se usaban a diario en los hogares rusos.

En cuanto a los nombres rusos, es un tema complicado. Todos los apellidos tienen terminaciones de género. Lo mismo ocurre con los segundos nombres. En las culturas de Europa del Este, el segundo nombre es siempre el nombre del padre. La forma de dirigirse respetuosamente es el nombre y segundo nombre. Casi todos los nombres tienen una serie de variaciones entrañables y pueden variar drásticamente (como cuando Nikolai Sergeevich Kamenev llama a su esposa Anna Annushka, Olga-Olen'ka, Dunya-Dunyasha, Yegor-Yegorushka).

El rango nobiliario ruso (condesa en este caso) se usaba con el apellido en contraposición a la forma británica de referirse a la finca que se poseía. En Europa del Este, era apropiado llamar a una persona titulada por el nombre y el segundo nombre, o por el rango mismo.

Flores para el diablo es una novela dentro de una novela. La idea surgió mientras escribía ***La musa del rebelde*** (Libro 1 de *la serie Rebeldes de Gracewyck*). Valentine Bayne, el héroe principal, es un novelista que saltó a la fama con sus entregas sobre el caballero-diablo. Pero cuando está listo para matar al amado villano de Londres, Valentine se enamora y teje su historia de amor en la última entrega de Harlan Krow, redimiendo a su villano a través del amor. Si tienes curiosidad por saber qué dio a luz al caballero-diablo, echa un vistazo

a ***La musa del rebelde***.

Como siempre, gracias por leer.
Saludos.
Kahany
10 de mayo de 2022

SUSCRIPCIÓN

OBTENGA UNA COPIA GRATIS DE “LA APUESTA MALVADA” AL SUSCRIBIRSE AL BOLETÍN DE V. KAHANY

¡LIBRO GRATIS!

LIBROS DE V. KAHANY

THE BELLE HOUSE SERIES:

THE TENDER DAYS OF MAY

THE TENDER TOUCH OF NIGHT

THE TENDER RULES OF EDEN

THE TENDER KISS OF FATE

THE TENDER ART OF WAR

REBELS OF GRACEWYCK SERIES:

REBEL'S MUSE (Book 1)

REBEL'S TEMPTATION (Book 2)

REBEL'S DESIRE (Book 3)

OTHER STAND-ALONES:

A GENTLEMAN'S WISH

FLOWERS FOR THE DEVIL

STAY IN TOUCH!

WWW.VLADKAHANY.COM

FACEBOOK: V. KAHANY BOOKS

INSTAGRAM: @V.KAHANY.BOOKS

TIKTOK: @KAHANYBOOKS

EMAIL: VLAD@VLADKAHANY.COM